



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA

de la Universidad

. 3 .

BX890

.B6

1796

v.3

c.1



1080044557



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





SERMONES
DEL PADRE LUIS BURDALUE,
DE LA COMPAÑÍA DE JESUS:

TRADUCIDOS
DEL FRANCÉS AL CASTELLANO.

TERCERA EDICIÓN.

TOMO TERCERO DE LA OBRA.
QUARESMA.

CON PRIVILEGIO.

MADRID

EN LA OFICINA DE DON BLAS ROMÁN.

1796.

*Se hallará en las Librerías de Domingo Alonso calle de
la Concepción Gerónima, y de la Almudena junto á los
Consejos.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSO X BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

MICROFILMADO 37/7/82

Bx890
.B6
1796
U.3
C.1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA
ESTADO DE NUEVO LEÓN

TABLA

DE LOS SERMONES

QUE CONTIENE ESTE TOMO.

I.....	S ermon para el <i>Juéves de la segunda Semana</i> . Sobre las riquezas.....	P. 1.
II.....	Para el <i>Viérnes de la segunda Semana</i> . Sobre el Infierno....	30.
III....	Para el <i>Domingo de la tercera Semana</i> . Sobre la Torpeza....	57.
IV....	Para el <i>Lunes de la tercera Semana</i> . Sobre el zelo.....	96.
V....	Para el <i>Miércoles de la tercera Semana</i> . Sobre la perfecta observancia de la Ley.....	118.
VI....	Para el <i>Juéves de la tercera Semana</i> . Sobre la Religión, y el buen proceder.....	141.
VII..	Para el <i>Viérnes de la tercera Semana</i> . Sobre la Gracia.....	161.
VIII.	Para el <i>Domingo de la quarta Semana</i> . Sobre la Providencia.	188.

Pa-
46525

IX.... Para el Lunes de la quarta Semana. Sobre el Sacrificio de la Misa..... 210.

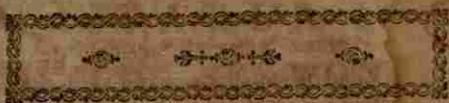
X.... Para el Miércoles de la quarta Semana. Sobre la ceguedad espiritual..... 233.

XI.... Homilia sobre el Evangelio del Ciego de nacimiento..... 260.

XII.. Para el Jueves de la quarta Semana. Sobre la preparacion para la muerte..... 285.

XIII. Para el Viernes de la quarta Semana. Sobre el apartarse de Dios, y el convertirse a su Magestad..... 310.

Compendio de los Sermones contenidos en este Tomo..... 335.



SERMON

PARA EL JUEVES DE LA SEGUNDA
Semana.

Sobre las Riquezas.

Factum est autem ut moreretur mendicis, & portaretur ab Angelis in sinum Abrahamæ. Mortuus est autem & dives, & sepultus est in Inferno.

Sucedio que murió el pobre, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el Inferno. S. Lucas, cap. 16. v. 22.

UN pobre glorificado en el Cielo, y un rico sepultado en el Inferno; un pobre en manos de los Angeles, y un rico entregado á los demonios; un pobre en el seno de la Gloria, y un rico en medio de las llamas. No es (dice San Agustin) una diferencia de suertes muy asombrosa, y que á primera vista pudiera causar desesperacion á los ricos, y ensoberbecer á los pobres? Mas no (añade este Santo Doctor) ricos y pobres, no saqueis esta consecuencia. Porque si hay ricos en el in-

Tom. III. Quaresma.

A

fier-

SER--

IX.... *Para el Lunes de la quarta Semana.* Sobre el Sacrificio de la Misa..... 210.

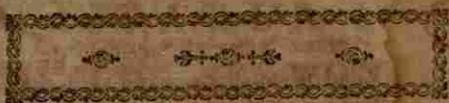
X.... *Para el Miércoles de la quarta Semana.* Sobre la ceguedad espiritual..... 233.

XI.... *Homilia sobre el Evangelio del Ciego de nacimiento.*..... 260.

XII.. *Para el Jueves de la quarta Semana.* Sobre la preparacion para la muerte..... 285.

XIII. *Para el Viérnes de la quarta Semana.* Sobre el apartarse de Dios, y el convertirse a su Magestad..... 310.

Compendio de los Sermones contenidos en este Tomo...... 335.



SERMON

PARA EL JUEVES DE LA SEGUNDA
Semana.

Sobre las Riquezas.

Factum est autem ut moreretur mendicis, & portaretur ab Angelis in sinum Abrahamæ. Mortuus est autem & dives, & sepultus est in Inferno.

Sucedio que murió el pobre, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió tambien el rico, y fué sepultado en el Inferno. S. Lucas, cap. 16. v. 22.

UN pobre glorificado en el Cielo, y un rico sepultado en el Inferno; un pobre en manos de los Angeles, y un rico entregado á los demonios; un pobre en el seno de la Gloria, y un rico en medio de las llamas. No es (dice San Agustin) una diferencia de suertes muy asombrosa, y que á primera vista pudiera causar desesperacion á los ricos, y ensoberbecer á los pobres? Mas no (añade este Santo Doctor) ricos y pobres, no saqueis esta consecuencia. Porque si hay ricos en el in-

Tom. III. Quaresma.

A

fier-

SER--

fierro, tambien hay pobres en él; y si hay en el Cielo pobres, no estan excluidos de él los ricos. No busquemos la prueba fuera del mismo Evangelio del rico avariento, y de Lazaro á quien él despreciaba, y rehusaba dar las migajas que caian de su mesa. Este pobre es llevado en hombros de los Angeles: *Quis sublatu8 est ab Angelis Pauper*. Pero adónde es llevado? Al seno de Abraham, que segun la Escritura era Señor de innumerables riquezas: *Quo sublatu8 est? in sinum Abrahe*. Ved ahí á un mismo tiempo en la estancia de la gloria á un rico, y á un pobre; ó por mejor decir, los dos ricos, y los dos pobres: los dos ricos de Dios y de los tesoros de la gracia; y los dos pobres de corazon, y despegados de los bienes de la tierra: *Amos Deo aruites, ambo spiritu pauperes*. Y os digo esto, hermanos míos (concluye San Agustín) para que si los pobres condenan temerariamente á los ricos, ni los ricos pierdan tan facilmente las esperanzas. Conclusion admirable, ya contra la desesperación de los unos, ya contra la presunción de los otros.

No obstante, es necesario convenir en que la opulencia es estorbo mayor para la salvacion, que la pobreza; y debemos reconocer que el Hijo de Dios ha canonizado á los pobres, y fulminado su maldiccion contra los ricos. Sabemos en qué terminos se explicó, y cuántas veces nos declaró, que si no era imposible, era á lo menos muy dificultoso que un rico entrase en el Reyno de los Cielos: *Quam difficulté qui pecunias habent, intrabunt in regnum Dei!* (a) Pues esta suma dificultad de qué puede nacer? Esto es de lo que os voy á instruir, despues de haber saludado á Maria, diciendola: AVE MARIA.

La mas ajustada idea que podemos formar del mundo profano, del mundo pervertido y estragado, del mundo reprobado de Dios, es en mi juicio la que nos dá de él el amado discipulo San Juan, quando nos dice que todo quanto hay en el mundo es concupiscencia de la carne,

(a) Luc. cap. 18, v. 24.

concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida: *Omne quod in mundo est, concupiscencia est oculorum, concupiscencia carnis, & superbia vite*. (a) Concupiscencia de los ojos, que inspirándole al hombre un hastio interior de lo que tiene, le hace desear y sollicitar lo que no tiene. Soberbia de la vida, que haciendo que el hombre se tenga en mas de lo que es, le infunde el desprecio de los otros, y aun llega á hacerle olvidar á Dios. Concupiscencia de la carne, que engañando el entendimiento del hombre con el atractivo del deleite, le hace esclavo de sus sentidos. Ved ahí, dice San Agustín, las tres enfermedades contagiosas que han cundido en todo el mundo, y han inficionado lo mas sano de él. Concupiscencia de los ojos, ó ansia de tener, que es la raíz de todos los males; pero particularmente de la injusticia. Soberbia de la vida, que es el enemigo de la caridad, y conduce hasta á la impiedad misma. Concupiscencia de la carne, de la qual nacen las pasiones impuras, y los delitos mas infames. Pues yo, Christianos; hallo que las riquezas, por lo que abusa de ellas el mundo, son la materia de estas tres infelices concupiscencias; y la razon mas general, como la mas natural tambien, de ser los hombres injustos, soberbios y sensuales, es porque son ricos, ó porque tienen apetito de serlo.

Para explicaros mi designio, y guardar en él algun órden, hago con San Juan Chrisostomo distincion de tres cosas en las riquezas; el adquirirlas, el poseerlas, y el usarlas. Sobre esto asiento tres proposiciones, que son otras tantas verdades incontestables, y podéis sacar de ellas grandes frutos para la enmienda de vuestras costumbres. Porque digo que el adquirir las riquezas, segun el estilo del mundo, es por lo comun una ocasion de injusticia: ó que el deseo de adquirir riquezas, quando no está arreglado al espíritu de la Religion Christiana, es una disposicion próxima para la injusticia; y este el efecto de la con-

A 2

cu-

(a) 1. Joan. 2, v. 16.

cupiscencia de los ojos; primera verdad. Digo que la posesion de las riquezas naturalmente tiñicia á un alma vana, y no hay cosa que mas la pueda inspirar lo que San Juan llama soberbia de la vida; segunda verdad. Ultimamente, el uso de las riquezas mantiene en un corazon el amor del deleite, y fomenta la concupiscencia de la carne; tercera y última verdad. Aplicad la atencion, amados oyentes míos, á estos tres puntos de doctrina. El hombre del siglo es injusto, porque quiere adquirir los bienes de la tierra; es soberbio, porque los posee; y es daado á deleites, porque usa mal de ellos. Tres calidades de un rico mundano, en que se ha de dividir este discurso. Mas para estos tres males qué remedio? El remedio es el que despreció el rico avariento, quiero decir la limosna; porque basta enterarse bien de la obligacion de la limosna para irse á la mano en el deseo de las riquezas, para ser humilde quando se poseen, y para usar de ellas santamente. Este es el blanco de vuestra atencion.

I. PARTE.

Difícultoso era, que San Gerónimo, con toda su autoridad, evitase la censura de los ricos, quando generalmente y sin limitacion alguna dixo, que no hay rico que no sea, ó injusto en su persona, ó heredero de la injusticia y maldad de otro: *Omnis dives, aut iniquus est, aut dives iniqui*. Es a proposicion pareció dura y odiosa; y algunos la condenaron como indiscreta y falsa; pero dudo que al condenarla hubiesen ahondado en ella con unas luces tan claras, y con un juicio tan sólido y exacto como este Padre, que entre todos sus talentos fué muy particular en el de la ciencia y práctica del mundo. Pues quanto se entra mas en lo secreto, y en el conocimiento del mundo, hay más persuasion de que debió el Santo Doctor hablar de esta manera, y que en efecto hay pocos ricos inculpables, pocos que puedan tener sosegada la conciencia, pocos que estén exentos de la maldicion, que segun esta proposicion les comprehende. Pongo por testigo

á vuestra experiencia. Recorred las casas y familias que sobresalen mas en riquezas y abundancia de bienes; digo, las que se aprecian mas de haberse establecido con honor; aquellas en que ademas de eso resplandece la rectitud, y aun la Religión: si subis hasta el origen de esta opulencia, apenas hallareis alguna, que en su origen y principio no descubra horrores que hacen temblar.

Sin mas inquirir que lo que ha sido, ó es aun de pública notoriedad, apenas podreis señalar una, en que no se os haga evidencia de una sucesion de injusticia, no menos que de herencia; esto es, en que (por exemplo) la mala fe de un padre no haya sido el fundamento de la fortuna de un hijo, en que los hurtos del uno no hayan servido para enriquecer al otro, ó en que la violencia de este no haya sido causa de la elevacion de aquel. Y reconocereis con horror, que alguno que pasa hoy por hombre justo y recto, y por legitimo poseedor de lo que le dexarán sus mayores, no está menos cargado delante de Dios de sus maldades y delitos, que abastecido con abundancia segun el mundo, de sus rentas y tesoros: *Omnis dives, aut iniquus est, aut dives iniqui*.

Sé, Christianos, las consecuencias que se siguen de este principio. Sé las inquietudes y escrúpulos que he de introducir en las conciencias de todos los ricos que me oyen, si les obligo á profundizar en este abismo, y hacerse jueces de sí mismos, para examinar hasta donde llega su obligacion en este punto. O por mejor decir, sé los muchos errores de que se dexa preocupar la mayor parte de los ricos, falsamente convencidos de que no les toca á ellos hacer el proceso á la memoria de sus padres, sea como fuese el modo con que se adquirieron en los tiempos pasados los bienes que poseen al presente: que pedirles á los hijos una averiguacion como esta, es invertir el orden de la sociedad; que los pecados; si los ha habido, son personales; y que sin embargo de las dudas mas vehementes que pudieran hacerles sospechosa la conducta de las personas á quienes heredaron, la buena fe tiene vez de prescripcion, en cuya virtud pueden vivir sin sobresalto.

Errores insufribles segun las máximas de la verdadera Religión, pero no obstante son el pretexto de tantos ricos del mundo para ahogar todos sus remordimientos. Mas infelices de ellos, si preocupados de una ciega codicia que los engaña, arriesgan en materia tan importante los intereses de su salvacion; infeliz de mí tambien, si por una vil condescendencia, y por no alterar su tranquilidad engañosa, les disimulo las verdades que los han de salvar, aunque son amargas y molestas.

Sea de esto, Christianos, lo que fuere: es un oráculo pronunciado por el Espíritu Santo, y verificado por la experiencia de todos los siglos, que todos los que quieren hacerse ricos caen en los lazos del demonio, y se caudran con gran multitud de deseos, no solamente vanos, sino perniciosos, que los precipitan en el abismo de la perdicion y condenacion eterna: *Qui volunt divites fieri, incidunt in tentationem, & in laqueum diaboli, & desideria multa inutilia, & nociva, que mergunt homines in interitum.* (a) Así lo declaró el Apóstol en su primera Epístola à Timoteo. Y examinando San Juan Chrisóstomo en particular, qué deseos son estos, y discurrendo segun los principios morales, y los de la fe, observa que este infeliz destino, y este carácter de injusticia y reprobacion, inseparable de las riquezas del mundo, tiene su origen de tres desórdenes, de que es cosa rara preservarse entre el ansia de adquirirlas. Atendá à las reflexiones de este Padre, tan claras como doctrinales. Se quiere ser rico à qualquier precio: ser rico sin terminos: y ser rico en poco tiempo. Tres deseos capaces de pervertir aun à los Santos; tres manantiales envenenados de todas las injusticias de que el mundo está lleno. Solo su explicacion os ha de hacer conocer sus funestas consecuencias, y os ha de descubrir toda su malicia.

Se quiere ser rico: este es el fin que se mira, y lo que se pretende con una resuelta determinacion: sobre los me-

(a) 1. Tim. 6. v. 9.

dios se deliberará despues: el punto principal es adelantarse en el mundo, tener modo de hacer figura en él, medios para mantener ese estado, y vivir con conveniencias: esto es à lo que se mira como à termino de los deseos. Bien se qualiera llegar à este fin por caminos honestos: y aun tener, si fuera posible, la aprobacion comun: pero à falta de ellos, hay una oculta disposicion para tomar otros, y à no omitir nada para salir con sus pretensiones: *O civis, civis, querenda pecunia primum est: Virtus post nummos.* Esto es lo que Horacio decia à sus compatriotas, dándoles en cara con la disolucion de sus costumbres. Y por qué, dice sobre esto San Agustin, no iremos à estos Sábiles de la Gentilidad, quando se trata de corregir las nuestras? Ah! ámas interesadas, y venales, exclamaba este Pagano, esta continua leccion os está dando vuestra avaricia, y vosotros no os avergonzáis de tomarla. La virtud despues de la hacienda, pero la hacienda antes que todo. En habiendola adquirido nos aplicaremos al estudio de la sabiduria: pero antes que de la sabiduria es menester cuidar de enriquecerse: sin esto, la misma sabiduria se desprecia y pasa por necesidad. Así discurreis, y toda vuestra Filosofía se reduce à esta detestable conclusion: *Rem, si possis, recede: si non, quemodocunque rem.* Hagamos nuestra fortuna, aumentemos nuestros caudales: junctemos bienes: busquemos bienes, si podemos, justamente; y si no, busquemos bienes à qualquier precio, aunque sea à costa de qualquier otro bien. Así los hacia conocer lo estragados que estaban sus corazones: y mi dolor es, que estas palabras tomadas en toda su energia vienen el día de hoy nacidas para innumerables Christianos, que parece no tienen otra Religion sino esta: *Rem, si possis, recede: si non, quemodocunque rem.* No dexa de sentirse una interior repugnancia al valerse de medios indecorosos: pero no obstante la interior repugnancia que inspira la honra, y de la qual no es posible deshacerse, es aun mayor la vehemencia del deseo, y la codicia: y sucede, dice San Juan Chrisóstomo, que el deseo del fin hace atropellar con la injusticia de los medios: *Si non, quemodocunque rem.*

Supongamos un hombre con esta disposicion: qué no hará, y qué cosa habrá que no le detenga? A qué tentacion no estará sujeto? Le inquietará el escrupulo de la usura? Le espantará el nombre de simonia? Le faltará astucia para disfrazar y paliar el hurto? Tendrá dificultad en buscar razones especiosas para autorizar las exacciones injustas y las violencias? Si está constituido en cargo y en dignidad, se avergonzará de las ganancias indignas que hace, y desacreditará su Ministerio? Si es Juez dudaré en vender la justicia? Si es hombre de negocios y comercio, reparará en fraudes ni en ser paguro? Si se le ha fiado la hacienda de un pupilo, tomará manejarla para su provecho? Si administra las rentas públicas, reparará por hurtos los abusos que comete en ese empleo? No, amados oyentes míos; nada bastará para detenerle, y muchas veces, ni para inquietarle. Desde que quiere enriquecer, no habrá cosa que no intente, que no presuma que le es debida, que no crea que licitamente la puede. Si puede poco, y es tímido, será mañoso y astuto; si es poderoso y atrevido, será cruel y desapiadado. Si esta pasión le domina, no perdonará lo profano, ni lo sagrado; quitará de los mismos altares; hará suyo el patrimonio de los pobres; y si le quedare algun escrupulo, hallará Doctores que le aseguren, ó por mejor decir, él se los hará á sí mismo. Les ocultará lo mas esencial de las materias, se explicará á medias, y con sus artillos y rodeos sacará de ellos á pura fuerza decisiones favorables, y los hará fiadores de su maldad, aunque no quieran. Si el público se escandaliza, tendrá opinion con que se dará por seguro. Por lo maso, digan de él lo que quisieren, él se saldrá con lo que intenta. Quiere ser rico, y lo quiere absolutamente: *Rem, rem, quomodo cumque rem.*

No solamente lo quiere ser, sino que lo quiere ser sin término: otro deseo no menos peligroso, que irracional y necio. Porque dónde están hoy los ricos, que arreglando con prudente moderacion sus codicias, pongan punto fijo á su fortuna? Dónde están los ricos, que contentos con lo que basta, y levantando mas sus pensamientos digan,

gan, esto sobra para bienes de la tierra: es necesario proveerse de aquellos tesoros celestiales que no destruye el gusano, ni el orin? En vano se les advierte, que conforme así es la señal mas cierta de un entendimiento sólido y juicio. En vano se les muestra la necedad de un hombre, que teniendo limitadas las necesidades, tiene los deseos infinitos y sin fin; siendo semejante á aquel de quien hablaba el mismo Autor, que no teniendo necesidad mas que de un vaso de agua, quisiera sacar toda la de un rio, y no le bastara sacar la de una fuente. En vano se les dice con el Eclesiástico, que esta ansia de recoger y amontonar es pura vanidad y afliccion de espíritu: que en la codicia, como en las demas cosas, ha de haber fin; y que es uno de los castigos mas visibles de Dios en los ricos avarientos, que no vivan con menos miedo de la pobreza por la opulencia en que se hallan, y que quanto mas han adquirido, mas ansia tienen de adquirir. En vano se les representa, que amontonando bienes sobre bienes, no por eso logran ser mas amados, ni mas estimados, y honrados en el mundo: que estando llena la medida necesaria, por lo demas, ni viven con mas conveniencia, ni con mas descanso: y que todo el efecto de esas grandes riquezas es hacerlos blanco de la envidia, de la indignacion y odio comun: nada de esto les hace fuerza. Abrasados de una avarienta codicia, se responden secretamente, que todo es necesario en el mundo: que usando bien de todo, nada basta; que nunca puede ser de sobra lo que se tiene; que los hombres no valen, ni tienen estimacion, sino por lo que tienen; que es gusto coger mies colmada; que es de almas tímidas, y de conciencias apocadas poner raya á sus deseos. Máximas que los endurecen, y se dexan preocupar de ellas, de modo, que no hay cosa que pueda desengañarlos. Pues concebidas las injusticias á que arrastra esta pasión desenfrenada. Imaginad, qué vejaciones, que opresiones y exacciones injustas la acompañarán.

Por esto los Profetas, animados del espíritu de Dios, pronunciaban tan terribles anatemas contra esta hambre voraz: *Vae vobis, qui conjungitis domum ad domum, & Tom. III. Quaresma. B agrum*

agræ agro copulatis: numquid habitabitis vos soli in medio terræ? (a) Hay cosa mas eficaz ni eloquente que estas palabras? Ay de vosotros, los que juntaís casa à casa, y heredad à heredad: ay de vosotros, cuya vecindad por esa causa se hace formidable: ay de vosotros los que con vuestras odiosas ganancias hallais el secreto de hacer grandes y amplias posesiones de las haciendas mas moderadas! Pretendeis acaso vivir vosotros solos en el mundo? Pero por qué, dice un rico, no me será lícito aumentar mi hacienda? Y por qué no podré adelantarme pagando bien lo que adquiero, y sin hacer agravio à nadie? Otra vez digo, ay de vosotros: *Vae vobis!* Ay de vosotros; porque intentar siempre crecer, y no hacer daño à otro, son comunmente en la practica dos voluntades contrarias! Ay de vosotros; porque estos acrecentamientos casi siempre han sido, y casi siempre serán injustos, si no contra aquellos cuyas heredades comprais, à lo menos contra aquellos à cuya costa las pagais! *Vae, qui multiplicat non sua* (b): Ay de aquel hombre que sin cesar quiere multiplicar sus rentas, porque confunde infaliblemente lo que es de su proximo al multiplicar lo que es suyo! *Vae, qui congregat avaritiam domni sui, ut sit in excelso domus ejus* (c). Ay del hombre, que dando oídos à su ambicion y à su avaricia, está formando siempre nuevos designios, y haciendo ideas vastas para el acrecentamiento de su casa! Por qué Oid con admiracion la expresion del Espiritu Santo: *Quia lapis de portite clamabit* (d); porque las piedras de que se fabricó esta casa darán voces de venganza; y la madera que se empleó en el edificio servirá de testigo contra él: *Et lignum quod inter juncturas edificiorum est, respondebit* (e).

En fin, se quiere ser rico en poco tiempo; y porque son pocos los estados, las condiciones y empleos, en que se puede llegar à serlo por caminos cortos y por atajos, se solicitan con ambicion estos estados, se pretenden éstas con-

(a) Isai. 4. v. 8. (b) Habac. 2. v. 6. (c) Ibid. v. 9.
(d) Ibid. v. 11. (e) Ibid.

condiciones, y se procuran estos empleos contra todas las reglas de la prudencia Christiana. El rumbo que se seguia en la sencillez de los primeros siglos para enriquecer, era el de una gran parsimonia, y el de una aplicacion continua; pero en nuestros dias se han descubierto caminos mas cortos, y mucho mas acomodados. Una comision que se exercita, una noticia que se dá, y partido en que se entra, y otros mil medios que vosotros sabeis, han puesto en practica el ansia y la impaciencia de tener. A la verdad por ahí se hacen progresos que asombran; por ahí se vé que el talento, y la industria llevan el fruto de ciento por uno; en pocos años, y aun en pocos meses se halla uno como transfigurado, y se eleva del polvo por donde andaba arrastrando hasta la mas alta cumbre.

Pues de fe es, Christianos, que todos los que pretenden enriquecer en poco tiempo no conservarán su inocencia: *Qui festinat ditari, non erit innocens*. (a) El Espiritu Santo lo afirma; y quando no lo dixera, es evidente la prueba. Porque es incomprehensible, que con unos sueldos, y gages arreglados se hagan instantaneamente fortunas semejantes à estas de que hablamos; y que no tomando, segun el precepto de San Juan Bautista, mas que lo debido, se llegue à una opulencia en que la cumbre y elevacion se descubran casi desde que se empiezan à ver los cimientos. Luego es necesario que la mala fe, por no decir la fraudulencia, haya venido al socorro, y dado alas à la codicia para hacerla tomar un vuelo tan rápido y tan pronto.

Esto, direis vosotros, es condenar à muchas personas de honra; pero yo respondo en primer lugar, que convendría primero averiguar, qué personas de honra son éstas, y en qué sentido se llaman personas de honra. En segundo lugar, que no me toca condenar à nadie, pero es de la obligacion de mi ministerio desenvolver los oráculos sagrados de la palabra divina. Si las que llamais perso-

(a) Prov. 28. v. 20.

nas de honra hallaren en ellos su condenacion, veran como han de mirar por si; pero sea lo que fuere de esto, es verdad incontestable, *qui festinat ditari, non erit innocens* quando se da uno prisa para enriquecerse, aun en el juicio del mundo no es inculpable; cómo lo será en el de Dios!

No obstante, amados oyentes míos, tal es la obstinacion del siglo. Por ser rico en poco tiempo se abandona la inocencia, se renuncia la virtud, se desnuda uno hasta de la humanidad, se traga la sustancia del pobre, se arruina la viuda y el huérfano, y despues de esto muchas veces con una grosera hipocresía, se quiere hacer papel de virtuoso, como si la devocion y la mudanza de costumbres que vienen despues de la injusticia, sin dar satisfaccion, lo cubrieran y santificaran todo. Será extraño, que viendo el Hijo de Dios todos estos desórdenes haya reprobado las riquezas en su Evangelio, y no las haya llamado precisamente riquezas, sino riquezas de iniquidad: *Mammona iniquitatis*? (a) Es necesario preguntar la razon, por qué el Sabio, alumbrado del Espiritu de Dios, buscaba por todo el mundo un hombre que no hubiese corrido en seguimiento del oro y la plata? Por qué le miraba como á un hombre milagroso, queriendo hacer su elogio, y canonizarle desde esta vida? *Quis est hic, & laudabimus eum? fecit enim mirabilia in vita sua*? Pero si es cosa rara, añade San Agustin, hallar un hombre tan justo que no se dexé deslumbrar con el resplandor del oro y la plata; cuánto mas, no digo solamente dificilísimo, sino imposible ha de ser, que se dexé arrebatár de este resplandor, y que se mantenga en el estado de justo? Queréis, hombres del siglo, moderar este injusto deseo? Pues enteraos bien de la obligacion de la limosna. Entended, digo, que quanto mas tuvieréis, tanto mas obligado estareis á dar y á repartir; que será necesario que crezcan vuestras limosnas á proporcion de vuestras rentas; y que

(a) Luc. 16. v. 9.

por esta proporcion habeis de ser juzgados: Así discurria en una de sus Epistolas San Bernardo. Porque, ó sois ricos, decia este Padre, y tenéis bienes superfluos; y si es así, no son vuestros, sino de los pobres; ú os hallais en una fortuna mediana; y siendo así, de qué os sirve pretender lo que no podeis guardar? *Dignatio tua, aut dives est, & debet facere quod preceptum est, aut alicui tenet, & non debet querere quod erogatura est*. Qualquiera que esté bien convencido de esta verdad importante, antes que desear riquezas tendrá medio de adquirirlas. Adquirir riquezas es ocasion de injusticias: lo habeis visto! Poseerlas es origen de soberbia: esto habeis de ver en la segunda parte.

II. PARTE.

No sin razon, escribiendo el Apostol á su discipulo Timoteo, y enseñándole á formar las costumbres de los primeros fieles, entre otras máximas que establecia, y en que queria fuesen instruidos, le encargaba particularmente, que ordenase á los ricos de este siglo que no fuesen soberbios; *Divitibus hujus sæculi præcipe sublimè non sapere*. (a) Como si dixera, segun San Juan Chrisóstomo: ninguna cosa es mas peligrosa para un Christiano, que la posesion de las riquezas; y pluguiese al Cielo, que la pobreza Evangelica fuese el patrimonio de todos los que profesan el Evangelio. Mas si por alta disposicion y orden de la providencia hay ricos entre nosotros, habladlos como hombre de Dios; y en lugar de lisonjearlos por la felicidad de su estado, obligados á que se humillen y tiemblen á vista de las infelicidades que les amenazan, y de que deben guardarse. Sabia, añade San Agustin, que el espíritu de la Christianidad es esencialmente opuesto al de la soberbia; pero sabia tambien que este espíritu de soberbia es inseparable de las riquezas, sino por milagro. Por esto se

(a) 1. Tim. 6. v. 17.

valia con tanto zelo de la autoridad que Dios le habia dado, para sujetar los ricos à esta santa y divina ley de no tener pensamientos elevados, ni abusar de su suerte con desprecio de su Religión: *Divitis bus hujus sæculi præcipue sublimè non sapere.*

A la verdad, Christianos, las riquezas inspiran naturalmente, especialmente à un corazón vano, y lleno de sí mismo, dos afectos de soberbia. El primero para con los hombres, sobre los quales piensa que tiene derecho de elevarse: el segundo para con Dios, à quien no conoce sino à medias, y cuyo yugo parece que ha sacudido. Soberbia para con los hombres, que llamamos presunción y arrogancia. Soberbia para con Dios, que degenera en disolución y en impiedad. Una y otra son consecuencia tan natural de la abundancia y posesion de las riquezas, que sola la gracia de Jesu-Christo podrá preservarnos de ellas.

Soberbia para con los hombres; porque basta ser ricos para sacar, aunque injustamente, todas estas consecuencias à su favor; que no necesita de nadie, que ha de estar todo el mundo dependiente de sí; que puede uno sin estorbo ni oposicion ser delicado, imperioso y caprichudo; que está sobre toda censura, y con potestad de obrar impunemente; que tiene segura la aprobacion y la alabanza, ó por mejor decir, la adulacion y la lisonja; que sin merecer se tiene todo quanto pasa por merecimiento. Consecuencias de que se dexan infatuar, no solamente los entendimientos populares y limitados, sino aun los sábios que procedieran con solidéz en todo lo demas. De suerte, que los unos y los otros deslumbrados con el resplandor que los cerca, y fuera de sí con su fortuna, se dicen à sí mismos como el Fariseo: *Non sum sicut cæteri hominum,* (a) no soy como los demas hombres, ni los demas son como yo. Volvamos sobre esto, Christianos, y descubriremos lo mas.

No tener necesidad de otro es el primer efecto de la opu-

(a) Luc. 18. v. 11.

opulencia, y disposición proxima è infalible para despreciar à todo el mundo. En la independencia en que se halla un rico mundano, y en el estado en que le pone su fortuna de poder pasar sin la ayuda de otro, sin su amistad y sin sus favores, solamente piensa en sí mismo, y solamente vive para sí. Afabilidad, mansedumbre, paciencia, condescendencia, son unos nombres que ignora, porque explican unas virtudes que de ningun modo practica, y sin las quales sabe vivir. Para qué le menester yo à este? Y qué provecho sacaré de tener atenciones con aquel? Estando en este dictamen, no sabe lo que es ceder y humillarse, ni aun en las ocasiones en que lo pide la caridad y la razon. Y como solo el amor propio le mueve para sus acciones, no siendo jamas humilde por dependencia ó necesidad, tampoco lo es por obligacion ni por virtud.

Ver à todo el mundo dependiente de sí, verse solicitado, temido y obedecido de todo el mundo, es otro efecto de las riquezas. Pues qué cosa puede venir mas nacida para fomentar la presunción de un espíritu soberbio? Bien sabido es, que si un rico se hiciera justicia à sí mismo, consistiera su humillacion en pensar lo que son los que le sirven, y aquellos imaginados amigos de los quales se gloria. Unos amigos y sirvientes, llevados del interes, y que al seguir su fortuna, muchas veces tienen en su corazón un cierto desprecio, y un odio oculto de su persona. Pero la soberbia ingeniosa en engañarse no dexa de aprovecharse de esto mismo, convirtiendo, ya que no en gusto, à lo menos en gloria el tener jornaleros y esclavos con el nombre de amigos. Si no tiene medios para hacerse amar, los tiene para hacerse temer. Y ya le amen, ya le aborrezcan, siempre le es motivo de complacerse, el ver que se interesan en tenerle respeto. De ahí nace, dice el mas sabio de los hombres Salomon (doctrina admirable, de la qual continuamente estamos viendo una prueba clara) de ahí nace que el rico, porque es rico, pretende tener titulo para ser pesado, dificultoso en dexarse hablar, de condicion desigual y varia, enfadoso quando le viene la gana, impaciente y colerico; pretende tener derecho

para desechar a los unos, para atropellar a los otros, y para ser insoportable a todos. Si fuera pobre, no salieran de su boca sino súplicas y ruegos (son palabras de la Escritura) pero porque vive con desahogo y tiene hacendada, habla con altivez, y responde con aspereza: *Cum obsecrationibus loquitur pauper: & dives effabitur rigidus.* (a)

Tener poder para intentar y hacer quanto quisiere, es el tercer efecto de la abundancia en qualquiera que sabe aprovecharse de ella. Porque donde se ven ricos (decia Salviانو llorando los abusos de su siglo, y puedo yo decirlo como él.) Donde se ven ricos, que estén sujetos al rigor de las leyes? En qué tribunal los castigan? Qué justicia se espera contra ellos? Qué integridad no corrompen? De qué mal paso, por decirlo con los términos comunes, no saben con libertad y osadia sacar pies afuera? Qué delito hay tan infame, que no hallen modo de purgarse de él? Las leyes, añade el mismo Padre, son para los miserables; los castigos para aquellos a quienes podia servir de castigo su pobreza: mas para los ricos todo es gracia, condescendencia y tolerancia. La mas inflexible equidad, y el rigor mas severo de las leyes se tuercen a su favor. Pues esto es, dice David, lo que los hace insolentes y arrogantes. Nunca sienten el estímulo de la correccion, ni son castigados como los demas hombres. No son reprehendidos, ni confundidos, ni castigados: y esta es la causa de que la soberbia se apodere de ellos, y los posea del todo: *In labore hominum non sunt, & cum hominibus non flagellabuntur: ideo tenuit eos superbia.* (b)

Pues cómo no han de ser superiores a la censura, si las basta ser ricos para tener aprobadores, hagan lo que hicieren? Queréis saber uno de los grandes privilegios de las riquezas? El Eclesiástico os enseñará qual es. El pobre habla sabiamente, y apenas se le sufre: el rico habla fuera de proposito, y es oído con respeto; y lo que imprudentemente dice, es elevado hasta las nubes con las alabanzas que

(a) Prov. 18. v. 24. (b) Psalm. 72. v. 5. & 6.

que le dan: *Dives loquutus est, & omnes tacuerunt, & utique ad nubes verbum illius perducunt.* (a) Sus faltas son perfecciones, sus yerros son luces de sabiduria: hasta los deseos de su corazon, dice en otra parte el Espíritu Santo, son alabados; es decir, sus pasiones y los impetus de su alma. Lo que se censura en los otros, en él es materia de elogios, y asunto de bendiciones: *Quoniam laudatur peccator in desiderijs anima sue, & iniquus benedicitur.* (b) En el texto Hebreo se lee: *Et dives benedicitur.* Pues quien puede resistirse a un ayre tan contagioso como el de la lisonja continua? En fuerza de oir uno siempre que es perfecto, cree que lo es; y en fuerza de creerlo se hace soberbio y vano sin caer en ello. Por poco juicioso que fuese el rico renunciaria este falso privilegio: pero la adulacion que le arruina, al quitarle la humildad le quita tambien el juicio, y le hace que prefiera la mentira a la mas sólida de todas las verdades, que es el conocimiento de sí mismo.

Ultimamente, qualquier rico es eminentemente todas las cosas, y sin merecer tiene merito para todo. Es noble sin nacimiento, sabio sin estudio, valiente sin valor; tiene prendas, virtud, prudencia y talento. Sin mas distincion que el oro y plata que posee, llega a conseguir las honras. Por ese medio reyna y domina; es amado de los grandes, y adorado de los pequeños: no hay parentesco que no pretenda, ni competidor a que no ponga el pie encima. En una palabra; de nada está excluido, y se abre el camino para todo. Pues no seria una especie de prodigio, que supiese defenderse de la soberbia, y contenerse en los límites de la modestia christiana?

Mas. La soberbia con los hombres es un escalon para subir hasta el desprecio de Dios; y la posesion de las riquezas, que debiera servirle al rico para ser agradecido a Dios de quien las ha recibido, por lo inficionado que tiene el corazon, le hace caer en una especie de idolatría, y falta de Religion. Quando digo una especie de idolatría,

Tom. III. Quaresma.

(a) Eccl. 12. v. 28. (b) Psalm. 10. v. 3.

nada exágero. San Pablo, que pensaba y hablaba con rigor, en fuerza de usar de este término, le ha hecho para la materia que voy tratando, no solamente propio, sino determinado. Jamas este Apostol de Jesu-Christo, nombrando las especies de pecados, especifica la avaricia sin añadir para distinguirla: *Que est simulacrorum servitus*, (a) que es un culto de idolatría. Y por qué? Porque estaba persuadido, dice San Juan Christosomo, á que la plata es el Dios del rico. Si, su Dios es, supuesto que le adora; su Dios, pues espera en él; su Dios, pues le ofrece sacrificios; su Dios, pues le ama sumamente y sobre todas las cosas. Luego bien llama San Pablo idolatría la posesion de los bienes de la tierra, respecto de un rico que está poseido de ellos: *Simulacrorum servitus*. Idolatría de todos los tiempos, de todas las naciones y pueblos, la mas ciega y porfiada que Jesu-Christo tuvo que combatir y destruir en su venida al mundo. Pues qué hace la idolatría en el alma? Bien lo sabeis, Christianos: arruina en ella el imperio de Dios, y levanta una divinidad estraña que contrapone á Dios, la eleva sobre él, y la hace asentar sobre su mismo trono. Ultraje mayor que de rebellion, mas que apostasia, y llega á los terminos de insulto.

El Profeta Oseas nos quiso dar á entender lo mismo en aquel célebre lugar del capitulo doce de su Profecía, que es uno de los mas excelentes lugares de la Escritura. Este Profeta habia predicado muchas veces á los Judios la obligacion de perseverar en la fe de sus Padres, pero los Judios habian despreciado sus advertencias: un dia que los reprehendia su infidelidad contra el Dios de Israel (lo creéis?) Un hombre de la Tribu de Ephraim le respondió osadamente, que no, tenia que ver con ese Dios; que habia elegido otro mas á su gusto, cuyo culto era mas conforme á sus inclinaciones; que este nuevo Dios era su plata, y que en adelante habia de ser su deidad; que pues ella le hacia dichoso, no queria reconocer otra sino á ella:

E:

(a) Coloss. 3. v. 5.

Et dixit unus de Ephraim, dives effectus sum, inveni idolum mihi. (a) Pesad bien el sentido de estas palabras. Yo he llegado á ser rico, y en mis riquezas he hallado un idolo para mí. Como si dixera: Profetas, bien podeis alzar la voz, bien podeis amenazarme con la indignacion de vuestro Dios: ya no os oygo: ese Dios de que me hablais no es ya mi Dios: me he deshecho de él: ya no le invocó sino en la apariencia, ni le temo, ni le amo. Desde que la fortuna me ha dado modo de tener un Dios visible, que me pertenece á mí solo, renuncio á todo otro Dios por seguir el partido de este. Hablad á los que creen en el Dios de Abraham; esos os obedecerán; pero yo estoy por mi idolo: *Verumtamen dives effectus sum, inveni idolum mihi.* Ah! Christianos, cuántas veces se ha renovado este escándalo en la Christiandad? Quando los Predicadores hacen todos sus esfuerzos para persuadir á los fieles las verdades Evangélicas, cuántos ricos se levantan en su interior contra ellos? Aunque no se expliquen como este impio y apostata, qué desprecio de las máximas de Dios no los hace concebir la avaricia que los domina? Si tuvieran atrevimiento de declarar sus pensamientos, con qué soberbia no dixeran como este infeliz: *Dives effectus sum, inveni idolum mihi?* No, no esperéis que vuestro zelo nos convierta: no lo conseguireis, aunque hableis en el estilo de los Profetas. Estamos ricos y en prosperidad: con que serán inútiles vuestros discursos. Vosotros nos predicais un Dios, y nosotros servimos á otro. El nuestro es el Dios de la santidad y de las virtudes, y el nuestro es el Dios de las riquezas y de la opulencia. Vosotros decís, que estas dos Divinidades no pueden estar juntas; y por esto os declaramos que no ganareis nada con nosotros, porque estamos resueltos á seguir la deidad que adora, y de quien depende el mundo.

Así, digo, se explicarán muchos ricos, si quisieran descubrirnos lo que sienten; pero su proceder nos asegura

C 2

(a) Ose. 12. v. 8.

ra de ello, y nos da bastantemente à conocer las verdaderas disposiciones de su corazón. Hablemos naturalmente y sin enigmas. Qué es un rico segun la práctica del siglo? No os ofendais de mi proposicion: quanto mas la examináreis, tanto os parecerá mas verdadera. Qué es un rico hinchado con su fortuna? Un hombre, ó absolutamente sin Religion, ó que no la tiene sino en la superficie, ó muy poca. Un hombre para quien parece que no se ha hecho la ley de Dios: un hombre, que no sabe lo que es hacerse fuerza para sujetarse à las leyes de la Iglesia; un hombre, que solo porque es rico, se dispensa de todo quanto quiere; un hombre, que no se sujeta à la penitencia, sino en quanto no le incomoda; un hombre à quien los mismos Ministros de Jesu Christo, no solamente tienen atenciones, sino miedo; un hombre, que aun en el tribunal de la confesion en que es reo, quiere que se le respete, y se haga distincion de él; un hombre, que acomoda el culto de Dios à sus juicios errados y à sus gustos, en lugar de corregir sus juicios errados y sus gustos con la pureza del culto de Dios. Y todo esto sin mas fundamento que el estado de opulencia que le ensorbece.

No digo que son de este carácter todos los ricos: no quiera Dios que yo les haga esta injuria, ó por mejor decir, que se la haga à la Providencia. Dios tiene sus predestinados y escogidos en todos estados; y entre los ricos no menos que entre los pobres: pero digo que la posesion de las riquezas, sin una profunda humildad que la sirva de superior preservativo, conduce y viene à parar en este extremo. Y no basta esto para infundir pavor aun à los ricos mas Christianos? Gloríese el pobre, concluye el Espíritu Santo (divina instruccion, que ruego os apliqueis à vosotros, pues ella basta para remediar el desorden contra el que acabo de hablar) gloríese el pobre de su elevacion sólida y verdadera; humílese por el contrario el rico, y haga gloria de su humildad: *Glorietur frater humilis in exaltatione sua, & dives in humilitate sua.* (a) Veis ahí, ricos del

(a) Jacobi Ap. 1. v. 9. & 10.

del siglo, de lo que debéis gustar, y en lo que debéis exercitaros. Si sois del numero de los escogidos de Dios, esto os ha de santificar; y os ha de salvar; conviene à saber, la humildad de corazón: *Et dives in humilitate sua.* Pedís para esto un motivo que os haga fuerza, sacado de vuestra misma condicion? Oídle en las palabras que se siguen: *Quoniam velut flos feni transibit;* porque así como la mas bella flor se seca y se marchita, así el rico con todo su esplendor se pasará muy en breve: *Ita et dives in itineribus suis non avertet.* Y yo puedo añadir, que es tambien porque estas riquezas que poseéis no son vuestras, porque respecto de Dios sois depositarios y repartidores de ellas, y ha de llegar día en que le habeis de dar cuenta de ellas, pues en virtud de la obligacion indispensable de la limosna, sois deudores de ellas à los pobres. Si el rito del Evangelio se hubiera persuadido à esto, hubiera mirado à Lazaro con otros ojos, le hubiera respetado, le hubiera oído, le hubiera consolado. Hemos visto como el adquirir riquezas es ocasion de injusticia, y el poseerlas es origen de la soberbia; veamos como su uso es principio de una corrupcion de costumbres, que es la tercera parte:

III. PARTE.

Si bien se considera como el día de hoy nos representa el Hijo de Dios al rico avariento, à primera vista parece que debíamos estrañar que Jesu-Christo le haya reprochado tan à las claras, y fulminado contra él una sentencia tan rigurosa. Porque qué delitos se le imputan para sacar una consecuencia tan horrorosa? *Mortuus est dives, & sepultus est in inferno.* (a) Murió el rico, y fue sepultado en el inferno. Qué habia hecho para ser condenado al fuego eterno? Se gloriaba de su hacienda: qué cosa mas natural? Estaba vestido de danda y púrpura: no lo pedía su estado? Se trataba todos los días expleudidamente; si

(a) Luc. 16. v 22.

si no fuera así, de qué le hubiera servido ser rico? Así juzga el mundo; pero en esto el juicio del mundo está viciado; pues es opuesto al de la verdad eterna, que en una palabra condena mil falsedades groseras de que se dexan prevenir los espíritus mundanos en orden al uso de las riquezas; y por lo mismo establece una ley, no menos justa que rigurosa, por la qual se han de juzgar à sí mismos desde ahora los ricos del siglo, si no quieren ser juzgados de Dios.

En efecto, para explicarnos mi pensamiento, y justificar esta sentencia de reprobacion dada contra el rico del Evangelio, aunque los juicios del Señor no han menester que los justifiquemos nosotros, y como dice el Profeta Rey, se justifican bastantemente por sí mismos: *Judicia Domini vera justificata in semetipsis*: (a) es engaño grande creer que un rico puede vivir con mas ostentacion, con mas regalo, y con mas esplendidez; y que la profanidad, el gusto, y el regalo deben crecer à proporcion de los bienes. Si consultára yo sobre este punto la doctrina del Paganismo, me diera motivos para avergonzar y confundir à muchos Christianos, que no obstante su relaxacion se precian aun de ser en su Religion espirituales y perfectos; porque así en esta, como en otras muchas materias, los Paganos, cuya ceguedad y falta de fe lloramos, nos han enseñado la obligacion que tenemos. Juzgaron ellos, que el ser ricos no era razon para ser menos arreglados, menos castos, menos abstinentes, menos despegados de las conveniencias de la vida; y que usar de los bienes para tratar los cuerpos con regalo, para satisfacer à los sentidos, para vivir en delicadezas y deleites, era un desorden que la razon del hombre condenaba.

Yo no he de excusarme nada, decís; porque tengo grandes rentas, y una fortuna que bastaria para los Príncipes y Soberanos. Así habla un rico pródigo en su opulencia. Y bien, le responde el satírico Romano (y no es es-

(a) Psalm. 18. v. 19.

ta respuesta digna de la Christianidad?) No tenéis otra cosa mejor en que emplear lo que os sobra? No hay pobres? Los templos estan adornados con religiosa decencia? Por qué han de quedar abandonados tantos infelices? Por qué las cosas consagradas à la caridad pública han de estar tan escasas, quando vos vivis entre delicias? Habetis de ser solo el que sintais el gusto de vuestra prosperidad? Vos solo habetis de lograrla, y vivir à vuestras anchuras? Así discurrían los Infieles: pero la doctrina del Evangelio dice mas, y nos enseña, que quanto mas rico es un Christiano, tanto mas mortificado debe ser; es decir, tanto mas debe irse à la mano en las dulzuras de la vida; y que aquellas máximas principales de renunciar, de despojarse, de desasirse y crucificarse, tan necesarias para la salvacion, son mucho mas para él que para el pobre, por tres excelentes razones que da San Juan Chrisostomo. Lo primero, dice este Santo Doctor, porque el rico está mucho mas expuesto que el pobre à la corrupcion de los sentidos; y poniendole sus riquezas en estado de poder todo lo que quiere, le ponen en una tentacion continua de querer lo que no debe: luego para asegurarse de este riesgo debe estar continuamente en guerra consigo mismo; y mirando su propia carne como su mayor enemigo, lejos de darla el modo de avivar sus apetitos; debe reusarla lo que puede mantenerlos. Pues para esto ha menester una mortificacion conveniente, y una pobreza de corazón, que (en quanto es posible) le despegue de toda aficcion terrena. Lo segundo, porque siendo rico, ordinariamente está mas cargado de oficios, y es mas deudor à la justicia de Dios; y por consiguiente está mas obligado à aquellas satisfacciones de trabajo y mortificacion à que el estado de reos nos obliga; y Dios, como vengador de las culpas, se las pide à los que las han cometido. Pues viviendo en deleites se cumplirá con una obligacion tan indispensable? El ayuno, la ceniza y el cilicio deben ser, segun la sentencia del Espíritu Santo, la suerte de los pecadores ricos; pero estos son los que usan de manjares mas delicados, y se adornan con vestidos mas costosos. Como

mo puede delante de Dios sufrir tal contradicción? Luego es preciso que el rico olvide lo que es, o por mejor decir, que acordándose de lo que ha sido, y de las culpas innumerables en que ha caído, dexé de vivir como rico para vivir como pecador convertido. Ultimamente, prosigue San Juan Chrisostomo (y esta razon explica la segunda) el rico halla en su estado estorbos casi invencibles para hacer penitencia, siendo esta el unico camino para convertirse á Dios y salvarse: *Nisi penitentiam egeritis, omnes similiter peribitis*: (a) si no hicieris penitencia, todos os perdereis, dice el Salvador del mundo. Pues vosotros, que en medio de vuestros bienes, y en el mundo experimentais las mayores dulzuras, que de él quebrantais continuamente en todas las cosas esta ley, aunque es tan universal y severa. El pobre con una feliz necesidad está apartado de todo lo que le puede estragar. El pobre, por poco que corresponda á la gracia de su estado, conserva facilmente la inocencia de su corazón. El pobre, si peca por fragilidad, halla en su misma pobreza el remedio de su pecado; quiero decir, una especie de penitencia tanto mas segura, quanto menos tiene de propia voluntad; y tanto mas satisfactoria, quanto es mas contraria á todas las inclinaciones de la naturaleza. Pero vos, cuya bendicion es, como la de Esau, lo fértil de la tierra, por mas feliz que seais segun el siglo, careceis de todas estas ventajas. Sois tentado mas peligrosamente, mas ciertamente vencido, y mas dificultosamente remediado: mas facilmente tentado del espíritu impuro, mas infaliblemente vencido de la passion, y mas dificultosamente remediado de vuestros hábitos viciosos. Luego solo un desasimiento heroico, qual prescribe San Pablo, y consiste en usar de vuestras riquezas como quien no usa de ellas, os puede preservar de todas estas desgracias.

Pues de qué me ha de servir mi hacienda? Ay! hermano mio, responde San Juan Chrisostomo; tan ciego es-

(a) Luc. 13. v. 9.

estais, que creis que Dios que lo ha dispuesto todo, ha dexado esa hacienda á vuestra discrecion; y os la ha querido dar para que la destruyais á vuestro arbitrio, y segun los caprichos de vuestra fantasia? No, no; ni su bondad, ni su sabiduria pudieron tener ese designio. Vuestros bienes os servirán para otros muchos bienes mas importantes, á los quales los debéis referir. Os servirán para honrar á Dios, para exercitar la caridad con vuestros hermanos, para convertirlos, como dice la Escritura, en precio de la redencion de vuestra alma. Pero podeis pensar que los habeis recibido para fomentar vuestra disolucion y vuestra impenitencia? Con todo, este abuso reyna el día de hoy en el mundo, y aun en el mundo Christiano. Porque un hombre es rico, quiere tener, no solamente con suficiencia, sino con abundancia, con superfluidad, con profusion todas las conveniencias de la vida. Y como es imposible conservar entre las conveniencias de la vida la pureza de las costumbres, se sigue de ahí una disolucion y corrupcion general.

No hablo de lo mas escandaloso que se intenta, y se executa por ese medio: no quiera Dios que yo pretenda aqui manifestar aquellas abominaciones que el Espíritu de Dios le ponía á los ojos al Profeta, quando habiendole mandado que rompiese la pared, y penetrase las estancias mas ocultas de los hijos de Israel, le descubrió lo mas infame que pasaba dentro de ellas: *Fili hominis, fode parietem, & videbis abominaciones pessimas*. (a) No quiera Dios que os lleve yo, ni aun en espíritu, á las casas de tantos ricos deliciosos de que está lleno este lugar, y corriendo el velo, os ponga á los ojos todas las impurezas que se cometen en ellas, y que pudiera llamar con razon las abominaciones de esta Capital: *Ingrederere, & vide abominaciones pessimas, quas isti faciunt hic*: (b) Por mas cautelas que usára, tuviera vuestro recato que sufrir. No hablo pues, de los amancebamientos que sustenta la plata que se emplea con prodigalidad; de los adulterios á que

Tom. III. Quaresma.

D

sit

(a) Ezech. 8. v. 8. (b) Ibid. v. 9.

sirve de atractivo; ni de otros muchos pecados abominables, cuyo premio es: porque la plata, dice San Geronimo, engaña la simplicidad de las doncellas, hace titubear la constancia de las viudas, y mancha los matrimonios mas honrados. Los locos desperdicios en que se consume la plata, son con los que un hombre persuade que tiene amor, y con los que sabe infelizmente hacerse amar; con lo que es solicitado aun de las mas desdenosas, y triunfa aun de las mas prudentes y entendidas. Por ese medio se mantienen aquellos tratos detestables, que en las familias mas bien dispuestas son cada dia causa de divisiones tan funestas, y accidentes tan tristes. Pregúntase la causa de haberse arruinado ese hombre, y es materia de admiracion: pero ved aqui de lo que vino, y fue preciso que viese su ruina. Una oculta liviandad que mantenía; una pasión á que lo sacrificó todo, y por la qual hizo punto de no perdonar á nada, apuró aquellas rentas tan desahogadas y copiosas. La concupiscencia de la carne (que es aquella sanguiuela, que segun la sentencia de Salomon, siempre está clamando porque la den mas, y nunca dice basta) acaba con los bienes de la mayor parte de los ricos. Y aun si no se emplearan en eso sino los bienes profanos, me sirviera por ventura de consuelo; pero aun aquellos que por respeto llamamos bienes de la Iglesia, aquellos que por derecho natural y divino son sagrados desde que la piedad de los fieles se los legó á Jesu-Christo en la persona de sus Ministros, esos tambien se emplean vilmente en esos usos. Quántas veces, (ó ignominia de nuestra Religion!) Quántas veces la renta de un Beneficio ha sido precio de una castidad, al principio perseguida, y al fin vendida á la sacrilega incontinencia de un licencioso, obligado por su profesion á las mas angustas funciones del Sacerdocio? No sé si el Profeta pudiera haber encarecido mas de lo que yo he dicho, ni sé si habia visto abominaciones mas horribles: *Vade, & adhibe conversus ejedibis abominaciones majores.* (a) Pero dexemos estos horrores, y

(a) Ibid. v. 13.

detengamonos en lo que la costumbre y espíritu del siglo han hecho no solo tolerable, sino digno de alabanza, aunque se opone esencialmente á las leyes del Evangelio, y á las de la razon. Porque uno es rico, quiere gozar sin limitacion de todo aquello á que se estienen los deseos que un amor excesivo de sí mismo puede inspirarle. Quiere que el fruto de las riquezas sea todo lo que puede contribuir para lograr una vida acomodada, por no decir deliciosa: alhajas curiosas, equipages muy compuestos, numero de criados, mesa bien servida, divertimientos gustosos, casas soberbias, grandeza y ostentacion en todo. Ostentacion, añade San Geronimo, que se convierte en ultraje de lo que Jesu-Christo padeció, y de la miseria de los pobres: ostentacion á que echó Dios su maldicion en la Escritura, quando decia por boca de su Profeta: *Et percutiam domum tyemalem cum domo aestiva, & peribunt domus eburneae, & disperdam habitatores de domo voluptatis.* (a) Yo destruiré esas casas de recreo, esas divisiones de invierno y de verano: esos edificios que parece que no se edificaron sino para hacer que el mismo regalo viva en ellos: yo daré con ellos en tierra, y descargaré mi indignacion sobre los que viva en ellos, como sepultados en la floxedad del ocio y en un profundo sueño.

Asi usa el amor propio de los bienes que se poseen, quando no se le opone, ni le arregla la mortificacion Christiana. Pues ya he dicho (y no habrá quien desde luego no siga mi parecer) que mientras reynare este desorden, no hay que esperar que la carne esté sujeta al espíritu, ni el espíritu á Dios: *Incrassatus est dilectus, & recalcitravit.* (b) palabras admirables de Moyses, *incrassatus, impinguatus dilatatus, dereliquit Deum factorem suum, & recessit á Deo salutari suo.* Este Pueblo, amado antes, ha engrosado con los bienes que se le fiaron, y ha venido á parar en rebelde. Yo paso que se ha llenado, que se ha alimentado, y que ha vivido en abundancia; y repa-

(a) Amos. 5. v. 15. (b) Deut. 32. v. 15.

ro en que ha dexado à Dios, que es el autor de su ser y de su salvacion. Pues no se puede decir de casi todos los ricos que son unos hombres estragados, ò por mejor decir, perdidos por el desenfrenamiento de las pasiones de la carne que los dominan? Y esto porque tienen todos los medios para serlo, y no se sirven de sus riquezas sino para hartar sus brutales apetitos. Víctimas reservadas à la justicia de Dios, y celadas con sus propios bienes. Quántos veis en el mundo que sean de otra suerte? Quántos veis que viviendo en opulencia cuiden de afligir sus cuerpos, y reducirlos à servidumbre! Un rico continente, ò que haga penitencia, no es una especie de milagro?

Llorad pues, hermanos míos, concluia el Apostol Santiago hablando con los ricos del siglo; llorad, alzad el grito à vista de tantos peligros como os cercan, y de las calamidades que están para venir sobre vosotros: *Agite nunc divites, plorate ululantes in miseris vestris, quæ advenient vobis.* (a) Ahora vivis con aparato y ostentacion; pero vendrá tiempo en que os serán quitados vuestros bienes, y os hallaréis delante de Dios en suma miseria: *Divitia vestra puresfactæ erunt.* La herrumbre que gastará vuestro oro y vuestra plata dará testimonio contra vosotros, y hará que os acordeis, pero tarde y para vuestra confusion y desesperacion, que no debiais haber puesto vuestra confianza en unas riquezas perecederas: *Aurum, & argentum vestrum aruginabit, & arugo eorum in testimonium vobis erit.* Vosotros allegais grandes tesoros; mas despues de haber sido para vosotros tesoros de maldad en la tierra, serán en el juicio de Dios tesoros de indignacion y de venganza: *Thesaurizastis vobis iram in novissimis diebus.*

Con todo eso queréis convertirlos en tesoros de justicia y de santidad? Pues despues de haberlos adquirido legitimamente, repartiédlos con los pobres. Buscadlos en las carceles, en los hospitales, y en tantas casas particulares; digamoslo mejor, en aquellos tristes y lóbregos retiros en que

(a) Jacob. 3. v. 1.

que se están consumiendo. Id à ser testigos de sus miserias, y no tendreis corazon tan de piedra, que los rehuséis vuestros socorros. Fuera una inhumanidad, y una crueldad que no puedo creer de vosotros. Se enternecerá vuestro corazon para con ellos, se abrirán à su favor vuestras manos, y ellos serán para con Dios vuestros intercesores y abogados. Este fruto sólido podeis sacar de vuestros bienes; este empleo santo debeis hacer de ellos. Temed la suerte del mal rico, aprovechaos de su exemplo, y de mi consejo. Y vosotros pobres, consolaois en vuestra pobreza: estimadla, pues os defiende de los riesgos, y de la infelicidad de los ricos. Aunque sea necesaria, hacedla voluntaria, aceptandola con sumision, y llevandola con paciencia. Porque de qué os serviría ser pobres, si os abrazaís con el fuego de la avaricia? *Quid tibi prodest, si eges facultate, & ardes cupiditate?* De qué os sirviera carecer de los bienes, si tuvierais el corazon lleno de deseos? Dichosos de los pobres; pero los pobres de corazon, los pobres despegados de todo afecto à las riquezas de la tierra. Esta es la pobreza que Jesu-Christo canoniza en su Evangelio, y conviene à toda suerte de estados. Asi todos podemos ser pobres en este mundo, y merecer los bienes eternos del otro, que yo os deseo, &c.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA SEGUNDA
Semana.

Sobre el Infierno.

Mortuus est autem & dives, & sepultus est
in inferno.

Murió tambien el rico, y fue sepultado en el infier-
no. S. Luc. cap. 16. v. 22.

Esta es la suerte infeliz de aquel rico de que ayer ha-
cia mencion el Evangelio. Quiero volver hoy á hablar del
mismo, por sacar de él una de las mas terribles, pero mas
importantes materias que pueden tratar los Predicadores
en la cátedra de la verdad. Murió este rico, este mundano
lleno de bienes en su vida, y aun colmado de honras des-
pues de la muerte: porque es de creer que se le hizo un
magnífico funeral, que fué llevado su cuerpo con pompa
y solemnidad; que se le erigió un soberbio tumulo, y por
ventura despues de los desordenes de su vida, no faltó
Orador que publicamente le hiciese el elogio, como si hu-
biese tenido las mayores virtudes. Mas su desdicha suma
es, que al mismo tiempo que los hombres le honraban en
la tierra, en otra parte le hacian justicia; y su alma lleva-
da al tribunal de Dios recibió en él la sentencia de su con-
denacion, y fue en un instante sepultada en el infierno:
Mortuus est autem & dives, & sepultus est in inferno.
Terrible imagen de lo que comunmente sucede á los ri-
cos, y á los grandes de este siglo. No he de poder yo, po-

poniendos á la vista todo el horror de esta condenacion
eterna, haceros temerla, y evitarla? Predicar el infier-
no en la Corte es obligacion del Ministerio Evangelico; y
no quiera Dios que por una falsa prudencia, ó una
sujecion vil al gusto depravado de sus oyentes, omita
el predicador una materia tan esencial y fundamental
de nuestra Religion. Mas tambien debe advertir al pre-
dicarle, á quién se le propone, y con quién habla. A
la gente del pueblo se le puede proponer esta verdad
con figuras sensibles, estanques de fuego, profundidad
de llamas, fantasmas espantosas, rechinar de dientes.
Pero á vosotros, amados oyentes míos, que aunque mun-
danos y carnales, sois en otro sentido los sábios y los
espirituales del mundo, esta verdad se os ha de expli-
car con la simplicidad de la fe; de suerte que reci-
bais una inteligencia exacta de sus misterios, eficaz
para edificaros, y reformar vuestra vida. Esto preten-
do en este discurso; despues de saludar con vosotros á
Maria Santísima: AVE MARIA.

Proponia Dios antiguamente esta question al Santo
Job: Si se le habian abierto las puertas de la muerte, y si
habia visto aquellas cárceles tenebrosas donde las almas
delinquentes han de padecer los rigurosos castigos de su
justicia: *Numquid aperta tibi sunt porta mortis, & ostia
tenebrarum vidisti?* (a) Por ventura el Santo Job, aunque tan
lleno de luz, no pudo responder á esta pregunta: porque
la Escritura nos enseña, que solo Jesu-Christo habia de
abrir estas puertas del infierno y de la muerte: y así se ex-
plicó él mismo en el Apocalypsi, diciendonos que tiene
en sus manos las llaves de la muerte y del infierno: *Ego
habeo claves mortis, & inferni.* (b) Mas despues que este
hombre Dios nos traxo estas llaves misteriosas, despues
que nos abrió estos lugares de tinieblas, y por los orácu-
los divinos de su Evangelio nos reveló quanto pasa en la
funesta mansion de los condenados, depende de nosotros
el conocer enteramente estas verdades. Si Dios nos pregun-

(a) Job 38. v. 17. (b) Apoc. 1. v. 18.

tara ahora: *Numquid aperta tibi sunt portae mortis, & ostia tenebrosa vidisti?* Habiéis visto el abismo donde tengo encarcelados à los ímpios para exercitar en ellos todas mis venganzas? no tuvieramos escusa, si no le respondíamos: si Señor, yo le he visto, yo le he considerado, yo he hecho de él el asunto de mis reflexiones más serias, yo he sacado de él todas las luces que pueden servir al gobierno de mi vida. Esto es, Christianos, lo que quiero hoy poner à vuestros ojos por el bien de vuestras almas. Quiero que veáis lo que es el infierno, y en qué consisten sus tormentos; y porque esta materia es infinita, me cito al pensamiento del Pontífice Inocencio III. en su excelente tratado del menosprecio del mundo, donde nos dice que los réprobos padecen de tres modos diferentes; es à saber con la memoria de lo pasado, con el dolor de lo presente, y con la desesperacion de conseguir misericordia en lo por venir: *Hic vermis tripliciter lacerans, affliget memoria, torquetur angustia, sera turbabit penitentia.* La memoria de lo pasado los despedaza; el dolor de lo presente los consume; la vista de lo por venir los desespera. Ved aquí en tres palabras la division de este discurso. Estado infeliz del réprobo, à quien lo pasado le despedaza con mortales congojas, lo presente le consume con cruel dolor, lo por venir atormenta con horrible desesperacion. Hay materia mas digna de vuestra atencion!

I. PARTE.

El primer tormento de las almas reprobadas es la memoria de lo pasado, que los atormentará vivamente, los atormentará eternamente, los atormentará sin interrupcion y sin descanso; los atormentará, no por partes y con division; y de quantos modos la justicia de un Dios, ayudada de su omnipotencia, puede sugerirle; pero lo más lamentable es, que al atormentarlos no tendrá otro efecto, que hacerlos sufrir, y conseguir el atormentarlos. Esta es, Christianos, la primera idea que yo concibo del estado de un alma en el infierno, y de su reprobacion:

Fi.

Fili, recordare, quia receperis bona in vita tua (a). Acuerdate, hijo, le dice Abraham al infeliz rico, que has gozado los bienes de la vida; mas acuerdate tambien como abusaste de ellos. Dos vistas, dice San Juan Christostomo, bien fuertes para afligir à un condenado: la vista de los bienes de que usó para sus delitos, y la de los males que cometió en este mundo. Una y otra, segun la idea de Jesu-Christo, es igualmente necesaria para detener la violencia de nuestras pasiones, y para darnos firmeza en los caminos de la Sabiduria Christiana.

Primera vista que atormentará al réprobo, los bienes de la tierra que poseia, y en que ponía la imaginada felicidad de su vida; pero con una triste mudanza vendrán à ser su castigo, y le causarán las mas mortales angustias. No nacieron estas de haberlos perdido, pues por mas asido que estuviese à ellos, no se halla ya en estado de que le hagan fuerza, ni reconocerá en ellos sino la vanidad y la nada; sino de haberlos preferido à su salvacion eterna, de haberse servido de ellos contra Dios, de haberse valido de ellos para perderse. Ah! dirá este rico despedazado del mas cruel y vivo arrepentimiento (porque así hace hablar el Espiritu Santo à los réprobos en la Escritura.) Si yo hubiera manejado estos bienes segun la intencion de Dios, si segun las leyes de la Christianidad, y las obligaciones de mi estado, hubiera asistido con ellos à los pobres, si con zelo de religion y de caridad los hubiera partido con Jesu-Christo; si mirandolos como talentos de que solamente tenia la administracion, los hubiera hecho fructificar, aplicandolos à obras de misericordia y de piedad; si como dispensador fiel los hubiera empleado en servicio y gloria del Señor de quien los recibí, y me los habia confiado; estos bienes de que me ha despojado la muerte, me fueran ahora un tesoro de merecimientos, y un fondo de felicidad eterna: los hombres me alababan en la tierra, y Dios me premiara en el Cielo. Pero porque un deseo insaciable de

Tom. III. Quaresma.

E.

jun-

(a) Luc. 16. 7. 25.

juntar y de tener, me los hizo retener sin piedad, à pesar de las miserias de tantos pobres à quien no quise dar parte de ellos; porque una ostentacion desordenada, y sin otra regla que el espíritu del mundo, me los hizo desperdiciar en gastos vanos y superfluos; porque una vil sujecion à mis sentidos me los hizo consumir en excesos y destemplanzas viciosas; porque una ambicion detestable de crecer y elevarme, ó una pasion ciega de enriquecer hijos y herederos que hoy viven à su libertad, y quizá son unos ingratos, me los hizo buscar contra todas las leyes de la justicia, y à costa de mi conciencia, ahora estos bienes, en que yo ponía toda mi esperanza y toda mi felicidad, habrán de ser mis verdugos.

Pensamiento tanto mas penoso, quanto haciendo despues la comparacion mas triste, se acordará de aquel soberano bien que perdió por bienes perecederos, y que se pasan. Este quedar convencido sensiblemente, y tener siempre en la memoria que ha perdido su bien verdadero, su bien unico por bienes falsos, aun en la estimacion de los hombres; por un interes vano que le cegó, por una honra quimérica ó imaginaria que se le puso en la cabeza, por un deleite sensual y brutal à que se abandonó: el despecho mortal que concebirá contra sí mismo, le forzará à decir con mas razon que Joatás: *Gustans gustavi... paululum mellis, & ecce moror* (a) por unas dulzuras que he gustado, por unos deleites que la razon me ponía à pleyto, y la conciencia con sus remordimientos casi me quitaba todo el gusto de ellos, me veo condenado à beber el caliz de la ira de Dios: aquel caliz de hiel y de amargura que el mezcló en el día de su furor, y tiene reservado para sus enemigos; todo esto renovará en su alma aquel gusano interior que la roerá: *Recordare, quia receperisti bona in vita tua.* (b) Así nos servimos de los bienes de Dios contra el mismo Dios, pero Dios à su tiempo se servirá de ellos contra nosotros: y como nosotros hacemos de ellos

(a) 1. Reg. 14. v. 43.

(b) Luc. 16. v. 25.

ellos los instrumentos de nuestra malicia para ofenderle, él hará de ellos, dice San Gregorio, los instrumentos de su justicia para castigarnos, con un continuo pensamiento, y una continua memoria: *Recordare.*

Pero si el abuso de los dones naturales y de la tierra hará tan fuerte impresion en el alma del pecador; qué hará el abuso de las gracias y dones sobrenaturales, que pesado en el peso del santuario, y con respeto à la condenacion tendrá harto mas tristes consecuencias? Porque quien podrá decir qual será la desolacion de un réprobo, quando se represente à sí mismo (y mas, que será continuamente) quantos socorros, quantos medios de salvarse hizo inútiles, quantas luces ahogó, quantas inspiraciones desechó, quantos Sacramentos profanó ó despreció; à quantas advertencias y avisos se endureció, à quantos exemplos estuvo insensible, ó por la sutileza de ingenio de que se preciaba en su impiedad, ó por una floxedad y delicadeza que no se esforzó à vencer? Ah! si hubiera sido fiel à alguna parte de aquellas gracias con que Dios me prevenía; si yo hubiera renunciado la esclavitud del mundo, y de la carne para seguir la voz que me llamaba tan frecuentemente, yo me hubiera santificado, yo tuviera parte en la herencia de los hijos de Dios, y poseyera con ellos el mismo Reyno; pero porque recibí en vano gracias tan preciosas, porque las recibí fríamente y sin correspondencia, porque las desprecie, y aun à hacerlas guerra llegué, porque por mi obstinacion no me convirtieron à Dios, ellas mismas se levantan contra mí para perseguirme, y vengar à Dios de mí. En lugar de aquellas tristezas santas, de aquellos santos remordimientos, de aquella contricion provechosa que habian de excitar en mi corazón, me causan ahora unos remordimientos que me despedazan: me causan tristezas que me consumen: me causan arrepentimientos que me penetran, que me sacan de juicio, que llegan à ser furor y rabia: *Recordare.*

Pues si à sus mismas gracias hará Dios servir para tormento del pecador, inferid lo que tendrá que padecer el condenado con la memoria y vista de sus delitos, cuya

propiedad mas natural es convertirse en castigo de los mismos que los cometieron. No serán necesarios (dice el Chrisostomo) demonios, ni monstruos para hacer del infierno lugar de penas: los delitos que cada uno llevará á él, serán los demonios á que será entregado. Esas impurezas abominables, esas injusticias eorines, esas profanaciones de las cosas sagradas, esos desprecios declarados de Dios, esos odios envejecidos contra el proximo, esas perfidias y traiciones, esos artificios de la hipocresia, esos escandalos del Ateísmo, esas furias de venganzas, esas sutilezas de la maledicencia, esas iniquas imposturas de la calumnia, y tantas otras maldades que no puedo reducir á numero, son los monstruos que embestirán al condenado, le cercarán, y le llenarán de los mas vivos horrores.

No era necesario ser Christianos para estar persuadidos de lo que digo, pues los mismos Paganos lo reconocieron, á hicieron asunto de sus fabulas esta verdad: pues lo que nosotros llamamos fabulas, dice San Agustin, no era en rigor otra cosa que los misterios mas sublimes de su Teologia, y los principios mas fundados de su Moral, los quales proponian á los pueblos envueltos en ficciones, pero estas ficciones encerraban la misma verdad que la fe nos enseña; y á pesar de los Ateístas que viven entre nosotros, estos infieles del Paganismo nos dan un testimonio muy conforme al de los Profetas y los Apostoles; es á saber, que hay infierno, y que una de las penas grandes del infierno será haber pecado, y haberse ensuciado con los delitos de la vida: *Recordare.*

Mas estos delitos no perseverarán ya. Es verdad, dice San Bernardo; no perseverarán en la realidad de su ser, pero durarán en el pensamiento y en la memoria: y con su memoria y pensamiento, harán que padezca el alma reprobada de Dios: *Transferunt à manu, sed non transferunt à corde.* No tendrán ya ser, añade este Padre; pero le habian tenido, y no está en poder del pecador, ni aun del mismo Dios, que no hayan tenido ser. No le atormentan, pues, ni en el infierno, ni en el mundo; sino porque han sido; y de ahí nace que atormenten, aun quan-

do no son; ó por mejor decir, que no empiezen á atormentar sino quando ya no tienen ser. Y como no ser ya, y haber sido, son dos términos infinitos que igualarán la eternidad de Dios, y durarán en su modo de ser mientras Dios fuere Dios, estos delitos que han sido, y no serán mas, tendrán (si me es licito hablar así) una actividad eterna en el infierno para atormentar al condenado. Ellos no le dieron mas placer, que en aquel momento solo en que los cometia; pero le atormentarán eternamente quando no los cometerá ya. Por qué? Bella razon de San Agustin; porque todas las cosas obran segun la extension de su duracion. Pues el bien presente que gusta al pecador, por quanto tiempo está presente? No mas de un instante; y por eso ha tenido el pecador el gusto tan corto; pero lo pasado que le atormentará siempre, habrá pasado, y como en ser de pasado nunca tendrá fin, siempre se hará sentir con una indispensable necesidad: *In aeternum ergo necesse est cruciari* (concluye admirablemente San Bernardo) *quod in aeternum se fecisse minuitis.* Reparad, prosigue, lo que cada día sucede á un alma inocente, quando por una infeliz fragilidad se olvida de sí misma. Esta muger tenia honra, hasta aqui habia estado constante en su obligacion; pero al fin, una persecucion obstinada la rindió: qué pesar, qué dolor, qué confusion de su flaqueza, qué horror de su delito! Quisiera redimirse de él, aun á costa de mil vidas; y si se hallara á punto de deliberar, no hubiera muerte que no aceptase, antes que consentir en delito tan vergonzoso; mas ya no hay remedio: siempre será verdad que se rindió á la infamia y vileza del pecado. Esto es lo que produce y mantiene en ella esa raiz de amarguras que lleva á veces hásta la sepultura. Esto sucede á un hombre que en la furia de su pasion comete una accion infame, el homicidio, el asesinato; apenas ha descargado el golpe, quando su alma se turba, sus sentidos se alteran, y no tiene ya paz, ni casi razon. Qué no hiciera, qué no diera, qué no querria padecer por no haber cometido el delito, que ya no puede remediar? Pues esto es mas que una imagen, y una sombra del infierno:

por-

porque el haber pecado es una cosa eterna, será necesario por una rigurosa, mas justa ley, que lo sea tambien el tormento, y que el alma sea para siempre infeliz, acordándose continuamente, que fúe rea un solo momento: *Nam etsi facere in tempore fuit, sed fecisse in aeternum manet.* El que estuviere bien penetrado de este pensamiento, con qué ojos mirará el pecado, y qué no hará por preservarle de él?

Añadid, que los delitos de la vida, y todos sus desagües se pondrán juntos á la vista del condenado, y le atormentarán. El los cometi6 con interrupcion y sucesivamente, hoy uno, mañana otro: con que si gust6 alguna dulzura en ellos fué solo por partes: pero en su tormento no habrá division, ni particion. Dios unirá todo lo que le puede afligir en cada instante: y estos delitos, que como presentes estan esparcidos en una larga série de dias, de meses, de años, se unirán todos como pasados; porque siempre y en cada instante será verdad que todos pasaron. Así todos con una virtud indivisible concurrirán al infeliz efecto de la condenacion. Imaginad qué harán todos juntos, bastando uno solo para hacer infierno. Ah! Christianos; no os espanteis de la suposicion que voy á hacer; puede ser que ofenda la delicadeza de vuestro espíritu; pero quera Dios que con eso mismo llegue á inspiraros un horror santo de la corrupcion de vuestros corazones. Si se llegara á revolver un agua conagosa y estadiza, y se os pusieran á los ojos todas las inmundicias que encierra; si os obligaran á sufrir continuamente su vista, os serviria este espectáculo de un suplicio y martirio tanto mas riguroso quanto mas vil. Pues tal; y aun mas insufrible es la pena que tiene Dios preparada en el infierno para un alma. Pongamos exemplo en la sensual è impura. La hará ver á una sola vista quanto por la concupiscencia de la carne hay en ella mas asqueroso y sucio, los consentimientos ocultos, los deseos pecaminosos, las esperanzas concebidas, las ocasiones buscadas, los comercios escandalosos, los divertimientos lascivos, las libertades, las vistas, las disoluciones: todo se lo pondrá á la vista; y si-

xandola en este objeto de donde nada la podrá apartar, mira, la dirá en todos los instantes de la eternidad, vé ahí el fruto de tu incontinencia, y lo que tu corazon ha producido.

Imaginad cosa mas insufrible que esta monstruosidad de impurezas? Haced de esto juicio por aquellas revistas mas generales y exactas, que experimentamos de nuestras conciencias. Qué confusion al desenvolverse de una vez á nuestra vista esta multitud innumerable de pecados! Pues si esta confusion, con ser sobrenatural y divina, con ser efecto de la gracia, siendo principio de nuestra reconciliacion con Dios, nos sirve de un tormento que de tantos modos deseamos evitarle, qué será la confusion de los condenados, y el sentimiento que tendrán de ella! Ah! Señor, clamaba David en el fervor de su penitencia; ya no puedo vivir mas, estoy fuera de mí quando considero mis maldades, y veo que se han multiplicado sin número: estoy turbado hasta lo interior de mis huesos: *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum.* (a) Este era un Rey, y un Rey en prosperidad, un Rey elevado á la mas alta cumbre de la felicidad humana; y no obstante estaba turbado, fuera de sí, y conternado á vista de esta horrorosa escena, que le representaba sus errores y sus desórdenes. Pues inferid cuál será el estado de una alma, que sacada del mundo, y por otro lado desterrada de la bienaventuranza del Cielo, se hallara toda sumergida en la memoria de su pecado. Tendrá sin cesar este pensamiento; yo he pecado (se dirá á sí misma sin cesar) yo he pecado, en eso pensará, eso se dirá sin poder jamas destruir este pecado que aborrecerá, y á que tendrá horror, como á un origen irremediable de sus desdichas.

El malvado rico deseó que sus hermanos, que aun vivian en la tierra, escarmentasen con su exemplo. No lo quiso Dios; quizá se habian hecho indignos de esta gracia, y fue uno de los grandes castigos que Dios exerció

en

(a) Psalm. 37. v. 4.

en ellos el no saber el infeliz estado de su hermano en el infierno. Mas lo que no les concedió á ellos nos concede hoy á nosotros, y quiere que el exemplo de este réprobo nos instruya; que su locura, por decirlo así, sea nuestra prudencia; y que el pesar que siente de lo pasado, nos sirva para reformar y santificar lo presente y lo por venir. Es verdad que no nos envia á Lazaro, ni á otro alguno de los difuntos, porque quiere que su palabra escrita en su Evangelio, y anunciada por sus Ministros, nos sea mas convincente y mas infalible que la relacion de Lazaro, y la de todos los muertos.

Imaginamos algunas veces, que la resurreccion de un difunto, y las palabras de un alma venida del infierno sería de gran peso para hacer impresion en nuestros espiritus, y convertirnos. Es engaño, Christianos: pues si no escuchamos á Moyses, ni á los Profetas; es decir, ni la palabra de Jesu-Christo, ni la de sus Predicadores, tambien halláramos razones para poner á pleyto, y no hacer caso de qualquier otro testimonio: fuera de no ser estilo de la Providencia de Dios valerse de medios extraordinarios, mientras tenemos otros que nos pueden bastar. Por eso dice San Agustin: Nunca ha hecho milagro Dios para confundir el Ateismo; porque el Ateismo está bastante confundido por la voz de toda la naturaleza. Así se contenta para nuestra enseñanza con ponernos el exemplo del rico réprobo. Mas qué hacemos, amados oyentes míos? Aplicados, si os place, á esta doctrina: mas bien lejos de aprovecharnos de este exemplo, aun no nos aprovechamos de nuestra propia experiencia: desde esta vida tenemos una experiencia sensible del arrepentimiento de los reprobos, que es la turbacion y el remordimiento del pecado desde que lo hemos cometido. Turbacion, remordimiento, imagen juntamente, y tormento del infierno. Porque, que quiere decir este remordimiento del pecado, esta vergüenza que de él se concibe, esta reprehension que uno se da á sí mismo, mal que le peso, la pena que hay en sufrir que otro nos la dé? Qué es todo esto, sino una voz secreta que nos dice, que hay infierno, y que de al-
gun

gun modo le llevamos ya dentro de nosotros mismos? Mas ved ahí nuestro desorden. Por pecar mas libre y mas impunemente, procuramos deshacernos de este infierno anticipado; y si puedo explicarme así, de este infierno temporal que atormenta nuestras conciencias, que pudiera sernos útil para librarnos de un infierno eterno. Es decir, ahogamos en nosotros el remordimiento del pecado, que según San Juan Chrisóstomo, es como la ultima gracia en el orden de la predestinacion y salvacion. Y porque este remordimiento es inseparable de la idea de un Dios, de la idea de la providencia, de la idea de una vida inmortal; quiero decir, porque es imposible creer un Dios, una providencia, una vida inmortal, y no sentir este remordimiento, por librarnos de él, queremos cerrar los ojos á estos puntos capitales de nuestra Religión; por lo menos queremos dudarlos, y no hacerlos sino á medias, porque era necesario llegar á este punto para tener paz con el pecado. Pero por mas esfuerzos que hagamos, por mas que discurramos y disputemos, este gusano del pecado no muere por eso, y ni aun en esta vida conseguiremos vernos del todo libres de él. Siempre habrá tiempos y horas, en que volverá á punzarnos de nuevo, y será en medio de los placeres, y en los tiempos mas dulces en la apariencia. Millones de ímpios, y mas resueltos que vos, han hecho y hacen todos los dias esta triste prueba. Pero qué digo? Ni los Soberanos, ni los Monarcas del mundo pueden destruirle. Defiendense de todo, pero no pueden librarse de sí mismos, y sus pecados suben hasta el trono con ellos para perseguirlos.

Lamentable condicion la del pecador; pues en qualquier estado que se halle, sea en el término de la reprobacion despues de la muerte, sea en el camino que á él conduce durante esta vida, su pecado le es un infierno inevitable: Pues qué remedio? Ya os le he dado: usar bien ahora de este remordimiento de que no supo el malvado rico usar bien; porque si queremos, de este remordimiento depende nuestra conversion: porque si correspondo á la gracia, en lugar de ahogar este remordimiento como el
Tom. III. Quaresma. F in-

impio y el disoluto, le despierto, y le avivo en mí con repetidas y sólidas reflexiones. Lo que harán eternamente los condenados con una necesidad rigurosa, considerando siempre á su pesar las funestas consecuencias de su pecado, lo hago yo con una precaucion sabia. Recorro delante de Dios, con amargura de mi corazón, como el Santo Rey Ezequias, el numero de mis años: *Recogitabo tibi omnes annos meos in amittitudine anime mee.* (a) Yo le digo á Dios: Ah! Señor: si mi pecado ahora me atormenta tanto, qué será en el infierno? No me contento con esto: pido á Dios este remordimiento, como una de las gracias mas especiales que puede dar á sus escogidos, quando la passion los ha precipitado en el abismo del pecado. Yo le pido que me corrija, no en su ira, sino segun aquel espíritu de misericordia, que no solo es el consolador, sino el fiscal del mundo, y como fiscal llega á ser su reformador: *Arguet mundum de peccato.* (b) Yo paso mas adelante, anticipo este remordimiento, discurro conmigo mismo, y me pregunto: qué fruto sacaré de este pecado? Después de haberle, querré haberle hecho? Me quedará de él otra cosa, sino el remordimiento y la confusion? Así me instruyo, así me aliento á estar firme contra las tentaciones del mundo y de la carne, á resistir en las ocasiones mas peligrosas, y en los momentos mas criticos, á no perdonar nada por librarme de esta horrosa condeacion, en que el réprobo, no solamente tiene que sufrir el mas cruel pesar por lo pasado, sino el suplicio mas doloroso por lo presente. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Uno de los deseos de San Bernardo, y lo que mas atentamente pedia explicando estas palabras del Profeta: *Descendat in infernum viventes,* (c) era que los pecadores descendiesen con el espíritu al infierno; no dudando que

(a) Isai. 38. v. 15. (b) Joan. 16. v. 8. (c) Psal. 54. v. 16.

la vista de esta habitacion espantosa, y de los tormentos que en ella se padecen, habia de hacer muy viva impresion en sus corazones; y convenido de que no habia modo mas seguro para no caer despues de la muerte en este lugar de miserias, que baxar á él muchas veces con la consideracion en la vida: *Descendant in infernum viventes, ne descendant morientes.* Mas para cumplirle enteramente á San Bernardo el deseo, fuera necesario que pudiésemos baxar á él con el mismo conocimiento, y á ser posible, con la misma experiencia que los condenados, para poder hacer de él el juicio que ellos, y sacar las consecuencias que para ellos son inútiles, y á nosotros nos serian muy provechosas. Porque el baxar al infierno con una luz tan apagada como la nuestra, con una imagoacion tan poco recogida, y sobre todo con una insensibilidad para las cosas de Dios tan prodigiosa como la nuestra, es casi hacer sin fruto lo que San Bernardo se proponia como uno de los remedios mas eficaces para recobrarlos de nuestros errores, y corregir nuestros desordenes. Ah! dice San Agustin: quién pudiera ahora comprender lo que comprehende un condenado! Quién pudiera en una meditacion profunda tener la misma idea que ellos de su estado presente en medio de las llamas! Tratemos, Christianos, de tenerlas; y pues no nos basta baxar espiritualmente al infierno, entremos en los sentimientos de una alma condenada, substituyamos sus luces en lugar de las nuestras, y conozcamos, qué terrible cosa es caer en las manos de Dios vivo: *Horrendum est incidere in manus Dei viventis.* (a) Qué hace esta alma infeliz? En qué estado está? Se vé separada de Dios, y en medio de las llamas de que es una triste victima. Doble pena, representada una y otra perfectamente por Jesu-Christo en el rico del Evangelio. Se vé separada de Dios; ved ahí lo esencial, y como capital de su condeacion: *Elevans autem oculos suos, cum esset in tormentis, vidit Abraham à longè, & Lazarum in sinibus.* (b) Este rico, dice el Salvador del mundo,

(a) Hebr. 10. v. 31. (b) Luc. 16. v. 23.

do, levantando los ojos desde el lugar de su tormento, veía de lejos à Abraham, y à Lazaro en su seno. Veía à este Santo Patriarca lejos por un espacio infinito: *à longè*; y esto le alivia sin consuelo. Véale separado por un caos; es decir, por una distancia inmensa, y tal, que entre Abraham y él no podía haber comercio: *Magnum cubos inter vos, & nos firmatum est*. Pues si se miraba lejos de Abraham, mirabase, dice San Ambrosio, mucho mas lejos de Dios: *Si Abraham à longè, quanto longius à Deo*; y esta separacion de Dios era con gran razon otro genero de suplicio para él.

Porque qué es estar separado de Dios? Ah! Christianos, qué palabra! La comprehendéis? Separado de Dios, es decir, privado absolutamente de Dios: condenado à no tener à Dios, sino por enemigo, à un Dios vengador. Separado de Dios, es decir, haber perdido todo derecho à la posesion eterna del primer Sér, del Sér mas excelente, de aquel Sér soberano, que es Dios. Pero dice San Bernardo, que no se puede medir sino por la infinidad de Dios, porque esta pena consiste en la privacion de Dios, y por consiguiente es grande à proporcion que Dios es grande: *Hec enim tanta poena, quantus ille*. Así como Dios decia à un Justo en la Escritura: *ero merces tua magna nimis*; Yo mismo seté tu recompensa, y lo seré dandome à mí mismo, porque no tengo cosa mayor, ni mejor que poder darte; así podrá decir à un réprobo: Yo seré tu castigo, y lo seré alejandote de mí, porque no tengo en los tesoros de mí ira cosa mas formidable que este desvío, y esta entera separacion de mí mismo. En efecto Christianos; estos tres pensamientos que el réprobo tendrá siempre presentes: Dios no es ya para mí, ni yo soy ya para él: Dios no está ya en mí ni conmigo, ni yo estoy ya en él ni con él: Dios no es ya mio, ni yo soy ya suyo; estos tres tristes pensamientos no bastan para hacer su infierno? Pues esto se verificará y cumplirá en todas aquellas criaturas que Dios ha de reprobear. Desde el instante en que intimará à una alma este formidable decreto, *apartaos de mí*, se despojará, por decirlo así, de todos sus derechos sobre ella, fuera de aque-

llos que la necesidad de su dominio no le permitirá enagenar; y ésta alma, si puedo decirlo así, perderá todos sus derechos sobre Dios. Alma no solo indigna de poseerle, mas aun de pertenecerle; Dios la repudiará (sufrid esta expresion) y ella repudiará à Dios; y en este mutuo divorcio hallará la triste alma lo consumado de su infidelidad. Desde esta vida tiene principio en los pecadores este terrible misterio de la pérdida de un Dios. Dios y el alma se separan por el pecado, y se separan hasta renunciarse el uno al otro: *Voca nomen ejus, non populus meus*. (a) Profeta, decia Dios, no llames ya à este pueblo *mi pueblo*; ha dexado ya de serlo, y el tratamiento que en adelante le has de dar es, que no lo es ya: *Voca nomen ejus, non populus meus*. Ese es su nombre, y el carácter que ha de tener; porque desde que me olvidó por seguir dioses estraños, renunció de mí como de su Dios, y yo renuncio de él como de mi pueblo: *Quia vos non populus meus, & ego non ero vester*.

Este lenguaje es tan comun en Dios en los libros sagrados, que quando los Israelitas sacrificaron al becerro de oro en el desierto con una monstruosa idolatría, movido Dios à ira, è irritado contra ellos, no habló de ellos con Moyses sino en estos terminos: *Vade, descende, peccavit populus tuus*. Anda Moyses, baxa del monte, y verás el delito que tu pueblo ha cometido. Dios le llama Pueblo de Moyses, no Pueblo suyo; como si este pueblo no fuera de Dios, ni Dios de ese pueblo luego que cayeron en la infidelidad. Pero estas palabras, que en esta vida, dice San Juan Chrisóstomo, son solamente conminatorias, y solo tienen en parte su efecto, pues no privan à el alma de la esperanza, ni de los medios de reparar la pérdida que ha hecho, tendrán enteramente y à la letra su cumplimiento en un condenado. No habrá mas comercio entre Dios y ella, no mas union; como si Dios la dixera: tu libertad te hizo desear no tener mas Dios; no le tendrás jamas; no quisiste ver à tu Dios, no le verás ni le conocerás jamas: no quie-

(a) Osa. 1. 7. 9.

siste poner cuidado en buscarle quando le podias hallar: tu le buscarás, y no le hallarás jamas: y lo que fue tu impiedad, será de hoy en adelante tu tormento. Quando Dios queria ser tuyo, le dixiste con insolencia que no querias ser suyo: ahora que quisieras, te declara para siempre que no quieré. Pues qual de estos dos extremos es mas desconsolado para un alma: ó que Dios no sea suyo mas, ó que ella no sea mas ya de Dios?

Pero me engaño, Christianos: aunque está condenada, aun será de Dios, y Dios de ella: Dios estará inseparablemente unido con ella, y ella con Dios: mas en eso consiste su infelicidad. Si pudiera estar del todo privada, y separada de Dios, á medias solamente fuera infeliz: pero el colmo de su miseria será estar separada de Dios de un modo, y de otro no; privada de un modo, y no de otro: privada de Dios en quanto era el objeto de su felicidad, y penetrada de Dios como causa de la violencia mayor de sus sentimientos: Dios la abandonará en calidad de Padre, en calidad de Esposo, en calidad de Protector, en calidad de ultimo fin: es decir, segun todas las calidades que le constituyen bienhechor, apacible, amable; y estará unido con ellos en calidad de Juez, en calidad de enemigo, en calidad de vengador, en calidad de perseguidor: es decir, segun todas las calidades, que aun con ser Dios, le hacen no solo severo y terrible; sino cruel y desapiadado. De ahí nace que esta alma sea dobladamente infeliz: infeliz por tener aun un Dios, infeliz por no tenerle mas; de tener un Dios conjurado, declarado, armado contra ella; y de no tener un Dios favorable, propicio, misericordioso para con ella: por tener un Dios para exercitar su odio y su indignation mortal, y no tenerle para satisfacer sus deseos, y su mas ardiente inclinacion. Porque este será su mayor castigo; estar sintiendo eternamente que Dios la habia criado para sí mismo, y que no podia ser dichosa sino en él y por él, y no recibir de él eternamente sino desvíos y desprecios; ni hallar eternamente entre Dios, y entre sí misma sino una invencible oposicion. A su pesar apreciará á Dios, y le tendrá una natural inclinacion, y no obstante le aborre-

cerá; de tal suerte le estimará, que no llegará jamas á poseerle, y de suerte le aborrecerá que le tendrá siempre presente. Esta batalla, pues, de estimacion y de odio, de deseo y de aversion, de desvío y de inclinacion respecto de un mismo objeto, es lo que llamamos infierno.

A vista de esto, en vano intentará yo estenderme sobre las penas sensibles que acompañan esta separacion de Dios, cuyo terror han pretendido mil veces hacer que comprendais los Predicadores, pero inutilmente. En vano intentará representaros aquel fuego, que con un modo no menos verdadero que admirable, empleará en los espíritus y en los cuerpos toda su actividad. Asi habla San Agustín, *miris, sed veris modis*. Aquel fuego que obliga aun al mas rico á gritar lamentablemente: *Crucior in hac flamma*: (a) y del qual no hay condenado que no pueda decir con mas razon que Job: *mirabiliter me crucias*. (b) Ah! Señor: hasta hacer milagros habeis de llegar para atormentarme, y forzando las leyes de la naturaleza habeis de dar á un fuego material virtud para obrar en una sustancia espiritual, haciendole instrumento de vuestra venganza. Si os dixera, Christianos, que quanto hay en el mundo, quanto puede nuestra imaginacion figurarse mas horroroso, quanto pudo inventar la crueldad de los tiranos, quanto la paciencia de los Martires fue capaz de sufrir (que todo esto aun no es sombra de este fuego) es decir, que los dolores mas agudos, los suplicios mas lentos, las castas, los potros, los linages de muerte mas inauditos, comparados con este fuego no merecen el nombre de tormentos: *Quicumque homines patiuntur in hac vita, in comparatione hujus ignis, non parón, sed nulla sunt*: no os dixera mas de lo que dixo San Agustín, de quien tomé estas palabras: no os dixera mas de lo que dixo San Gerónimo sobre esta terrible amenaza de Dios á su pueblo: *Stillabit furor meus super locum istum*. (c) Yo haré que este mi furor sobre la tierra. Porque que será, dice aqui este

(a) Luc. 16. v. 24. (b) Job, 10. v. 16. (c) 2. Paral. 34. v. 25.

te Padre, quando derrame sobre el infierno toda su ira, y que cayga sobre él como un torrente? *Si tanta est stilla, quid erit de totis imbribus?* Yo no os dixera sino lo que dixo San Pedro Damiano hablando de las plagas con que afligió á Egipto. Porque segun un bello reparo de este docto Cardenal, solo el dedo de Dios era el que lastimaba á los Egipcios: *Digitus Dei est hic;* (a) pero descargará todo el brazo de Dios sobre los condenados: *Tota Divinitatis dextera percuntantur.* Yo no os dixera, sino lo que han dicho todos los otros Santos, cuya autoridad tan constante, y tan uniforme, debiera bastarnos sin otra prueba para renunciar á quanto la libertad del mundo opone, ó puede oponer á una verdad tan sólidamente fundada.

Peró dexemos esto, y hagamos una reflexion que pudiera prometerme obraria los mayores efectos, si tuviera alguna entrada en vuestros espiritus. La fe nos enseña que hay un fuego eterno, una separacion de Dios eterna: y todas las Escrituras nos lo intiman. Lo que me asombra, y me pudiera turbar, si las mismas Escrituras no me descubrieran el misterio es, que una verdad tan eficaz nos mueva tan poco, y que entre los que me oyen haya algunos, en quien quizá nunca ha hecho impresion alguna. Lo que me espanta es, que siendo tan delicados, tan amantes de nosotros mismos, tan sentidos á qualquier dolor, este fuego que la ira de Dios enciende, haga tan corta impresion en nosotros. Lo que me espanta es, que no pudiendo ignorar que la pérdida de Dios es nuestro sumo mal, y que esta pérdida de Dios irreparable en el infierno depende de la pérdida voluntaria que hacemos de él en esta vida, queramos libremente perderle todos los dias; que le perdamos sin inquietud ni fristeza; que aun muchas veces le perdamos con alegría, y que de todas las pérdidas que hacemos en este mundo, esta sea la que menos sentimos. Lo que me espanta es, que la misma fe, que me dice que hay un inferno, en que hay fuego y privacion de Dios,

(a) Exod. 8. v. 19.

Dios, nos dice tambien que un pecado solo nos expone á lo uno y á lo otro; que Dios no se venga menos de él, que con uno y otro; y con todo miremos al pecado mas mortal como efecto de la mocedad, como fragilidad escusable, y muchas veces como juego, como galanteria, como cosa de sutileza; como cosa de buen gusto. Es esta estupidez, es inadvertencia, es furor, ó es encanto? Creemos este punto fundamental del Christianismo, ó no le creemos? Si le creemos dónde está nuestra prudencia? Si no le creemos dónde está nuestra Religion? Digo mas; si no le creemos; qué es lo que creemos? Pues no hay cosa mas creible, no hay cosa mas formalmente revelada por la palabra divina, ni mas sólidamente fundada en la razon humana, ni que mas necesario sea crear para contener á los hombres en su deber, nada que sea mas pernicioso dudar, pues fuera causa de todos los desórdenes. Mas por no creerlo, ó por creerlo imperfectamente, estamos seguros? Nos justificaremos delante de Dios, diciendole que no lo creiamos? Nos libramos con eso de tan malas consequencias? Y si ello es verdad, aunque nosotros no lo hayamos creido, qué será de nosotros? Es discurrir como hombres, aventurar una cosa como esta? Qué no hacemos todos los dias por evitar un mal incierto, solo por su incertidumbre? Hemos hecho algun pacto con el infierno, como aquellos pecadores de que habla el Profeta, ó tenemos alguna evidencia de que no hay infierno? Lo que alegan los impios para impugnarle tiene comparacion con lo que enseña la fe? Seremos prudentes en dexar el partido de la fe, y tendremos esto, no solo por mas seguro, sino por mas razonable? Qué pena mas natural á un alma rebelada contra Dios, que la pérdida de Dios? Qué castigo mas justo para un alma sensual y dada á gustos infames y prohibidos por la ley de Dios, que el fuego? Aunque este tormento del fuego, que es mal de la criatura, sea en sí mismo tan espantoso, tiene algo que se parezca á la gravedad del pecado, que es mal del Criador? No es justo que el mal del Criador sea vengado con el de la criatura?

Ah! Christianos: es preciso que nos determinemos, y nos declaramos hoy sobre este punto. Deciale David á Dios: Vos me habeis probado con el fuego, y este fuego de vuestra justicia aplicado por vuestra misericordia me ha purificado de suerte, que no se ha hallado maldad en mí: *Igne me examinasti, & non est inventa in me iniquitas.* (a) Entremos, Christianos, en este sentimiento, y medítemos bien estas palabras explicando las del fuego del infierno. Antes que Dios nos castigue, ó por mejor decir, por miedo de que nos castigue con este fuego, probemnos con él á nosotros mismos, exáminémosnos para poder decirle á Dios: *Igne me examinasti, & non est inventa in me iniquitas.* Viva, dice Agustino, el fuego del infierno de excitar en nosotros otro fuego, y de apagar otro tercer fuego; quiero decir, excite en nosotros el fuego de la caridad, y apague el de la concupiscencia. Quando el espíritu impuro enciendiere en nuestros corazones el fuego de la concupiscencia, preguntémosnos á nosotros mismos como aquel Solitario del desierto asaltado de una tentacion violenta: Ea bien, carne de pecado, carne inmortalizada, y amiga de deleites; podrás sufrir el ardor de aquel fuego á que serás condenada por tus deleites pecaminosos? No hay pasion de que este pensamiento no triunfe. Qué no hicieron los Santos, prevenidos y fortalecidos con esta reflexion? Detuvieron (para hablar con San Pablo) toda la violencia del fuego: *Extinxerunt impetum ignis.* (b) Quiero decir en medio de los escándalos del mundo en que los tenia su condiccion, se mantuvieron en la inocencia: á pesar de la corrupcion del mundo, se conservaron puros y sin reprehension: el contagio del mal exemplo no tuvo fuerza con ellos, porque tenian á la vista este fuego abrasador que los amenazaba, y le querian evitar: *Igne nos examinasti.* No fuera cosa estraña, que tuviera menos fuerza con nosotros, y que habiendo obrado milagros tan grandes en los Santos, no tuviera virtud de

(a) Psalm. 16. v. 3. (b) Hebr. 11. v. 34.

de conservar nuestro corazon, y reprimir sus deseos?

Habiendo ya vencido el fuego de la concupiscencia, no será difícil con la gracia encender en nuestras almas el fuego de la caridad, aquel fuego sagrado que Jesu-Christo nos traxo del Cielo, y vino á derramar sobre la tierra: *Ignem veni mittere in terram* (a). Aquel fuego que con tanta ansia desea que arda en nosotros: *Et quid volo, nisi ut accendatur?* Aquel fuego del amor divino, que segun somos de imperfectos é interesados, apenas podemos conservar en esta vida, si el fuego del infierno con un saludable temor no nos ayuda á conservarle.

Temamos el uno, amados oyentes míos, para disponernos para el otro. Llenémosnos de este para librarnos de aquel. Pidámosle muchas veces á Dios, que nos abraze con el fuego de su amor, para no sentir jamas el fuego de su justicia. En una palabra, que el infierno mismo con un efecto maravilloso nos sea preservativo contra el infierno. Restáme haceros ver la infelicidad del réprobo respecto á lo por venir, en la desesperacion en que se halla de conseguir jamas misericordia. Esta es la tercera parte.

III. PARTE.

Es natural en todos los que padecen, esperar en lo futuro el consuelo de lo presente. Como deseamos siempre ser bienaventurados, y esta es inclinacion natural, que se mantiene, ó por mejor decir, nos mantiene á nosotros aun en medio de los mayores males. Nos fabricamos un encanto de nuestra misma esperanza, que nos endulza el dolor que nos oprime. Aunque no haya de haber para nosotros cosa favorable en lo por venir, nos figuramos muchas que nosotros figuramos, que aunque no las haya jamas, basta que las lleguemos á concebir posibles, para hallar con que cebar nuestra imaginacion. La incertidumbre de lo por venir nos es util, pues nos da derecho de es-

(a) Luc. 12. v. 49.

perar, no solo lo que esperamos, pero aun lo que ni esperamos, ni aguardamos. No sucede esto á los condenados en el infierno. Un condenado padece, no solo sin esperanza (esto era poco) sino con una desesperacion actual y perpetua. Lo que no es le sirve de suplicio, y le hace mas infeliz que lo que hay; ó por mejor decir, lo que hay le atormenta, no solamente porque es, sino porque será siempre; de suerte, que lo por venir es al presente un aumento de dolor que le amarga, pone el colmo á sus penas, y constituye el carácter propio de la reprobacion; pues segun el pensamiento del Doctor Angelico, el infierno no es propiamente infierno sino por la vista, y por el sentimiento de lo por venir.

Esto es lo que consume á un alma condenada en el infierno, y lo que quizá no habeis hasta ahora concebido bien: el desesperar de conseguir jamas de Dios alguna gracia, aunque toda la eternidad se la estuviera pidiendo; desesperar de ablandar jamas á Dios por la penitencia, aunque estuviera detestando su pecado toda la eternidad; desesperar, no solo de pagar, pero aun de disminuir jamas delante de Dios sus deudas con sus tormentos, aunque ha de padecer toda la eternidad. Tres manantiales que no faltan en la vida, pero del todo inútiles á un condenado, la oracion, la penitencia, y los trabajos. Tenemos el exemplo de esto en el rico: Qué es lo que hace? Pide. Y qué pide? Conjura á Abraham para que le conceda como una gracia grande una gota de agua, y aun esta gota de agua se le rehusa. Todos los Interpretres convienen en que hay parábola y figura en esta circunstancia; y que la intencion de Jesu-Christo es, que entendamos que en el infierno no hay gracia ni redencion que esperar: *Quia in inferno nulla est redemptio*. Que de aquel oceano de misericordia y bondad, que es Dios, jamas caerá sobre estas criaturas desafortunadas una sola gota para aliviarlas, como jamas caerá sobre ellas una sola gota de la sangre del Redentor para salvarlas: porque no es ya tiempo de misericordia ni de salvacion. En vano, pues, gritará eternamente el condenado como el rico del Evangelio, no solo dirigiendo sus

ruegos á Abraham; pero aun al mismo Dios: *Miserere mei* (a) Ah! Cielo, un poco de indulgencia, un poco de piedad para mí. Dios endurecido contra sus clamores le responde eternamente en todo el rigor de la letra lo que respondia á su pueblo: *Quid clamas super contritione tua?* (b) De qué sirven esas quejas! Esos lúgubres acentos hieren mis oidos, mas no penetran mi corazon: *insanabilis dolor tuus*. Ya no hay remedio; y si quereis saber la causa, está en vos mismo: *Propter multitudinem iniquitatis tue*, & *propter dura peccata tua feci tibi haec*. Porque tanto tiempo estuviste insensible á mi voz, porque me dexaste mil veces llamar sin querer verme, porque tú mismo te obstinaste contra mí con tanto ultraje, con tanta porfia, y con tanta constancia: *Propter peccata tua*. Asi se cumplirá esta palabra del Evangelio, que Dios no eye los pecadores; mas qué pecadores? No los pecadores de la vida, porque en la vida siempre son capaces de mover el corazon de Dios: no los pecadores arrepentidos, porque la penitencia siempre es todo poderosa con Dios; sino los pecadores impenitentes en la muerte, y consumados en su pecado, los pecadores del infierno.

Pero qué digo? No hay en el infierno mismo penitencia? Si Christianos; y por eso la sabiduria nos propone á los pecadores oprimidos de dolor, arrojando suspiros, y vertiendo torrentes de lagrimas. Ah! que no son estos efectos de la penitencia los que les faltan, sino el principio que la santifica. Es decir (y es todo el misterio de esta eterna reprobacion) es decir, que eternamente gemiran, eternamente llorarán, eternamente harán penitencia; pero penitencia forzada, penitencia de demonios, penitencia de desesperados: pues penitencia tal, dice San Agustin, jamas borrará el pecado: consiguientemente el pecado siempre tendrá sér; y mientras el pecado subsistiere, siempre serán igualmente deudores á la justicia divina, y estarán expuestos á sus venganzas. Esto es lo que

Abra-

(a) Luc. 16. v. 24. (b) Jer. 30. v. 15.

Abrahan desde lo alto de la gloria declara al rico con aquel caos insuperable que los separa: *Magnum abas inter vos, & nos firmatum est* (a). De suerte, que de aquel bienaventurado lugar en que Abrahan descansa, no se puede caer en aquel lugar de tormentos en que el rico padece: ni del lugar de tormentos en que el rico padece se puede subir à aquel lugar bienaventurado en que Abrahan goza un descanso inalterable: porque en el uno no se puede perder la gracia, y en el otro no se puede remediar el pecado: *Us qui volunt hinc transire ad vos, non possunt, neque in ad huc transire.*

Mas qué? Padece siempre, y con tan largos y tan crueles trabajos no desquitar nada, puede comprenderse? Comprehendedlo, ó no lo comprendiais, amados oyentes míos, no por eso es menos verdadero, ni dexa de ser artículo de nuestra fe. Origenes quiso dudarlo, y otros como él reduxeron la eternidad de la desdicha à cierto numero de años. Decían para defender su error, que no era segun la bondad ni la justicia de Dios castigar siempre las criaturas que crió, ni pedir una satisfaccion sin fin por los pecados de una vida tan corta. Así discurrían estos; pero yo de sus mismos principios saco con Tertuliano y San Agustín una consecuencia del todo contraria: *Dios es bueno*: (quién lo ignora?) Mas esta bondad, añade Tertuliano, no es solamente misericordia, es tambien santidad; y una saantidad que siempre subsiste, siempre enemiga del pecado, y por consecuencia necesaria debe aborrecer siempre el pecado, perseguirle siempre, castigarle siempre, si el pecado dura siempre. Con que no habiendo cosa en el infierno, que borre ni destruya el pecado, no habrá jamas en él cosa que detenga el castigo. Decid lo mismo de la justicia. Despues de tantos siglos el rico avariento se desespera en medio de las llamas en que fue sepultado, y clama con la desesperacion: *Cruor in hac flamma*. Pero lo mismo que decia tantos siglos ha, dice ahora; porque

(a) Luc. 16. v. 26.

lo mismo siente ahora, y siempre lo sentirá. Ah! él oirá siempre esta palabra fulminante y horrorosa: *Nunc autem esturatis*; ahora, *nunc*. O! que extension tiene este *ahora*, pues abraza la eternidad entera: *Nunc*, ahora; es decir: un año, un siglo, millones de siglos, y despues de eso, *siempre*. Concebid, pues, si podeis la impresion que hará en un alma reprobada tan horrorosa desesperacion.

Voy à daros una idea exácta de esta eternidad. Quién pudiera hacerlo! quanto mas uno cava en este abismo, tanto mas se confunde y se pierde. Valeos de quantas imágenes y comparaciones os pareciere; yo me acoto à la fe, y poseido de un horror provechoso, me postro delante de esta justicia formidable que aun es tiempo de ablandar, y nada podrá moverla despues de la muerte: Ah! Señor, si alguna vez he concebido delante de vuestros altares algunos deseos por mis oyentes y por mí, este es el mas sincero, y el mas ardiente: que vuestra gracia, mi Dios, nos alumbré, y alumbrándonos deshaga este hechizo que nos ciega. Muchas veces me habeis enviado à esta Corte para anunciar en ella vuestras verdades divinas; pero qual entre todas ellas debía excitar mas vivamente mi zelo? Veo à los mundanos ocupados en el mundo, poseidos del mundo, encantados del mundo: los veo encantados de su grandeza, idólatras de su fortuna, amadores de sí mismos, y esclavos de sus sentidos: los veo desolados, consternados, como heridos de algun rayo. A la menor desgracia que turbe los designios de su ambicion, y desconcierte sus maquinaciones impías. Mas sobre la eternidad, ni hay inquietud, ni hay atencion: ó sea porque solo se gobiernan por la razon propia de que se precian, y por máximas propias de la impiedad: ó sea por confianza presuntuosa y por temeridad, ó sea por olvido, negligencia, ó ceguedad; sea por lo que fuere, viven en paz y sin susto. Muchas veces se les ha representado el horror de una eterna condenacion; pero ellos nos oyen, como los yernos de Loth dice la Escritura, que escucharon à su suegro, quando de parte de Dios los amenazaba con un

incendio general. Parece que lo tomaron como cosa de juego; *Vivis est eis, quasi ludens loqui*. Pues no pudiéramos, Señor, con la indignacion justa que nos anima, à exemplo de vuestros Profetas, estrecharos por fin, para que hagais conocer, y que se manifieste en ellos vuestra justicia? Pero nos acordamos, mi Dios, que si una vez caen en manos de esta justicia inexorable, no habrá modo de que se libren de ella. Que si una vez se condenan, ò os obligan à condenarlos, habrá de ser para siempre, y esto despierta toda nuestra compasion. Sabemos por otro lado, que son almas preciosas, rescatadas con vuestra sangre, llamadas à vuestra gloria. Han de estar eternamente perdidas para Vos, y habeis de estar, Dios mio, eternamente perdido para ellas! Esto es, amados oyentes míos, en lo que no podeis bastantemente pensar; y si no pensais en ello ahora quando lo pensareis? Será en el triste momento en que comenzareis à sentir el ardor de estas llamas consumidoras? Pero de qué os servirá el pensarlo entonces! No es cierto que no hallareis entonces en este pensamiento vuestro remedio, sino vuestro castigo? O eternidad! pensamiento saludable en la vida, pero desesperado en el infierno. Si no queremos, Christianos, que sea la materia de nuestra desesperacion, hagamosle motivo de nuestra penitencia. En lugar de exponernos à las penas eternas por una felicidad temporal, tratemos de merecer con penas temporales una felicidad eterna.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Torpeza.

Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quærens requiem, & non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meam, unde exivi. Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam, & ornatam. Tunc vadit, & assumit septem alios spiritus secum nequiores se, & ingressi habitant ibi.

En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares esteriles buscando quietud, y no la halla. Entonces dice: yo me volveré a mi casa de donde salí: y al volver la halla desocupada, limpia y compuesta. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y vuelven à entrar en esta casa, y habitan en ella. S. Matth. cap. 12. v. 43. 44. y 45.

SEÑOR.

Es doctrina comunmente recibida, y fundada en la Escritura, que hay demonios de muchas especies; y advierte San Gregorio Magno, que esta diferencia nace de las
Tom. III. Quaresma. H di-

incendio general. Parece que lo tomaron como cosa de juego; *Vidus est eis, quasi ludens loqui*. Pues no pudieramos, Señor, con la indignacion justa que nos anima, à exemplo de vuestros Profetas, estrecharos por fin, para que hagais conocer, y que se manifieste en ellos vuestra justicia? Pero nos acordamos, mi Dios, que si una vez caen en manos de esta justicia inexorable, no habrá modo de que se libren de ella. Que si una vez se condenan, ò os obligan à condenarlos, habrá de ser para siempre, y esto despierta toda nuestra compasion. Sabemos por otro lado, que son almas preciosas, rescatadas con vuestra sangre, llamadas à vuestra gloria. Han de estar eternamente perdidas para Vos, y habeis de estar, Dios mio, eternamente perdido para ellas! Esto es, amados oyentes míos, en lo que no podeis bastantemente pensar; y si no pensais en ello ahora cuándo lo pensareis? Será en el triste momento en que comenzareis à sentir el ardor de estas llamas consumidoras? Pero de qué os servirá el pensarlo entonces! No es cierto que no hallareis entonces en este pensamiento vuestro remedio, sino vuestro castigo? O eternidad! pensamiento saludable en la vida, pero desesperado en el infierno. Si no queremos, Christianos, que sea la materia de nuestra desesperacion, hagamosle motivo de nuestra penitencia. En lugar de exponernos à las penas eternas por una felicidad temporal, tratemos de merecer con penas temporales una felicidad eterna.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Torpeza.

Cum immundus spiritus exierit ab homine, ambulat per loca arida quærens requiem, & non invenit. Tunc dicit: Revertar in domum meam, unde exivi. Et veniens invenit eam vacantem, scopis mundatam, & ornatam. Tunc vadit, & assumit septem alios spiritus secum nequiores se, & ingressi habitant ibi.

En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares esteriles buscando quietud, y no la halla. Entonces dice: yo me volveré a mi casa de donde salí: y al volver la halla desocupada, limpia y compuesta. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y vuelven à entrar en esta casa, y habitan en ella. S. Matth. cap. 12. v. 43. 44. y 45.

SEÑOR.

Es doctrina comunmente recibida, y fundada en la Escritura, que hay demonios de muchas especies; y advierte San Gregorio Magno, que esta diferencia nace de las
Tom. III. Quaresma. H di-

diferentes especies de pecados à que estos espíritus de las tinieblas nos incitan. Hay demonios de soberbia, demonios de venganza, demonios de emulacion y de envidia, demonios de mentira, de lusion y de error; y todas estas especies de demonios tienen su caracter particular, así como tienen sus propios oficios. El que hoy se nos propone en el Evangelio es el demonio de la torpeza; aquel espíritu in-mundo, que tiene por empleo manchar las almas purificadas por la gracia de Jesu-Christo; y aunque son espirituales, hace las carnales, inficionandolas con el contagio de los cuerpos: *Cum inmundus spiritus calerit ab homine*. Y quiere el Hijo de Dios, que entre todos los demonios, tengamos horror particular à este, y por eso quiere darnosle el mismo à conocer. De este impuro espíritu, amados oyentes míos, os quiero hablar hoy; y es cosa importante descubrirnos su malignidad, pues el mismo San Gregorio nos asegura, que este demonio, ó por mejor decir, el vicio que fomenta este demonio en nuestros corazones, es la causa mas general de la condenacion de los hombres, y el que todos los dias hace que tantos pecadores se pierdan: *Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum*. Os daré de él una idea, de la qual no podais sacar mas consecuencia que detestarle, y guardaros de él. Al tratar este asunto tendré presente que la palabra de Dios, cuyo Ministro soy, aunque indigno, debe ser mas casta y refinada que la plata pasada por el exámen del fuego, y acrisolada siete veces: *Eloquia Domini eloquentia casta, argentum igne examinatum, probatum terræ, purgatum septuagies*. (a) Plegue à Dios que vuestros corazones estén tan puros como esta divina palabra, y dispuestos para aprovecharse de ella: esta es la gracia que desde luego pido al Espíritu Santo por la intercesion de la mas pura de las Virgenes, AVE MARIA.

Santo Tomás, hablando del caracter que nos imprimen algunos Sacramentos de la ley de gracia, le da dos ca-

(a) *Psalm. 7. v. 7.*

lidades en que pone su esencia. Es este caracter, dice, un signo espiritual, y un poder espiritual: *Signaculum & potestas*. Un signo espiritual para representar en nosotros los efectos invisibles del Sacramento; y un poder espiritual para hacernos capaces de obrar las acciones propias del Sacramento. Esta es la doctrina de este Angel de las Escuelas. Pues yo digo, Christianos, (dadme licencia para hacer esta comparacion) que la torpeza tiene tambien su caracter, pero de reprobacion, en lo que este abominable pecado es un perfecto retrato del infierno. Esto es lo que intento mostraros en este discurso; y para dividirlo desde luego, este caracter de reprobacion que descubrimos en la torpeza; aunque sumamente opuesto al caracter de los Sacramentos que instituyó Jesu-Christo, no dexa de asemejarse à él de dos maneras: en que tiene juntamente la virtud de representar, y la virtud de obrar lo que representa. Porque mi intento es, que representa en el hombre el estado de la reprobacion futura: esta es su primera propiedad; y obra esta misma reprobacion en el hombre, conduciendolo à la impenitencia final: esta es su segunda propiedad. En dos palabras; la torpeza, señal de reprobacion, y principio de ella. Señal visible de reprobacion; porque ninguna cosa nos pone mejor à los ojos desde esta vida el estado de los condenados despues de la muerte; esto os mostraré en la segunda parte. Este es un asunto muy extenso, pero de suma utilidad. No diré palabra que no os sirva de una instruccion provechosa, y que no sea digna de todas vuestras atenciones.

I. PARTE.

Quatro circunstancias que nos expresa la Escritura, explican perfectamente el estado de un alma condenada en el infierno. Las tinieblas y la obscuridad en medio de un fuego voraz: *Esicite cum in tenebras exterior.*

res. (a) La confusión y el desorden en la mansion de todas las miserias: *Terram miseria, ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.* (b) La esclavitud y servidumbre del demonio: *Excitatus, & diabolus est à dextris ejus.* (c) Últimamente, el gusano inmortal de una conciencia, cruel y continuamente despedazada: *Vermis eorum non morietur.* (d) Esta idea sensible nos quiso dar el Espíritu Santo de una reprobacion consumada: y esto es lo que desde esta vida hallamos en la torpeza; porque no hay pecado que cause mas profunda ceguera en el entendimiento del hombre, ni que le entre en desórdenes mas funestos, ni que mas cautivo le tenga baxo del señorío del demonio, ni que engendre en su corazon un gusano de conciencia mas insoportable, ni que mas le punce; y todo esto con gran eficacia. De donde infero, que este pecado es una señal manifesta del estado infeliz de la reprobacion. Atended.

No hay pecado que cause mas profunda ceguera en el entendimiento del hombre; y San Juan Chrisostomo dá una razon bien manifesta de ello. Este pecado, dice, es una ofension desordenada, y una vil sujecion del espíritu á la carne, tanto, que hace al espíritu carnal, por decirlo así. San Pablo, hablando de un hombre lascivo, no le llama absolutamente hombre, sino hombre carnal: *Animalis homo.* Pues querer que un hombre carnal pueda tener conocimientos racionales, es querer que la carne sea espíritu: y por esto concluye el Apostol, que un hombre poseido de esta passion, aunque por otra parte parezca muy entendido, no conoce las cosas de Dios, porque estan sobre la esfera de su entendimiento: *Animalis homo non percipit ea que sunt Dei.* (e)

En efecto, Christianos (observad esta reflexion de San Bernardo, que me parece no menos sólida que ingeniosa) quando el hombre se dexa llevar de la ambicion, peca, pero

(a) Matth. 25. v. 13. (b) Job 10. v. 22. (c) Psalm. 108. v. 7.
(d) Marc. 9. v. 43. (e) 1. Cor. 2. v. 14.

ro como Angel: porque la ambicion es un pecado espiritual; y por consiguiente, propio de los Angeles. Quando se rinde á la avaricia, y á la tentacion del interes, peca, pero como hombre; porque la avaricia es un desorden de la concupiscencia, que es propia del hombre solamente; pero quando se entrega á los deseos sucios de la carne, peca como bruto, porque sigue el movimiento de una passion que en los brutos predomina. Pues si peca como bruto, luego no tiene aquellas luces del entendimiento que le distinguen de los brutos, y le hacen obrar como hombre: luego está reducido á la ignominia de Nabucodonosor, está degradado de su naturaleza, está inferior á los mismos brutos; pues entre los brutos y él no hay mas diferencia, sino que él es culpable en su passion, y los brutos no pueden serlo: *Homo cum in honore esset, non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, & similis factus est illis.* (a) Este es el discurso de San Bernardo, y cada día le justifica la experiencia. Porque vemos que estos hombres esclavos de su sensualidad desde que la passion los solicita, cierran los ojos á todas las consideraciones divinas y humanas, no convienen ya en aquellas cosas de que estaban antes persuadidos, no creen ya lo que crefan, no temen ya nada de lo que temian, no estan capaces de advertencias; obran sin regla ni providencia; se hacen bestiales y sin seso: tanto es el poder y fuerza que tiene este pecado para cegarlos. Vengamos á las particularidades, y esto pido que me oigais. Especialmente pierden tres conocimientos: el conocimiento de si mismos, el conocimiento de su propio pecado, y el conocimiento de Dios. Hay ceguera mas deplorable, ni mas espantosa?

Pierden el conocimiento de lo que son, dice San Agustín, porque en este estado de vida licenciosa dexan de ser lo que eran. A lo qual añado yo (convirtiendo la proposicion) que dexan de ser lo que eran, porque en este estado de vida licenciosa dexan de conocer lo que son. Estos

(a) Psalm. 48. v. 21.

dos pensamientos vienen á parar á un mismo principio. Queréis ver uno de los mas illustres, pero mas terribles exemplos de esta verdad? Pues le saco de la Escritura. Por donde empezó la disolucion de aquellos dos ancianos que intentaron vencer la castidad de la virtuosa Susana, y fueron tan recientemente confundidos por Daniel? El texto sagrado nos enseña la causa: *Evertterant sensum suum, & inclinauerunt oculos suos, ne viderent Caelum*: (a) Perdiéron el seso; y apartaron los ojos para no ver el Cielo. Con qué cara hubieran podido mirarle, y llegar á semejante exceso? Unos Magistrados, unos Jueces, hombres venerables en la Sinagoga, que por su edad debían ser modelo del pueblo. Ah! Christianos, jamas hubieran hecho tal; sola la memoria de las calidades de que estaban revestidos, los hubiera contenido en su obligacion. Luego fue necesario que se olvidasen de sí mismos para resolverse á declarar su infame intento. Y como la conciencia no puede engañarse teniendo ojos, fue necesario cegarla absolutamente, para que no se alterase. Lo que asombra en el caso es, que hubiesen podido borrar de su entendimiento todo el conocimiento de sí mismos de tal modo, y en tan poco tiempo. Pero como la luz (dice á eso San Juan Chrisóstomo) es de tal naturaleza, que en un instante se difunde por toda la esfera del ayre, y destierra de él momentaneamente todas las sombras, así el pecado contra que hablo; este pecado, digo, grosero y carnal; en un instante cubre, por valerme de esta semejanza, á un alma con las mas obscuras sombras, y obscurece todas las luces de la razon, y de la fe.

Esta es la causa, como repara Clemente Alexandrino, de que los Poetas, que fueron los Teólogos de la Gentilidad, al explicar las prácticas vergonzosas, y los tratos infames de sus divindades mentirosas, jamas las representaban en su forma natural, sino disfrazadas, y muchas veces transformadas en brutos. Nosotros los censuramos, dice

(a) Dan. 13. v. 9.

este Padre, porque infamaron así su Religion, y ultrajaron la magestad de sus Dioses; pero si se ha de juzgar bien, entendian mejor que nosotros este punto. En eso nos querian decir, que sus Dioses imaginarios no habian podido arrojar á tales extremos sin olvidarse de sí mismos, y al hacerse adulteros, no solo se habian despojado del Ser divino, sino que aun habian renunciado la naturaleza de hombres.

Y en efecto no es cosa de admiracion, ver el extremo á que llegan los hombres en hacerse irracionales por este vicio? Porque no hay interes que no se desprecie; no hay honra que no se ponga á los pies; no hay dignidad que no se abandone; no hay fortuna que no se arriesgue; no hay amistad que no se rompa; no hay reputacion que no se exponga; no hay ministerio que no se profane; no hay obligacion á que finalmente no se falte por satisfacer esta pasion. Un padre olvida lo que debe á sus hijos, y no se le da nada de dexarlos arruinados por sus lascivias; un Juez lo que debe al público, y no hace escrupulo de sacrificar la justicia á sus deleites; un amigo lo que debe á su amigo, y ningun caso hace de abusar de la entrada que tiene en una casa para deshonrarla; un Sacerdote lo que debe á Jesu-Christo, y no teme escandalizar su Sacerdocio con acciones abominables; una muger lo que debe á su marido, y no se acuerda de la fidelidad que le ha jurado; una doncella lo que se debe á sí misma, y no se avergüenza de perder la mas hermosa flor, y hacerse el blanco del oprobio. Si en cada uno de estos estados se hiciera esta reflexion: que soy, y en qué me voy á entrar? no hay alma, por abandonada que esté á la violencia de sus deseos, que no bastáran las razones humanas solas para contenerla; pero están los ojos vendados, y mientras esta pasion domina, ni se sabe lo que es, ni lo que no es; por que el demonio de la torpeza nos ciega, y nos quita desde el principio el primero de todos los conocimientos, que es el conocimiento de nosotros mismos.

Digo mas. No solamente quita este demonio al hombre el conocimiento de lo que es, sino tambien el conoci-

cimiento de lo que hace; esto es, el conocimiento de su propio pecado, no dexándole sino el que basta para ser culpable en los ojos de Dios; sobre lo qual hace San Juan Chrisostomo una observacion muy juiciosa, y nos descubre una especie de prodigio que sucede cada día en nuestros entendimientos; pero hay mucha apariéncia de que no caemos en él. Según las reglas comunes, dice, llegamos al conocimiento de las cosas por la experiencia; lo que nunca hemos experimentado apenas lo conocemos; pero al mismo paso que lo practicamos y experimentamos, se nos va manifestando, y aprendemos a conocerlo. Este es el orden de la naturaleza; pero en el pecado de que hablo sucede todo lo contrario; porque jamas le conocemos mejor, que quando no tenemos experiencia de él; y no perdemos el conocimiento de él, sino quando nos desordenamos en cometerle. Esto es lo que yo llamo prodigio. Hay cosa mas verdadera, ni mas ordinaria? Reparad, dice San Juan Chrisostomo, en los sentimientos que tiene un alma inocente y pura: mira la torpeza como un monstruo, se guarda de ella como de una peste, y un contagio mortal; huye de las ocasiones, detesta las practicas ocultas, condena las mas ligeras libertades; porque está prevenida con el conocimiento de que en esto está el mas peligroso escollo de su salvacion. De dónde le viene esta prevención? De la naturaleza; esto es, del mismo Dios, que imprimió el horror de este vicio en las almas de todos los hombres, sin exceptuar a los Paganos. El hombre que es casto aun, y se mantiene en la integridad primera de sus costumbres, tiene una idea verdadera de este pecado. No le ha cometido jamas, y por eso le conoce perfectamente; mas dexese arrastrar de él: muy presto se disminuirá este conocimiento, y se le borrará esta idea: en habiendo caído algunas veces, los mas monstruosos pecados no le parecerán tan graves: de los actos pasará al hábito, del hábito a la obstinacion, de la obstinacion al escándalo, y del escándalo al extremo de perder del todo la vergüenza. Ya mirará su pasion como una flaqueza que merece perdon en la naturaleza humana; ya no tendrá de

de ella remordimiento, la mirará como una galanteria, hará vanidad, se alabará, la tendrá por materia de triunfo. Porque estos son (dice Guillermo Parisiense en su admirable tratado sobre este asunto) los progresos de la torpeza.

Pero se hubiera jamas creído, si la desenvoltura del siglo no lo mostrara, que habia de haber en el mundo Christiano, hombres de un entendimiento tan viciado, que calificasen de pura galanteria un vicio de tales consecuencias? Si se hubieran explicado así los Paganos y los Idólatras, fuera el escándalo de nuestra Religion usar de este lenguaje despues de ellos, y como ellos. Pero que los mas disolutos entre los Paganos, y entre los Idólatras hayan tenido mas modestia en este punto que nosotros: que unos hombres que hacen profesion del Evangelio, no guarden circunspeccion alguna, ni tengan honestidad ni pureza en sus expresiones, que pongan en el numero de sus triunfos los tratos mas detestables, convertirlos en materia de gloria, jactarse al descubierta de lo que hacen, y muchas veces de lo que no hacen; ay hermanos mios, dice San Juan Chrisostomo, esta es una ceguedad peor que la de los mismos demonios.

Pero qué será ver en la Christiandad mugeres que estilan semejante modo de discurrir, tener eso por entretenimiento y por juego, gustar de los donaires, de los equívocos que tiran a este punto, divertirse en escucharlos, y no mostrar sino una falsa repugnancia, y esto de un modo, que en lugar de refrenar la licencia, antes sirve para hacerla mas atrevida, y avivarla mas? Porque no hablo aquí, mugeres Christianas, de aquellas ultimas licencias de que os hace abstener el punto solo del mundo; y respecto de ellas se puede decir que tiene Dios en poco vuestras victorias, pues si las conseguis, mas que a Dios os atendeis en eso a vosotras mismas. Hablo de otros excesos, que aunque menos odiosos al parecer, pero son otros tantos delitos; y por mas que os precieis de que sois irreprehensibles según el mundo, le dan a Dios demasiada materia para condenaros. Hablo de aquellas conversacion

nes licenciosas, de las quales nacen tantos males, y dan tan mortales heridas á las almas. Hablo de aquellas conversaciones secretas y familiares, en las quales la familiaridad misma, y el secreto, son los mas poderosos atractivos para las mas finestas aficiones. Hablo de aquellas amistades que se tienen por honestas, pero su dulzura es la ponzoña mas insensible y pronta para inficionar los corazones, y corromperlos. Hablo de aquellos comercios continuos de visitas, de papeles, de juegos, que San Gerónimo llamaba con tanta razon últimos indicios de una castidad que está para morir: *Mortua virginitatis indicium*. Hablo de aquellos artificios que la vanidad humana emplea en hacer sobresalir mas los atractivos de una hermosura perniciosas. Hablo de aquella detestable ambicion de recibir adoraciones con perjuicio del dueño soberano, á quien pertenece todo el culto y vasallage. Hablo de aquellas caricias, verdaderas ó fingidas, que se hacen á un hombre mundano, con que se fomentan sus detestables esperanzas, para tener un día que dar cuenta de sus mas secretas maldades. Hablo de aquellos trages inmodestos, que ni la costumbre, ni la moda autorizarán jamas, porque ni moda ni costumbre pueden jamas prescribir contra el derecho divino. Estas, decís, son unas vagatelas; pero el punto está en saber, si Dios ha de hacer el mismo juicio que vosotras; y si vosotras mismas, quando hayais de comparecer en su tribunal, las juzgareis de diverso modo. Vosotras pretendéis que son cosas indiferentes; y yo afirmo que son otros tantos delitos; vosotras pretendéis que es necesario vivir así segun vuestras reglas; y yo afirmo que vivir así es quebrantar todas las reglas de la Religion que profesais. Y como este proceder no puede avenirse con el conocimiento de Dios (porque no hay modo de conocer á Dios, y no conocer lo que le ofende) del olvido de sí mismo, y de la ignorancia de su pecado, viene el hombre sensual á caer en la ignorancia y olvido de Dios; y ved ahí el abismo profundo en que le hunde la torpeza.

Esa es la causa, decia el sabio Pico Mirandulano, por que todos los Ateístas fueron siempre de pública notoriedad

dad unos hombres estragados por las pasiones carnales; no siendo el Ateísmo, advierte este grande Autor, el que conduce á la lascivia, sino al contrario, la lascivia el camino ordinario que conduce al Ateísmo. Esta es la causa de que todos los lascivos de profesion y estado, son comunmente unos espíritus perdidos y licenciosos en la creencia; de dexarse preocupar facilmente contra la Religion; de gustar de tener disputas sobre ella, y hallar en ella dificultades, sin saber lo que han de resolver; y de que apenas se hallará una muger de distincion de vida relajada, que no presuma de entendida, y se precie de disputar sobre las verdades de la ley christiana: porque fuera muy de su gusto el persuadirse en estas disputas, á que no hay Dios, segun aquella célebre sentencia de San Agustín: que no hay quien dude que le hay, sino aquellos á quienes les estuviera bien que no le hubiese. Esta es la causa de que corran iguales casi siempre los progresos de la impiedad, y los del vicio: y que al contrario, casi nunca tiene principio la conversion de la impiedad á la fe en un alma, sino por la conversion del vicio á la virtud; quiero decir, quando el fuego de los deseos impuros viene á amortiguarse y apagarse. La razon es muy natural: porque hallandose el hombre dado á sus gustos con una especie de impotencia para creer y satisfacerse, inquietandole la vista de un Dios en medio de sus deleites, y teniendo esos deleites una continua contradiccion en la vista de un Dios, toma al fin el partido de renunciar el un extremo por mantenerse en la posesion del otro, y de no creer ya en ese Dios, á quien mira como á un enemigo irreconciliable de su deleite, y de su desorden.

Este es el modo con que el mas sabio de los Principes Salomon, aquel hombre colmado de todos los dones del Cielo, aquel hombre que desde el cedro hasta el hisopo no ignoraba cosa que hubiese en el mundo, cuyo oráculo era, vino á desconocer su autor. No tuvo dificultad de postrarse delante de los Idolos de piedra, después de haber adorado los de carne, y perdió las mas brillantes luces de su entendimiento, luego que entregó su corazon á criaturas viles.

Hace San Agustín una reflexión muy ingeniosa sobre la diferencia del Dios verdadero, y los dioses de la Gentilidad; ó por mejor decir, sobre la ceguedad de los Gentiles en orden á sus falsos dioses, y nuestra ceguedad en orden al Dios verdadero que adoramos. Viene esto como nacido para mi asunto. La ceguedad del Paganismo, pregunta este Santo Doctor, en qué estuvo? En que habiendo los hombres hecho sus dioses en la Gentilidad, los hicieron según su capricho, y como los quisieron: y porque temían que estos dioses imaginados fuesen jueces demasiados severos, y condenasen con mucho rigor los desórdenes de su vida, hicieron unos dioses apasionados, unos dioses coléricos, y llevados de ímpetus, unos dioses sujetos á los mismos delitos que ellos, para que qualquiera pudiese cometerlos sin infamia, y aun con honra. Ved ahí el extremo á que hizo la pasión que llegase la ceguedad de las naciones Paganas: pero el Dios de los Christianos, prosigue este Padre; es de condición muy diversa; porque no habiendo sido hecho por manos de hombres, no han podido los hombres con todos sus artificios hacer que se ajuste á sus sentimientos: y siendo Santo por la necesidad de su ser, era incapaz de conformarse con sus inclinaciones corrompidas. Pues qué hace el lascivo? Conociendo lo que es Dios, y desesperando de poder hacer que se mude, niega que es su Dios; y por no dar, en los errores de la idolatría y superstición, se abandona á la irreligión; esto es, por no atribuir á Dios propiedades indignas de quien es, como los que ofrecían incienso á un Júpiter entustioso, borra todas las ideas de la divinidad de su entendimiento. Mas este Dios que por su esencia es la pureza misma, y no puede desdecir de sí mismo, mas quiere que los hombres no le conozcan, que no que le tengan por un Dios feutor de sus pasiones iníames. No, dice en la Escritura, no será mas vuestro Dios, antes tendré por gloria el dexar de serlo. Vosotros hareis estudio de no conocerme, y yo le haré de no ser conocido de vosotros; pues en el estado de abominacion á que el pecado os ha reducido, no os sirviera el conocimiento que tuvie-

vierais de mí, sino para ultraje mayor de mi santidad: pero acordaos tambien de que este olvido ha de ser el colmo de vuestra malicia, y que aun desde esta vida ha de ser su mas terrible castigo.

En efecto, Christianos, hay cosa tan horrorosa como esta ceguedad en las tinieblas del infierno? En el infierno hay tinieblas, es verdad, pero la fe que me dice que las hay, me enseña tambien que son solamente tinieblas exteriores: *Ejicite enim in tenebras exteriores* (a): mas las tinieblas de una concupiscencia ciega son unas tinieblas, por decirlo así, reconcentradas en el hombre, y tan intimas con él, como él lo es consigo mismo. Los demonios estan en la morada de las sombras y de la obscuridad, pero estan llenos de claridad en sí mismos: porque nunca conocieron mejor lo que es Dios, cuya mano vengativa experimentan: ni lo que es el pecado, por el qual padecep una pena eterna; ni lo que son ellos mismos, y el fin para que fueron criados. Estan, pues, cercados exteriormente de tinieblas; pero penetrados interiormente de luces: mas el torpe por el contrario está cercado de luces, y penetrado de tinieblas. Tiene fuera de sí todas las luces de la fe, y no habia menester mas que consultarlas, y le pusieran á la vista la dignidad de su alma santificada por el Sacramento de Jesu-Christo, el oprobio del pecado que la deshonra y la mancha, y la excelencia de Dios, á quien se debe sujetar, y contra quien se rebela: pero dentro de sí no es mas que una noche obscura: y así no alcanza á ver cosa alguna. Pues no es preciso inferir, que está en unas tinieblas mas densas aun, que las de los mismos condenados?

Pasemos adelante. El desorden que reyna en el infierno, reyna igualmente en la torpeza? Igualmente, Christianos; y tanto mas, quanto el desorden del infierno está necesariamente acompañado de un gran orden que la justicia divina ha establecido en él; pues según la doctrina de los

(a) Math. 25. v. 120.

los Padres, el inferno, con ser inferno, es un lugar destinado por la Providencia, en el qual Dios, como Criador del Universo, restituye todas las cosas á su órden, castigando lo que es digno de castigo, y tomando las satisfacciones que se le deben de aquellas rebeldes criaturas; pero el desórden de la torpeza es precisamente desórden, y no mas. Explicaros la naturaleza de este desórden en toda su extension fuera nunca acabar. San Agustin le pone, en que el espíritu del hombre, que por el derecho de una natural superioridad, debe gobernar y regir el cuerpo, se dexa por el contrario gobernar de los sentidos. Lo que no sucede, dice el Santo, en los demás vicios, ni en las demás pasiones, en que á lo menos, si es vencido el espíritu, es vencido por sí mismo solamente; pero aqui es vencido por la carne: *In aliis quippe affectibus (dice) animus à se ipso vincitur; hic autem pudet animum sibi resisti à corpore, quod ei inferiore natura subiectum est.* Pero este pensamiento es demasíadamente sutil para explicar el desórden de un pecado tan grosero como este. San Juan Chrisostomo nos da de él una idea mas sensible, quando nos dice, que el desórden de la torpeza en el hombre consiste en llevar al hombre á unos excesos, adonde no llega la sensualidad de los brutos. Porque es cierto, que haciendo el hombre que su razon depravada sirva á su concupiscencia, ha inventado para satisfacerse tales delitos, que la concupiscencia sola no se los hubiera inspirado; y así como solo el hombre entre todos los animales es capaz de ser casto por virtud, y sobre las leyes de la naturaleza, así tambien solamente el hombre es capaz de ser vicioso, y dexarse llevar mas allá de los términos de la naturaleza misma. Así lo declaraba San Juan Chrisostomo con el exemplo de aquellas Ciudades abominables de las quales se habla en el Genesis, y sobre las quales hizo Dios que cayese el fuego de su indignacion. Infelices Ciudades, cuyo pecado execrable ha servido para pervertir á tantas! Porque, cuántas quizá vé Dios, no menos detestables, aun en medio de la Christianidad? Y si no las castiga, haciendo que llueva sobre ellas azufre y fuego, cuántas ven-

venganzas ocultas, pero mas terribles: executa cada dia contra los que renuevan abominaciones semejantes? Esto nos quiere dar á entender San Pablo, quando nos los representa abandonados de Dios, y entregados á las pasiones mas infames. Y aunque el Apostol no tuvo repugnancia en explicarse al descubierto, me atreviera yo, con ser Ministro del Evangelio, á usar aqui de sus mismas expresiones? Temiera que habian de ofender vuestra modestia, aunque él las dexó santificadas; y plugiera á Dios que el demonio de la carne no os hubiera abierto los ojos para entender lo que yo no puedo decir, y que se tuviese siempre miedo de hablar en tal materia, por no enseñar á los Christianos lo que ignoran. Porque infelaz de mí, si con pretexto de confundir los pecadores escandalizara las almas inocentes y sencillas; pero digamos la verdad, Christianos; dónde están hoy la sencillez y la inocencia? Si no se hace todo lo malo, se desea poder y saber hacerlo. No diriais sino que la naturaleza no está bastantemente viciada, y que era necesario sobre ese vicio el estudio, para componerse una nueva ciencia á sí mismo de los desórdenes propios. Si sale á luz un libro diabólico, que descubra estos misterios de maldad, se busca, y se lee con toda el ansia de una curiosidad de la mayor vehemencia. Que de inficionada la imaginacion de leerle, haga en el corazon las mas mortales impresiones, llegue el veneno que introduce hasta la parte mas sana del alma, que es la razon, nada importa; este es un libro del tiempo, que es necesario haber leído, y esto sin miedo del peligro que se encuentra en él, como si se tuviera seguridad de la gracia, y se hubiera hecho algun pacto con Dios, para tener licencia de exponerse, sin que sea presuncion, á las ocasiones de mayor riesgo. Porque la curiosidad de saber lo que pensarse solo debe causar horror, es una de aquellas tentaciones que no hay escusa que la justifique; y no obstante, aun despues de preciarse de una imaginaria reforma de vida, apenas hay quien consiga de sí mismo hacer escrupulo en esta materia.

Pero acabemos, si se puede, de desenvolver este des-

orden de la torpeza. Tertuliano parece que le concibió de un modo mas metafórico, y por consiguiente viene mejor para un discurso, que solo tiene vuestra edificación por objeto. En el libro de la castidad, en que confieso que este grande hombre arrebatado de la fuerza de su genio hablaba ya como herege, advierten sus comentadores, que era por un exceso de zelo, y no puede negarse que sus errores están mezclados con las verdades mas sólidas y santas. Dice pues (y es esta una de esas verdades) que el espíritu impuro tiene una como coexcion necesaria con todos los vicios; y que todos ellos están, por decirlo así, à sus gages y à su sueldo, siempre prontos para servirle en el logro de sus abominables intentos. Por él (pongo por exemplo) el homicida derrama la sangre humana; por él la perfidia prepara las ponzoñas; por él la calumnia es ingeniosa en inventar; por él la injusticia es todo poderosa, quando es la sollicitacion lo que se intenta; por él la avaricia se vá à la mano en los gastos; por él el perjuro engaña; y por él el sacrilego se atreve à lo mas sagrado. Ved ahí, decia Tertuliano, el infernal aparato que se me representa, quando considero los pasos de esta peligrosa pasion: *Pompan quamdam, atque suggestum aspicio maculis*. La lascivia se pone à la frente de todo esto, y todo la sirve de escolta. Pensamiento que concuerda con el del Hijo de Dios, quando en el Evangelio nos representa al espíritu impuro acompañado de otros siete, tan depravados, ó mas que él; pues casi siempre siguen al demonio de la torpeza, el demonio de la venganza, el de la discordia, el de la impiedad, el de la injusticia, el de la murmuracion, el de la prodigalidad, el de un atrevido descaro, y de una osadia licenciosa; y aun quantos pudiera añadir? Pero detengámonos en estos, para verificar literalmente la sentencia de Jesu-Christo: *Et assumpsit septem alios spiritus secum nequiores se*.

Hablemos sin rebozo. Confesemos que este pecado es en efecto el principal desorden del mundo, pues tantos arrastra en su seguimiento. Digo que se derrama por él la sangre humana; escuchadme. Qual fue el origen de las guer-

guerras mas crueles y fatales para los pueblos, sino una pasion de amor? Una muger que sacó de su casa un hombre sin juicio, fue la centella que levantó los mas furiosos incendios, y consumió naciones enteras. El ser lascivo un hombre, fue la causa de perecer millares de hombres con el hierro, y con el fuego. Pero no vamos tan lejos à buscar pruebas de esta verdad. Nuestro siglo tan infeliz, tiene bastantes pruebas para convencernos; y no ha permitido Dios que engendrarse monstruos, sino para forzarnos à que lo confesemos. Los hemos visto con horror, y tantos sucesos trágicos nos han enseñado mas de lo que quisieramos, lo que puede producir un trato poco honesto, no solo en los estados, sino en las familias mas respetables. El dar un veneno era entre nosotros un delito que nunca se habia oído; el infierno le ha hecho comun por el interes de esta pasion. Sabido es, decia el Poeta, que puede mucho una muger irritada; pero no se sabia el exceso à que podia llegar su ira; y esto ha querido Dios que conociesemos nosotros. A la verdad, no os feis de una muger licenciosa dominada del espíritu de la disolucion: si ponéis estorbo à sus designios, no habrá cosa que no mueva contra vosotros; no la detendrán los mas sagrados vinculos de la naturaleza; os venderá, os sacrificará, os hará víctima de su enojo. Por el homicidio, proseguia Tertuliano, se mantiene el amancebamiento; por medio de él se libra un adúltero de la molestia que le dá un competidor; y con él la incontinencia de una muger oculta su confusion con la ruina del fruto de su pecado.

Digo que este pecado hace profanar las cosas sagradas. Se hubiera creído (si no hubiera hecho la misma providencia que en nuestros dias se viese lo que no podrá leer la posteridad sin horror) se hubiera creído, digo, que habia de haber sido la razon de una brutal pasion el sacrilegio? Que habia de haber entrado la profanacion de lo sagrado entre las disoluciones de una licencia desenfadada? Que lo mas digno de respeto que hay en la Religion se habia de haber empleado en lo mas abominable que tiene la lascivia, y que el hombre (segun la prediccion de Isaias) habia de

haber hecho que sirviese su mismo Dios à sus deleites infames? *Verumtamen servire me fecisti in peccatis tuis, & laborem mihi præbuiti in iniquitatibus tuis.* (a) Digamos cosas menos horrosas, y quédense estas, si es posible, sepultadas en un olvido eterno. Digo que el espíritu impuro mantiene las disensiones y las contiendas de un lugar, y de un país. Bien lo sabeis: tres ó quatro mugeres de mala fama, y conocidas por los sucesos de su vida, son casi siempre la causa de quanto se maquina; y de ahí nacen las enemistades de los que frecuentan su trato, de ahí los impetus de los que se tienen por despreciados, los odios irreconciliables entre ellas mismas, las discordias domésticas, y las furias de un marido, à quien esta llaga, en habiéndose abierto una vez, nunca le dexa sino los mas acerbos dolores, y un resentimiento muy profundo y amargo. Digo que la torpeza hace à la calumnia ingeniosa en fabricar acusaciones, y sobornar testigos: está la memoria de esto muy reciente. A lo menos no es esta la fuente empozoñada de donde nacen las sátiras mas sangrientas, las murmuraciones mas atroces, los libelos injuriosos è infamatorios, y otros mil insultos contra la reputacion del proximo, y contra la caridad? Digo que esta pasion hace à la injusticia todo poderosa en sus sollicitaciones: os dexa dudar de ello la experiencia que tenen del mundo? Se sabe que esta muger gobierna al Magistrado: se sabe bien el modo de interesarla y de ganarla; y esto basta, porque con esto no hay buen derecho que no ceda, no hay trampa que no salga bien, no hay violencia ni supercheria que no prevalezca. Quantos Juces se han pervertido por el sacrificio de una castidad vendida y abandonada? para quantas infelices ha sido lazo y tentacion la necesidad de pretender con un Juez lascivo? Digo que este vicio arruina las casas, y destruye las haciendas: no habeis visto hartos exemplos? Dichoso si no habeis hecho la experiencia por vuestro propio pecado, ó por el de otro. El desorden antiguo y comun

(a) Isai. 13. v. 24.

mun era ver con compasion à un insensato pródigo baxo del nombre de amante; hasta llegar à la extravagancia, contentar la avaricia y la profanidad de una muger en que idolatraba; pero el desorden del tiempo presente es por el contrario, ver à una muger que ha perdido el honor, no menos que la conciencia, con un trueque nunca oido en otros tiempos dar los primeros pasos, y hacer los gastos, y las costas, apurarse, adeudarse, y arruinarse por un mundano à quien se ha sujetado; ver que pasa por todos sus caprichos, experimentando en él la arrogancia, y siendo el que manda en su casa como dueño. La indignidad es, que este desorden se establece de tal suerte, que se hace costumbre; el criado se hace à pasar por él, es obedecido este señor extraño, sus órdenes se respetan y executan, porque se conoce el imperio que su delito le da: y entretanto esa muger, atropellando con todo, y libre de los respetos humanos, cuyo yugo ha sacudido, hace vanidad de no reparar en nada, y pone su gusto en sacrificarlo todo por preciarse de una victoria ridicula, y de una necia gloria de ser amante.

No os ofendais, Señoras; y quando hubiera alguna imprudencia en el exceso de estas reprehensiones, tened bien que à exemplo de San Pablo os ruegue encarecidamente que las sufrais: *Utinam sustineretis medicum quid insipientie mea, sed & supportato me.* (a) Dios, testigo de mis intenciones, sabe el respeto à vuestras personas, y el zelo de vuestra salvacion con que hablo el día de hoy: pero Dios tiene sus fines, y debe esperarse que no ha de ser siempre infructuosa su palabra. De vosotras, Señoras (bien lo sabeis, pero lo habeis pensado bien alguna vez delante de Dios?) De vosotras depende la santidad y reformation de la Christianidad; y si fuerais tan Christianas como debeis, el mundo con una necesidad feliz se hiciera Christiano. El desorden que me desconsuela es, que en estos tiempos se presume, y puede ser que con razon, que ten-

(a) s. Cor. 11. v. 17.

neis la culpa de la disolución de las costumbres que vemos crecer de día en día; y no solamente se acusan vuestras desinvolturas, vuestras complacencias y flaquezas, sino que se atribuye también la culpa a vuestras artificios, y a la depravación de vuestros corazones. No os cubra, que en lugar de aquella modestia y compostura que os había dado Dios por adorno propio vuestro, haya entre vosotras algunas tan obstinadas, que hagan estudio de señalarse en un género de donaire y libertad, de que tantas almas se dexan prender como del atractivo mas capaz de corromperlas? El exceso del desorden está, en que todas aquellas prevenciones de la decencia, que antiguamente servian á la pureza de resguardo, y se vean hoy desterradas como molestas. Muchas cosas que se tenían por escandalosas, y hubieran bastado para hacer sospechosos la misma virtud, no se reputan por cosas de consecuencia. La costumbre, y el buen gusto de este siglo las autoriza, al paso que el demonio de la torpeza sabe sacar de ellas sus ventajas. El colmo del desorden es, que las obligaciones mas comunes y mas inviolables, aun respecto de los mismos Paganos, son en estos tiempos el asunto de la risa. El papel que se representa en un teatro es un marido traspasado del sentimiento del deshonor de su casa; una muger que tiene ingenio para engañarle, sale al teatro para hacer el de una muger heroica: unos espectáculos en que la disolución se quita la máscara, y en que se corrompen mas corazones, que convertirán famas los Predicadores del Evangelio, son los que allí se llevan los aplausos. La sujecion, la dependencia, el mantenerse en los términos de la decencia de la propia condición, todo esto se representa como una especie de tiranía, de la qual ha de librar la industria. Oír esto no cana, y alguno que por su triste destino es mas interesado en lo que se representa, es el primero que gusta de esta diversion. Imaginad por otra parte un marido, que habiéndole Dios hecho el favor de darle una muger prudente y cabal en todo, no dexa de encapricharse de una pasión extravagante; ama por obstinacion lo que muchas veces no tiene por qué ser amado, y no puede por in-

zon

zon amar el objeto, en quien debía emplear todo su amor; no dá de mano con desden á lo que le es permitido, sino porque le es permitido; no sigue con ansia lo que le es prohibido, sino porque le es prohibido; trata con aspereza y rigor á lo que había de ser el objeto de su cariño, y adora con terquedad lo que es causa visible de sus desgracias. A esto llamo desorden; pero quantos paso en silencio, y no puedo ponerlos á la vista?

Despues de eso, á la ceguedad y al desorden añado también la esclavitud, que es la tercera semejanza del estado de los torpes con el de los condenados en el infierno. En los demas pecados (dice San Gregorio Papa) el espíritu de las tinieblas nos hace guerra como enemigo, nos incita como tentador, nos coge como engañador en sus lazos; pero en este nos domina como un tirano. Si nos pervierte (prosigue este Padre) con otra pasión, no obstante su victoria, siempre está con desconfianza, siempre está rezeloso de que nos mudemos, y de que la gracia le arranque la presa que tiene entre las manos; pero si nos ha hecho caer en una torpeza, si nos ha enredado en un trato delinquento, entonces es el fuerte armado del Evangelio; entonces tiene presa al alma en sus lazos, está seguro de su conquista, y se tiene por poseedor pacífico de ella: *In pace sunt ea que possidet.* (a) Por qué levantaba, pregunta San Agustín, tantas persecuciones contra los Christianos en los primeros siglos de la Iglesia? Porque los Christianos vivian con una total pureza de costumbres, eran castos por su profesion, y por consiguiente estaban libres de la dominacion del pecado; y como el demonio no podia señorearse de ellos con el amor del deleite, intentaba vencerlos con el horror de las penas; pero despues que halló el modo de introducirse en la Christianidad con los deleites sensuales, cesaron todas las persecuciones; porque le pareció este camino mas corto, y mas seguro. Executando su crueldad contra los Martires, atormentaba sus cuerpos, pero para él se quedaban perdidas las almas: mas la

tor-

(a) Luc. 11. v. 21.

torpeza le sujeta sin derramar sangre las almas, y los cuerpos. Y puedo con razon decir aqui lo que San Hilario decia al Emperador Constancio, quando con alagos perniciosos tentaba y derivaba à los fieles: Plugiera à Dios, que hubieramos vivido en el tiempo de los perseguidores! Mucho mas debemos à los primeros Cesares, pues por ellos triunfamos del infierno: *Plus crudelitati debemus, quia diabolum vicimus*: pero ahora peleamos con un enemigo tanto mas terrible, quanto menos lo parece. No despedaza la carne, sino la alhaga: *Non dorsa caedit, sed membra palpat*. Persiguiendonos nos diera la vida, pero acariciandonos nos da la muerte: *Non proscritibit ad vitam, sed titillat in mortem*. Reducienonos à una prision nos diera la libertad, pero nos detiene en su palacio, para reducirnos à la servidumbre: *Non tradit carceri in libertatem, sed intra palatium retinet in seruitutem*.

Asi hablaba este Santo Obispo; y este es el estado triste que gemia San Agustia tanto tiempo, y sobre el qual se reprehendia con tanta fuerza. Este hombre grande antes de su conversion, sin haberle hecho fuerza aun los motivos poderosos que le hicieron despus volver en si, no obstante suspiraba al verse esclavo de su pasion. Aun no queria ser de Dios, pero queria à lo menos ser dueño de si mismo. Ea bien, Agustín, se decia, siempre has de estar señoreado de una ciega concupiscencia, y dominado de los sentidos! Te has de quedar anegado en tus infames deleites? Despues de haber tomado el gusto à las delicias del alma has de seguir los apetitos del cuerpo? Y aun si conservaras algun dominio sobre tu concupiscencia! pero que te haya de gobernar la carne! que en los mas nobles exercicios de tu alma haya de venir à inquietarte con un apetito bruto! que no te haya de dar treguas ni descanso, y que hayas de estar siempre pronto para obedecerla! Ah! esto es llevar contigo un infierno, porque es llevar un demonio, que sin cesar te hace experimentar su mas impetuosa, y cruel tirania!

De ahí nace el gusano de la conciencia, y la inquietud: quarta y ultima semejanza del torpe con los conde-

nados en medio de los incendios que los abrasan. Porque el hombre sensual, y dado à deleites, quiere satisfacerse, y busca una cierta quietud, que juzga puede conseguir siguiendo sus detestables deseos; pero por disposicion totalmente contraria de la providencia, al seguir sus deseos detestables pierde la quietud, y se pone en estado de no poder hallarla: *Querens requiem, & non invenit*. (a) De dónde la pudiera esperar! De parte de Dios criador suyo, y juez de las acciones de su vida? De parte de la criatura que adora, de aquel objeto infeliz de su pasion y de su afecto? Pues uno y otro, si discurre bien, y aunque discurre mal, se le convierte en un manantial de inquietudes, de pesares, de remordimientos, de desesperaciones. Attendme un instante, y concluyo esta primera parte.

Inquietud de parte de Dios, à quien el torpe considera como juez de sus acciones y de su vida. Porque todo pecado, por la razon general de pecado, causa entre Dios y el pecador, en quanto es pecador, una division irconciliable y una guerra. Por consiguiente es imposible que el pecador, desde que se rebela contra Dios, no pierda la paz: *Quis restitit ei, & pacem habuit?* (b) Pero es fuerza confesar, que le conviene esto aun mas singular y propriamente al pecado de la carne. San Juan Christostomo da la razon de ello, y la experiencia la confirma. Porque no hay pecado, dice este Padre, con que el hombre esté mas precisado desde el principio à darse en cara à si mismo, ni hay pecado de que sea mas dificultoso el lisonjearse, y formar sobre él una conciencia erronea; ni hay pecado que mas naturalmente lleve consigo la confusion y la infamia, y en que pueda tener menos lugar el pretexto del error y la ignorancia: luego no hay pecado que mas vaya à los alcances con el remordimiento, ni que por su naturaleza sea mas incompatible con la quietud y tranquilidad del alma: *Querens requiem, & non invenit*. (c)

En

(a) Matth. 12. v. 43. (b) Job. 9. v. 4. (c) Matth. 22. v. 43.

En los demas pecados (añade San Juan Chrisostomo) en fuerza de tener preocupado el entendimiento, juzga el que peca, aun quando está pecando, que tiene razon; à lo menos se libra de la inquietud con lo que causa el pecado, quando se comete con actual persuasion de su malicia. De este modo el odio, la ambicion, y la avaricia incitan cada dia al hombre à unos excesos, que le hacen reo delante de Dios, pero no le estorban el que goze de un profundo reposo dentro de si mismo. Como son pecados muy ocultos, no solamente sabe el amor propio disfrazarlos, sino justificarlos, hasta hacer que parezcan justos; y es muchas veces la causa de estar llenos de soberbia, de agraviar al proximo, de ofender la caridad y la justicia sin ningun remordimiento: porque coacuerda uno en eso consigo mismo, y es cosa rara que se juzgue à si mismo con todo rigor en esos puntos. Esto es, dice San Juan Chrisostomo, el caracter de los pecados propios del espíritu.

Solamente en el pecado de la carne, por poco que le haya quedado de Religion, está obligado el hombre à condenarse à si mismo, no encontrando cosa que pueda servirle de defensa, ni de excusa: es demasiado grosero este pecado, para servir de motivo à las ilusiones de una conciencia errónea; y el alma por alguna reliquia de integridad, que no destruye esta culpa, desde que cae en ella se vé forzada à reconocerse culpable, y dar sentencia contra si misma; y empieza desde luego à ejecutarla con los terrores de una eterna condenacion que se apoderan de ella. Apenas ha gustado el lascivo del fruto de su incontinencia, quando experimenta su amargura. Apenas ha concedido à sus sentidos lo que la ley de Dios le prohibe, quando queda espantado, confuso, entregado como Cain à su propio pecado, que le sirve de castigo y de tormento. Parece que aquel rayo primero de la fe que le alumbraba, tira à descubrele su enormidad y deformidad para quitarle todo el deleite. Mientras cree que hay un Dios vengador de los delitos, ese es su estado: *Querens requiem, & non invenit.*

Bien

Bien sé, y lo he dicho ya, que al paso que se desenfrena, quisiera sacudir el yugo de esta fe que le importuna; y que uno de los efectos del deso impuro que le ciega, es enflaquecer en su entendimiento la fe de las verdades que le turba, y le contienen en la raya de su obligacion. Pero si se libra de la inquietud provechosa de la penitencia, es para caer en otra mas triste y horrosa: digo en la de un alma arrebatada de la pasion, y vacilante en la fe. Porque, ò el demonio de la torpeza que le posee le ha hecho absolutamente infiel, ò no. Es decir, ò le queda aun, à pesar de su desenfrenamiento, algun respeto à los oráculos de la palabra de Dios, ò le ha perdido ya del todo. Si le ha quedado, cómo puede oírlos sin estremecerse? Si le ha perdido, qué seguridad puede tener de lo demas, no dando oídos sino à si mismo?

En efecto, si dexa de ser Christiano à qué miseria no se arroja, quedando expuesto, no ya à los sustos que le causa su fe, sino à las incertidumbres crueles con que su infidelidad misma le atormenta? Porque no asegurándole esta infidelidad en nada, y haciendo que todo lo aventure, de qué le puede servir para hallar la paz? En falta de la fe, que ha repudiado aquella alma naturalmente racional, qué no dice contra él para alterarle, y llenarle de un sumo desconsuelo aun en medio de su disolucion? Qué combates, qué ocultos torcedores no tiene qué sufrir? Qué dificultades que vencer? Qué dudas que resolver? Pues en medio de estas alteraciones, y de tantas inquietudes, dónde está aquella imaginada paz que se prometia? *Querens requiem, & non invenit.*

Es aun mas sensible esta inquietud por parte del objeto que adora. No lo vemos cada dia? Era necesario mas, para aprender à preservarnos de dolencia semejante? Ya se considere en su origen, ya se observen sus progresos, ya se haga juicio de ella por el fin, no es el mas inquieto de quantos males hay? En su origen; porque (pongo por exemplo) qué tormento hay que pueda compararse al de una alma que ama, y echa de ver que no es amada; que quiere agradar, y desagrada con eso mismo; que concibe

Tom. III. Quaresma.

L

unos

unos deseos ardientes, y no halla sino tibiezas; que se apura en servicios y cuidados, y no recibe mas que desdeñes? No es esta pasión ridícula y extravagante, pero porfiada, la que, por mas vigor que tenga por otro lado, le consume, le enflaquece, y le hace padecer un triste, pero inútil caimiento? Aunque Dios le haya dotado de buen juicio, no es ella la que le hace fátuo, la que acaba con su corazón, y le pone en parage de no poder valerse con ella? De modo es esto, que por mas persuadido y convencido que esté de su locura, ni puede vencerla, ni desecharla; tanto mas infelizmente hechizado, por decirlo así, por quanto lo está á su costa, quando los demas poco movidos de lo que padece, ó le satirizan, ó le tienen compasión.

Este es su lamentable destino, si su pasión no tiene correspondencia. Pero aunque la halle, qué inquietudes, y qué miedos, de que no es igual, sincera, ni constante? De que no es igual, porque dónde se halla correspondencia perfecta? Y quando se hallára, dónde habrá quien por su propia quietud se dé por seguro? Hay quien esté jamas contento de la persona á quien ama? De que no es correspondencia; porque en este trato de las amistades mundanas, y consiguientemente impuras, qué falsas apariencias hay! qué engaños! qué disimulos! qué artificios, especialmente quando la ambición ó el interés empuñan á que haga este papel la una! Y por poco avisada que sea la otra, qué sospechas justas y legítimas, pero funestas, y desconsoladas la despedazan el alma, y la consumen!

Digo mas: En la prosecucion de esta misma pasión, qué no hay que pasar forzosamente? O la que un amante ha hecho su idolo, es indiscreta y vana, ó es altiva y soberbia, ó es caprichuda y desigual, ó es inconstante y ligera. Pues á qué pruebas, á qué indignidades, á qué miserias no está reducido en tal caso? Conviertese la pasión en zelos, como casi indefectiblemente sucede, qué infierno! Puede Dios vengarse mejor de un lascivo, que dexándole caer en él? Desde que los zelos poseen su co-

razon, ha menester mas verdugo que á sí mismo, que le ponga en el potro, y le dé tormento? Qué desvelos le fatigan, y le oprimen? Qué noches tan tristes y horrosas, estando siempre ocupado en pelear con fantasmas, y en llenarse de hiel y de veneno contra unos competidores por ventura imaginarios? Pero si su curiosidad le descubre con efecto lo que temia ver, aunque lo solicitaba con tanto ardor y cuidado, qué despechos! qué furoros! Qué imagen de ellos mas natural pudiera daros, que los llantos, y el erugir de dientes de los condenados? *Fletus, & stridor dentium.* (a) Ultimamente, en qué paran, y cómo se desenredan todos estos artificios detestables? Quando uno se dice á sí mismo, esta pasión se acabará, y la salida menos mala que puedo esperar de ella, es que se acabará con algun disgusto; esto es, que se irá pasando con el tiempo, y se convertirá en enfado; pero lo que mas debo temer es, que por ventura rematará con algo que duela, en una infidelidad que será causa de desesperarme, en una ingratitude que me llenará de espanto, en un desprecio que me ultrajará, en una ignominia que me llenará de confusion, y no me dexará tener cara para ser visto del mundo, del qual vendré á ser la fabula, y me desterrará de él para siempre; es decir, que esta pasión tendrá fin sin mí, y á mí pesar, antes que se acabe en mí; que no se mantendrá en mí, sino para hacerme la vida insufrible, y para darme anticipadamente el sinsabor de los horrores de la muerte. Ay! mi Dios; nosotros no lo comprendemos; pero nunca castigais mas rigurosamente al pecador, que quando le dexais en manos de sus apetitos desordenados. Juzga que ha de hallar su felicidad en ellos, y halla una condenación anticipada. Acabemos: La torpeza señal de reprobacion; esta ha sido la primera parte: la torpeza principio de la reprobacion; esta es la segunda.

(a) Matth. 8. v. 12.

II. PARTE.

Para hablar como los Padres, y reducir á los principios de la Teología la segunda proposición que asenté, obrar la reprobacion en un alma es conducirla á la impenitencia final; pues es evidente, que la impenitencia final es la disposición mas próxima para la reprobacion, ó por mejor decir, es principio de ella. En efecto, dice San Agustín, los pecadores no están condenados, sino porque ya no están en camino, ni en estado de hacer penitencia: si pudieran recobrar este estado, y moverse aun en el mismo lugar de su tormento con algun afecto de verdadera conversion, el infierno no lo sería para ellos, y dexáran de ser condenados; pero lo son, y lo serán siempre, porque para ellos se acabó la conversion, y una impenitencia consumada puso, por decirlo así, á su condenacion el ultimo sello. Si hay pues, algun pecado que tenga por efecto particular y específico, hacer que el pecador se obstine en esta impenitencia infeliz, á este llamo principio de reprobacion, y no señal de ella solamente.

Este es el pecado de la torpeza: porque entre los pecados que precipitan al hombre en el abismo de la perdición, ninguno está mas distante de la penitencia Christiana, y por consiguiente mas irremisible en el orden de la providencia. Digo *irremisible*, no en el sentido que lo entendió Tertuliano, quando intentaba persuadir que este era un pecado sin remedio; que la Iglesia no tenía poder para perdonarle, y que todos los torpes habian de ser abandonados al rigor de los castigos de Dios, excluidos de toda reconciliacion, reprobados visiblemente, y separados sin recurso del cuerpo de Jesu-Christo. Porque era un error entenderlo así; y este error, por distinguirle de la verdad que predicó, consistía en dos puntos. Lo primero, porque Tertuliano juzgaba, que la torpeza era por sí misma, y absolutamente irremisible, lo qual me guardaré aun de pensar; solamente digo, que es un pecado muy dificultoso de remediar; de suerte, que los mismos

re-

remedios instituidos por el Hijo de Dios, y cometidos á la dispensacion de la Iglesia, aunque pueden borrarle, no obstante eso, no le borran sino muy rara vez, porque son muchos los estorbos casi invencibles que impiden sus efectos saludables. Lo segundo, porque el pensamiento de Tertuliano era, que la impenitencia habitual que se sigue de la torpeza, no dependia de la voluntad del pecador; porque segun sus máximas, aunque el pecador hubiera hecho los últimos esfuerzos, y dado las pruebas mas claras de una conversion perfecta, la Iglesia no debía atender á eso para restituírle á la participacion de los misterios divinos, y á la comunión de los fieles, que es otro artículo que condena la Iglesia, y yo con ella condeno; reconociendo, que si el hombre mas arrebatado de sus pasiones, y mas escandaloso se convirtiere á Dios sinceramente, si diere sólidas muestras de su conversion, si justificáre su conversion con un tenor ajustado de vida, en este caso la Iglesia imponiéndole la debida satisfaccion tendrá razon para admitirle á la penitencia, y concederle el perdon que pidiere con gemidos y llantos. Pero añado tambien, que el hombre por el desorden de su costumbre se fabrica, por decirlo así, un estado de impenitencia, y de una impenitencia voluntaria, de la qual no quiere salir mientras conserva la causa que endurece su corazón tanto mas perniciosamente, quanto mas le alhaga el gusto, y mas le agrada.

En esto se diferencia la verdad que yo establezco, de la heregia de Tertuliano: donde os ruego, que reparéis de paso conmigo dos cosas importantes, y que pueden ser útiles para vuestra edificacion: conviene á saber, el principio de donde esta heregia nació, y su fundamento. De dónde nació esta heregia? Atended aquí: de un horror santo que tenía la Iglesia contra el pecado á que hago guerra; pero un horror, que Tertuliano (por decirlo así) llevó mas allá de sus terminos, fiandose demasiado de su entendimiento y parecer. El Evangelio me asegura, decia él, que hay unos pecados monstruosos que no se perdonan, ni en este siglo, ni en el venidero: no hay en un

Chris-

Christiano cosa mas monstruosa que el desenfrenamiento de una carne sensual y lasciva; luego es necesario que este sea uno de los pecados irremisibles de que habla el Espiritu Santo. Engañabase en la primera proposicion, no tomandola en el sentido católico que la modifica: pero por lo que toca à la segunda, nada suponía que no estuviere universalmente recibido; y eso nos basta para hacer juicio, de que la torpeza se miraba en aquellos tiempos como un pecado muy enorme; pues habia hombres sábios y zelosos, que no podian consentir que la penitencia mas cabal y cumplida bastase para merecer que fuese perdonado. Además de eso, por esta misma heregia se puede juzgar quàn rigurosa era la disciplina de la Iglesia en orden à ese delito, y de la severidad con que se procedia contra los torpes. Y es claro que esto era así, pues la constitucion del Papa Zeferino, en que prometia perdon à los que caian en el pecado de la simple fornicacion, aunque tan conforme à las reglas de la prudencia, no dexó de causar divisiones en los animos, llegando à desagradar à muchos, y à excitar revoluciones en otros, entre los quales Tertuliano se declaró mas à cara descubierta. Tengo noticia, decia en el fervor de esta controversia, que el sumo Pontífice, Obispo de los Obispos, ha publicado un decreto decisivo y absoluto, en virtud del qual los que incurren en el pecado de la fornicacion, despues de los exercicios ordinarios de una penitencia trabajosa pueden esperar la remision entera de su culpa: *Audite Edictum, & quidem peremptorium: Pontifex scilicet Maximus, Episcopus Episcoporum dicit: Ego fornicationis delicta poenitentia functi dimitto.* Y exclama despues: O indignidad, ó prevaricacion, ó abuso que abre la puerta à toda suerte de dissolution! Atended aqui, Christianos; este proceder le escandalizó, y mas quiso separarse del cuerpo de la Iglesia, acusandola de relaxacion, que subscribir à este decreto y aprobarle: Luego es necesario que la simple fornicacion hasta aquel tiempo hubiese estado sujeta à penas muy rigurosas. Pero en qué se fundaba Tertuliano para pasar tan allá de los límites, y tratar de irremisible un pecador,

el mas digno de perdon segun el mundo? Se fundaba, Christianos, en razones de gran peso, aunque el abuso de ellas. Pongo por exemplo. No podia sufrir que un Christiano alegase por excusa de su delito la flaqueza de su carne. Ah! hermano mio, replicaba: no me digais que la carne ha sido flaca en vos: no ha sido sino muy fuerte, pues ha prevalecido contra el espiritu: *Nulla enim tam fortis est caro, quam que spiritum elisit.* Pues qué, añadia, hemos de reusar la gracia de la penitencia al que cae en la persecucion, y se la hemos de conceder al que à una passion se rinde! No perdonamos à una carne que aterró el miedo de los tormentos, y hemos de perdonar à la que por un engañoso deleite se ha estragado? No, no; proseguia, fuera injusticia: porque una caída voluntaria y libre es mucho menos digna de compasion, que una involuntaria y forzada cobardia. La apostasia de un Christiano por miedo de la muerte, aunque es un delito tan grave, es efecto de la violencia agena; pero el delito del torpe nace de pura infidelidad propia. El Christiano cobarde, y desertor de su Religion puede alegar en su defensa la crueldad de los verdugos; pero el sensual y delicioso no puede echar la culpa sino à sí mismo. De estos dos, à vuestro parecer, quien ultraja mas à Jesu-Christo? El que le niega en los tormentos, ó el que le abandona en las delicias? El que padece y gime, quando le falta en la fe, ó el que pierde la fe por cumplir su gusto, y satisfacer su apetito? Todos estos sentimientos de Tertuliano sin duda son grandes y elevados: pero escuchad su principal razon: y es, que habiendo sido la carne del hombre adoptada, ennoblecida, y santificada por la Encarnacion del Hijo de Dios, el pecado que la deshonra y la ensucia, no solo debe tenerse por delito, sino por monstruo. Porque al fin, continuaba en el mismo lugar, si la carne estaba sin freno, y del todo perdida antes de Jesu-Christo, se puede decir que no era aun digna de los dones del Cielo, ni estaba aun hecha à los exercicios de la santidad: pero despues que el Hijo de Dios haciendose carne contraxo el mas intimo parentesco con ella: *Et Verbum carum factum est:*

est: (a) Ah! hermanos míos, concluía Tertuliano, hemos de pensar, que esta carne como que ha mudado de naturaleza, y que ya no es lo que era: *Exinde caro quaecumque illa jam res est*. Pues por qué la hemos de querer justificar? Por lo que nos parece que tiene de fragil: *Quid ergo illam nunc de pristino excusat*. Que la torpeza en la ley antigua fuese remisible, era porque en este tiempo el hombre no tenía aun la dignidad de miembro de Jesu-Christo, ni la carne nuestra gozaba del privilegio de estar incorporada con la suya; pero despues que esta se unió personalmente con ella, despues que se lavó en el bautismo y en la sangre del Cordero, despues que en ella se hicieron las obras mas excelentes de la gracia, es justo, ó que la conserveis en esta honra, ó que seais reprobados de Dios eternamente.

Asi arguia este defensor de la pureza, aunque mirando bien las cosas era un defensor obstinado y ardiente con exceso. Asi fulminaba una maldición eterna contra el lascivo: pero yo, Christianos, sin pasar tan allá, dixé y digo, que la torpeza no excluye absolutamente al pecador de la misericordia divina; pero él se excluye á sí mismo de ella por la voluntad porfiada con que se entrega á su pecado. Quereis oír las pruebas de esto? Reduzcolas á tres: y son, que no hay pecado que ponga á mayor riesgo de recaer al que le comete; no hay pecado que le ponga á mayor riesgo de desesperar; no hay pecado que mas estrechamente aprisione al pecador con la costumbre. Atendedme aun un instante, y concluyo.

No hay pecado que ponga en mayor riesgo de recaer al que le comete. Escuchad en esta materia lo que se dice á sí mismo el espíritu impuro en nuestro Evangelio: *Revertar in domum meam, unde exiit*. (b) Yo volveré á mi casa de donde he salido: porque aunque la he dexado, no dexa de ser mia, por la facilidad que hallo de volverme á ella quando quisiere; y quando la dexo, es por algun tiem-

po,

(a) Josa. 1. v. 14. (b) Matth. 12. v. 44.

po, sin dexar por eso de ser su dueño: yo me volveré á ella: *Revertar*, y recobraré todas las ventajas que en ella tenía: yo la encontraré limpia y adornada, pero la ensuciaré de nuevo, y serán los fines de esta alma peores que los principios: *Et sunt novissima hominis illius pejora prioribus*. Os reconoceis, Christianos, en esta pintura? No es una expresion natural de lo que pasa en vosotros? Si estais poseidos de este demonio de la carne, no son estas las desgraciadas experiencias que haceis cada dia de su poder, y de vuestra flaqueza? Despues que le habeis echado de vosotros, no es este el modo con que vuelve? Ha menester mas, fiado en vuestra fragilidad, que emplear el engañoso hechizo de un gusto perecedero para pervertiros? Por mas que os apliqueis á purificar vuestras conciencias, á componerlas y adornarlas, no es este el modo con que empieza de nuevo á inficionarlas y corromperlas? En tal caso, no es vuestro estado mucho mas miserable que era? No os haceis mucho mas esclavos de la sensualidad, mas incapaces de irós á la mano, mas arrebatados de las ocasiones, y en vuestras resoluciones mas desalentados y mudables? Ah! hermanos míos; permitidme que os lo diga con dolor: esto es lo que hace gemir á los Pastores de vuestras almas, y á los que han de dar cuenta de ellas. Quando recurris á nosotros en el tribunal sagrado de la Penitencia, esto nos hace sospechosas vuestras confesiones; esto hace que no nos fiemos de vuestros fervores; esto nos obliga, como á dispensadores de los misterios de Dios, á tomar tantas precauciones con vosotros, á no creerlos sobre vuestra palabra, á desconfiar de vuestras lagrimas y suspiros, á suspenderos la gracia del Sacramento, y concederla con dificultad despues de muchas dilaciones: esto nos pone muchas veces en el estrecho de desmudar-nos de aquellas entrañas de misericordia que pide nuestro oficio, y de endurecernos contra vosotros reusando absolutamente el desataros y absolveros.

No hay culpa que ponga al petador en mayor riesgo de desesperar. San Pablo nos lo advierte: *Desperantes se-*
Tom. III. Quaresma. M me

metipsum tradiderunt impudicitiae (a). Yo os ruego, hermanos míos (les decía á los Efesios) que no viváis como aquellos pecadores, que perdiendo toda esperanza se entregan á toda disolución: *In operationem immunditiae omnis*. Porque el efecto mas ordinario de la torpeza es destruir en el alma todo el edificio de la gracia, y echar por tierra hasta el fundamento de ella, que es la esperanza cristiana. Mas pregunta aun San Juan Chrisostomo, de qué desespera el lascivo, y de quién desespera? Desespera, continúa el Santo Doctor, de su conversión, desespera de su perseverancia, desespera del perdon de sus pecados, desespera de su voluntad propia, desespera de Dios, y desespera de sí mismo. Hay mas tristes, y mas desconsolados extremos? Desespera de su conversión; porque, cuál es el medio (se dice á sí mismo, ó por mejor decir, le hace decir el espíritu impuro) cuál es el medio de romper mis cadenas, el medio de arrancarme del corazón una pasión en que consiste todo el gusto de mi vida, y de renunciar sinceramente lo que amo mas de veras? Si dixera que quiero este medio, no fuera mentir al Espíritu Santo? Y si no tengo valor para resolverme á él, y quererle, no soy el mas desgraciado de los hombres, y el mas desamparado de Dios? Aun supuesta su conversión desespera de su perseverancia; porque, qué es lo que puedo aguardar de mí, prosigue, despues de tantas ligerezas y mudanzas? Aunque yo le diga hoy á Dios que quiero salir de mi miseria, y que la resolución que he formado ha de ser eterna, por solo decirlo y pensarlo, estaré mas en estado de llegar á la execucion? No he dicho cien veces lo mismo, y cien veces despues de haberlo dicho, no he vuelto á ser el mismo que era? Por qué he de pretender que tendré mas constancia en lo que dixere ahora? Por qué he de lisonjearme de que no seré ya como caña combatida del viento, que cede y se dobla al soplo mas ligero?

Al

(a) Ephes. 4. v. 19.

Al quererlo así, y al empeñarme en esto, mudaré de natural? Tendré otro temple de alma? Lograré mayores auxilios? Me darán remedios mas prontos y eficaces que los que he hecho inútiles tantas veces? Al fin, desespera al mismo tiempo de Dios, y de sí mismo; de Dios, porque es un Dios de santidad que no puede aprobar ni sufrir la culpa; de sí mismo, porque siendo carnal, y estando vendido, como dice San Pablo, al pecado: *Vendutus sub peccato* (a); apenas tiene poder para amar el bien en adelante: de Dios, porque ha abusado tantas veces de su misericordia y de su paciencia; de sí mismo, porque tiene las pruebas mas claras y convincentes de su inestabilidad y su inconstancia: de Dios y de sí mismo, porque ve entre Dios y entre sí infinitas contrariedades que no juzga poder vencer, y le obligan á tomar el partido de entregarse á los deseos de su corazón: *Desperantes semetipsos tradiderunt impudicitiae*.

Tambien es verdad que ningun otro pecado tiene en mas estrecha prision al pecador por la costumbre. Todo sirve para esto: las ocasiones de este pecado mucho mas frecuentes, la felicidad de cometerle mucho mas grande, la inclinacion natural mucho mas violenta, las impresiones que hace mucho mas fuertes. No busquemos tantas razones, insistamos en la experiencia solamente. A vosotros os lo pregunto, amados oyentes míos; cuántos torpes se ven en el mundo; torpes, digo, de asiento, que se conviertan? Conocéis muchos en quien la gracia haya obrado esta mudanza? Yo hallo, decía antiguamente San Juan Chrisostomo (y tengo yo mas razon para decirlo el día de hoy) yo hallo muchas almas puras, que totalmente se han preservado del contagio de la culpa: las ha habido en todos tiempos, y las habrá siempre para edificación de la Iglesia, y gloria de Jesu-Christo. Veo en la Christianidad tropas de hombres crucificados al mundo y á la carne, que viven en la tierra como Angeles del Cie-

M 2

lo:

(a) Rom. 7. v. 14.

lo: veo congregaciones de Virgenes, que segun la expresion de San Juan, han blanqueado sus vestidos en la sangre del Cordero: veo en ella mugeres llenas de virtud, y viudas de una reputacion y una vida sin tacha: pero Christianos castos y arreglados despues de haber vivido en la disolucion; hombres ántes lascivos y sensuales, que han dexado de serlo; almas licenciosas y disolutas, que hayan recobrado la honestidad despues de haberla perdido por la incontinencia: Ay! hermanos míos (continuaba San Juan Christostomo) esto busco en el mundo, pero inutilmente; y esto me hace dudar, si en materia de este delito no es la penitencia mucho mas rara que la inocencia; y si no es mas facil mantenerse del todo sin caer, que levantarse despues de la caida. Yo sé, amados oyentes míos, que á Dios uno y otro le es posible: sé que la Escritura y la tradicion no dexan de darnos exemplos de uno y otro; pero cómo se nos proponen? Como unos prodigios de la gracia, como unos casos extraordinarios y singulares: un Agustin, una Magdalena, algunos otros, especialmente escogidos para vasos de misericordia, pero cuyo corto numero es mas para hacerlos temblar, que para hacerlos presumir.

Me direis, que con todo eso estos hombres esclavos de la carne van con dolor al Sacramento de la Penitencia. Con dolor, Christianos? Ah! qué tal es ese dolor? por qué para hacerlos patente el engaño comun que hay en él, si acaso le ignorais, oíd. Muchos, dice el Canciller Gerson, van al Sacramento de la Penitencia, mas para ser condenados de Dios, que para ser absueltos de sus Ministros: van á él, pero con circunstancias que muestran bien, que su desigño no es desarraigair la culpa. Porque á qué fin aquellos miedos, y aquellos rebozos al acusarse? A qué fin aquellas condescendencias nacidas de una prudencia totalmente humana? Por qué las mudanzas de Confesores? Por qué tambien la eleccion afectada de los menos severos, y mas fáciles? El mejor medio para un Christiano en quien este pecado reyna, es sujetarse al gobierno de un hombre lleno de Dios, sabio, exacto y zeloso; pe-

ro esto es lo que no quieren. En fin, van al Sacramento haciendo treguas con su passion, pero sin romper jamas con ella: observalos despues, y vereis si tengo razon para no fiarme de su penitencia. Detestan al parecer su pecado; pero no dexan por eso de querer el objeto, y de mantener las ocasiones. Deshacense de una aficion, pero solamente para contraer otra. Llegando á serles dañosa la continuation de esta persona, aun segun el mundo, se apartan de ella, pero toman partido en otra parte: á falta de esta hallarán aquella. Digo mas: á falta de todo lo demás, se hallarán á sí mismos, y esto basta. Asi mudan de sujetos, pero no mudan de aficiones, y con todo su imaginado dolor, se estará en pie siempre su pecado. Quéndo, pues, harán una penitencia verdadera? En esta vida? no se resuelven jamas. En la otra? es inutil, y sin efecto. En la muerte? entonces es el pecado el que los dexa, y no son ellos los que dexan el pecado. Vedlos ahí, pues, sin penitencia; ni en el tiempo, ni en la eternidad, y por consiguiente en estado de reprobacion. Pues qué es lo que los reduce á este estado? la torpeza. Mas si esto es así, luego el mundo está lleno de réprobos, pues está lleno de sensuales y lascivos. A esto, amados oyentes míos, no tengo mas respuesta que dar, sino decir dos sentencias de autoridad tan respetables, y al mismo tiempo tan expresamente decisivas, que no hay réplica contra ellas.

La primera es de San Pablo; y es, que los lascivos no serán jamas herederos del Reyno de Dios: *Neque fornicarii, neque adulteri, neque molles regnum Dei possidebunt.* (a) La segunda del mismo Jesu-Christo; y es, que todos somos llamados al Reyno de Dios, pero son pocos los escogidos: *Multi vocati, pauci electi.* (b) Pues comparando estas dos grandes verdades entre sí, aunque á primera vista parezcan independientes la una de la otra, descubro en ellas una concatenacion admirable; porque quando me imagino de una parte muchos llamados, y pocos escogi-

(a) 1. Cor. 6. v. 9. & 10. (b) Math. 22. v. 14.

dos; y veo por otra tantas almas sensuales, y castas tan pocas; no tengo dificultad en ver la conexión de la sentencia del Salvador del mundo con la del Apostol, ni busco mas explicacion de este terrible misterio de la predestinacion y reprobacion de los hombres. Los dos partidos que hacen en el mundo la incontinencia y la castidad, bastan para hacer que lo entendamos. Porque si hubiera en él muchas almas puras; ó se convirtieran muchas de las lascivas, no pudiera persuadirme à que el numero de los escogidos fuese tan corto. Al contrario, si fuera verdad que los escogidos eran muchos, no obstante el corto numero de las almas puras, y el mas corto de las almas torpes convertidas, se podria inferir que los lascivos han de tener lugar en el Reyno de Dios. Pero un numero infinito de sensuales y lascivos, y ningun lascivo admitido à la herencia celestial, es lo que verifica, y lo que me hace perfectamente entender el oráculo del Hijo de Dios; los llamados muchos, los escogidos pocos: *Multi vocati, pauci electi.*

A vosotros os toca, amados oyentes míos, tener cuidado con esto: aun es tiempo para vosotros; porque no obstante lo dicho, aun es tiempo, y no quiera Dios que yo os envíe sin esperanza. En proponeros verdades tan terribles, solamente tengo el designio de hacer que os sean provechosas. Si he dicho que la torpeza es entre todos los pecados el que pone al pecador à mayor riesgo de recaer, ha sido para obligaros à que os exerciteis mas exáctamente en la vigilancia christiana. Si he dicho que no hay pecado que le exponga mas à la tentacion de desesperarse, ha sido para que os levanteis sobre vosotros mismos, y animaros à implorar la ayuda de Dios con mas fervor y confianza. Si he dicho que no hay pecado que mas estrechamente tenga aprisionado al pecador con la costumbre, ha sido para infundiros sentimientos mas heroicos, y determinaros à hacer mas generosos esfuerzos. Vuestra salvacion los pide, y Dios los aguarda de vosotros; pero para esto, mi Dios, tenemos necesidad de vuestra gracia, de una gracia que nos prevenga, de una gracia triunfante y todo poderosa. Esta gracia pediré sin cesar: es preciosa; y

conozco su valor; pero por preciosa que sea puedo alcanzarla, y Dios no se la negará à mis ruegos. No pondré estorbo alguno à esta gracia; no basta esto; me dispondré para ella; pero cómo? Con la fuga de las ocasiones, con la mortificacion de mis sentidos, confesando frecuentemente, con la leccion de buenos libros, con el trato provechoso, con un Director de sabiduria y zelo, con las limosnas, con los sacrificios, con todos los medios que la Religion me ofrece. A esta gracia corresponderé fielmente, y sin engañarme; prontamente, y sin detenerme; enteramente, y sin reservar nada. Gracia, que no arriesgaré jamas; porque arriesgarla seria querer perderla: y con ella me prometeré una santa perseverancia, hasta llegar à la gloria, &c.

SERMON

PARA EL LUNES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre el Zelo.

Dixit Jesus Pharisæis: Utique dicetis mihi
hanc similitudinem: Medice, cura te
ipsum.

*Jesu-Christo les dixo à los Fariséos: sin duda que
me aplicareis este proverbio: Medico, curate à
ti mismo. S. Luc. cap. 4. v. 23.*

El hablar así el Hijo de Dios à los Fariséos, no fue por una precisa conjetura de su oculta disposición, y de la malignidad que tenían en sus corazones contra su persona: fue, dice San Juan Crisostomo, por espíritu de Profecía, y por una vista anticipada de lo que había de suceder en su Pasto; pues en efecto al verle los Fariséos en la cruz le dieron en cara con que había salvado à otros, y no podía salvarse à sí mismo. Baldón que este divino Salvador tenía muy previsto le habían de hacer en algun día; pero le daban respuesta anticipada los milagros que en Judéa y Galiléa estaba haciendo: baldón que solo con el espíritu de la infidelidad se le podía echar en cara à Jesu Christo; y baldón en fin, que se destruis à sí mismo, pues no tenía mas fundamento que la envidia y obstinacion de los Fariséos. Pero no podemos decir, que si quisieramos aplicarnos este baldón, tuviéramos contra nosotros

la fuerza que contra Jesu-Christo no tiene? Esto me empuña, amados oyentes míos, en tomar por materia de este discurso, la que con efecto incluye todo el misterio de nuestro Evangelio; conviene à saber, este proverbio comun entre los Judios: *Medice, cura te ipsum*, Medico, curate à ti mismo. Este me da motivo para deciros con los mismos terminos, ó à lo menos en el mismo sentido; Christianos, pensad en vosotros mismos, corregios à vosotros mismos, no tengais tanto zelo para con los demas, que para con vosotros no le tengais mayor; ó por mejor decir, medid el zelo que teneis de los otros, con el que de vosotros debéis tener, y sacad de este las consecuencias para aquel. Esta es la doctrina sólida que intento daros, en habiendo implorado el favor del Cielo por la intercesion de Maria. AVE MARIA.

No hay cosa mas heroica en el orden de las virtudes Christianas, que el zelo de la salvacion y perfeccion del proximo. Porque este zelo, segun el pensamiento del Doctor Angélico Santo Tomas, es una expresion del amor divino; es lo mas puro y exquisito de la caridad; es en lo que estuvo el caracter de los hombres Apostólicos; es el dón que tuvieron los Profetas, y el espíritu que anima à los Predicadores del Evangelio. Así, quando la Escritura habla de los Apostoles, nos los representa como estrellas brillantes en el firmamento de la Iglesia; es decir, como unas luces en que tiene Dios complacencia de hacer que resplandezcan todas las riquezas de su gracia. No obstante, Christianos, por mas excelencias y prerrogativas que yo descubra en este zelo de la perfeccion de los otros, tengo por evidente (y este es todo mi designio) que se ha de sostener y apoyar, que se ha de purificar y arreglar, que se ha de suavizar y moderar con el zelo de nuestra perfeccion propia. Se ha de sostener y apoyar, porque si no, es vano y sin efecto; se ha de purificar y reglar, porque sin eso es defectuoso y falso; se ha de suavizar y moderar, porque sin eso es aborrecible y enfadoso.

Procurad imponeros bien en estos tres pensamientos. No hay cosa mayor que el zelo de la salvacion y perfeccion

cion de los proximos; pero aunque es tan grande mirandole de parte de Dios que le inspira, puede ser, tomandole de parte del hombre que le exercita, débil en su motivo, vicioso en su substancia, y excesivo en su práctica. Puede ser débil en su motivo, porque no se piensa antes de todo en apoyarle sobre un fundamento sólido. Puede ser vicioso en su substancia, porque no se tiene cuidado de discernirle justamente. Puede ser en su execucion excesivo, porque no se mezcla en ella lo que ha de servir de temperamento prudente. Pues de qué depende este fundamento sólido, que ha de sostener nuestro zelo, este juicio de discrecion que ha de arreglarle, y este temperamento prudente que le ha de moderar? Del cuidado que debemos tener en primer lugar de corregirnos y perfeccionarnos à nosotros: este zelo de nosotros apoyará nuestro zelo para con el proximo, le dará rectitud, y ultimamente le ha de suavizar. Ved ahí en tres palabras las tres partes de este discurso.

I. PARTE.

El zelo de correccion y de reforma, que el mirar por los intereses de Dios suele inspirarnos, ha de comenzar por nosotros mismos: esta máxima se funda en el orden esencial de la caridad que pide que en todo lo que mira à la salvacion, nos amemos sin excepcion à nosotros, preferiendonos à todos los demas. Porque el amor propio, que en todo lo demas (dice San Ambrosio) se condena como vicioso y como injusto, en este punto no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad, y de una obligacion indispensable. En efecto, debo amar la salvacion de mis proximos mas que mi hacienda, mas que mi salud, mas que mi honra, y mas que mi vida: pero no me es lícito amarla tanto como mi propia salvacion y perfeccion segun Dios; y si estuviera en mi mano convertir todo el mundo à costa de pervertirme yo, ó reformarle quedando yo desordenado, debería abandonar la conversion y reforma de todo el mundo, persuadido à que no quisiera Dios

ca-

entonces que el mundo se convirtiese, y se reformase por mí; pues no podia ser sin perjuicio de la caridad personal que me debo à mí, y en virtud de la qual quiere Dios que en primer lugar me aplique à cuidar, y darle cuenta de mí mismo.

Asi discute San Agustin, y despues de él el Doctor Angélico Santo Tomás. Y qué se sigue de ahí? Lo que dixé al principio: que todo el zelo de la perfeccion de los otros, que no supone un zelo sincero de perfeccionarse à sí mismo, por mas recta que sea la intencion que le mueve à obrar, es un zelo que no vá fundado en el buen juicio, un zelo mal ordenado, un zelo fantástico y engañoso, y por consiguiente un zelo sin autoridad de parte del que le exercita, y sin efecto en aquellos en quienes le emplea. Por qué es zelo sin autoridad de parte de aquellos que le exercitan? San Gregorio dá la razon de ello: porque solo el buen exemplo, y el testimonio que dá una persona de haber empezado por sí misma, puede autorizar una empresa tan delicada, como la de reformar à otros; y quando el zelo no se apoya en un tenor de vida, tan ajustada à lo menos como la que se le pide, y se le quiere dar por ley al proximo, es zelo que no tiene aquella proporcion necesaria para sacar la cara al descubierta, y poder obrar. Explicome; vosotros os inquietais por muchas cosas, que juzgais que son otros tantos abusos, y en que otros son de vuestro sentir, teniendolas por dignas de remedio: pero os dicen al mismo tiempo, que os está mal esta inquietud, mientras hay en vosotros muchas cosas reprehensibles, y muchas veces insoportables, que no alteran vuestra tranquilidad: sentis las injusticias y desordenes que reynan en nuestro siglo, y no se puede negar que hay muchos, y grandes; pero se os responde, que no os está bien el hablar tan recio, ni el hacer tantas exclamaciones contra los desordenes estraños, quando poneis tan poco cuidado en ciertos desordenes manifiestos que se reparan en vosotros, y podiais vosotros reparar en ellos. Dais unos consejos saludables, y por ventura, atendiendo à los motivos y circunstancias, muy bien fundados; pero por mis

N 2

bien

bien fundados que estan, no puede entenderse esa resolucion con que se los dais à este, y à aquella tan exàcta y rigurosamente, no queriendo jamas tomarlos vosotros mismos. Porque siempre causa asombro, y con razon, que aquellas faltas de que no habeis de dar cuenta à Dios, ni està en vuestra mano el corregirlas, motiven tanto vuestras mormuraciones y vuestras quejas, quando las vuestras, que os debieran dar mas cuidado, y son de las que Dios os ha de hacer cargo, no hacen impresion alguna en vosotros. Ordenad en vosotros la caridad, segun el precepto y expresion del Espiritu Santo; quiero decir, aconsejaos, y reprehendeos à vosotros mismos, escandalizaos de vosotros mismos, y despues podeis reprehender y censurar à los otros. De otra suerte, no solamente es debil vuestro zelo, sino que se hace de algun modo despreciable, pues lleva consigo lo que le refuta, y solamente el sacarle à él contra si mismo, basta para hacerle callar, y confundirle.

Esta es la enseñanza grande que pretendia darnos el Hijo de Dios en el Evangelio con aquel genero de Parábola de que usaba: *Quid autem videtis festucam in oculo fratris tui; & trabem; que in oculo tuo est; non consideras?* (a) Por qué reparais una paja que hay en el ojo de vuestro hermano, y no echais de ver una viga que hay en el vuestro? Y cómo le podeis decir à vuestro hermano, dexad que os quite esta paja que os embaraza, teniendo vos una viga que os ciega? Como si hubiera querido decir el Salvador del mundo à este presumido zelo (esta es la reflexion que hace sobre este lugar San Juan Crisóstomo, y coincide con mi pensamiento) como si le hubiera querido decir, que no le estaba bien un zelo semejante; y que este lenguaje de caridad, que fuera digno de alabanza en qualquiera, no podia servir sino para su oprobio. Como si le hubiera querido decir, que por manifestar que fuesen las imperfecciones de su hermano, no le tocaba à él el reparar-

las,

(a) Luc. 6. v. 41.

las, ni el verlas: *Quid autem videtis?* Que si tenia buena vista debía emplearla en si mismo, y sentar como principio, que hasta haber llegado à conseguir el conocimiento propio, era presuncion querer conocer à los otros, y juzgarlos.

Doctrina que enseñaba mucho mas excelentemente con la practica este divino Maestro, quando llevaba à mal, pongo por exemplo, que los Fariseos intentasen acusar ante su Magestad aquella muger cogida en adulterio, y se metiesen en solicitar su castigo. Porque, como pregunta San Gerónimo, no era constante y averiguado el delito de esta muger? No mandaba expresamente la ley de Moysés, que fuese apedreada? Es verdad; pero juzgaba Jesu-Christo por cosa indigna, que unos hombres tan cargados de delitos como los Fariseos, y llenos de una falsa idea de sus virtudes, en nada pensasen menos que en castigar en si mismos lo que en sus próximos tan rigurosamente condenaban, y hechos Fiscales públicos, se mostrasen tan ardientes por la observancia de la ley, y se hiciesen partes contra los pecadores: esto no podia llevar en paciencia el Salvador del mundo, y por eso les respondió, que el que entre ellos estuviere libre de pecado la tirase la primera piedra; dandoles à entender que à ese solo le era permitido el tirarla, y que los otros tenian harto que hacer con sus escandalos propios, sin convertir sus pensamientos y su zelo contra los escandalos de los demas. Argumento claro y convincente, que apretó tan reciamente à estos sábios del Judaismo, que segun refiere el Evangelista, uno tras otro se fueron retirando de su presencia sin decir palabra: *Et audientes, unus post alium exiunt, incipientes à senioribus.* (a)

Mas confesemoslo, amados oyentes míos, y lloremos aquí la miseria humana. Exáminemos bien todas las pinceladas de este retrato; y nos reconoceremos à nosotros mismos en él. Porque se vé acaso en la Christiandad cosa mas

CO-

(a) Joan. 8. v. 9.

comun que la ilusion de este zelo Farisayco, que consiste en ser muy perspicáz, muy ajustado, muy fervoroso en orden à los demas, sin tener cuidado alguno de sí mismo? Qué es lo que se vé ahora en el mundo? Bien lo sabeis: unos hombres que quisieran poner todas las cosas en su lugar, menos à sí mismos y sus procederes; seglares estragados, y quizá impios, que están predicando à los Eclesiásticos su obligacion continuamente; seglares mundanos y sensuales, que no hablan sino de la reforma de los Religiosos; Togados llenos de injusticia, que hacen invecctivas contra la disolucion de la Corte; Cortesanos licenciosos, que están declamando contra las injusticias de los Togados; particulares de un gobierno desbaratado, que andan buscando medios para restaurar, ó mantener arreglado el Estado; pero se les pudiera decir con razon lo que Jeau-Christo dixo à aquellas hijas de Jerusalén: *Nolite flere super me, sed super vos ipsas flete.* (a) No lloréis por mí, sino por vosotras mismas.

En efecto, hay personas que se duelen y se lamentan de que el mundo está mas perdido cada día, que no hay Religion, que se abandonan los intereses divinos; mas no gimen las relaxaciones en que caen, y viven muy de asiento; no gimen la mala educacion que dan à sus hijos, ni los desordenes que toleran en sus criados. San Pablo no podia entender facilmente, cómo puede tener zelo de la Iglesia de Dios el que se descuida en lo que toca à su casa: *Quomodo Ecclesie Dei diligentiam habebit?* (b) Pero hoy se entiende bien lo que San Pablo no entendia, porque se ha dado en el secreto de unir estas dos cosas; y no obstante lo perdidas que están las familias Christianas por la negligencia de los que las gobiernan, con todo jamas la Iglesia ha tenido tantos reformadores, que sin enviarlos Dios para este fin, sin titulo y sin carácter, juzgan que Dios los ha suscitado y autorizado para emprenderle.

Sé bien, amados oyentes míos, que los Santos tuvieron

(a) Luc. 8. v. 58. (b) Tim. 3. v. 5.

ron este zelo; mas pluguiese al Cielo que insistiesemos en los exemplos de los Santos; que no fuera menester mas para movernos à una enmienda pronta, y para fundarnos bien en una sólida humanidad. Sé que David le decia à Dios: *Tabescere me fecit zelus meus, quia oblitii sunt verba tua inimici mei.* (a) Ah! Señor; mi zelo me consumió, quando vi à lo que llegaba el olvido que tienen de Vos vuestros enemigos; pero sé tambien, que no hablaba así sino despues de haberse reprehendido muchas veces à sí mismo porque se habia olvidado de Dios; despues de haber hecho una penitencia rigurosa de este olvido, y haber dado pública y cumplida satisfaccion de un olvido tan delinquente. Hagamos lo que hizo, y tendremos derecho para decir lo que dixo. Sé bien los deseos que concibia San Bernardo, quando con tanto ardor deseaba ver la Iglesia restituida à su antiguo lustre, y à su primitiva pureza: *Quis mihi det, ut videam Ecclesiam Dei sicut in diebus antiquis?* Pero tanto como me edifica el deseo de San Bernardo, otro tanto me asombra y me confunde el oír hablar así à un mundano, conocido por hombre de poca Religion, y en una mundana llena de soberbia, è indólatra de sí misma; y con ocasion de aquel y de esta vuelvo à la máxima del Evangelio: *Cura te ipsum.* Con vosotros se ha de hablar en estos terminos: Andad y curad vuestras llagas, que son manifiestas y morales, y no os metais en querer curar las que por ventura sola la malignidad de un espíritu envidioso os ha hecho advertir donde no las hay. Quedaos en vosotros mismos, y hallareis bastante en que emplear, y aun apurar todo ese zelo que os hace tan activo y tan ardiente. Reformese la Iglesia; vengo en ello; pero no la habeis de reformar vosotros mientras fuereis los que sois. Por mas leyes que diereis, mientras nacen de vosotros que ninguna guardais, no servirán sino para vuestra confusion; pues ninguna cosa parece mas despreciable, que un zelo activo y ardiente en un hombre, cuyas acciones desmienten sus palabras.

Por

(a) Psalm. 128. v. 139.

Por eso ese zelo no tiene efecto en aquellos con quienes se exercita; porque como no gustamos de ser corregidos, y naturalmente nos enfada y altera qualquiera reforma que procede de otros, sin mas razon que provenir de otra parte, nos aplicamos muy de veras à examinar la vida de qualquiera, que baxo de una apariçencia de zelo quiere tomar alguna superioridad sobre nosotros, y juzgamos que tenemos con que defendernos quando advertimos en él algunos defectos que él mismo no advierte, ni se hace justicia sobre ellos. De ese modo eludimos todas sus advertencias, sabemos cerrarle la boca, estamos tan lejos de darle oídos, que antes nos hacemos indóciles y rebeldes: y aun pensamos que tenemos derecho para responderle lo que respondió Jetro à Moysés: *Stulto laboro consumeris.* (a) Vanamente trabajais, tomáis un cansancio muy inutil. No hay error mas craso, que el pensar que os han de creer, quando parece por vuestro proceder que no os creéis à vos mismo; y que han de seguir vuestros consejos, quando en la practica sois el primero que los abandonais. Eso es edificar con una mano, y destruir con otra, que es lo que califica de necesidad la Escritura. Por esto, los que por su officio tienen otros à su cargo, y los deben corregir, tienen doblada obligacion, (dice San Agustín) tan terrible delante de Dios, y tan grande como indispensable, de aplicarse en primer lugar à su propia perfeccion, para hacerse capaces de cumplir las obligaciones que la providencia los ha impuesto. Por eso hablando el Apostol de los Presbiteros y Ministros de la Iglesia, pone por primera calidad, que sean unos hombres irreprehensibles: *Oportet irreprehensibiles esse.* (b) Por qué? Para que los pueblos no le puedan decir: *Medice, cura te ipsum.* Sois Medico de las almas? Pues sedlo primero de la vuestra. El darles en cara con esto, les quita toda la libertad de hablar, y toda la autoridad para el exercicio de su ministerio. El darles en cara con esto (si puedo valerme de esta

se-

(a) Ibid. 18. v. 18. (b) 1. Tim. 3. v. 2.

semejanza de Isaias) los hace unos perros mudos en la casa de Dios. El darles en cara con esto los pone en necesidad de pasar por el vicio, y de temer à los viciosos; de tolerar à este, y de no hacer esfuerzos con el otro. El darles en cara con esto es lo que siempre ha enflaquecido, y ahora mas que nunca, la disciplina y el buen orden que habian de sostener; pues para eso era necesario que fueran ellos los modelos del buen orden, y de la disciplina.

No por eso, Christianos, se les debe dexar de obedecer, ni de tomar sus doctrinas, aun quando se reconocieran en ellos mas defectos, y fueran menos ajustados; pues su carácter es independiente del merito de su vida; y segun Jesu-Christo, estando sentados en la Catedra de Moyses se debe recibir con respeto lo que enseñan, sin atender à lo que son: pero como el comun de los hombres no es tan avisado, ni tan arreglado à las leyes de la equidad, que pueda hacer esta precision, se hace comunmente el juicio de lo uno por lo otro, y al despreciar lo que son, se suele despreciar lo que enseñan. Pues si el ministerio mas sagrado no está libre de la malignidad del mundo, qué será de las demas condiciones? Ay! Christianos; qué no puede un hombre de las calidades que pedía San Pablo; un hombre irreprehensible? No hay mal que no pueda impedir; no hay bien que no sea capaz de solicitar. Si tiene algun cargo, con qué valor no hablará quando sea necesario hacer à los escandalos cara? Si es cabeza de una familia, qué imperio no tomará para hacer que florezca en ella la piedad? Si ha de educar hijos, qué peso no tendrán para con ellos sus advertencias y consejos, y con qué docilidad no serán recibidos de ellos? Pero qué fruto se puede esperar de las lecciones de moderacion y regularidad que diere à su hijo un padre desenfrenado y violento? Qué piensa conseguir una madre liviana, y dada al mundo por predicar à su hija la modestia y el retiro? Dad, Señor, à vuestra Iglesia Ministros que la gobiernen, y à nuestro pueblo caudillos que le conduzcan; pero Ministros que sepan gobernarse à sí mismos, pero caudillos que aprendan à guiarse à sí mismos: porque debe nuestro zelo fundar-

darse en el cuidado de nuestra propia perfeccion, y este cuidado debe ser la regla de nuestro zelo, como lo vamos à ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Hay algunas virtudes, dice San Geronimo, de naturaleza tan equívoca y dudosa, que la primera regla para practicarlas con seguridad, es desconfiar de ellas. De esta condicion es el zelo de la perfeccion del proximo. Dios nos le encomienda como virtud, y necesaria en muchas ocasiones; mas porque este zelo está à peligro de degenerar y viciarse, quiere Dios que al practicarle le examinemos, y que sea nuestro principal cuidado el rectificarle ya en lo que mira à nuestro entendimiento, ya en lo que pertenece à nuestro corazon. En lo que mira à nuestro entendimiento; porque puede ser que este zelo no sea segun ciencia, como nos enseña San Pablo: *Emulationem Dei habent, sed non secundum scientiam*. (a) En lo que pertenece à nuestro corazon; porque sucede muchas veces, que este zelo no sea segun caridad. Pues cómo le rectificaremos de una y otra suerte? Con el zelo de nuestra perfeccion propia; y esta es la segunda doctrina que saco de esta sentencia de nuestro Evangelio: *Cura te ipsum*. Tratemos de penetrar bien lo que significa.

Tenemos zelo de los otros, y muchas veces en lugar de ser zelo segun ciencia, por un infeliz contagio que le comunican las calidades de nuestro entendimiento, es un zelo errado, caprichudo, estrecho y limitado; que son otras tantas propiedades que le adulteran, y por consiguiente nos obligan à examinarle seriamente para conocerle bien, y no dexar que nos engañe. Permita que descienda à una individuacion que explicará todo mi pensamiento. Quántos hereges en el discurso de los siglos han intentado reformar la Iglesia, y desterrar de ella errores y abusos imaginarios, ya en orden à los dogmas, ya en orden

(a) Rom. 10. v. 2.

den à las costumbres? Quizá algunos de ellos procedian con una especie de buena fe; se alababan de haber recibido gracia para este asunto; y en efecto puede ser que los incitase algun movimiento de zelo; pero errado, que procediendo de un espiritu de cisma, no podia servir para edificar, sino para destruir. Si los que estaban animados de este zelo hubieran tenido al mismo tiempo otro, que es el de su perfeccion propia; si hubieran antes hecho reflexion sobre si mismos para corregir su soberbia, su presuncion, su exceso en singularizarse, su pofia y terquedad, manantiales funestos y ordinarios de la heregia, les hubiera dicho su entendimiento, ó ellos se hubieran dicho à si mismos: no es razon que mi sentir particular sea la decision y la regla, antes yo me debo sujetar à la autoridad de quien Jesu-Christo escogió por Cabeza, y el Espiritu Santo por Maestro. En materia de Religion no hay partido que tomar, sino el de la obediencia y unidad; y saliendo de estos terminos, aunque hiciera milagros, no solo los debia tener por sospechosos, sino mirarlos como ilusiones. Así lo hubieran pensado, así hubieran hablado; y el zelo de la reformation de sus personas hubiera corregido aquel imaginado zelo de una general reforma que los engañaba. Pero qué les sucedía por faltarles este cuidado de si mismos? Lo que vosotros sabeis. Queriendo quitar abusos, llenaban el mundo de errores; no aplicandose jamas à remediar los males internos, que viciaban poco à poco el fundamento de su religion, se pervertian, se precipitaban como ciegos en el abismo de la perdicion, y arrastraban consigo à otros. Esto llamo un zelo erróneo.

Zelo caprichudo: id conmigo siempre, y reconocereis los desvarios del hombre, aun quando pretende el bien: zelo caprichudo, que sin haber aprendido à gobernarse por el buen juicio, quiere gobernar el mundo con supremo dominio; y lleno de ideas vanas, y à veces extravagantes, en lugar de aplicarse à corregirlas, pretende dar universalmente la ley, y reformarlo todo à su arbitrio, y segun la extravagancia de sus ideas. Pues qué exemplos no tenemos de esto en el siglo en que vivimos? Dexad obrar à algunos

incitados y conducidos de este espíritu, y vereis qué bellos efectos tiene su zelo. No habrá estados que no trastornen, ni obligaciones que no confundan, ni compañías en que no introduzcan la división, ni casas que no llenen de inquietudes. En lugar de proporcionar su zelo con las condiciones de los hombres, medirán las condiciones de los hombres con su zelo. En lugar de acomodarse á los genios y á los talentos, querrán que todos los talentos y genios se acomoden á sus humores, y á sus fines. Serán severos quando conviene ser blandos, y remisos quando convendría ser severos. Aconsejarán mas de lo que se puede, y no pedirán lo que se debe; querrán en puntos de perfeccion incitar á excesos incompatibles con lo que pide la obligación. El uno obligará á retiros imprudentes, y fuera de sazón; el otro á estuendros insufribles, y aun escandalosos: aquel, de un hombre del mundo bien intencionado hará un iluso; otro, de una muger virtuosa hará una devota caprichuda; porque todo no tiene mas principio, que un zelo mal entendido; y porque el principal agente que da impulso á los demas, no ha puesto su primer estudio en arreglarse á sí mismo. Fuera, pues, el remedio, prevenirse contra sí mismo: *Cura te ipsum*, y hacer las reflexiones siguientes: yo soy tenido por singular, y en efecto lo soy: yo tengo siempre dicámenes extraviados, y opuestos á los comunes. Pues debo creer que yo solo tengo luces en orden á la conducta del proximo? La prudencia no quiere que siga yo lo que comunmente está aprobado, y que me aparte de lo que veo que halla contradiccion por una razon universal? Así pudiera el zelo hacerse discreto y prudente: pero en lugar de darse á sí mismo una leccion tan util, se juzga que los caprichos propios son una especie de talento; y por tener un entendimiento muy al rebes de los demas, se estima uno á sí por superior á todos; sin considerar, que tanto es mas verisimil que es inferior, quanto menos piensa serlo.

De ahí se sigue un zelo ceñido y limitado: lo que él ha juzgado bueno y santo, quiere que lo sea para todo el mundo; si todo el mundo no viene en eso, está resuelto

á condenarle; y creer que todo él está perdido. Todo parece desvario, desorden y relaxacion, sino la planta de reforma que se ha ideado. Pues qué? Dios, que es el dueño soberano, ha hecho con vos algun pacto de no repartir sus dones ni sus gracias, sino conforme á vuestros designios? No tiene en los tesoros de su sabiduria otras ideas del bien, que las que vos proponeis? Llama á todos á un mismo genero de perfeccion? Nos conduce por un mismo camino á todos? A vos solo ha revelado sus caminos? Solo de vos se quiere servir para el cumplimiento de sus designios? Y ultimamente, quién sois vos para querer, si me es licito hablar así, acortiar su providencia, y ponerla terminos? Hubiera sido menester prevenirnos con un entendimiento mas elevado: *Cura te ipsum*. Hubiera sido menester haceros de nuevo un alma capaz de todo lo bueno, ó por lo menos capaz de estimar lo bueno universalmente en qualquiera parte en que se hallare, y de qualquiera parte de donde viniere. Hubiera sido menester aplicar aquellas palabras de San Pablo á los Corintios: *Eandem autem habentes remunerationem. Dilatavimus & vos.* (a) Tened, hermanos míos, unos con otros un zelo menos estrecho y apretado. Con eso no se os verá cansar á todo el mundo con vuestros consejos; no se os oirán tantas declamaciones contra los que echan por rumbos diferentes de los vuestros, ni hareis tanto empeño en llevarlos de grado ó por fuerza á vuestro asunto.

Pero despues de haber rectificado el zelo por lo que toca al entendimiento, resta arreglarle y purificarle en lo que pertenece al corazon. Y aqui es donde nuestro amor propio triunfa, y echa el resto de todos sus artificios y astucias. Porque es engaño, Christianos, creer que qualquier zelo de la perfeccion del proximo es inspirado de Dios; si fuera así, ni fuera tan pronto, ni tan natural; no fuera el tenerle tan facil, y costára mas el mantenerle, ni se viera que los mas imperfectos, y aun muchas veces los mas

(a) 2 Cor. 6. v. 13.

licenciosos son los que se precian de él. Pero está la ilusión en que se confunde todo, y se toma por verdadero zelo lo que es pura pasión; quiero decir, se toma por zelo lo que es enfado, lo que es inquietud, lo que es negociación, lo que es envidia, lo que es ambición, y lo que es interés, porque todo esto, aunque dista infinitamente de un zelo Cristiano, no dexa de darle algunos colores, y tener sus apariencias. Por eso parece que la envidia se lamenta de los defectos del proximo, y antes tiene complacencia en criticarlos: la ambición solicita mandar con el pretexto de restablecer, ó conservar el buen orden: un genio astuto halla mil ocasiones de engreirse y entremeterse: la inquietud de un alma naturalmente bulliciosa la incita à que salga de sí misma, para ocuparse en las imperfecciones del proximo, y hallar en ellas materia en que cebarse: la melancolia se apropia el nombre de zelo, por tener titulo de litigar y condenar. Pero nada de esto, añade San Gregorio el Magno, es aquel zelo de Dios que tenia San Pablo, quando les decia à los Corintios: *Emulor enim vos Dei emulatione.* (a) Ese es el zelo del hombre, y de hombre apasionado, ciego y corrompido. Pues el zelo del hombre sin el de Dios, no es mas que un fantasma, y por hablar con la Escritura, idolo de zelo: *Idolum zeli.* (b) Esta es la expresion del Profeta Ezechiél; y bien sabeis lo que dice el Apostol Santiago: que la pasión del hombre, esto es, el zelo del hombre, no dá cumplimiento jamas à la justicia de Dios.

Pero si un hombre se ha estudiado antes à sí mismo para conocer los mas ocultos afectos de su corazon; si con unas santas violencias se ha hecho dueño de sus inclinaciones y de sus antipatías, de sus deseos y de sus aversiones; si ha aprendido à reprimir su codicia, à ceñir su ambición, ahogar sus sentimientos, moderar los impetus de su ira, y sosegar sus inquietudes; estará en estado de discernir el espíritu que anima su zelo, y reducirle à los

ter-

(a) 2. Cor. 11. v. 2. (b) Ezech. 8. v. 5.

terminos de la razón y de la equidad. Sin mas piedra toque que sus reflexiones mismas, discernirá por entre los mas hermosos colores con que se viste el falso zelo, la malignidad de la envidia, la acrimonia de la malevolencia y el odio, los impetus de la venganza, los artificios de la cabalacion, las pretensiones del interes, los movimientos y violencias del natural. Sabrá quando conviene hablar, y quando conviene callar. No intentará remediar un mal muy ligero con otro mucho mayor; ni corregir un delito reparable con otro mas grave; quiero decir, con una murmuracion horrorosa, ó con un ruido escandaloso. No insistirá con terquedad con apariencia de zelo en hacer sus tiros contra ciertas personas que no le agradan, mas que contra otras que son de su cariño, y en quien pasa por todo. En teniendo algun motivo para temer que sus intenciones no estan bastante purificadas, y que hay alguna pasión en ellas, tomará el partido de la humildad y del silencio, persuadiendose à que en todo caso vale mas arriesgar la perfeccion de su hermano que la suya propia. Ah! Dios mio, qué es el hombre, y qué à riesgo está de andar descaminado, aun quando parece que va por los caminos mas reales, y practica las virtudes mas excelentes? Pero sea de esto lo que fuere, no basta que nuestro zelo por la perfeccion del proximo esté autorizado y arreglado, es tambien necesario suavizarle; y para esto nos servirá el zelo de nuestra perfeccion particular, como voy à explicar en la tercera parte.

III. PARTE.

Si en el proceder de nuestra vida estuvieramos tan dispuestos à hacer à los demas la gracia que nos hacemos à nosotros, ó hacernos à nosotros la justicia que les hacemos à ellos, no era menester, dice San Juan Chrisostomo, buscar en la doctrina christiana modo de templar el ardor de nuestro zelo en orden al proximo; porque es constante, que no excediera jamas de los terminos de una justa moderacion; pero como la iniquidad le da al hombre una

una inclinacion del todo contraria; y quando dexa obrar à su natural, le incita à no ser blando sino consigo, y à guardar todo el rigor para los demas, el zelo mas sincero y puro necesita de un temperamento, que sin enlaquecer su actividad haga mas tolerable su accion; y corrija sus excesos sin alterar el principio de donde nace. Asi reprimió el Salvador del mundo el zelo de dos discipulos suyos que se interesaron por su honra, y llenos de indignacion por el ultraje que habia padecido, le pedian que hiciese baxar fuego del Cielo sobre los Samaritanos. Zelo Apostólico, dice San Ambrosio, pero zelo cuyo rigor debia suavizarse con la uncion de esta admirable sentencia: *Nescitis cujus spiritus estis.* (a) No sabeis la ley en que vivis, ni qual es el espíritu de esa ley. Asi, segun la doctrina de San Pablo, el mismo zelo de la conversion de los pecadores, que debiera ser el mas ardiente y mas libre, quiere temperamentos prudentes, y tan necesarios, que sin ellos, aun con ser tan divino, no solamente viniera à ser ineficaz, sino intolerable y odioso. Asi en todos tiempos los hombres Apostólicos, al insistir en las mas santas empresas, creyeron (si puedo explicarme así) que debian humanar su zelo, para darle aquel atractivo y aquella gracia de que estaban persuadidos dependia su fuerza. El punto, pues, consiste en hallar un temperamento infalible y seguro, que corrija los movimientos nimamente vivos è impetuosos del zelo, aun del verdadero, que nos anima en orden à los otros: y digo tambien, que este temperamento es el zelo que una persona debe tener de sí misma. Ved la razon, que comprehende en solo un punto las mas excelentes instrucciones.

Consiste, pues, en que quien tiene zelo de sí mismo, al proponerse y mirar fuera de sí alguna bien, tiene siempre à la vista aquella gran máxima de no arriesgar jamas la caridad, y antes abandonarlo todo que aventurar esta virtud, que mira como fundamento y vasa de todo quanto

(a) Luc. 9. v. 55.

intenta edificar. En primer lugar, y sin excepcion ninguna, dice con el Apostol: Aunque yo hablara el lenguaje de los Angeles, aunque hiciera milagros en el mundo, si no tengo caridad, soy nada. Es, pues, la caridad la que tiene todas las calidades de que se debe componer en un alma aquel admirable temperamento que buscamos. Y es imposible que el zelo degenerere en alguno de los extremos à que está expuesto, mientras la caridad le dirige: porque el zelo de que uno se siente movido en orden al proximo, quando excede, es naturalmente impaciente, precipitado, desabrido, imperioso, desconfiado, incredulo, y facil en darse por ofendido. Ved ahí sus defectos, ó por mejor decir sus excesos. Pero la caridad, con condiciones muy contrarias y dignas de notarse, es (segun San Pablo) paciente, humilde, sincera, sin rebozo, sin desabrimiento, sin dexarse llevar de impetus, ni desvaneciendose jamas, regocijandose siempre de lo bueno, y siendo poco facil en creer lo malo; de suerte que hallamos en ella todos los temperamentos que pueden perfeccionar nuestro zelo. Registremos con cuidado estas lineas, y no pasemos sin estudio unas reglas tan importantes y esenciales como estas.

El zelo de la perfeccion agena es naturalmente impaciente; porque se quisiera salir desde luego con lo que se pretende: se quisiera que lo mismo fuera acabar de hablar, que mudar el mundo de semblante, y que no hubiese ya aquellos abusos y delitos que se han condenado: y como no se ven dispuestas las cosas con tanta brevedad, no solamente se pierde el animo, sino tambien se concibe sentimiento contra la persona, se dan señales de indignacion, se prorrumpen en demostraciones de impaciencia; porque no se sabe conservar la caridad, que es paciente, ni se toma consejo de ella. Quereis, pues, hermano mio, decia San Agustín, ser mas moderado y mas sufrido en vuestro zelo? Considerad la eternidad de Dios: *Via esse longanimitis? videt aeternitatem Dei.* Porque mirandolo bien, es vuestro zelo inquieto y apresurado, porque vuestra vida es corta; y esa impaciencia que mostrais quando no se corrige el proximo tan presto como quereis, es señal de

lo que sentís que sea tan breve vuestra vida. Mas Dios, cuya duracion es eterna, tiene un zelo tranquilo y sossegado. Como son suyos todos los tiempos, hace en uno lo que no hace en otro; lo que no consigue hoy, aguarda conseguirlo mañana; y su paciencia en sufrir lo malo, en lugar de ser un defecto que le humille, es un atributo de que se precia. Considerad esta eternidad santa, si quereis que vuestro zelo tenga el sosiego de aquella tranquilidad divina: *Vix esse longanimit? vide eternitatem Dei*. Este era el discurso de San Agustín; mas sin subir hasta la eternidad de Dios, me estará mejor descender à mí mismo, y decirme: adónde van à parar estas inquietudes, y estas prietas? Es este el modo de obrar de la caridad? Se porta así el Dios de la caridad conmigo? Dónde estuviera yo, si el zelo que tiene de mí se hubiera cansado en tantas ocasiones, y con tantos motivos? Por qué el zelo que tengo de los otros, había de tener menos constancia? Dios me ha esperado años enteros, y la menor tardanza me ha de apurar à mí? Yo me he resistido al zelo de Dios, y no he de poder sufrir que el mío halle resistencia? Hay cosa mas injusta? En esto fundaba San Pablo este punto doctrinal, en la apariencia tan paradoxo, y en la práctica tan verdadero, quando decia, que aunque el zelo es pronto y ardiente, la caridad es sufrida, y que la paciencia de la caridad debe detener la prontitud y ardimiento del zelo: *Charitas patiens est.* (a)

Como es impaciente nuestro zelo, es por consecuencia necesaria enfadoso, molesto, lleno de amargura, y siempre habla en tono de inectiva y de reprehension; de suerte que parece que se toma por diversion el entristecer al proximo quando se le corrige, en lugar de consolarle, infundirle confianza, y darle aliento. Bien sabeis lo comun que es esta propiedad en el zelo, y la dificultad que cuesta muchas veces el defenderse de él à las almas mejor intencionadas, y mas rectas. El decir, Christianos, que el zelo

(a) 1. Cor. 13. v. 4.

lo del Salvador de los hombres no fue de esta condicion; que por el contrario, hizo asunto de ganariolos, y con efecto los ganó con su blandura; que por mas vivo que fuese su ardimiento en lo que mira à los intereses de su Padre, por grande que fuese el horror que tenia à los escándalos que se cometian en el mundo, por mucha que fuese la austeridad que en las costumbres y en la vida pretendia establecer: (tres cosas las mas activas para avivar el fuego divino que le abrasaba, y para inflamarle) decir que nada de esto irritó su zelo, sino que de ahí mismo sacó razones para suavizarle, conociendo muy bien que una ley tan severa como su Evangelio, no reformaria jamas el mundo, sino en quanto la dulzura de su gobierno le hiciese amable; que el horror que tenia à los escándalos, separado de esta dulzura, no se encaminaria à destruir los escándalos, sino à los que los cometen; y el ardimiento de que estaba animado para mirar por los intereses de su Padre celestial, seria un fuego voraz que consumiria, y purificaria. Decir tambien que esta dulzura hizo omnipotente su zelo; que ablandó los corazones de bronce; que atraxo los Publicanos, santificó los pecadores, y obró las conversiones mas milagrosas; y en fin, que nuestro zelo no ha de conseguir sus fines por otros medios que los que sirvieron al suyo, ni que nuestra severidad ha de ser mas eficaz, ni mas afortunada; el hablar, digo, de esta suerte, y ponerlos à la vista este modelo, fuera una especie de demostracion, que no hay persona à quien no debiese hacer gran fuerza. Pero dexando todas las demas pruebas, quiero volverme siempre al mismo principio, que en su simplicidad tiene no se que fuerza mas sensible y penetrante. Porque en fin, hermano mio, (le puedo decir à qualquiera que excede en el zelo de los demas) consultate à ti mismo, y sé tu mismo tu Juez. Por muy dispuesto que te halles para aprovecharte del zelo que los otros tienen de tu adelantamiento y perfeccion, quieres que se tengan atenciones contigo, pretendes condescendencias y respetos, y no te ajustas à aquella exáctitud rigurosa y fatisáca que no guarda medida alguna; no puedes llevar que te

se trate con altivez; si se trata de hacerte alguna advertencia, y darte algun aviso, juzgas que tienes razon para pedir que se tome tu tiempo, que se conozca tu genio, y se estudie tu natural: si se procede contigo de otro modo, en lugar de hacerte volver à lo que es razon, solo sirve de alkerarte. Pues no es razon que te pongas à tí la misma ley? Pides que los otros se compadezcan de tus flaquezas; pues te puedes dispensar de padecerte de las de los proximos? *Nonne ergo oportuit, & te misereri conseruisti?* (a) Asi concluia nuestro divino Maestro, despues de habernos propuesto la parabola de aquel deudor que no queria perdonar la deuda que à él se le habia perdonado. Es puesto en razon, que no emplees en curar las llagas de tu hermano sino el vino, aunque mas acedo esté; y ser al mismo tiempo tan delicado, que no consientas que para curarte à tí se ponga sino aceyte sobre tus heridas? Segun la excelente regla del grande Obispo de Genova, no debe ser la suavidad lo primero con que se preparen las llagas que intentas curar? Pues si esta regla es conveniente en general, y para todo genero de personas, lo es mucho mas, dice San Gregorio Papa, para aquellos que dominados de hábitos de mucho tiempo, y despues de haber vivido en graves delitos, toman la generosa resolucion de dexar sus primeras aficiones, y convertirse à Dios. Como son mas flacos, tienen mas necesidad de quien los ayude, de quien los apoye y los aliente. No porque haya de faltar la entereza; pero hay una entereza prudente, una entereza que sabe insinuarse y hacerse amar, y hacer que los mismos corregidos amen la correccion provechosa que reciben. Si los espantas con un zelo aspero y falto de misericordia, los pondrás horror al remedio, los apartarás del Sacramento, se entrarán en el abismo de los mismos desordenes, y lo abandonarán todo. Ay, cuántos pecadores tocados de Dios hubieran perfeccionado la obra de su conversion, si hubieran caido en manos de un Ministro que tu-

(a) Math. 8. v. 33.

tuviera mas sufrimiento y compasion! Pero como el que encontraron los contristó, los melancolizó, y los desesperó, ya no hay esperar que hagan penitencia en la vida, y ni aun quiza en la muerte.

Sé que aquella caridad que inspira el verdadero zelo, y es tan propia suya, pide muchas atenciones y reflexiones. Sé que para no desordenarse algunas veces, es necesario estudiarse, y ser muy señor de sí mismo. Porque qué es, amados oyentes míos, de lo que se trata? Se trata de ganar à vuestro hermano para Dios: *Lucretus erit fratrem tuum.* (a) Se trata de apartarle del camino de la perdicion, y hacer que vuelva à los caminos de Dios. Le dexareis perecer por no haceros alguna violencia, despues de haber costado toda su sangre à Jesu Christo el salvarle? Encended, Señor, encended en nuestros corazones este Profeta; pero qué digo? Con que Vos mismo os abrasasteis en el mundo. Hacednos sensibles para los intereses de vuestra gloria, para los intereses del proximo, y para nuestros propios intereses; y no perdonarémos nada por unas almas que os deben glorificar eternamente, y con las cuales debemos estar unidos eternamente en el Cielo; por unas almas, cuya santificacion y salvacion, despues de haber sido el asunto de nuestros desvelos, será la prenda de nuestra felicidad, adonde nos conduzca, &c.

(a) Math. 18. v. 15.

SERMON

PARA EL MIERCOLES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la perfecta observancia de la Ley.

Accesserunt ad Jesum ab Ierosolymis Scribæ, & Pharisei dicentes: Quare discipuli tui transgrediuntur traditiones seniorum? Ipse autem respondens ait illis: Quare & vos transgredimini mandatum Dei propter traditionem vestram?

Llegaron á Jesus unos Escribas, y Fariseos que vinieron de Jerusalem, diciendo: Por qué quebrantan tus Discipulos las tradiciones de los ancianos? Pero les respondió: Por qué quebrantais vosotros el mandamiento de Dios por vuestra tradicion? S. Matth. cap. 15, v. 1. 2. y 3.

SEÑORA. (*)

Una de las calidades de la falsa devocion, ó por mejor decir, de la hipocresia de los Fariseos, era observar escrupulosamente las tradiciones que habian recibido de

SUS

(*) La Reyna.

sus Padres, y faltar sin escrupulo á las obligaciones mas importantes de la Ley de Dios. Pagaban el diezmo de las yerbas mas menudas; pero les faltaba la caridad para con sus proximos. Observaban el Sabado con un rigor que casi llegaba á ser supersticion: pero no temian en el mismo dia del Sabado hacer injusticias. Reprehendian á los Apostoles porque antes de comer no se lavaban las manos; pero contravenian al mandamiento divino mas indispensable, que es honrar al padre y á la madre; pues enseñaban á los hijos á que los tratasen con crueldad, y á dexarlos con una falsa piedad, ó por mejor decir, con una ingratitude digna de todos los castigos del Cielo, en su necesidad, y á negarles los socorros que les debian: tal era el desorden de estos Sabios del Judaismo. Pues qué hace hoy el Salvador del mundo! Condena absolutamente aquella regularidad que mostraban en observar todas las tradiciones de los antiguos, y todas las ceremonias que les estaban mandadas? No Christianos: siendo Legislador soberano, queria que se cumpliese toda la ley sin faltar á ella ni en un punto: pero con un proceder lleno de equidad y de sabiduria alaba en sus enemigos lo que es digno de alabanza, y reprehende lo reprehensible y vicioso que hay en ellos. Aprueba lo que hacen, y les da en cara con lo que no hacen. Cotejando dos suertes de obligaciones, unas que tienen por objeto los puntos esenciales de la fe, y otras que contienen los articulos menos esenciales, les muestra que en primer lugar es menester observar los primeros; y despues, que no se han de omitir los segundos: *Hæc oportuit facere, & illa non omittere.* (a) De este modo nos enseña, hermanos míos, á guardarnos de otro desorden totalmente opuesto al de los Fariseos, pero muy comun en el mundo Christiano. Porque el desorden de los Fariseos estaba en poner todo su estudio en las cosas pequeñas, y no hacer caso de las grandes; y el nuestro consiste en que á veces nos ceñimos á las grandes, de suerte que

(a) Matth. 23, v. 23.

que tenemos por lícito despreciar impunemente las pequeñas. Pues yo intento que hay tal union entre las unas y las otras, que faltar voluntaria y habitualmente à las observancias menores, es ponerse à riesgo de quebrantar muy presto, y en muchas ocasiones los preceptos mas graves, y lo que la ley nos manda baxo de mayores penas. Esto intento tratar en este discurso; y al tratar de ello, Señora, qué consuelo no tengo en hablar con una Reyna, ó en presencia de una Reyna, que estando sobre el Trono, y à pesar de todos los riesgos de una Corte, sabe darle à Dios lo que le es debido: à una Reyna que correspondiendo fiel y enteramente à la ley, pasa en la práctica mucho mas allá de los terminos de la ley: en una palabra, à una Reyna que con la mas singular y portentosa union junta en su augusta persona todo el resplandor de la humana grandeza, y todo el mérito de la santidad Christiana? No es, Señora, esta doctrina, ni muy sublime, ni nueva para V. M.: pero sin ser para V. M. nueva, ni demasiadamente elevada, hallará V. M. en ella siempre motivos para alentar mas y mas el fervor de su piedad. Saludemos primero à Maria Santissima, y digamosla: AVE MARIA.

Digo, Christianos, que es sumamente peligroso en el camino de la salvacion no hacer caso de las cosas pequeñas, y que en todo lo que toca à la Religion y à la conciencia, no hay cosa tan ligera que no merezca nuestros cuidados, y no pida una perfecta fidelidad, y una entera sumision. Fundo esta importante máxima en dos principios; el uno es la soberbia del hombre, y el otro su ceguedad. El hombre es por sí mismo soberbio; pero qué hace la soberbia en él? Le incita à vivir con independencia, y à eximirse de la ley. Sobre ser soberbio es ciego, y qué hace en él la ceguedad? Le estorba el conocer bien todas sus obligaciones, y el discernir bien lo que es en la ley mas ó menos esencial. De este principio saco dos proposiciones que encierran todo el fundamento de este discurso, y harán su division; y son, que para reprimir la soberbia de nuestro corazon, es un preservativo necesario el su-

je-

jetarle à las obligaciones mas ligeras de la ley: esto vereis en la primera parte. Añado, que no tenemos medio mejor para corregir los errores de nuestro entendimiento, ni para cautelar sus consecuencias funestas, que una obediencia exacta à las mas leves obligaciones de la ley: esto os mostraré en la segunda parte. Estad atentos à una y à otra: y aunque à primera vista parece que esta materia no ha de hacer mucha impresion en vuestras almas, no obstante, presto conoceréis todas las consecuencias que tiene.

I. PARTE.

Si subimos hasta el origen de la corrupcion del hombre, es evidente que el primero de todos los desordenes es la soberbia, y el primer efecto de la soberbia es el amor de la independencia y libertad. Este es el vicio capital y predominante de nuestra naturaleza, de donde nace la dificultad en sujetarnos, sernos pesada toda autoridad superior, tener el precepto y la ley por yugo, y el incitarlos siempre nuestra inclinacion, quando la razon no la gobierna, à sacudirle. Nos es tan natural este vicio, que ni aun se debe atribuir al pecado original como à su causa, pues aun en el estado de la inocencia, no solamente estuvo el hombre expuesto à él, sino que se dexó vencer de él; y este feliz estado que le eximia de las demas, no le eximio de esta flaqueza: quiero decir, de esta oculta soberbia que le incito à salirse de la obediencia debida à su Soberano, y à su Dios. Porque, como repara San Ambrosio, no cayó el hombre en este desorden de amar la libertad y la independencia, porque desobedeció à Dios; sino al contrario, desobedeció à Dios, porque estaba sujeto à este desorden: y no se puede decir que su soberbia fue efecto de su pecado, antes nos enseña la Escritura, que su pecado fue efecto de su soberbia. La soberbia por sí misma nos inclina à dispensarnos y eximirnos de las leyes que nos estan impuestas: pero aun así, hay algunas leyes de autoridad tan respetables, y tan bien fundadas en los principios de la razon, que por mas ansia que tengamos de la libertad, casi no podemos

mos apartarnos del amor respetuoso, y del rendimiento á que nos obligan: y estas leyes son las de la Religion, y de la conciencia: de la Religion, que nos ata con Dios (pues de eso tomó su nombre) y de la conciencia, que nos sujeta á nosotros mismos. Por enemigo que sea el hombre de la dependencia, le cuesta dificultad no amar estas dos leyes, si las mira como principios de su dicha, y de su salvacion eterna. Y así mientras mantiene la integridad y pureza de sus costumbres, no hay cosa mas dócil que él á la ley interior de la conciencia, ni mas amante del culto de su Religion, ni que le esté mas rendida. No obstante, no dexa por otro lado de tener dentro de sí mismo el fundamento de aquella perniciosa libertad, ó por mejor decir, de aquella perniciosa disolución que no puede sufrir apremio ni violencia: y aun quando nos resolvemos á cautivarnos baxo del imperio de la Religion y de la conciencia, la soberbia de nuestro espíritu nos suscita otra ley directamente opuesta, como dice San Pablo, á todas las leyes de Dios. Una ley, que consiste en no reconocer por ley, sino lo que nos gusta; en no oír la conciencia, sino en quanto nos lisonjea; en no conformarnos con la Religion, sino en quanto se conforma con nuestros fines; es decir, en hacernos árbitros de una y otra, y vivir segun nuestro capricho, y los deseos de nuestro corazon.

Esta es una especie de batalla en el hombre entre su soberbia, y su razon: su razon quiere que se rinda, y su soberbia no quiere; su razon le enseña á dexarse conducir y gobernar, especialmente en lo que pertenece á Dios; y su soberbia le persuade á que se crea á sí mismo solamente: su razon dá apoyo á la Religion; su conciencia tiene un derecho de soberanía sobre él, y su soberbia se rebela contra esta soberanía. Qué de las dos puede mas con él? Ni una ni otra, Christianos, si atendemos á los principios. Por qué? Porque al principio son casi de iguales fuerzas las dos, hallandose por un lado el respeto de la conciencia y de la Religion con bastante vigor para resistir algun tiempo al amor ordenado de la independencia y de la libertad, y siendo el amor de la libertad y de la indepen-

pendencia demasidamente fuerte para quedar destruido del todo por el respeto de la Religion y de la conciencia. Mas ved aquí lo que sucede quando empieza el hombre á dexar á Dios, y Dios á retirarse del hombre: que en la practica de estas dos obligaciones que miran á la Religion y á la conciencia, el hombre observa con alguna fidelidad las cosas grandes, pero no se impone por regla la observancia de las pequeñas. Siempre tiene, ó á lo menos parece que tiene respeto á lo que le parece esencial; pero hay otros muchos puntos importantes, en que sin escrúpulo se relaja: y si quereis saber la razon de esta diferencia, es clara, dice San Gregorio el Magno; porque está fundada, en que las cosas grandes, en todo lo que concierne á la conciencia y á la Religion llevan consigo un caracter tan visible y manifiesto de la autoridad divina, que contienen al hombre en la razon; pero en las pequeñas, en que este caracter es menos reparable, se desvia de la sujecion que le piden. Qué hace pues? Reducese á las primeras, pero estas las abandona. Por no parar en licencioso, quiere ser regular en las unas; y por no sujetarse á una dependencia demasitada, se acostumbra á despreciar las otras. Este es el origen del desenfrenamiento del hombre; y este estado, aunque tan contrario á los designios de Dios, aunque sumamente distante de la perfeccion christiana, aunque del mayor riesgo para la salvacion, no fuera con todo eso estado de condenacion por sí mismo, si parara en eso. Pero ved aquí adonde llega. San Bernardo lo observó, y tomó el cuidado de descubrirnos el misterio en su excelente tratado de los grados de la humildad, y de la soberbia. Me preguntais, dice, qué es lo que hace en el hombre esta libertad presuntuosa que le incita á no hacer caso de algunas obligaciones de conciencia menos rigurosas y estrechas? Y yo os respondo, que produce en él los efectos mas funestos: porque le hace perder insensiblemente el respeto y obediencia que debe á Dios: ahoga poco á poco en él el miedo de sus juicios: le dá osadia para intentar quanto hay contra su ley: y despues de haberle hecho contraer el habito de las culpas ligeras, y perder el empacho de ellas,

le hace en poco tiempo, según la Escritura, tener cara de muger pública respecto de los delitos mas graves: *Frontis meretricis*: (a) y estas faltas, aunque ligeras, son unas brechas fatales, por las cuales entra en el corazon el demonio.

En efecto, añade San Bernardo; yo he reconocido, y la experiencia me ha enseñado, que así como un Justo que anda con fervor en el camino de Dios, después de haber experimentado en él las dificultades pequeñas, tiene por cosa de juego las mayores que al principio le parecían insuperables; así un pecador que sigue la corriente de su pasión, después de haberse resuelto en las ocasiones mas ligeras, llega á punto de no encontrar dificultad que le detenga en el camino de la iniquidad: *Et quemadmodum justus ascensis his gradibus, alacriter currit ad vitam, sic eisdem descensus impius jam absque labore fertinat ad mortem*. Ved, dice este Padre, como el Justo y el pecador, aunque por diferentes principios, adquieren esta libertad, el uno para la vida, y el otro para la muerte. La caridad dá alas al Justo, y al pecador se las dá la concupiscencia: *Illum proclivum ebaritat, istum cupiditas facit*. El Justo no siente dificultad, porque el amor de Dios le anima; y el pecador es insensible, porque está endurecido: *In uno amor, in altero stupor laborem non sentit*. En el Justo es la abundancia de la gracia, y en el pecador el colmo de su pecado, lo que excluye el temor y los remordimientos: *In illo perfecta virtus, in isto consummata iniquitas foras mittit timorem*. Uno y otro se adelantan en el camino, ñ del vicio, ñ de la virtud, y de tal modo se adelantan, que no sienten el cansancio del camino.

Mas no tiene que padecer nada el pecador antes de llegar á este extremo? Ah! hermanos míos, continúa San Bernardo; hay algunos que tienen bien que padecer. Y cuáles son? Los que quisieran estar en el medio, es decir, unas almas imperfectas, que quisieran sacudir el yugo de

(b) Jer. 3. v. 3.

de la conciencia y de la Religion en las cosas ligeras, y no querrian romperle en las mayores: *Medii sunt qui fatigantur, & angustiantur*. Porque estos tienen que padecer por todas partes; de parte de la gracia á que resisten, y de parte de la pasión que no satisfacen enteramente: la gracia les turba, y la pasión los irrita: la gracia los reprehende por los pasos que han dado; y la pasión al contrario, porque no han pasado mas adelante: la gracia les dice: se había de despreciar á Dios por cosa tan peca? Y la pasión les dice, convenia no satisfacerse mas que á medias? Así quedan á un mismo tiempo expuestos al tormento interior de la una y de la otra; ó si os parece mejor, experimentan á un tiempo las amarguras del vicio y de la virtud, sin experimentar su dulzura. Pero reparad, dice San Bernardo, como en breve tiempo prevalece el amor de la pasión y de la libertad; porque no puede durar este estado de violencia; y así es preciso, ó que del desprecio de las cosas pequeñas pase al desprecio de las grandes, ó que vuelva al camino derecho de que se apartó, que es una entera sumisión á Dios. Y porque en materia de pecados es tan dificultoso el volver atras, como natural el pasar adelante; por un pecador que se preserva de esta licencia presuntiva, son ciento los que conduce á la perdición; y esta es la causa porque San Bernardo tiene este por un grado de soberbia tan peligroso para la salvacion. En efecto, atended bien, si gustais, amados oyentes míos, lo que os voy á decir; de ahí han procedido casi todos los escandalos y desordenes que han hecho ruido en el mundo; los monstruosos atentados de la heregia, y los prodigiosos desvarios de la impiedad; las espantosas relajaciones de la disciplina de la Iglesia; el haber decaído la observancia en los Ordenes Religiosos mas fervorosos; la ruina de una infinidad de almas que se han perdido, y se pierden cada día. Lo quereis ver en una inducción no menos eficaz que sensible? Seguidme.

He dicho que de ahí nacieron los monstruosos atentados de la heregia. Sobre qué era la question, quando Lutero, aquel hombre nacido para la desolacion del Reyno de

de Jesu-Christo, empezó à difundir el veneno de su error: De qué se trataba? Apenas se sabe: tan poco parece que importaba. Hallaba en las Indulgencias, ó por mejor decir, en su concesion, algunos abusos que le ofendian. Quisiera quitar el exceso en este punto, y hacer que fuese recto el uso. Pues era este alguno de los puntos esenciales de la Religion? No, Christianos; ni le tocaba à él la decision, ni debía ser el árbitro, ni el Juez. No obstante lo pretendió, y tuvo osadía para calificar de supersticiosa la práctica comun de los fieles. Adónde le llevó este primer paso? Vosotros lo sabeis, hasta à hacer guerra à las máximas inviolables de la fe. Poca cosa era de la que se trataba: pero eso bastó para darle atrevimiento de inovar. Del uso de las Indulgencias pasó à la sustancia misma de ellas, y las reprobó. Y porque la fe de las Indulgencias tenia relacion y conexion con la del Purgatorio, despues de haber hablado mal de las Indulgencias, no dudó de declararse contra la creencia del Purgatorio. La fe del Purgatorio era el fundamento de la oracion que se hace por los difuntos: Esta oracion tenia apoyo en las liturgias, y en el sacrificio de la Misa; pues renunció el sacrificio de la Misa; no sin dificultad, es verdad, pero en fin le renunció. Esto le entraba en el misterio de la satisfaccion de Christo, del merito de las buenas obras, y de la justificacion de los hombres: nada respetó, satisfaccion, merito, buenas obras, dogmatizó sobre todo. Con esto la Iglesia se levanta contra él; y ya no reconoce mas Iglesia, que la de los Predestinados, que es invisible. El Sumo Pontífice le declara por excomulgado, y él declara al Sumo Pontífice por Antichristo. Arguye con los libros de la Escritura, y no reconoce por libros de la Escritura los que le son contrarios. Le instan por lo menos con los que admite, y se obstina en no admitirlos ya, sino siendo él el Interprete, para determinar la inteligencia de ellos. Convócanse Concilios, pero protestá contra los Concilios, y no quiere por regla sino al espíritu interior que le gobierna. Ved ahí el ultimo extremo de la locura de la heregia. Pensaba llegar à eso? Not él mismo confesó muchas veces, que habia pasado mucho mas

mas allá de lo que pretendia, y era él el primero que se espantaba de los progresos de sus errores y de su secta. Mas no debía admirarse de ello, pues es propio del espíritu del hombre ser cada dia mas licencioso, en habiendo soltado una vez à su libertad las riendas. Este solo punto de las Indulgencias fue como la levadura; *Medium fermentum*: (a) pero como una levadura, que llegando à hincharse por la soberbia de este heresiarca, corrompió en poco tiempo toda la masa, segun la expresion del Évangelio, y convirtió en un apostata à este hombre católico y religioso.

Dixe, que de esto procedieron los portentosos desvarios de la infidelidad. Ved esos licenciosos de profesion de que el mundo está lleno, que haciendo capricho de entendimiento lo que es dureza de corazon, hacen vanidad de no tener fe, ni ley. Pues no creais que ese estado de falta de Religion en que viven, se formó instantáneamente, ni borraron de su entendimiento desde el principio las ideas generales del sér y providencia de un Dios: porque esto no puede ser; ni sucedió jamas. A la verdad, su disolucion en lo que toca à la fe, empieza al principio, por dónde? Qué se yo: por algunos donaires sobre ciertas devociones populares: esto les parece cosa ligera; y lo es quizá: pero dexad crecer ese pequeño grano: muy presto no temen censurar las devociones recibidas y aprobadas de toda la Iglesia: esto es ya algo mas. Despues estendien su censura hasta las ceremonias mas sagradas: que es una gran temeridad. De ahí pasan al desprecio de los Sacramentos, que es otro grado de presuncion. A este desprecio se sigue una interior y oculta rebeldia contra nuestros misterios, que es una disposicion próxima para la estincion de la fe. En fin, miran la Religion como una política exterior necesaria para contener los pueblos, que es una maxima llena de abominacion. Junto esto con las reflexiones que hacen sobre los sucesos del mundo, les hace dudar si hay Providencia, que es una ceguedad con que Dios los cas-

(a) Cat. 5. v. 6.

tiga. No sabiendo ya si hay Providencia, no conocen con bastante claridad, ni que hay Dios, ni que tienen un alma espiritual capaz de poseerle; porque todo esto se les hace incierto, que es el ultimo complemento de la impiedad. Pero subid al origen del mal, y procurad descubrirle; es nada, ó casi nada; mas vuestro Profeta dixo, Señor, y ello es verdad, que la insolencia de los que se apartan de Vos, vá continuamente en aumento: *Superbia corum qui te avertunt, accendit semper.*

Sucede lo mismo en lo que toca à las costumbres? Si, Christianos; y mas en lo que toca à las costumbres, que en lo que mira à la fe. Porque, como dice San Ambrosio, teniendoos en mas estrecha dependencia las leyes que nos obligan à vivir bien, que las que nos obligan à creer, tenemos mayor inclinacion à quebrantarlas. De qué tuvieron origen (pregunta San Bernardo) tantas relaxaciones como lloramos, sino de la desmesurada libertad con que los Christianos flaxos y mandanos, no dando oídos sino à su amor propio y à su soberbia, primero no hicieron caso de las observancias mas ligeras, y despues poco à poco se descargaron de las grandes? Se han introducido jamas estas relaxaciones por alguna sublevacion repentina y general de los fieles, ó por alguna rebelion trazada de su parte contra las leyes sanas que la Iglesia les prescribia? No, responde San Bernardo; antes siempre han tenido principio en algunas execuciones repetidas en la apariencia, que con diversos pretextos ha querido cada uno concederse à sí mismo contra el derecho comun, pretendiendo que la ley no hablaba con él en tal y tal circunstancia, y haciendo poco caso de las consecuencias que su mal exemplo podia producir en los demas. De donde ha nacido que la Christianidad se ha visto à veces con asombro sumergida en el abismo de un universal desorden, sin poderse decir cómo ni cuándo habia caido en él, porque habia caido por sus grados, y casi insensiblemente? Depravacion enorme en sus aumentos, pero en su nacimiento, tan imperceptible que apenas se pudo advertir. Por qué se juntaron tantos Concilios para

re-

reformat, no la fe, sino la disciplina, que cada día se iba enflaqueciendo y degenerando? No se juntaban para refrenar esta licencia tan funesta y contagiosa, que cunde en la Christianidad, y en las Ordenes mas santas, no menos que en las mas profanas Comunidades? Y por qué la Iglesia, à pesar del continuo cuidado que ha puesto en reformar à sus hijos, y reformarse à sí misma, no obstante se ha visto precisada à consentir que se borrasen aquellas leyes tan saludables y sabias, que estuvieron en otros tiempos en su fuerza, y han dexado de tenerla porque la maldad ha prevalecido? No empezó esta mudanza por unas faltas ligeras? Escribiendo à un Sumo Pontífice San Bernardo, se quejaba muy recio de una especie de corrupcion, cuya culpa en parte recaia sobre la Corte Romana, y consistia en conceder con facilidad toda suerte de dispensaciones. Y daba el mismo Santo la razon; conviene à saber, que esta facilidad de los Prelados y Superiores en dispensar, aumentaba mas y mas la inclinacion violenta que tienen los hombres de emanciparse. Y bien, Padre Santo (le decia con un zelo respetuoso, pero Evangelico) para qué era necesario hacer leyes, si habia de haber tantas esenciones y dispensaciones de ellas? No sabeis, que los que habeis de gobernar son hombres, es decir, unas criaturas enemigas de la sujecion, y que es necesario para con ellos, no la tolerancia y la blandura para aliojar, sino esfuerzo y valor para resistir? Y no veis que ha llegado este abuso de las dispensaciones à tanto, que habiendose recibido antes como gracias, hoy se executa por ellas como por deudas; y si antes se daban por motivos muy importantes, hoy se obtienen por unas razones sumamente frivolas y vanas? Pues qué (proseguia el Santo) se os prohibe por esto el dispensar? no, sino el disipar: *Quid ergo inquis? prohibes dispensare? non, sed dissipare.* Donde la necesidad diere motivo, la dispensacion tendrá excusa; donde se interesaren la utilidad publica, y la gloria de Dios, es loable: pero si no interviene la necesidad, ó la utilidad comun, no es dispensacion, sino disipacion: *Ubi neutrum: jam non dispensatio, sed dissipatio crudelis est.*

Tom. III. Quaresma.

R

Di-

Dispaci6n cruel: porque igualmente condena al Superior que dispensa, y al inferior dispensado: porque fomenta en las almas aquel amor de la independencia, que de las faltas mas ligeras conduce à los delitos mas graves.

Però qué fuera, si examínara yo ahora individualmente la causa de la reprobacion particular de tantas almas como se pierden, y siguiendo la corriente del mundo se salen del camino de la salvaci6n? Ordinariamente no son los mas ligeros pecados? Se vé por ventura que los justos se perviertan en un momento? Se vé que sean los últimos escàndalos por donde empiezan à declararse los pecadores? No, decia San Gregorio Papa. Hay su noviciado para el vicio, como para la virtud. Por mas dispuestos que estemos para lo malo, es necesario tener algunas batallas antes de llegar à estar perdidos de todo punto. Por la vanidad, añaede este Santo Doctor (observad bien esta sentencia, que es excelente) por la vanidad llegamos à la maldad; y llegamos infaliblemente à ella, despues que nuestra voluntad acostumbra à las faltas ligeras pierde el horror à los delitos, de tal suerte, que con este habito que de algun modo la alimenta y la fortalece, viene al fin à adquirir, no digo solamente la tranquilidad, no digo solamente la impunidad, sino el apoyo en su malicia: *A vanitate ad iniquitatem mens nostra ducitur, si assueta malis levibus graviora non perborrescat, & ad quandam auctoritatem nequitiæ per culpas nutrita perveniat.* No hay cosa mas verdadera ni sólida, que el pensamiento de este Padre. Porque la vanidad (pongo por exemplo) de una conversacion demasadamente libre será el principio de la condenacion de ese mancebo. La vanidad en los trages y en los adornos dará entrada al demonio para engañar, y hacer que se pierda esa muger. La vana curiosidad de leer tal libro empezará à destruir la inocencia del uno. Una vana complacencia del mundo vendrá à ser la ruina de la otra. Explicome.

Quereis andar vestida como las demas, y no juzgais que es cosa de monta en esta materia faltar à una cierta regularidad, à que la ley Christiana os reduce: pero esta vani-

nidad os hará id6latra de vos misma; os inspirará unos deseos de parecer bien, no menos funestos que culpables; hará que se pierdan con vos otras muchas almas que fueron criadas por Dios, y rescatadas con la sangre de un Dios: ved ahí la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.* Quereis satisfacer vuestro gusto leyendo ese libro profano y peligroso, y en este punto ahogais los remordimientos de vuestra conciencia; pero ese libro os hará perder el gusto de la virtud; os llenará el espiritu de imaginaciones necias, y aun de las ideas mas impuras del vicio; hará que nazcan en vuestros corazones tentaciones que no resistireis; ved ahí la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.* Gustais de mantener algun trato con esa persona, gustais de escribirla, de verla, de conversar con ella, y estais muy asegurado de vos mismo, como si en nada de esto hubierais culpa; pero ese trato volverá à encender muy presto el fuego que habia apagado la gracia, y hará que reviva la pasi6n con toda su fuerza; ved ahí la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.* Al principio no parecia mas que entretenimiento festivo, galanteria, y buen gusto; y esto es lo que San Gregorio llama vanidad; pero de eso se sigue lo que Guillermo Parisiense llama tropas y legiones del demonio de la carne: *Exercitus, & acies carnis.* Es decir, de ahí se siguen los primeros afectos del pecado; los consentimientos culpables en los deseos del pecado; las acciones indignas que ponen el colmo al pecado; la persistencia obstinada en la costumbre del pecado; las justificaciones pretextadas con que uno se apoya en el estado del pecado; la gloria impia y escandalosa que se consigue, ó pretende conseguirse del pecado; y la insolencia con que se mantiene el pecado. Porque todo esto, Christianos, está necesariamente unido; y el decir, hasta ahí llegaré, y no pasaré adelante; tal y tal cosa me he de permitir; y no me he de conceder mas, es ignorar los primeros principios del conocimiento propio: la regla infalible es, que de la vanidad pasamos à la iniquidad: *A vanitate ad iniquitatem.*

Esto es, amados oyentes mios, lo que no podeis pre-

venir con diligencia sobrada, y lo que pide todos vuestros estudios y cuidados. No dudo que una guarda perfecta de toda la ley, y de las mas pequeñas obligaciones que nos impone, tiene sus dificultades, y que para ello es necesario saber estar sobre sí, y hacerse fuerza; pero el Evangelio no nos enseña otro camino de la salvacion, sino el estrecho: *Acta via est, que ducit ad vitam.* (a) Y por eso nos advirtió tantas veces el Salvador del mundo, que nos hiciésemos violencia, porque el Reyno de los Cielos no se conquista sino à fuerza: *Regnum Cœlorum vim patitur, & violenti rapiunt illud.* (b) Por eso nos exortó tanto à que hiciésemos esfuerzos: *Contendite.* Creer que la puerta del Cielo se ensancha y se estrecha à vuestro gusto, es un engaño, dice San Juan Christostomo; pues San Juan en su Apocalipsi nos declara, que es de bronce y de metal. Y en efecto, tomaos quantas licencias quisieréis, concedeos todos los privilegios que gustareis, la ley de Dios jamas se ha de mudar, ni ha de ceder, y ninguno de los temperamentos de que os valieréis la ha de hacer que remita ni un solo punto de su rigor. Al contrario, quanto mas intentareis contra ella, quanto mas favorable os la pretendiereis hacer, tanto mas formidable se os hará; porque estará tan lexos de favoreceros, que antes se levantará contra vosotros, y os condenará. Pues en esta suposicion, qué debemos hacer si somos cuerdos? Cómo debemos discurrir? No debemos discurrir así? El camino del Cielo es estrecho, luego debo yo estrechar mi conciencia, porque no hay riesgo en ceñirme à los terminos de mi obligacion; pero debo temer si llevo alguna vez à traspassarlos: yo no puedo exceder en la sujecion à Dios, pero estoy à riesgo de perderme si no tengo la necesaria; y este espíritu de independencia, que por ventura me saliera bien con los hombres, de parte de Dios no pudiera traerme sino una suma infelicidad. Ah! Christianos, antiguamente se buscaban remedios eficaces para desterrar los escrúpulos del mundo;

(a) Math. 7. v. 14. (b) Math. 11. v. 12.

do; pero yo me alegrará que lo que se llama mundo estuviera lleno de escrúpulos el día de hoy. Ojalá tantas almas libres se convirtiesen en escrúpulos! Dios hallará en eso su gloria, y ellas su seguridad. Fuera en ellas un género de achaque, pero fuera mas fácil curarlas, que de la infeliz presuncion que las hace tan atrevidas para quebrantar la ley. No es ahora el punto sino de cosas pequeñas: vengo en ello; pero somos soberbios, y esta es la primera razon para estar sobre aviso contra nosotros mismos, aun en estas cosas pequeñas. Y añadido, que somos ciegos y poco advertidos: segunda razon, que será la materia de la segunda parte.

II. PARTE.

Por poco cuidado que pongamos en estudiarnos à nosotros mismos, conoceremos muy presto, que la ignorancia y la ceguedad son el patrimonio del pecado. Demasiadamente nos enseña esta verdad la experiencia; pues si caminamos entre tinieblas (infere admirablemente San Agustin) es necesario que midamos todos nuestros pasos, y que supla nuestra cautela las luces que nos faltan. Mas no puede suplirlas, sino haciendo que seamos exáctos y escrúpulosos aun en las cosas pequeñas. Este es, dice este Doctor grande, el medio necesario para corregir nuestra ignorancia en lo perteneciente à la conducta de nuestra salvacion. Yo considero, añadia el Santo, estas tinieblas del entendimiento humano de dos maneras muy diferentes: una en quanto son castigo del pecado, y tienen algun respeto à la justicia de Dios; otra en quanto son voluntarias, y nacen de la malignidad de nuestros corazones. Como castigo del pecado las llamo, como efecto del pecado las detesto; pero en una y otra consideracion me influnden unos horrores santos, y despues de haberlo examinado bien, no hallo otro camino para evitar sus consecuencias funestas, sino el ser fiel à Dios en las mas ligeras obligaciones, y observar sus mandatos en las cosas mas pequeñas. Si no hago esto, es imposible no perder el ca-

mi-

mino, y no caer en unos abismos de donde quizá no podrá salir jamás.

No es esto muy puesto en razón? No es esto lo que debemos sentir? No hay cosa, amados oyentes míos, en que los hombres estén mas expuestos à errar, que en lo tocante à la Religion y à la conciencia. Escuchad la razon que dá de esto San Gregorio Papa: es muy reparable, y digna del Santo, y la dá en sus libros de los Morales sobre Job. Un objeto (dice este Pontífice grande) para ser vista clara y distintamente, debe estar à distancia proporcionada de los ojos que le ven; es decir, ni ha de estar muy cercano, ni muy distante; porque en la demasiada cercanía se embaraza su accion, y en la demasiada distancia se apura su actividad; de suerte, que por mas perspicáz que sea la vista, no puede percibir las cosas mas visibiles, quando están en alguna de estas situaciones. Lo mismo pasa con nuestra alma, y con sus conocimientos; y esto es, dice San Gregorio Papa, lo que nos hace ciegos en orden à las obligaciones de Religion y conciencia; porque las materias de Religion están sumamente elevadas sobre nosotros, y así las perdemos de vista, porque están, por decirlo así, fuera de la esfera y actividad de nuestro entendimiento; y las de la conciencia están dentro de nosotros mismos: porque la conciencia (dice San Bernardo en el tratado que hizo de ella) que es sino la ciencia de sí mismo *Conscientia, quasi ipsius scientia*. Pues así como la vista destinada para ver todo lo que está fuera de sí, no se puede ver à sí misma, así el alma del hombre es penetrante, sutil, llena de sagacidad (si puedo valerme de este término) para todo lo demas, fuera de la conciencia, que es como su vista, con la qual debe conocerse.

Y qué se sigue de ahí? Ah! Christianos, vosotros prevenis ya mi pensamiento, y plegue al Cielo que os sirva en la práctica de regla; siendo ciego el hombre en estas dos cosas, digo en lo que mira à la Religion, y à la conciencia, no puede evitar el engañarse, si no pone un sumo cuidado en guardarse de las ilusiones à que le puede conducir su ceguedad: de engañarse, digo, (no se os

pase la reflexion que hace San Bernardo) no, teniendo por graves las culpas que por su naturaleza son leves; porque es cosa rara que su error le lleve à esto, sino teniendo por ligeras las que en efecto son de monta, que es una ilusion muy ordinaria. Es decir, que en puntos de Religion y conciencia está expuesto à tratar como cosas de poca entidad, aquellas que en efecto son de mucha consecuencia; à tener en nada lo que en los ojos de Dios ha de ser juzgado por mucho; que es venial y digno de perdon, lo que por sí mismo es culpa mortal y muy digno de castigo; à dismuntir con opiniones falsas el rigor de las mas estrechas obligaciones: porque todos estos son efectos de la ceguedad del hombre; y como esta ceguedad no le justifica, porque es afectada por malicia, ó formada por negligencia, ó fomentada por pasion, qué sucede? Lo que cada dia experimentamos: que por conocer mal las cosas pequeñas está el hombre à riesgo de faltar en las mas esenciales: que segun los errores que concibe en orden à estas faltas que se tienen por ligeras, le es muy facil cometer delitos verdaderos; y creyendo que da un paso que no tiene consecuencias dignas de temer, corre peligro de precipitarse y perderse, si no se pone por ley guardar una total fidelidad à Dios, y no despreciar nada, ni aun las practicas mas menudas. Porque esta ley bien observada le sirve de defensa para todo, y hace, por decirlo así, que pueda estar ciego con seguridad, pues es cierto que mientras se goberna por esta máxima, aunque en todo lo demas estuviera lleno de errores, y aunque su entendimiento estuviera oscurecido con las mas densas sombras, jamás perderá el camino, y siempre irá por uno tan real, como si tuviera todas las luces de una suma prudencia para gobernar: porque la ley que sigue le servirá de guia; y este es el segundo principio en que fundo mi proposicion, que en lo que toca à la Religion y à la conciencia, es de suma importancia el estrecharse siempre, y no tomarse ninguna licencia en materia alguna, ni dexarse llevar de la relaxacion.

En efecto, no hemos visto, y vemos aun, que uno

de los lazos mas peligrosos para quedar presos, y caer en los mayores delitos; es la relaxacion en algunos puntos que se juzgan por poco necesarios? Quereis exemplos de esto en materia de Religion? Acordaos de lo que refiere San Agustín en uno de sus tratados sobre San Juan, de la famosa disputa que se movió entre un Manichéo y un Católico con el motivo de una mosca, que por acaso sirvió de ocasion á una de las mas célebres controversias que dividian entonces los entendimientos. Es posible, decia al Católico el Manichéo, que un animalcjo tan pequeño, y tan molesto para el hombre, ha sido criado de Dios? No, le respondió con simplicidad el Católico, no lo puedo creer. Atended, dice San Agustín, que era Católico de profesion, bien intencionado en orden á la creencia verdadera, y estaba muy lejos de aquel espíritu de soberbia y presuncion, que conduce al hombre á la disolucion y á la impiedad: pero era ignorante, y no caia en que negarle á Dios la produccion de una mosca fuese cosa que pudiera ayudar á su contrario, y darle fuerzas contra él. Qué hizo el Manichéo? De la mosca pasó á persuadirle lo mismo de la abeja, de la abeja le fue llevando hasta el ave, del ave á la oveja, de la oveja al elefante, y en fin le hizo confesar que Dios no era criador del hombre. De donde nació un error tan grosero? De una ceguedad de espíritu; que engañando al Católico le hizo no hacer caso, y tener en poco lo que en la verdad era un punto fundamental.

Es necesario otro exemplo mas sensible y sabido? Pasemos de la heregia de los Manichéos á la de los Arrianos; y ved en lo que estrivaba en aquellos primeros tiempos el cisma de la Christiandad. Reducíase á solo un punto: conviene á saber, si el Verbo se habia de llamar consubstancial, esto es, de la misma substancia que su Padre, como querian los defensores de la verdad; ó si era solamente semejante en la substancia á su Padre, como defendian los parciales de Arrio. Esta qüestion, como nota San Hilario, dexando á un lado á los Cismáticos, tenia divididos á los Católicos entre sí; pretendiendo los unos que

que era cosa de poca monta, y juzgando los otros que era un artículo esencial. Para qué tanto ardor y tanto ruido, decian los primeros? Una diferencia tan ligera, como que se diga *consubstancial*, ó *semejante en substancia*, por qué ha de alterar la paz de la Iglesia? Es razon que un motivo tan ligero sea causa de una division tan universal; y que por una sílaba, ó por una letra, esté separada de la Comunión de los fieles mas de la mitad del mundo? Así hablaban con zelo indiscreto y ciego; y como no conocian bien este misterio de la Divinidad del Verbo, al despreciar una sola sílaba, sobre que era la qüestion, arruinaban el fundamento de la Religion Christiana. Pero San Atanasio, y los verdaderos fieles con él, mejor instruidos, y con mas conocimiento; querian que todo se sacrificase por sola esta palabra *consubstancial*, estando ellos mismos dispuestos á defenderla derramando su sangre; tan necesaria la juzgaron para la pureza de la Religion Católica. Pues no han hecho lo mismo en mil ocasiones los enemigos de la Iglesia, por eludir sus decisiones que se oponian á sus sentimientos, y á las cuales reusaban sujetarse, quando usando la Iglesia de su autoridad quiso decidir y arreglar los puntos de fe? No hablo de la repugnancia que tiene este proceder con la humildad de la fe, y con la prudencia Evangelica: basta que por este exemplo conozcais bien la obligacion indispensable que tenemos de respetar aun las cosas mas pequeñas, en todas las materias en que se mezcla la Religion, pues es verdad, que nuestra ignorancia nos expone á tan funestos desvarios.

Que para perfeccionar este discurso, no tenga tiempo de aplicar á las costumbres lo que he dicho de la fe y de la Religion! Que no pueda manifestar aqui cierto genero de pecados, que siempre son graves si llegan á ser voluntarios; pero la ignorancia nos los hace poner muchas veces en el numero de los pequeños! cuántos pudiera referir, en los cuales no medimos la gravedad ó levedad por lo que en efecto son, sino por nuestras ideas, y por los deseos de nuestro corazon! Decia Seneca una excelente sentencia, que tenemos por grandes ciertos favores de la fortuna, y

ciertos aumentos del mundo, porque somos pequeños: *Ideo magna estimamus, quia parvi sumus*. Pero en este punto sucede lo contrario; hay mil cosas que nos parecen pequeñas, porque somos muy ciegos. No es esta una reflexión, es una regla que os propongo, y muy necesaria para el gobierno de la vida. Si, Christianos: hay cierto genero de pecados en que nos engañamos si los tenemos por ligeros, porque no lo son jamas en la idea divina. Asi aquel pecado infame y abominable, que San Pablo prohibe que nombremos, es siempre mortal, y digno de eterna condenacion, quando se acompaña con el consentimiento libre. Opinión constante, y tan autorizada entre los Teologos, que no solamente fuera temeridad, sino escandalo el contradecirla. En la impureza (decia el sábio Guillermo Parisiense) ninguna cosa es ligera, ninguna venial. Pero quien de vosotros se ha aplicado á instruirse de esta verdad? Quántos errores se han esparcido por el mundo sobre esta materia? Y por consecuencia necesaria, quántos delitos se cometen cada dia por la falsa é infeliz preocupacion de que no son culpas que merecen la indignacion de Dios? Añado, que hay otros pecados, que ya son graves, ó ya ligeros, pero nosotros no medimos su malicia sino por los diversos intereses que nos gobiernan. Le hemos hecho al proximo la mas atroz injuria? Si se nos da credito, es una nada. Pero nos ha ofendido él? La injuria mas ligera que hemos recibido, es un monstruo á nuestro juicio. El agresor ha reconocido jamas todo el agravio que ha hecho? El ofendido ha querido confesar alguna vez, que ha sido pequeño el que se le ha hecho á él? El uno le aumenta, el otro le disminuye, cada uno segun lo que el amor propio y su pasion le dictan. Aun en el Tribunal de la penitencia, en que juzgamos que tratamos con Dios de buena fe, quántas satiras y murmuraciones, quántas palabras ofensivas se reputan por cosas de poca monta, y no se hace caso de ellas para explicarlas? Es porque en efecto todas son de esta calidad, y porque apenas alguna de ellas nos pueda causar racional remordimiento? Es porque queremos mentir al Espiritu Santo, y disimularlas á pesar de

los

los remordimientos de la conciencia? No Christianos, no es sino porque nuestra ceguedad nos impide el advertirlas, y tener dolor de ellas.

Qué remedio, amados oyentes míos, y qué partido se ha de tomar para librarse de las consecuencias de una ceguedad tan perniciosa? Ah! Señor, Vos me le habeis enseñado; y consiste en no salir de los terminos de una exáctata y entera sumision á vuestra Ley; no tomarme licencia para la cosa mas ligera que pueda serle contraria; no hacer empeño jamas de una engañosa libertad, que tantas veces, porque yo lo ignoraba, me hizo delinquente contra ella. Este es, Dios mio, el medio que habeis dado, y el que debo poner por obra. De otra suerte mi perdicion es inevitable. Porque seria necesario para librarme de las fatales caidas de que estoy amenazado, ó que cesase mi ceguedad, ó que adquiriese con un estudio constante y continuo de mis obligaciones las luces que me faltan. No ser ciego en adelante, ni estar expuesto á los errores de mi entendimiento, no lo puedo esperar: porque siendo pecador, ese es mi triste destino: y como no está en mi mano estar esento de todas las flaquezas de la concupiscencia, tampoco puedo estar en esta vida absolutamente desembarazado de las tinieblas de la ignorancia; que es uno de los castigos de mi pecado. Es verdad que puedo batallar con esta ignorancia con reflexiones continuas sobre el número y calidad de mis obligaciones: pero lo haré siempre? Y aunque lo hiciera, tendré siempre tan claro conocimiento, que pueda acertar; es decir, que pueda clara y distintamente conocer lo que es obligacion rigurosa, y lo que no lo es? Y aunque al fin lo conociera, tendré siempre bastante valor y resolucion para obrar conforme á mi conocimiento? Ah! Señor, mucho mas breve y seguro camino es prohibirme todo pecado de qualquier genero que sea. Fuera de que, asi lograré ser mas agradable á vuestros ojos, será merecimiento vivir mas unido con vuestra voluntad, me será consuelo el pensar que soy del número de vuestros siervos fieles, ó que á lo menos intento servirlos como ellos, que debe moverme mas que quantos premios puedo recibir de Vos:

S 2

fue-

fuera de todo eso, no tendré necesidad, quando se trata de vuestra Ley, de examinarla tan de cerca, ni de buscar tantas explicaciones, ni de solicitar tantos consejos, que muchas veces en lugar de instruirme me lisonjean, y en lugar de sosegar me embarazan. Esta exactitud y regularidad en las cosas pequeñas, me servirá en lugar de todo lo demás. Con esto podré estar seguro de Vos, y de mi: de Vos, porque os habeis empeñado en colmar de vuestros favores un alma que os lo da todo sin reserva; de mi, porque tendré el preservativo mas seguro contra mi fragilidad natural, y contra la inclinacion de mi corazon.

Dichosos vosotros, hermanos míos, si tenéis estos afectos: medita bien aquella máxima de San Bernardo, que será un milagro no dexarse arrastrar á lo prohibido, el que se toma licencia para todo lo que le es permitido. Acordaos de aquel oráculo del Espíritu Santo, que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco, y sin advertirlo cae en las grandes. No os olvidéis jamas de que sois ilacos, y de que no podéis estar prevenidos mejor contra el pecado, que huyendo hasta de su sombra. Ultimamente, ponéos en parage que podais oír de la boca de Jesu-Christo aquellas palabras de tanto consuelo: Ven siervo fiel; porque has sido fiel en lo poco, entra en la posesion de mi Reyno celestial, y goza en él de una felicidad eterna. Quitara el Cielo, Christianos, que todos llegemos á ella como os desco, &c.

SERMON

PARA EL JUEVES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Religión, y el buen proceder.

Omnes, qui habebant infirmos diversis languoribus, adducebant eos ad Jesum. At ille singulis manus imponens curabat eos. Exibant autem dæmonia à multis clamantia, & dicentia: Quia tu es Filius Dei: Et increpans non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum esse Christum.

Todos los que tenían enfermos de diversas dolencias los traían á Jesus, y los curaba poniendo sobre ellos las manos. Los demonios salían de muchos dando voces, y diciendo: Tu eres Hijo de Dios; T Jesus los reprehendia, y no les permitia hablar, porque sabian que era el Mesías. S. Luc. cap. 4. v. 40. y 41.

Este es el testimonio que dan al Salvador del mundo en nuestro Evangelio aquellos espíritus de tinieblas, á los quales hacia sentir su soberano poder echandolos de los cuerpos, y cuyo injusto dominio en la tierra habia venido á destruir. Testimonio cierto; pues sabian, y habian aprendi-

fuera de todo eso, no tendré necesidad, quando se trata de vuestra Ley, de examinarla tan de cerca, ni de buscar tantas explicaciones, ni de solicitar tantos consejos, que muchas veces en lugar de instruirme me lisonjean, y en lugar de sosegar me embarazan. Esta exactitud y regularidad en las cosas pequeñas, me servirá en lugar de todo lo demás. Con esto podré estar seguro de Vos, y de mí: de Vos, porque os habeis empeñado en colmar de vuestros favores un alma que os lo da todo sin reserva; de mí, porque tendré el preservativo mas seguro contra mi fragilidad natural, y contra la inclinacion de mi corazon.

Dichosos vosotros, hermanos míos, si tenéis estos afectos: medita bien aquella máxima de San Bernardo, que será un milagro no dexarse arrastrar á lo prohibido, el que se toma licencia para todo lo que le es permitido. Acordaos de aquel oráculo del Espíritu Santo, que el que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco, y sin advertirlo cae en las grandes. No os olvidéis jamas de que sois ilacos, y de que no podéis estar prevenidos mejor contra el pecado, que huyendo hasta de su sombra. Ultimamente, ponéos en parage que podais oír de la boca de Jesu-Christo aquellas palabras de tanto consuelo: Ven siervo fiel; porque has sido fiel en lo poco, entra en la posesion de mi Reyno celestial, y goza en él de una felicidad eterna. Quitara el Cielo, Christianos, que todos llegemos á ella como os desco, &c.

SERMON

PARA EL JUEVES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Religión, y el buen proceder.

Omnes, qui habebant infirmos diversis languoribus, adducebant eos ad Jesum. At ille singulis manus imponens curabat eos. Exibant autem dæmonia à multis clamantia, & dicentia: Quia tu es Filius Dei: Et increpans non sinebat ea loqui, quia sciebant ipsum esse Christum.

Todos los que tenían enfermos de diversas dolencias los traían á Jesus, y los curaba poniendo sobre ellos las manos. Los demonios salían de muchos dando voces, y diciendo: Tu eres Hijo de Dios; T Jesus los reprehendia, y no les permitia hablar, porque sabian que era el Mesías. S. Luc. cap. 4. v. 40. y 41.

Este es el testimonio que dan al Salvador del mundo en nuestro Evangelio aquellos espíritus de tinieblas, á los quales hacia sentir su soberano poder echandolos de los cuerpos, y cuyo injusto dominio en la tierra habia venido á destruir. Testimonio cierto; pues sabian, y habian aprendi-

dido con experiencias tan sensibles lo que era: *Quia sci-
bunt, ipsum esse Christum*. Testimonio publico, pues le
daban en alta voz: *Clamantia, & dicentia, quia tu es filius
Dei*. Testimonio tanto mas glorioso para el Hijo de Dios,
quanto eran sus mismos enemigos los que reconocian su
omnipotencia, y publicaban su Divinidad: *Exibant autem
demonia*. Pero testimonio que el Hijo de Dios desprecia, y
no quiere admitir; porque despues de todas esas calidades,
era un testimonio dado por fuerza, y no nacia de un ver-
dadero afecto de Religion: *Et increpans non sivebat ea lo-
qui*. Porque si obedecian sus mandatos saliendo de los cuer-
pos que poseian, era porque no podian resistir su palabra;
y al mismo tiempo que por una parte parece que le honra-
ban llamandole Hijo de Dios, le deshonraban por otra y le
renunciaban, oponiendose con todas sus fuerzas al estable-
cimiento de su Ley. En vano, pues, hermanos míos (pa-
ra venir à nosotros) adoramos à nuestro Dios, ò presu-
mimos que le adoramos, si no le adoramos en espíritu y
verdad. En vano le tributamos un culto aparente, si der-
meatimos con nuestras costumbres lo que confesamos con
la boca. En vano somos, ò nos llamamos Christianos, si
solamente lo somos en el nombre, y no somos fieles en
cumplir con lo que debemos; y quando digo lo que deb-
mos, no entiendo solamente ciertas obligaciones de Reli-
gion, sino las obligaciones mas comunes del trato huma-
no, y las mas ordinarias en la vida y en el comercio del
mundo. Ved aqui la materia de este discurso; y tomandola
en general, quiero mostraros la relacion necesaria que
hay entre la Religion y el buen proceder; quiero daros
una idea cabal de una y otra, poniendolos à la vista la de-
pendencia mutua que tienen entre sí. O si ajustarais en
adelante à esta regla vuestra vida! Esto es para lo que im-
ploro el favor del Cielo, y me encamino à Maria Santis-
sima, diciendo: AVE MARIA.

Tener buen proceder segun el mundo, y tener Reli-
gion, son dos cosas que en todos tiempos se han juzgado
como distintas, y en efecto son muy diferentes, ya con-
siderandolas en sus principios, ya haciendo juicio de ellas

por

por sus objetos, ya mirando los fines à que se dirigen. Por-
que el buen proceder segun el mundo, parece que es quan-
do mucho un efecto de la razon, y la Religion es la prin-
cipal obra de la gracia. El buen proceder segun el mundo
se ciñe à algunas obligaciones del trato humano, que le
arregla entre los hombres, y la Religion se emplea en los
ejercicios mas santos del culto de Dios. El buen proceder
segun el mundo, no pone la vista en cosa que no sea mor-
tal y perecedera, y la Religion levanta à la eternidad su
vista, y sus esperanzas. Pero yo me atrevo à decir una pro-
posicion, cuya verdad no comprehendian algunos del to-
do à primera vista; mas espero que los convencerà de ella
la serie de este discurso; pretendo, que la Religion y el
buen proceder, por mas diferentes, y aun por mas contrar-
ios que à veces parezcan entre sí, no obstante tienen un
parentesco tan estrecho, que si se toman en toda la exten-
sion que pueden tener, se puede decir absolutamente que
son inseparables. Por qué? Poneos bien, si gustais, en
estos dos pensamientos; porque es imposible que un hom-
bre sin Religion tenga verdaderamente buen proceder; y
porque no es posible que un hombre que no tiene el fun-
damento de un verdadero y buen proceder, tenga verdade-
ra Religion. Estas dos proposiciones tienen necesidad de
aclararse; pero la explicacion que os voy à dar será su prue-
ba. No hay buen proceder sin Religion, esta es la primera
parte: no hay Religion sin buen proceder, esta es la segun-
da. Pero la Religion con el buen proceder, y el buen pro-
ceder con la Religion, hacen à un hombre virtuoso segun
Dios; y segun el mundo; y esto es lo que ahora voy à
explicar.

I. PARTE.

He dicho, Christianos, y debe reconocerlo el mundo
à su pesar, que sin Religion, que nos sujete à Dios y à
su culto, no hay buen proceder verdadero entre los hom-
bres. Ved aqui las razones en que fundo esta máxima im-
portante. La primera, porque sola la Religion puede ser

re-

regla cierta, principio universal, y fundamento solido de todas las obligaciones en que consiste este caracter de virtud de que hablo. La segunda, porque ningun motivo, sino el de la Religion, pasa por la prueba de cierto genero de tentaciones delicadas, à que està expuesta la verdadera virtud. Ultimamente, porque ninguno que hà sacudido el yugo de la Religion, tiene dificultad en libertarse de las demas leyes que pudieran contenerle en la razon, ni en deshacerse de todo aquello en que le empeña el trato humano, y sin lo qual la verdadera virtud no puede tener subsistencia. Voy à mostraros estos tres pensamieatos.

Digo que sola la Religion es el principio, sobre el qual las obligaciones en que consiste el verdadero buen proceder, pueden estar seguramente establecidas. Esta es doctrina del Doctor Angelico Santo Tomás en la 2. 2. quest. 81. Porque la Religion, dice el Santo, segun la propiedad misma del nombre, no es otra cosa sino un lazo que nos tiene unidos con Dios, y sujetos à su Magestad, como à un Sér primero: pues en Dios, añade el Santo Doctor, estan unidos como en su centro todos los respetos y obligaciones que unen à los hombres entre sí con el comercio de un trato estrecho. Luego es imposible estar atados con Dios por medio del culto de la Religion, sin estar al mismo tiempo unidos con el proximo con todos los lazos de caridad y justicia, en que consiste, aun en la idea del mundo, ser hombre de buenos respetos. Asi, Christianos, quando nos manda Dios que le adoremos y sirvamos à él solo: *Domnum Deum tuum adorabis, & illi soli servies* (a), està tan lejos de que esta restriccion à él solo excluya los demas respetos de la vida civil, que antes los abraza todos: està tan lejos de enflaquecerlos, que antes los da mas firmeza: està tan lejos de hacer perjuicio à la posesion en que estan los hombres de pedirse estos respetos los unos à los otros, que antes los mantiene en toda su fuerza, y los apoya en toda su extension: Porque en virtud de la ley

(a) Matth. 4. v. 10.

ley que he recibido y me he impuesto de servir à un Dios doy à cada uno por consequencia necesaria lo que se le debe; la honra, à quien pertenece la honra; el tributo, à quien debo el tributo; soy fiel à mi Rey, obediente à mis Superiores, atento con los Grandes, modesto con mis iguales, misericordioso con los pobres; tengo zelo del bien de mis amigos, equidad para con mis enemigos, y moderacion conmigo mismo: porque en Dios solo hà-lo quanto me obliga à todo esto; pero de un modo, que solo puede hallarse en Dios, y fuera de él no se halla.

En efecto, considero en Dios todos estos respetos como otras tantas dependencias del culto supremo que le debo, y por consiguiente como otros tantos puntos de conciencia esenciales para mi salvacion. Pues esta vista de la conciencia y de la salvacion es la principal regla que me hace rendir y cautivar; y usar, si es necesario, de severidad y rigor contra mí mismo, para reducirme à la practica de todas estas obligaciones. Esta es la doctrina santa y divina que proponia Tertuliano à los infieles y Paganos, para hacer que comprehendiesen la pureza de nuestra Religion, y borrar las ideas erradas que tenian de ella. Les mostraba, que estava tan lejos de que hubiesen de formar algun rezelo, ò tener alguna sospecha contra ella, que antes debian mirarla como una Religion util para la seguridad y bien comun. Porque esta Religion, les decia, nos enseña à hacer oracion todos los dias à nuestro Dios por la prosperidad de vuestros Cesares, aun quando nos persiguen, y à ofrecer por ellos el sacrificio de nuestros altares, al mismo tiempo que sacrifican la sangre de nuestros hermanos al rigor de sus Edictos. Esta Religion nos enseña à servir en vuestros exercitos con una fidelidad que no tiene exemplo, pues no podeis dexar de conocer, que no tenéis Soldados mejores que los Christianos. Esta Religion nos enseña à pagar exactamente y sin fraude los tributos y los impuestos comunes, tanto que las mesas donde se cobran vuestros tributos (esta es la expresion de Tertuliano) dan gracias de que haya Christianos en el mundo, porque son los primeros que cumplen con esta obligacion.

Tom. III. Quaresma. T por

por principio de conciencia y de piedad: *Hinc est quod vestigalia vestra gratias Christianis agunt, utpote debitum ex fide pendentibus*. Admirables palabras son estas. Y en efecto, si en un estado se trataran todas las cosas segun las leyes de la Christianidad; si los pueblos obedecieran como Christianos, y los gobernáran como Christianos los que los gobiernan; si se administráran en ellos la justicia, se exercitáran el comercio, y se manejáran los empleos y los cargos segun el gobierno puro, y segun la inspiracion del espíritu Christiano, ¿qué concierto y orden no se viera en ellos? Señal evidente, dice San Agustin, no solamente de la verdad, sino de la necesidad de nuestra Religion. En esto, entre las diferentes sectas de la Religion Christiana se ha distinguido siempre el partido Catolico, que es el de la verdad, del partido del error. Porque, pongo por exemplo, ¿de qué han nacido siempre los desordenes de las heregias; y por qué han movido en todos los lugares en que se han levantado, la rebelion de los vasallos contra sus legitimos Señores, dice el Sabio Pico Mirandulano, sino porque es imposible degenerar de la verdadera Religion, sin degenerar de la virtud verdadera? Ni cuál es el primer oficio de la virtud, sino sujetarse á la autoridad?

Se ha de considerar, pues, la Religion en el corazon del hombre, como el primer movil en el universo. Ese Cielo que llamamos primer movil, tiene una virtud tan poderosa, que arrebatada con su movimiento á los otros Cielos, comunica sus influxos hasta el centro de la tierra, y sustenta con su accion y movimiento toda la harmonia del mundo. Si este primer movil se parára, dicen los Filósofos, toda la naturaleza se llenára de confusion. Del mismo modo, si llega á destruirse ó alterarse en un alma el principio de la Religion, no hay que buscar rectitud de costumbres, constante y general por lo menos: reparad bien en estos dos terminos *constante*, y *general*, que lo comprehenden todo. Porque ¿en qué habia de fundarse esta rectitud? ¿Sobre las luces solas de la razon? Ah! Christianos; sois demasiadamente perspicaces, y estais

muuy

muy bien instruidos para creer que sola la razon, en el estado á que se halla reducida, quiero decir, viciada por el pecado, enflaquecida por las pasiones, sujeta á dexarse preocupar y á cegarse, pueda mantener al hombre en una inocencia entera è irreprehensible. Alcanzais mucho para no ver los escándalos que sucedieran, si los respetos del trato humano dependieran unicamente de la idea que cada uno forma de ellos, y la horrosa inversion que se siguiera, si cada uno fuera árbitro de lo que puede, de lo que debe, de lo que le pertenece, y de lo que le es permitido, segun su parecer y su capricho; de suerte que su razon fuese para él un tribunal supremo, del que no pudiese haber apelacion. No quiero que juzguen esto otros, sino vosotros mismos. Esta razon sin Religion, ¿qué injusticias autorizára? ¿Qué trayciones y engaños no hallára modo de justificar? ¿A cuántos delitos diera nombre de virtud?

Por esto, dice San Juan Chrysostomo (es muy digno de repararse) en los negocios mas importantes del mundo, en los tratados de confederacion y de paz, en los primeros cargos de Estado, y administracion de la justicia ordinaria, se piden juramentos, que son públicas y solemnes protestaciones de Religion: porque sin el sello de la Religion no se cree que se puede tener seguridad de la razon de los hombres; y los mismos hombres, que conocen bien por donde flaquea su razon, están siempre desconfiados los unos de los otros, si no tienen un superior resguardo y un fiador, que es la Religion. Porque el juramento ¿qué es en efecto, y segun la doctrina de los Teologos, sino una especie de fianza que para que los demas se aseguren de nuestra razon nos da la Religion misma? Pues esto se ha practicado generalmente en todas las Naciones, y en todos los siglos. Otra prueba (dice San Juan Chrysostomo) para confundir á los que viven sin Religion, y destruir esta imaginada suficiencia de la razon, de que la impiedad se gloria. ¿Hay entre vosotros alguno, que quisiese que su vida y su fortuna estuviesen en manos de un hombre sin Religion? Por perspicaz que sea, por mas entendido que parezca, si sé que no tiene Dios, ¿no tuviere

ra por desgracia que fuese dueño de mis intereses? No evitara siempre quanto pudiera el tener algun trato con él? Al contrario, si estoy persuadido que la persona con quien trato tiene fe y conciencia, nada temo; un Ateísta se fiará mas de un hombre que cree en Dios, que de otro impío y sin Religion como él. Adorable providencia, así os mostrais aun en la impiedad, y así concebimos, aunque no queramos, horror à la irreligion, que no solamente se contradice y se condena, sino que se aborrece à sí misma.

Me diréis, que aun sin Religion hay un cierto amor à la justicia, que la naturaleza nos ha infundido, y basta para formar por lo menos un hombre virtuoso segun el mundo. Sé que esto se dice, y que es el pretexto mas especioso de que se sirve la disolucion mas refinada para conservar alguna estimacion y buena opinion entre los hombres: pero este pretexto jamas ha engañado sino à los muy sencillos, y es facil caer en lo que está su ilusion. Porque sin exáminar, ¿qué amor de la justicia fuera este, dexado à la discrecion de la buena ò mala fe de qualquier particular? Yo os pregunto, Christianos, ¿dónde se halláran en el mundo hombres que se preciasen de un gran zelo de la justicia, si estuvieran persuadidos à que no hay Dios, ni Religion? ¿Huviera muchos? ¿A un ambicioso, à un sensual, à un avariento les hiciera gran fuerza esta idea de justicia separada del conocimiento de Dios? ¿Esos que llaman hombres de buen proceder segun el mundo, cómo usáran de ella? Porque en fin, si no hubiera Religion, ni tuviera yo à los ojos este Sér primero que me rige y me gobierna, me mirárá à mí mismo como à mi fin, y con un desorden de la razon, que no obstante entonces se convirtiera en racional, todo lo encaminárá ácia mí: mi interés, mi deleyte, mi gusto, y mi gloria fueran mis divinidades, y juzgárá tener derecho para sacrificarlas todas las cosas: porque no viera nada sobre mí, ni fuera de mí, ni mayor que yo. ¿No viven así los Ateístas que no tienen fe de la Divinidad, substituyéndose à sí mismos de algun modo en lugar de Dios, y no obrando sino por sí, porque no reconocen otro Dios? Decidme pues, ¿con-

esto puede haber alguna virtud? Qué medio hay de que un hombre preocupado de esta máxima tuviese caridad con el próximo? Qué medio para que tuviera por virtud el obedecer y el depender, y no por violencia, y poquedad de animo?

Y aqui debo advertiros, no la impiedad, sino la extravagancia de esta infeliz politica, de la qual se ha jactado ser Autor un mentido sabio de estos ultimos siglos. Política que no admite Religion, sino en quanto conduce para hacer bien su papel en el mundo, ni tiene mas que su apariencia y su figura para conservar aquellos puntos que dicen bien con su estado. Porque no intentando refutar ahora una máxima tan detestable, y sin detenerme en el pensamiento de Guillermo Parisiense, que una Religion hipócrita y fingida es en algun sentido peor que la misma irreligion; sin decir, que es mas pernicioso que lo fuera un Ateísmo declarado, porque habiendo menos desconfianza de ella, puede servir para ocultar todos los delitos; sin haceros observar que los pueblos en que se ha esparcido esta doctrina, es donde las pérdidas mas atroces han sido mas comunes, y quiera Dios no nos suceda lo mismo antes de mucho tiempo à nosotros: sin hablar de los desordenes que resultarian, si los pueblos no tuvieran Religion sino en quanto lo piden sus intereses; desordenes, que muestran bien à lo que llega el desvario de los hombres, quando una vez se apartan de Dios: y quàn cierto es lo que dice San Pablo, que los abandona Dios à un sentido réprobo: sin insistir, digo, en nada de eso, me basta que esta detestable politica, quando arguye contra Dios, se destruye à sí misma, y se destruye con su argumento mismo. Porque con ser tan impia, reconoce à lo menos la necesidad de una Religion aparente para contener à los hombres en lo justo; y por lo mismo confiesa, que la razon sola no basta para mantener en el mundo esta virtud que le debe arreglar: de donde infero la necesidad de una verdadera Religion; porque la verdadera virtud no puede estar fundada sobre la mentira: luego es necesaria una Religion; y si ellos mismos están obligados à confesarlo,

deben consiguientemente admitir una Religion verdadera, sino quieren hacer de todo el mundo lo que daba en cara Jesu-Christo á los Judios que querian hacer del templo, quiero decir, una cueva de ladrones.

Vamos adelante. He dicho que solo el motivo de la Religion está á prueba de ciertas tentaciones delicadas, á cuyos combates están continuamente expuestas la obligacion, y el buen proceder. Llamo tentaciones delicadas, las que hacen su tiro al corazon por la parte mas delicada de él; las que con un interes muy crecido hacen guerra á la integridad de una conciencia poco firme, y hacen que la razon entre en disputa con una passion violenta. Tentacion delicada, pongo por exemplo, es quando para conseguir la aprobacion y estimacion del mundo, es menester abrazar el partido de la injusticia; y si no, se adquiere el odio y el desprecio estando firmes por el partido de la verdad. Tentacion delicada es, quando para obrar como hombre de virtud es necesario resistir á la autoridad y al credito, y aun aventurar su fortuna y todas sus esperanzas. Tentacion delicada es, hallarse en las manos con un interes considerable, pero injusto; y poder hacer que un negocio salga bien para la propia conveniencia, dandole un color aparente, ó tomando ciertas medidas. Tentacion delicada es, quando se puede servir á un amigo á costa de un miserable, ó de uno á quien no se conoce; ó quando para destruir á un enemigo no es menester mas que oírse algo mas á sí mismo, y seguir los impulsos de su corazon. Tentacion delicada es, quando con dar un paso fuera de la raya de cierta razon severa y escrupulosa que nos tiene, nos ponemos en parage de serlo todo, y de salir con todo. En una palabra, tentacion delicada es, quando está en la mano el poder hacer mal, sin temer sus consecuencias, ó por hallarse sobre los juicios y censuras del mundo, ó por prometerse, siendo el contagio tan general, que ha de haber aprobadores y lisongeros de sus delitos. No vemos, que en estas y otras muchas circunstancias, la razon mas recta suele ceder á la tentacion, si la Religion no la sostiene? Porque es facil, dice San Ambrosio,

sio, hallar en el mundo hombres escrupulosos en sus obligaciones, quando no hay interes contrario que las haga guerra: entonces se habla sin miedo, se pronuncian oráculos, se saca la cara por la virtud y por la piedad; y concibo bien, que esta virtud puede ser fruto de la razon humana; pero ver hombres de una virtud que se tenga firme contra todo interes sin excepcion: hombres de virtud, quando el serlo ha de ser á toda costa: hombres justos contra sí mismos, y tan resueltos á hacer justicia de sí mismos á los otros, como no hacersela de los otros á sí mismos. Ay! Christianos, esta es una especie de milagro, en que la Religion ha de venir al socorro de la razon, y sin este milagro no hay virtud.

De ahí nace, que en el siglo en que vivimos, (perdonadme esta reflexion, que no la hago con espíritu de critica, sino movido de zelo) de ahí nace, que en nuestro siglo se snelte la rienda á tantos desordenes de que se hubieran avergonzado los Paganos. Casi todos los estados están infamados el día de hoy, y no causa novedad ver Jueces gobernados por aquel hombre, ó ganados por aquella muger. Un hombre irreprehensible en el manejo de las rentas públicas, y que sale con las manos enteramente limpias de ciertos empleos; al presente le miramos como prodigio. ¿Lo diré? Una muger fiel viene á ser muy rara en el mundo; en los estados mas respetables hay tantas tramas y conversaciones ocultas, tantos artificios y ródos, á los quales no me atreviera yo por respeto de este auditorio, á darles el nombre que les conviene; pero la voz, ó si quereis, la indignacion pública las trata cada día de infamias. El Sacerdocio, con ser espiritual y santo, se profana frecuentemente con tratos y negocios, no solamente culpables y prohibidos, pero aun indignos en la opinion comun; y en fin el caracter de la honra casi universalmente está borrado. ¿Por qué? Ya os lo he dicho: porque en la mayor parte de los estados y condiciones de la vida, es poca la Religion que hay. Porque ¿cómo quereis que esa muger, ese Juez, ese hombre de negocios en aquellas ocurrencias en que puedo imaginarlos, no se dexen arre-

batar de la pasión que les domina, si cada uno tiene alguna cosa que le aparta de este medio tan justo y tan fixo de la razón? Pues la Religión, mirando à Dios, no solamente nos estorva los atentados contra la hacienda agena, sino que nos hace abandonar la propia; no solamente triunfa de la ambición, sino que nos inclina à la humillación y al abatimiento; no solamente reprime los deseos licenciosos de la carne, sino que nos despega de las conveniencias y gustos de la vida; es decir, que haciendo que el hombre execute mas de lo que la razón le manda, le hace triunfar de todo lo que la tentación le puede sugerir.

Así lo que vimos en la persona de Jesu-Christo. Mostrándole el demonio todos los reynos de la tierra, le prometió hacerle dueño de todos si consentia en adorarle, postrándose una vez sola en su presencia. Esta era una tentación muy fuerte; pero qué hizo el Salvador? Valióse de la Religión contra un combate tan peligroso, y sin mas defensa que esta: *Scriptum est, Dominum Deum tuum adorabis*, (a) escrito está: adorarás al Señor Dios tuyo; confundió à su enemigo. No le dixo todo lo que la Filosofía y el mundo hubieran podido responder à la proposición que le hacia este espíritu tentador; porque la doctrina moral, ni la Filosofía de qué sirven, quando se trata de un reyno, y aun de muchos? Pero como el Hijo de Dios no era de este mundo, le hizo callar con estas palabras: *Dominum Deum tuum adorabis*; y con eso triunfó de él, *tunc reliquit eum diabolus*. Tengamos Religión, Christianos, y no habrá interes ni tentación que no podamos facilmente vencer; pero si no la tuviéremos, no habrá tentación ni interes que no nos venza. Y si esta máxima se verifica absoluta y generalmente en todo hombre que no tiene Religión, mucho mas en un desierto de la fe, que habiéndola tenido en otro tiempo, ya no la tiene, antes ha sacudido su yugo, y dice en su rebeldía, como la infiel Jerusalem: *Non servivim*. Porque de un hombre que se ha des-

(a) Math. 4. v. 10.

pojado del temor de Dios, qué no se puede temer, y qué no cabe en él, pues ha cabido el alzarse contra el Todo poderoso? Si el respeto debido à este Ser primero no ha podido refrenarle, qué le detendrá? A quién no despreciará, despues de haber despreciado al que todos los demas reverencian? Y qué conciencia no se formará, despues de haberse formado una para sacudir la mas inviolable obligación, que es el culto debido à su Criador?

De ahí se sigue, (y es la tercera razón que propuse) que no hay leyes tan sagradas que no se pisén, ni respetos tan necesarios que no se renuncien. No hay respetos de dependencia; porque un hombre sin Religión se levantará, si la ocasión lo permite, contra las Potestades mas legítimas. Ni respetos de justicia; porque no respetará, ni à la inocencia, ni al derecho justo; y si es necesario, sacrificará al desvalido y al pobre. Ni respetos de fidelidad; porque irá sin detenerse à negar la palabra que ha dado, y perjurarase en presencia del Magistrado, y delante de los altares mismos. Ni respetos de sangre y naturaleza; venderá, si lo ha menester, amigos, parientes, hermanos, y à su mismo padre. Excelente doctrina para vosotros, Reyes de la tierra, que os enseña que estos hombres sin Religión son la cosa mas perniciosa que en la Corte de un Principe puede haber. Excelente doctrina, Señores del mundo, que os enseña à no sufrir cerca de vosotros criados sin Religión. Excelente doctrina para vosotros, amados oyentes míos, y para todos nosotros, que nos enseña à no tener jamas trato con gentes sospechosas en punto de creencia, y no fiar mas de ellos que de su fe. Si el licencioso en esta materia se atreve à ponerse delante, si tiene osadía de hacer en nuestra presencia discursos escandalosos, no le tengamos atención en nada: seamos tan animosos en resistirle, en negarle el credito, y en defender al Dios que adoramos, como él es atrevido é insolente en hacerle guerra. Honremos nuestra Religión en todo y por todo; en sus misterios, en sus sacrificios, en sus Sacramentos, en sus ceremonias, y en sus observancias. Mientras duráre en nosotros, estará con nosotros Dios;

y si el pecado nos le hiciere perder, nos quedará siempre camiao para volverle à hallar. La Religion aun en medio del pecado nos hablará, nos hará volver en nosotros, nos mostrará el camino, y hará que nos restituamos à él; pero si dexamos que esta luz se nos apague, qué recurso tendremos? Qué caidas no daremos camiaoando en las tinieblas mas profundas? En qué abismos no nos precipitaremos? A qué estrago de costumbres, y à qué excesos no llegaremos con una vana apariencia de virtud? No hay buen proceder sin Religion; pero tampoco hay Religion sin buen proceder: esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Hay una especie de hipocresia, cuyo efecto es engañar à los demas, y hay otra mucho mas sutil y delicada, que consiste en engañarse en materia de Religion à si mismo; y aunque parece que la primera tiene mas malignidad, pues abusa de lo mas sagrado, que es el culto de Dios, por parecer à los ojos de los hombres lo que no somos; no obstante, es preciso reconocer que la segunda es mas peligrosa, porque destruye el principio fundamental de toda la vida del hombre, que es el conocimiento exácto de las cosas, dandonos una idea falsa de la Religion, que muchas veces es mas dificultoso de enmendar que la misma falta de Religion. Contra esta segunda especie de hipocresia hablo ahora, y la reduzco à cierto numero de Christianos, cuyo caracter os muestra la sola proposicion que hago. Estos, sin intencion de engañar al público, viven engañados, preciandose de que tienen Religion, sin tener aquel fundamento de virtud, de integridad y sinceridad, que el mismo mundo pide à los que quieren vivir segun las leyes, y con honra: porque son muchos los que viven en esta ilusion, y con estos hablo. Mi intento es, que una Religion sin buen proceder (digo sin buen proceder, aun en el sentido que los mismos que desprecian la Religion, y los Paganos lo entienden; es decir, sin un proceder sin tacha à los ojos de los hombres,

y

y sin una exácta puntualidad en cumplir con todas las obligaciones de la vida civil) es solamente un fantasma, y un escándalo de Religion, porque no sirve sino para deshonestar la Religion verdadera. Dos verdades son estas terribles para tantos falsos Christianos: declaro una y otra en pocas palabras.

No es mas que un fantasma de Religion, una Religion sin buen proceder: así lo declara la Escritura en un punto particular; pero su decision justa y sólida, aunque à primera vista parece que excede, puede estenderse à todos los demas: *Si quis putat se religiosum esse, non refrænans linguam suam, sed reducens eor. suum, hujus vana est Religio* (a). Estas palabras son de Santiago en su Epistola Canónica. Hermanos míos (decia este grande Apostol) si alguno de vosotros juzga que tiene Religion, y no obstante no reprime su lengua, antes la da una entera libertad de hablar, sepa que su Religion es vana. No, dice: Si alguno de vosotros se toma en algunas ocasiones licencia de hablar contra el proximo; porque esto puede suceder alguna vez por flaqueza, por imprudencia, y por algun impetu, aun quando no falta la Religion: lo que dice el Apostol es: Si alguno de vosotros, no poniendo jamas freno à su lengua se acostumbra à satirizar al uno, à despreciar al otro, à censurar à este, y desacreditar à aquel, y cree que puede concordar esta licencia desenfadada con la verdadera Religion, es un ciego que anda descaminado; y aunque no se tenga por menos espiritual, ni menos perfecto; aunque mire sus mismas murmuraciones como un efecto de Religion y piedad, como si fuera un zelo Christiano el que le moviera, yo aseguro que su Religion es solamente imaginaria: *Hujus vana est Religio*. Qué consecuencia es esta, dice aquí San Juan Chrisostomo? No bastaba decir, que este hombre no refrenando su lengua ofende à la Religion, y falta à la caridad; que enreda su conciencia, y se hace reo en los ojos de Dios? No, sino

V 2

que

(a) Jacob. 1. v. 26.

que tomando esta materia desde su origen, afirma absolutamente el Apostol que es un hombre sin Religion: *Hujus vana est Religio.*

Comprehended, Christianos, toda la fuerza de este discurso: si es de fe, que un error como ese, un error práctico en orden á los impetus y libertades de una lengua maliciante que no se refrena, basta para destruir en nosotros el espíritu de la Religion; qué será de aquellos delitos substanciales que destruyen totalmente la virtud en el trato de los hombres, y no obstante pretenden algunos componerlos con la Religion? Qué será de aquellas dobleces acompañadas de mil protestas de amistad y buena fe? Qué de aquellas avaricias torpes, y cubiertas con velo de desinterés? Qué de aquellos odios profundos y envejecidos, tan contrarios á la caridad y á la paz, pero disfrazados con un color falso de justicia? Qué de los excesos, de los impetus y asperezas contra el proximo, que se justifican con una intencion que se quiere hacer pasar por recta? Qué de las fraudes, trampas y vexaciones que arruinan, no solamente las familias, sino los lugares, y las provincias enteras? Qué será de otros mil desordenes demasiadamente sabidos, que rompen todos los vinculos del trato humano? Es compatible todo esto con una Religion totalmente santa, perfecta y divina? Fuera compatible con el Paganismo? Pues qué; un Pagano hubiera creído que con eso renunciaba la Religion que profesaba, y con semejantes acciones hubiera sido tratado como descomulgado entre los Paganos; y nos preciáremos nosotros de Christianos con un desenfrenamiento tan monstruoso de costumbres?

Subamos hasta el principio. Me preguntais por qué tiene la Religion una dependencia tan necesaria del buen proceder; y respondo, que por un orden establecido por Dios, y que de algun modo el mismo Dios no puede mudarle. Porque como la gracia supone la naturaleza, y la fe está ingerta, por decirlo así, en la razon, así la Religion tiene por vasa el buen proceder. Destruíd la naturaleza, no hay gracia; pervertid la razon, no hay fe; quitad del tra-

to de los hombres lo que llamamos buen proceder, y no habrá Religion. En efecto, dice San Geronimo, la Religion quiere un sugeto digno de sí, y digno de Dios. Nos perfecciona, quando nos eleva á Dios; pero supone en nosotros, ó por mejor decir, da en nosotros principio á una cierta perfeccion, que nos hace ser lo que debemos respecto de los hombres; y si no tenemos estas calidades y disposiciones, no le es acepto á Dios nuestro culto, ni se da por honrado con él: porque lo que ni aun en los ojos de los hombres es bueno, cómo lo será en los de Dios, cuyo juicio es mucho mas elevado que el de los hombres? Ser justo, desinteresado, fiel, irreprehensible en la opinion del mundo, ó por lo menos, querer y aplicarse á serlo, son unas virtudes, que para sostenerse y santificarse, es preciso que el que las tiene tenga Religion y Christianidad. Pero qué hacemos nosotros? Invertimos este orden, y con la ilusion mas lamentable nos hacemos unas grandes ideas de Religion y de Christianidad, que no tienen fundamento: porque al mismo tiempo no hacemos caso de las principales obligaciones de la fidelidad, y de la justicia: esto es, edificamos sin cimiento, ó por decirlo con San Pablo, edificamos sobre un cimiento de paja. Quéremos hacer un edificio de piedras preciosas, pero apatecemos en los ojos de Dios como aquella estatua de Nabucodonosor, de que habla el Profeta Daniel. Tenia la cabeza de oro, y los pies de barro. Esta cabeza de oro representa la Religion, y los pies de barro nuestras acciones. Pues qué viene á ser esto sino un fantasma y una quimera? Porque una quimera, segun la significacion de este término, quiere decir un compuesto de diversas especies que no tienen proporcion entre sí; cara de hombre con cuerpo de bruto. Así lo fingian las fabulas: pero esto que en la naturaleza es imposible, no lo vemos y lloramos en el proceder de la mayor parte de los Christianos? Quántos pueden decir como San Bernardo, pero con muy diferente motivo, yo soy la quimera de mi siglo, ó por mejor decir la quimera de la Christianidad? Yo honro á Dios, pero ofendo á los hombres. Yo tengo afectos de pi-

piedad, pero muchas veces hablo y obro con menos recatitud y razon que los mas impios. Tengo zelo en ciertas obras de supererogacion, pero no le tengo en las necesarias y obligatorias. Soy eloquente en punto de la disciplina de la Iglesia, y severidad del Evangelio, y toda la vida se me va en formar bandos, en urdir tramas, en esparcir calumnias, en despedazar al uno, y destruir al otro: quimera de Religion. La Religion verdadera debe empezar por las obligaciones generales de equidad, de caridad, de reconocimiento, de sumision y obediencia; porque este es el modo, dice el Apostol Santiago, de librarse del contagio y malignidad del siglo, y esto es en lo que consiste la Religion pura, y sin tacha: *Religio pura, & immaculata hæc est, immaculatam se custodire ab hoc sæculo* (a).

Si no hay esta virtud sincera y reconocida, la Religion no solamente es fantasma, sino escándalo de la Religion. Llamo escándalo de la Religion lo que la pone à riesgo del desprecio y de la censura: lo que la quita el aprecio y autoridad que debe tener en las almas: lo que dà à la disolucion una especie de superioridad sobre ella. Pues no hace esto el proceder de un Christiano sin virtud? Si la Christianidad puede hacerse despreciable, por dõnde llegará à serlo mas naturalmente que por aqui? Bien sé, que no nos faltan respuestas para hacer callar al mundo. Bien sé, que se debe hacer distincion entre la Religion, y los que la profesan; y que no se debe confundir su santidad, ni la pierde jamas con nuestros desordenes; pues ella es la primera que los condena, y nos da en cara con ellos. Pero el mundo tiene bastante equidad para hacer esta diferencia? Al contrario, no busca contra ella pretextos? Por poco apoyo que halle en ellos su impiedad, no tiene complacencia en encarecerlos y exágerarlos? Luego quando se ven Christianos infieles en sus palabras, interesados en sus intenciones, inflexibles en sus iras, desapiadados en sus venganzas, sin moderacion en sus excessos, sin empa-

cho

(a) Jacob. 1. v. 27.

cho en sus desordenes, disimulados, artificiosos, astutos y fraudulentos, qué puede pensar de ellos el que vive sin Religion, y qué es en efecto lo que piensa? No saca de ello consecuencias à su favor? No se le conierte en triunfo? Id en esa ocasion à hablarle de la excelencia de la ley de Dios: qué no tendrá, y qué no juzgará que puede decir contra ella? La tendrá por hipocresia, ó cosa de juego; ó como una especulacion impracticable. Como hipocresia y cosa de juego; pues con lecciones tan excelentes, y máximas tan realizadas, no hace mejores à los que la abrazan: de especulacion impracticable, pues aun haciendo profesion de seguirla, ni se observan sus reglas, ni se cumplen sus obligaciones. Discurrirá mal, yo lo confieso; pero en fin así discurrirá: y ved la impresion que harán en él los exemplos que tendrá delante de sus ojos. Porque insistirá en estos exemplos, estribará en ellos, y formará por ellos su juicio. Qué no se dice sobre la devocion cada dia? Bien lo sabeis: que el ser devotos por razon de estado, solamente sirve para ser muchas veces mas disimulados, mas vengativos, mas enfadosos para los demas, y mas amantes de si mismos. Así lo dicen, porque à la verdad se ven algunos devotos aparentes, pero engañadores, llenos de odio, y envenenados unos contra otros; unos devotos desabridos, indigestos, caprichudos, sensuales y delicados. Pues lo que en particular se dice de la devocion, se dirá de la Religion generalmente.

Y así, hermanos mios, si tenemos algun zelo por nuestra Religion, vivamos de modo que no solamente la honremos con nuestra vida, sino tambien hagamos que la amen sus mayores enemigos: ya os he enseñado el medio. Vean en nosotros un buen proceder, porque esto los edificará. Nuestras devociones, nuestros fervores, nuestras penitencias, todo es santo; pero apenas les hará fuerza: no alcanza à tanto su vista: lo que aguardan es, que los atraigamos con alguna cosa proporcionada à sus ideas, y à la imperfeccion de su estado. Seamos bienhechores, mansos, afables, adelantados en los obsequios, humildes en los pensamientos; enteros en los pareceres, modestos

en

en la fortuna, sufridos en la adversidad, sin rodéos, sin artificios, sin ostentacion y sin altivez: con esto ayudados de la gracia los ganaremos, los convertiremos, haremos que sean justos, y lo seremos nosotros con ellos. Este es, Señor, el testimonio que nos pedis. Los Martires, por la misma Religión que nosotros profesamos derramaron su sangre, y dieron su vida. Nosotros debemos tener la misma disposicion para haceros sacrificio de todo; pero no tenemos ya las mismas ocasiones. Ah! mi Dios; qué confusion es para un Christiano, no hacer por lo menos en parte con la pureza de sus costumbres lo que tantos otros hicieron con su invencible constancia en medio de los mas rigurosos tormentos! No será en vano, Señor, lo que hiciéremos por glorificaros, pues habeis prometido à todos los que os honran una gloria inmortal, adonde os conduzca la gracia, &c.

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Gracia.

Respondit Jesus, & dixit ei, si scires, donum
Dei.

*Jesu-Christo la respondió: si conocieras el dón de
Dios. S. Juan, cap. 4. v. 10.*

SEÑOR.

Este dón de Dios que no conocia aun la Samaritana, este dón de Dios de que habla el Evangelio, y la mostró el Salvador del mundo, es, segun todos los Padres de la Iglesia, y segun todos los Interpretes de la Escritura, la misma gracia de Jesu-Christo. Esta gracia, sin que no podemos nada, y con la que lo podemos todo; esta gracia, por la qual, dice el Apostol, somos todo lo que somos, si somos algo en los ojos de Dios; esta gracia que nos alumbrá, nos atrae, nos persuade, y nos convierte; esta gracia que nos inclina à lo bueno, y nos desvia del pecado; esta gracia que nos pone en estado de ganar el Cielo, y de llegar à gozarle: esta gracia que obra en nosotros y con nosotros todo quanto hacemos por Dios, y lo que toca à la salvacion, nos dá por su eficacia, no solamente el poder, sino la voluntad y la accion: esta gracia, amados oyentes míos, es el excelente dón, cuyo conocimiento no es de tanta importancia. Dón perfecto, que nos vie-

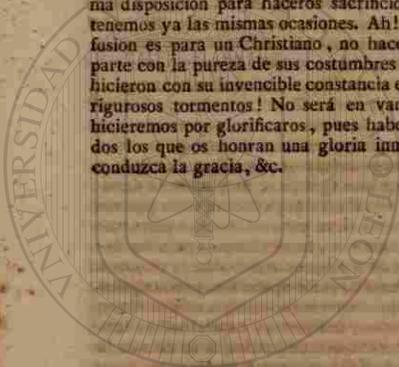
Tom. III. Quaresma.

X

ne

SER-

en la fortuna, sufridos en la adversidad, sin rodéos, sin artificios, sin ostentacion y sin altivez: con esto ayudados de la gracia los ganaremos, los convertiremos, haremos que sean justos, y lo seremos nosotros con ellos. Este es, Señor, el testimonio que nos pedis. Los Martires, por la misma Religión que nosotros profesamos derramaron su sangre, y dieron su vida. Nosotros debemos tener la misma disposicion para haceros sacrificio de todo; pero no tenemos ya las mismas ocasiones. Ah! mi Dios; qué confusion es para un Christiano, no hacer por lo menos en parte con la pureza de sus costumbres lo que tantos otros hicieron con su invencible constancia en medio de los mas rigurosos tormentos! No será en vano, Señor, lo que hicieremos por glorificaros, pues habeis prometido à todos los que os honran una gloria inmortal, adonde os conduzca la gracia, &c.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SER-

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA TERCERA
Semana.

Sobre la Gracia.

Respondit Jesus, & dixit ei, si scires donum
Dei.

*Jesu-Christo la respondió: si conocieras el dón de
Dios. S. Juan, cap. 4. v. 10.*

SEÑOR.

Este dón de Dios que no conocia aun la Samaritana, este dón de Dios de que habla el Evangelio, y la mostró el Salvador del mundo, es, segun todos los Padres de la Iglesia, y segun todos los Interpretes de la Escritura, la misma gracia de Jesu-Christo. Esta gracia, sin que no podemos nada, y con la que lo podemos todo; esta gracia, por la qual, dice el Apostol, somos todo lo que somos, si somos algo en los ojos de Dios; esta gracia que nos alumbra, nos atrae, nos persuade, y nos convierte; esta gracia que nos inclina à lo bueno, y nos desvia del pecado; esta gracia que nos pone en estado de ganar el Cielo, y de llegar à gozarle: esta gracia que obra en nosotros y con nosotros todo quanto hacemos por Dios, y lo que toca à la salvacion, nos dá por su eficacia, no solamente el poder, sino la voluntad y la accion: esta gracia, amados oyentes míos, es el excelente dón, cuyo conocimiento no es de tanta importancia. Dón perfecto, que nos vie-

Tom. III. Quaresma.

X

ne

ne de lo alto, y descendiendo del Padre de las lumbres. Dón sobre todos los dones de la naturaleza, y en cuya comparación miraba San Pablo como estiercol todos los dones de la fortuna. Dón de dones, que solo Jesu-Christo nos le pudo merecer, y nosotros le recibimos de la infinita misericordia de Dios.

Con todo eso, por una grosera-ignorancia no lo conocemos, y con una ingratitud mas detestable aun no ponemos cuidado en conocerle. Y esa es la causa de que tantas veces le recibimos en vano, y en lugar de servirnos de él para glorificar á Dios, y conseguir la santidad, abusamos de él hasta llegar á pervertirnos y menospreciar á Dios. Esto es por lo que Jesu-Christo nos dice como á la Samaritana: *Si scires donum Dei*. Si conocieras el don de Dios. Procuremos, pues Christianos, formar una idea justa de él: entremos en este tesoro inmenso de las misericordias divinas: midamos, si es posible, su altura y su profundidad; y pues Maria recibió la plenitud de la gracia, para hablar de ella imploremos el socorro del Espiritu Santo por la intercesion de esta Madre de la gracia, dirigiéndola las palabras del Angel: AVE MARIA.

Las dos propiedades que la Escritura atribuye á la sabiduría, su disponerle todo con suavidad, y executarle todo, con fortaleza. Solamente á la sabiduría de Dios, dice San Agustín, pueden convenir á un tiempo estas dos propiedades en el grado de perfeccion que estas palabras nos significan: *Attingit à fine usque ad finem fortiter, & disponit omnia suaviter*. (a) A la verdad, siendo tan limitada la sabiduría de los hombres, está sujeta á dos defectos contrarios. Si es suave en su gobierno, es de temer que sea remisa en su execucion. Si es en la execucion eficaz y firme, hay peligro de que sea violenta en su proceder. Su floxedad, quando predomina, se convierte en remision, y su eficacia degenera en severidad: sola la sabiduría de Dios puede unir perfectamente estas dos vir-

(a) Esp. S. v. r.

tudes al parecer tan contrarias; porque ella sola tiene la calidad, no solamente de no separar jamas la suavidad de la eficacia, sino de hallar la eficacia en su misma suavidad, y hacer con un secreto que ella sola sabe, que consista en su suavidad su eficacia. Pues lo que nos dice la Escritura de la Sabiduría de Dios, puedo yo decir igualmente de la gracia, pues la gracia de que hablo obra en nosotros como instrumento de la soberana sabiduría, que es en Dios la causa principal de nuestra salvacion.

Esta es la idea mas cabal que puedo daros de la gracia de Jesu-Christo: ved ahí sus dos propiedades, suavidad y eficacia. Suavidad de la gracia en aquel atractivo con que dispone que el pecador se convierta. Eficacia de la gracia en los asombrosos triunfos que consigue del pecador quando se convierte. Sin mas prueba, me basta proponeros para exemplo de uno y otro á la muger del Evangelio. Porque desde luego vereis en él, qual fue la amable disposicion de la gracia para ganar el corazon de esta pecadora: luego por la admirable mudanza que hizo en su corazon, hareis juicio del poder admirable de la gracia: *Attingens à fine usque ad finem fortiter, & disponens omnia suaviter*. La gracia de Jesu-Christo valiendose de todos los atractivos de su suavidad para convertir la Samaritana, será la primera parte. La gracia de Jesu-Christo convirtiéndola con su eficacia y levantándola instantáneamente del abismo del pecado en que estaba sumergida, á la cumbre de la santidad, será la segunda parte. La una y la otra encierran todo mi designio, y han de ser la division de este discurso.

L PARTE.

No debe causar novedad, que la primera propiedad de la gracia, que es el principio de nuestra conversion, sea la suavidad; pues procede inmediatamente del corazon divino, y es el termino del amor mas puro que nos tiene. Pero nos importa saber bien en lo que consiste esta suavidad de la gracia, quales son los tiros mas penetrantes que

hace à nuestras almas, y como quiere Dios que la correspondamos. Y esto es lo que claramente quiso darnos à entender el Espíritu Santo en la conversion de esta muger Samaritana, cuyo exemplo nos propone. Porque qué hace la gracia para triunfar de lleno, y sujetarle à Dios un corazón rebelde? San Agustín, y los Teólogos con él, la llaman gracia victoriosa, y lo es en efecto: pero con un modo de obrar muy diferente del ordinario que tienen los vencedores. Para triunfar de nosotros, parece que de algun modo se nos rinde. No os ofendais de este termino, que en nada deroga, como lo vereis, ni à la dignidad, ni aun à la fuerza de la gracia, y solamente significa su suavidad en mi modo de entender. Parece, digo, que se sujeta à nosotros. Cómo? Vedlo aqui: Porque nos aguarda, hasta sufrírnos años enteros: toma los tiempos oportunos; y con una condescendencia sobre todo nuestro reconocimiento, se acomoda à las ocasiones para ganarnos. Por mas ínteres que tengamos en solicitarla, siempre es la primera en prevenírnos. En lugar de arrancarnos con violencia lo que quiere conseguir de nosotros, nos lo pide; y en lugar de pedir con imperio, lo hace solicitando, y convidando. No, no pide, dice San Próspero, sino por tener ocasion de darnos, y nos pide poco por darnos mucho. Se acomoda con nuestras inclinaciones, con nuestros talentos, con las calidades de nuestras almas, y muchas veces (del modo que explicaré) con nuestras imperfecciones y flaquezas. No nos empeña en cosa dificultosa, en que no nos haga hallar atractivo, ni de que, à pesar de nuestras repugnancias, no excite nuestro deseo. No nos obliga à despreciar los bienes de la tierra, sino à proporción que nos muestra su nada. No nos hace emprender cosas grandes por Dios, sino imprimiendo en nosotros una alta idea de sus perfecciones, y de los premios que nos promete. No nos inclina à renunciarnos y aborrecernos, sino haciéndonos conocer nuestros propios desórdenes, en que esta abnegacion es justa, y en que este aborrecimiento está bien fundado. Asi procede la gracia, esta es su suavidad, y esto es lo que claramente

te vemos en los pasos que dá el Salvador del mundo para convertir à la Samaritana. Conversion que nos propone Jesu-Christo, como una imagen clara de lo que pasa cada dia entre Dios y nosotros por medio de los efectos admirables de su gracia. Escuchadme, y aclaremos todos los puntos propuestos por su orden, en que hallareis abundante instruccion, y provecho de vuestras almas.

Digo que muchas veces la gracia aguarda à los pecadores hasta cansar la paciencia de Dios. Ved à Jesu-Christo, la misma fortaleza, y la virtud misma de Dios, no obstante fatigado, cansadas las fuerzas, y sentado en la margen de una fuente. Qué aguarda? Un alma infiel que quiere salvar, una pecadora que ha escogido. Y de qué está fatigado? Segun la letra, del camino que ha hecho: *Fatigatus ex itinere*. Pero asi como este hombre Dios decia en el mismo Evangelio à sus Apostoles, que tenia que comer un manjar mas exquisito que el que ellos le ofrecian, un alimento misterioso y divino que no conocian: *Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis*, asi tambien sentia en si mismo un cansancio distinto del que mostraba, y procedia sin duda de haber sufrido tanto tiempo à esta infeliz en el desenframiento de su vida, y en la costumbre de su pecado. Porque esto, segun San Agustín, debia haberle fatigado, y aunque era Dios, casi haberle apurado la paciencia: pero no desiste; y por mas apartada de Dios, por mas endurecida que estaba esta muger en su pecado, está resuelto à aguardarla, usando con ella (si me es lícito valermé de este termino de la Escritura) de aquellas lentitudes adorables que tienen à su justicia, y suspenden su indignacion y sus venganzas: *Sus-tentationes Dei*. (a) A este fin está sentado y descansa: *Fatigatus sedebat*. Pues este descanso de Dios à vista de los desórdenes y rebeldias de su criatura, es lo que yo llamo la suavidad de la gracia. Ay! Christianos; cuántos pecadores hay en el mundo, y quizá entre los que me

oyen,

(a) Eccles. 2. v. 3.

oyen , que están al presente como esta muger pecadora y obstinada? Es decir, cuántos pecadores tercos han cansado à Dios, han ultrajado su bondad, han irritado su indignacion, y amontonando pecados sobre pecados, recaídas sobre recaídas, y aumentando cada dia el peso de su maldad, han venido à ser para Dios cargas pesadas; y no obstante, por su inagotable misericordia, quiere con gusto esperar que se conviertan? Si hubieramos de hacer juicio de Dios por nosotros mismos, quizá nos escandalizara esta paciencia; imagináramos que le falta à Dios el zelo de su gloria, y que no mantiene con bastante firmeza la soberanía de su ser: pero en eso mismo, dicen los Padres, la mantiene; y hace que resplandezca su gloria en eso, porque solamente la paciencia de un Dios pudiera llegar à tanto. La de los hombres, que no tiene mas ensanches que la poquedad de su corazon, se apura presto: pero la medida de la paciencia de Dios es su misma grandeza.

En efecto, prosigue San Agustin, Dios es sufrido porque es eterno; porque es fuerte, y porque es Dios: *Patiens est quia eternus est, quia fortis est, quia Deus est.* Y si lo entendemos bien ninguna cosa nos muestra mejor su Divinidad, ni nos dá prueba mas invencible de ella, que esta quietud asombrosa con que disimula y tolera las ofensas de los hombres. Pero qué consecuencia debemos sacar de este principio? Se sigue de ahí, que el pecador debe dilatar su conversion, y hacer aguardar à Dios, porque Dios tiene la dignacion de aguardarle? Asi lo han discurrido y discurren siempre los licenciosos y mundanos, y este es el engañoso argumento, y detestable presuncion que siempre los ha confirmado, y cada dia los confirma en sus licencias y delitos. Mas no quiera Dios, Christianos, que hagamos un abuso semejante de sus misericordias; porque quando se trata de la penitencia, el mas peligroso engaño en que podemos caer, es prometernos que Dios nos ha de esperar: Por qué? Por muchas razones que no admiten réplica, y no las podeis dudar sin ignorar las máximas esenciales de vuestra fe. Ojalas. Porque

si Dios nos aguarda, debemos este favor à su gracia únicamente: luego no hay cosa mas impia que fiarse de esta gracia, hasta llegar à servirse de ella contra el mismo Dios: *An oculus tuus nequam est, quia ego bonus sum?* (a) Porque à muchos Dios no espera, y para exemplo de los demás quiere descargar en ellos su justa indignacion dexándoles morir en su pecado: *Ego vado, & quaeritis me, & in peccato vestro nati sumini.* (b) Porque con tanto como aguarda, hay un termino, que si se pasa, no los espera mas: *Ab hoc quadraginta dies, & Ninive subvertetur.* (c) Porque no podemos saber hasta quando nos ha de aguardar Dios, ni aun si nos ha de aguardar, y es el secreto mas impenetrable y oculto para nosotros: *Quis scit si convertatur, & ignoscatur?* (d) Porque sola nuestra presuncion de que nos aguardará, basta para que no nos aguarde; no sea, como nota Tertuliano, que su paciencia, que es uno de sus atributos mas santos, sirva para autorizar y fomentar nuestros delitos. Todas estas son verdades incontestables, que nos deben tener en un prudente medio de temor, y confianza: nos dexan esperar siempre una gracia bastantemente firme en aguardarnos, pero nos impiden el asegurarnos en esta esperanza para vivir en la impenitencia: su maravillosa concatenacion nos obliga à que no hagamos aguardar à Dios por largo tiempo, persuadiéndonos à que nos aguardará aun; y por ultimo, no hay cosa tan terrible como Dios, cuya paciencia irritada se cansó de aguardar à un pecador; ni cosa tan digna de castigo, como un pecador que voluntariamente hace aguardar à Dios. Esta doctrina necesaria de todo un discurso. Dexola, y paso à otro punto.

No solamente aguarda el Salvador del mundo à la Samaritana, sino que con un nuevo primer de la suavidad que descubrió en su gracia, busca ocasion oportuna para tratar con esta pecadora, y lugar apartado del ruido y del

(a) Math. 20. v. 15. (b) Joan. 8. v. 21. (c) Joa. 8. v. 4.
(d) Jon. 3. v. 9.

tumulto; al qual sabia que habia de ir; tiempo conveniente à su designio, en que viene à sacar agua, y no habrá cosa que pueda interrumpir las divinas lecciones que la vá à dar. No porque Dios, para comunicarnos su gracia, tenga necesidad de tomar estas medidas; ni porque la gracia de Jesu-Christo esté absolutamente dependiente de tiempos y ocasiones para hacer su efecto en nosotros; antes al contrario, la gracia hace estos tiempos preciosos para la salvacion, y estas ocasiones à las quales está nuestra conversion determinada. Pero no debemos admirar en esto la bondad inefable de nuestro Dios, que quiere disponer de este modo las ocasiones para ganarnos, y salvarnos? Que con este fin se sirve tan utilmente de las que nosotros le damos? Que prepara otras en que no pensamos nosotros? Que de los sucesos menos premeditados hace para nosotros disposiciones de su providencia, y mereciendo ser igualmente servido en todos lugares y tiempos, no se desdée de determinar su gracia à ciertos tiempos y lugares? Quando leemos en el Génesis, que yendo Rebeca à dar agua à sus ganados encontró con el criado de Abraham, que la anunció su buena suerte, y la eleccion que Dios hacia de ella para Esposa de Isaac: ò en el libro de los Reyes, que buscando Sasil las asnillas de su Padre encontró al Profeta, que le declaró lo que Dios queria de él, y le dixo que el Señor le habia destinado para cabeza de su Pueblo, y para que reynase en Israel, alabamos la admirable disposicion de la Providencia. Pero esta disposicion era solamente una sombra de lo que Dios queria hacer, y cada dia hace en favor de sus escogidos; porque este es el modo con que ofrece su gracia en las ocasiones favorables. De este modo, si puedo explicarme así, dispone unas emboscadas santas en las ocasiones que su sabiduria ha ordenado para que se conviertan, y se pongan en gracia. Por esto algunos Teólogos sábios, entre los quales se cuenta el incomparable Doctor de la Iglesia San Agustín, son de sentir que el misterio de la gracia que llamamos *eficaz*, consiste en parte en que se nos dá quando Dios tiene previsto que nos ha de ser provechosa, así

co-

como las gracias comunes las da indiferentemente, esto es, sin dependencia de ocasiones, y disposiciones particulares en que podemos hallarnos al recibirlas: fundando todn esto en que le dice Dios en la Escritura al hombre justo, ò al pecador convertido: *Tempore accepto exaudivi te. (a)* Yo te oí en un tiempo que era apropiado: *Et in die salutis adjuvi te.* y en el dia de la salud te ayudé. Luego hay en el orden de la predestinacion de los hombres (siheren con razon) tiempos de gracia y de misericordia, en los quales la salvacion no solamente es mas posible y facil, sino mas infalible y segura. Esto lo vemos en la muger Samaritana. Pero si reparamos bien en ello, esto pasa cada dia por nosotros. Porque hay alguno à quien Dios haya tocado en algun tiempo, y sacadole de sus caminos errados, que no atribuya en parte su conversion à ciertas ocurrencias, y no se acuerde que en ellas le abrió Dios los ojos, y le habló al corazón? Así lo reconoció San Agustín; y su confesion es una especie de tributo que convida debia à la gracia. El mismo tuvo en el libro de confesiones el cuidado de mostrarnos las menores particularidades del combate que le dió la gracia: la turbacion è inquietud en que se halló, el jardín adonde se retiró, el bien amigo que le acompañó, el exemplo de los Solitarios que le confundió, el lugar de San Pablo que leyó, y con que se sintió vivamente herido, quando esta gracia todo poderosa le transformó en otro hombre, y le rindió à Dios. Así, digo, lo publicó el mismo: pues si nosotros hicieramos una confesion como la suya de nuestra vida, no pudieramos à preposicion dar un testimonio como el suyo de nosotros mismos?

Qual es, pues, el punto que debemos tener por capital, y la máxma principal de la sabiduria Christiana? Retenedla bien, amados oyentes míos, y no os olvidéis de ella jamas. Consiste en observar con cuidado estas ocasiones, y no faltar à ellas. Porque quantas cosas, cuyas

Tom. III. Quárzima.

Y

con-

(a) 1. Cor. 6. v. 2.

consequencias no veis, y os parece que suceden acaso, son otros tantos medios que ha tomado Dios para sacaros del mundo, y de que quizá ha querido hacer vuestra predestinacion dependiente? Pongo por exemplo, el trato que tenéis con aquel siervo de Dios, ese libro devoto que os gusta, el sermon edificativo y convincente que oís, la muerte repentina que os asusta, esa pérdida de bienes que os aflige, esa desgracia que os humilla, esa enfermedad que á pesar vuestro os reduce á hacer una vida mas arreglada, y os estorba el incurrir en los mismos excesos. Si conocierais enteramente los designios de Dios, y supierais con certeza, que de eso ha querido hacer dependiente vuestra salvacion, no os aprovecharais de estas ocasiones tan importantes? Pues demasiado sabéis para adorar en ellas por lo menos los consejos ocultos de esta providencia paternal que os gobierna; y si no alcanzais mas en este punto, eso mismo os obliga á vivir con una dependencia mas absoluta de la gracia en que confiáis. Pero si esta es una ocasion de mi salvacion, direis, y Dios ha querido que la gracia de mi conversion consista en ella, sin duda me convertirá. Vengo en ello, Christianos; pero no es meos cierto, que no os convertiréis jamas sin usar bien de esta gracia, y de la ocasion en que se os ha preparado. Porque sea qual fuere la naturaleza de esta gracia, es de fe que su efecto no puede separarse de vuestra fidelidad: y sea qual fuere su modo de obrar, siempre hemos de venir á parar en las palabras del Salvador: *Vigilate, & orate.* (a) Velad, y orad. *Orad*, porque nada podeis sin la gracia; y *velad*, porque la gracia, aunque puede tanto, no hará nada sin vosotros. *Orad*, para conseguir un tiempo y un dia de salvacion; y *velad*, para que este dia no se os pase sin lograrle. Estos son dos puntos fijos, y todo el resumen de la Teologia de un Christiano. Vamos adelante.

Esta gracia que obra nuestra conversion, por mas que seamos interesados en solicitarla, ella nos previene, y esto

(a) Matth. 26. v. 41.

es lo mas esencial, segun la doctrina de los Padres: si yo pudiera prevenirla no fuera gracia, porque supondria en nosotros el merito de haberla prevenido: Sé que podemos, aunque pecadores, buscar á Dios con la gracia, y huillarles; pero no le buscaremos jamas, añade San Bernardo, si Dios con otra gracia no nos hublera buseado: *Nisi enim prius quesita non quereret, sicut neque eligeret nisi electa*: y esto claramente se vé en la conversion de esta muger de Samaria. No guarda el Hijo de Dios á que ella dé algun paso para venir á su Magestad, antes se acerca á ella, la habla y la entra, sin pensarlo ella, en una conversacion que ha de ser el principio de su remedio. Este es el misterio, y el prodigio de la caridad de Dios; querer adelantarse á los pecadores, tener la dignacion de solicitar unas viles criaturas, y salirlas al encuentro quando no piensan en él; mas digo, quando mas se alexan de él; quando se le rebelan, y aun quando de algun modo le tienen horror. Ah! Señor (puedo exclamar aqui con San Bernardo, y aplicandome este dogma de nuestra fe tan contrario al Pelagianismo) Ah! Señor, es verdad, que con ser Vos tan amable, no puedo amaros por mí, y que llega mi miseria á no poder, ni aun desear ser amado de Vos, si Vos no excitais en mí este deseo? Es verdad, que siendo Vos Dios, tenéis que dar los primeros pasos para reconciliarme con Vos, ó tenerme eternamente por enemigo? No fuera bastante que estuvieseis dispuesto para recibirme? Pues ya que os dignais de empezar, no he de corresponder yo á vuestro amor? He de juntar con la infeliz impotencia de preveniros, el feo delito de no corresponderos? No Señor; me dais sobradamente á entender lo que os debo, para poder quedarme en tibieza tan mortal. Y pues es honra de vuestra gracia, que ella me busque, vengo en sujetarme á esta ley: Si mi Dios; vengo en humillarme con esta vista: vengo en reconocer delante de Vos mi flaqueza, y en confundirme, al pensar que ni un paso puedo dar por mí mismo para ir á Vos, ni puedo amaros en medio de todas vuestras perfecciones si Vos no me amais, y si no me amais antes que yo os ame. En fia, Señor, esto será para

mi un motivo eficaz de reconocimiento y de fidelidad, y la memoria de vuestra misericordia inabita en buscarme, no obstante mi indignidad, y en prevenirme y volverme à vuestros caminos, me unirá con Vos de aqui adelante con un lazo tan estrecho, que ni la naturaleza, ni la pasión, ni el mundo con todos sus encantos, nada podrá romperle. Este es el fruto que un alma Christiana debe sacar de este punto de fe útil y sólidamente meditado.

Però además de eso, cómo nos previene la gracia! Es con autoridad, y con imperio! No, dice el Profeta Rey, sino con bendiciones de dulzura: *Prævenisti cum in benedictionibus dulcentis*. (a) Nos previene pidiendonos lo que quiere conseguir de nosotros; y esta, como nota San Próspero, es la diferencia de la gracia, y de la ley: la ley manda, y la gracia convida; la ley amenaza, y la gracia atrae; la ley aprémia, y la gracia solicita. Pues en esta union de la ley y de la gracia consúse todo el misterio del amable y soberano dominio de Dios sobre nuestros corazones. Bien podía el Salvador del mundo usar de todo su poder, y obligar à la Samaritana à que luego al punto y sin replica le tributase una obediencia forzada; pero como la gracia obra en ella, no solamente quiere que obedezca sin repugnancia, sino con gusto y con amor. Por dónde empieza Jesu-Christo? Pidiendola que le oiga, y que le crea: *Mulier crede mihi*: pues aunque Dios por la eficacia de su gracia es dueño de nuestras voluntades, y puede disponer de nosotros à su gusto, no se vale de ella sin alguna reserva, y si me es licito explicarme con la Escritura, con respeto; quiero decir, inspirandonos, persuadiendonos y pidiendonos lo que nos quiere hacer querer: *Tu autem dominator virtutum... cum magna reverentia disponis nos*. (b) Aunque es Señor absoluto, nos pide poco para darnos mucho. Qué pide Jesu-Christo à la Samaritana? Un poco de agua: *Da mihi bibere*. Y por qué la pide agua! Para hacer que nazca en ella el deseo de otra mas

ex-

(a) Psal. 2. v. 4. (b) Sap. 12. v. 18.

excelente que quiere darla: aquella agua saludable que vivifica, y cuyo manantial brota con impetu hasta la vida eterna: *Fons aquæ salientis in vitam æternam*; aquella agua que ha de apagar para siempre nuestra sed, y ha de establecer en nosotros una paz y felicidad perfecta: *Qui bibit hæc aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in æternum*. Bella idea, amados oyentes míos, de lo que cada dia experimentamos en el modo de obrar de la gracia. Qué pide al principio? Casi nada, un poco de atencion sobre nosotros mismos, un poco de arreglo en nuestras acciones, un poco de discrecion en nuestras palabras, un poco de sujecion à nuestras obligaciones. Dádme esto, nos dice Dios: bien poco es; pero de esto poco dependen las gracias mas abundantes. Y à la verdad, muchas veces con esto poco, quiero decir, con una pequeña victoria conseguida de una pasión, con una pequeña violencia hecha al genio, con un pequeño sacrificio del interes, con un pequeño esfuerzo de la caridad, con esa pequeña mortificacion de una vanidad mundana, nos ponemos en estado de recibir el lleno de los dones celestiales, y de las divinas misericordias. Por ahí empiezan las conversiones grandes. Pues no somos muy culpables, si reusamos à Dios lo que nos pide, quando los bienes que nos promete exceden tanto à lo que espera de nosotros!

Però digamos algo mas eficaz. Juzgo con San Juan Chrysostomo, que la gracia para obrar con mas suavidad se atempera à nuestras inclinaciones, à nuestros gustos, à nuestros talentos, y de algun modo à nuestras flaquezas, à nuestras imperfecciones y defectos. Tengo la prueba en la muger de nuestro Evangello. Si otro que el Hijo de Dios, la hubiera oido argüir y tratar los puntos mas esenciales de la Religion, la hubiera ido à la mano, sin consentir que hablase de ellos; la hubiera dicho, que no entrase en estas materias; que estas cuestiones delicadas y sutiles no eran para su capacidad; y que la ciencia principal de una muger habia de ser no saber demasadamente esos puntos, o no afectar que sabia demasado de ellos: porque esta es la respuesta que siempre han oido las mugeres curiosas, y

11

la mas eficaz contra ellas. Pero no ignoraba nuestro Divino Maestro, que no es este el modo de convertirlas, y que esta respuesta que tanto las mortifica, en lugar de corregirlas, sirve para exasperarlas à irritarlas mas. Qué hace pues? Portase de un modo totalmente opuesto. Esta muger es vana y curiosa, y entra la por su misma curiosidad; se precia de que sabe, y no se desdén el Salvador de hablar con ella de lo mas profundo y sublime de la Religion. Quando instrua à los pueblos usaba de parabras, esto es, de comparaciones sencillas y familiares para acomodarse con lo toscó de sus entendimientos; pero con esta muger, aunque tan gran pecadora, trata de las cosas mas elevadas, y con términos proporcionados à la grandeza de los asuntos de que tiene la dignacion de hablar con ella; de la naturaleza de Dios, de la perfeccion de su ser, de la pureza de su culto, y de la adoracion en espíritu: y así la desengaña, sin ofenderla, de aquellas falsas ideas que tenía de la Divinidad, y del vasallage que la debemos. Así obra la gracia en nuestros entendimientos, y en nuestros corazones: así se conforma con nuestras inclinaciones, no santificandonos casi nunca (pidoos que reparéis en esto) no santificandonos casi nunca de un modo opuesto à nuestras inclinaciones naturales, sino perfeccionandolas segun Dios, para santificarnos. Somos ardientes y activos? Pues nos anima con santo zelo, y nos lleva al exercicio de las buenas obras. Somos tiernos y afectuosos? Pues nos inspira una ternura de amor para con Dios, que à veces nos hace derramar arroyos de lagrimas à sus pies. Somos de genio facil? Pues rectifica esta facilidad de nuestro genio, y la convierte en caridad con el proximo. Somos de un espíritu rigido y severo? Pues convierte esta severidad en fervor de penitencia. Muda para con nosotros, dice el Apostól San Pedro, tantas formas, quantas son las diferentes disposiciones que halla en nosotros: *Multiformis gratie Dei.* (a) Esta gracia nos empeña en ser santos, si quisieramos serlo,

(a) 1. Petr. 47. v. 10.

lo, como si Dios nos diera à escoger, y no tuvieramos que hacer mas en ese punto, sino deliberar con nosotros mismos: para que no nos quede, dice San Juan Chrisotomo, pretexto ni excusa de seguirla, pues se acomoda à lo que somos para el cumplimiento de sus designios; nada hay en nosotros de que no se sirva para la obra de nuestra salvacion; pues no pide otro natural, sino el que tenemos; ni otra complexion, ni otros talentos para hacer de nosotros lo que Dios pretende que seamos; y en fin, en un sentido que entendeis muy bien, sin dexar de ser lo que somos, podemos venir à ser lo que no somos.

Es verdad, Christianos, que nos obliga Dios con esta gracia à despreciar todo lo que el mundo estima, à renunciar con el corazon las honras del mundo, sus gustos y sus conveniencias: pero ved, y probad en esto mismo quàn suave es el Señor: *Gustate, & videte, quantum inanis est Dominus.* (a) No nos obliga à despreciar el mundo, sino despues de habernos hecho ver con su gracia, que es una ilusion, y habernos convencido de que nunca nos puede hacer felices. No nos obliga à renunciarle, sino despues de habernos quitado con su gracia la estimacion y el amor que le tenemos: y facil es renunciar lo que no se estima, ni se ama. Esta es la leccion sagrada que dà à la Samaritana Jesu-Christo: *Quis qui biberit ex aqua hac sitivum iterum.* Los que bebieren de esta agua, volverán à tener sed; es decir, el que tuviere ambition, por elevado que esté, jamas estará contento con lo que es; el que quisiere enriquecer, por mas que tenga, nunca tendrá bastante para llenar sus deseos; el que fuere esclavo de sus sentidos, aunque no los reuse nada, no los tendrá jamas satisfechos. Si estoy persuadido de este principio, de todo me desprendo sin dificultad: pues no estamos persuadidos de él invenciblemente por la impresion divina, y por las sagradas luces de la gracia? Es verdad que esta gracia me obliga à

ve-

(a) Psalm. 33. v. 9.

veces hacer cosas dificultosas y trabajosas por Dios: pero al mismo tiempo me hace hallar en ellas el atractivo, pero cómo? Con la grandeza de los motivos que me propone, y con la esperanza de los bienes inestimables que me promete; *Si scribes donum Dei, & quis est qui dicit tibi: Da mihi bibera, si supieras, la dice el Salvador del mundo, quien es el que habla contigo. Es decir, si supierais, Christianos, lo que es Dios; si supierais lo que este Dios ha hecho por vosotros, y lo que os merece; si supierais lo que tenéis que esperar de Dios, y los premios magníficos que tiene guardados para los humildes, para los pobres, para los que padecen y se mortifican por él; si lo supierais! A todo estaríais resueltos; las cruces mas pesadas se os hiceran no solamente llevaderas, sino apetecibles, por solo agradarle. Pues quién nos enseña todo esto? La gracia de Jesu-Christo. Es verdad que esta gracia llega, segun el Evangelio, hasta inspirarnos el odio de nosotros mismos; pero antes nos hace convenir en nuestra baxeza, en nuestra indignidad, en nuestra corrupcion y en nuestros delitos. De donde inferimos facilmente, que nuestro verdadero interes es aborrecernos en esta vida, si nos queremos amar para la vida eterna. Asi el Hijo de Dios para facilitarle la penitencia á esta pecadora de Samaria, hace que ella misma confiese su delito; y con la confusion santa que concibe de él, la reduce, casi sin que lo conozca, á la necesidad de acusarse, condenarse, y convertirse: pues la verdadera conversion consiste en una sincera acusacion y en una condenacion perfecta de sí mismo.*

Asi obra la gracia, y se hace Dios Señor de los corazones: no con la soberania de su imperio, no con las luces elevadas de su entendimiento divino, sino con la suavidad de su espíritu y de su gracia. Para ganar el corazón de los hombres fue preciso que la magestad se abariese, y que en la persona del Salvador la sabiduria increada de Dios se humillase. Pues por este medio, á exemplo de Dios, rendiremos las almas, y exercitaremos en ellas un imperio tanto mas absoluto, quanto menos lo parece. No con la autoridad, ni menos con espíritu de dominio, ni con la su-

perioridad que pretendamos tomar sobre ellas; ni por la industria, ni por mayor ingenio ó entendimiento, sino por las atenciones prudentes de la caridad. Es necesario para atraer al proximo, y moverle, que suframos sus defectos, que nos compadezcamos de sus flaquezas, que condescendamos con sus inclinaciones, que nos compadezcamos de sus miserias y necesidades, y segun la regla y expresion de San Pablo, que nos revistamos como escogidos de Dios de unas entrañas de misericordia: *Induite vos ergo sicut electi Dei. . . viscera misericordie.* (a) Esta instruccion habla con todos; pero con nosotros especialmente, hermanos míos, los que hemos sido llamados de Dios para el ministerio de la conversion y santificación de las almas; con nosotros, que por Sacerdotes del Señor somos dispensadores de su gracia, y debemos de consiguiente conformar nuestro proceder con el de la gracia: á nosotros, digo, se dirige esta doctrina: permitidme que os la aplique, y me la aplique á mi mismo, porque este es nuestro exemplar y el mio; con la suavidad de nuestro zelo hemos de mover á los pecadores; de otra suerte, nunca saldremos con nuestro intento. Tened, si quereis, toda la ciencia de los Doctores, y toda la elocuencia de los Profetas, hablado como los Apostoles, y aun como los Angeles: si todo esto no se sazona con una dulzura Evangelica, no hareis nada. Esta ha de disponer los caminos, y darnos entrada en los corazones. Sin ella nos oirán, y saldremos con todo lo demas; instruiremos, convenceremos, confundiremos, infundiremos espanto; pero no convertiremos. Sin ella revolveremos las conciencias, infundiremos desesperacion en los flacos, inquietaremos á los obstinados, pero no los ganaremos para Dios. El Salvador del mundo solamente se mostró severo con los Fariseos; esto es, con unos hipócritas, que con velo de piedad engañaban al pueblo; y por oculto juicio de Dios no tuvo efecto en ellos su zelo. No digo, hermanos míos, *Tom. III. Quaresma. Z*

(a) Colos. 3. v. 12.

que hemos de lisonjear a los pecadores con indignas condescendencias: no ignorais el horror que tengo a este modo de proceder. No digo que no hemos de obligar a los pecadores a lo mas aspero que tiene el Evangelio, a los rigores de la penitencia, a crucificar la carne, a la mortificación del espíritu, ¡infeliz de mí, si quitara de esto un apice! Pero digo que con esta severidad, que por sí sola pudiera desviar a los pecadores, es necesario juntar la suavidad que los atrae. Digo que se ha de proporcionar esta severidad con las disposiciones de las personas, como la misma gracia se acomoda a ellas; y no debe aplicarse sin discrecion ni prudencia, a los unos con exceso, y a los otros sobre sus fuerzas. Digo que es necesario usar algunas industrijs santas para hacer abrazar esta severidad, y aun para hacer que se guste de ella; mostrando que es practicable, y no llevando las cosas con tanto exceso, que se de ocasion a los mundanos para tenerlas por imposibles. No digo que no conviene usar jamas de severidad en el gobierno de las almas: pero digo que ha de ser una severidad discreta, una severidad que se haga amar, y una severidad que haga soportable el yugo de Dios; y no una severidad Farisayca, sin atractivo, una severidad imperiosa, seca y desabrida, y en fin una severidad propia para esclavos, puro no para hijos de Dios. Pluguiese al Cielo, hermanos míos, que estuviésemos todos bien persuadidos de esta verdad, pues nada pudiera servir mas para la santificación de la Cristiandad. Mas sea de eso lo que fuere, ved aquí lo que en el juicio de Dios nos ha de hacer inescusables, la suavidad suma con que nos gobierna Dios. Si las Potestades de la tierra de que dependemos se portaran de esta suerte con nosotros, idolatráramos en ellas. Pero Dios quiere ganarnos con su gracia, y nosotros le somos rebeldes. Me falta mostraros, que esta gracia, aunque suave en el modo de atraer al pecador, no por eso es menos eficaz; y esto vereis ahora en la continuacion de nuestro Evangelio, y será la materia del segundo punto.

II. PAR-

II. PARTE.

Aunque nuestra fe, mirada en sí misma y en sus misterios, es oscura, no obstante tiene, segun todos los Teólogos, una especie de evidencia en sus motivos: quiero decir, que es evidentemente creible lo que nos revela por la calidad de los motivos que nos obligan a creer. Pues siempre me ha parecido, que uno de los motivos mas poderosos y convincentes, es ver lo que obra la gracia á veces en algunas almas que ha predestinado Dios, como dice el Apostol, para hacer de ellas vasos de misericordia. Esto os servirá de edificación y de consuelo. Quando los Magos de Paron vieron los espantosos prodigios que hacia Moyses en todo Egipto al contacto de aquella vara misteriosa que les dió tanto horror, confesaron que estaba allí el dedo de Dios; es decir, reconocieron en ella el carácter de una virtud divina, cuyo instrumento era este Legislador y Profeta: *Et dixerunt malefici ad Pharaonem, digitus Dei est hic.* (a) Y yo, Christianos, quando no viera mas que la conversion de esta muger Samaritana que refiere el Evangelio, concluyera sin dudar, que hay un principio sobrenatural que obra en nosotros; que Dios tiene unos modos ocultos para mover nuestros corazones, y volverlos de aquí allí, como gustare; que recibimos del Cielo unas impresiones que no pueden hacer sino de la gracia, y que por medio de sus divinas operaciones nuestra voluntad está perfectamente sujeta al dominio de Dios, sin perder nada de su libertad, ni de sus fuerzas.

¿Pues en qué consiste el milagro de esta conversion? Vedle aquí, respecto de las dos potencias del alma, á las quales se comunica la gracia inmediatamente; conviene á saber, el entendimiento, y la voluntad, y si os parece, el espíritu y el corazón. Milagro de la gracia en la victoria que consiguió del entendimiento de la Samaritana. *ME-*

Z z

(a) Exod. 8. v. 19. y otro al ab. en el mismo libro, cap. 10. v. 21.

lagro de la gracia en la mudanza que hizo en el corazon de esta muger. Milagro que se efectuó de un modo totalmente prodigioso, y con circunstancias que no dexan dudar, que es obra de la mano omnipotente de Dios: *Digitus Dei est hic*. Escuchadme, Christianos, y suplíd con vuestra atencion la necesidad que tengo de reducir á pocas palabras lo que pidiera un discurso entero.

Milagro de la gracia, y de su eficacia en la victoria que consigue del entendimiento de la Samaritana; seguid el texto, y convendreis en ello. Era una muger infiel y herege á un mismo tiempo; pues según la advertencia de Origenes, los Samaritanos á la verdad eran Idólatras, y adoraban las falsas divinidades de sus mayores, y no obstante no dexaban de practicar al mismo tiempo una especie de Judaismo, aunque viciado con sus opiniones particulares, y esto los dividia y separaba del resto de los Judios con un cisma declarado: *Non enim continentur Judæi Samaritanis*. Era, pues, esta muger, herege, vana y presumida, indocil y terca, imbuida de su error, y resuelta á mantenerle; se preciaba de discurrir bien, y de aguda en materias de Religion; porque todo esto se ve en la conversacion que Jesu-Christo tuvo con ella. Pues bien sabeis la suma dificultad, por no decir la imposibilidad moral, de reducir un entendimiento, y mucho mas el de una muger que tiene estas propiedades. Bien sabeis qué rara cosa es, que una muger encaprichada de una heregia (digo encaprichada, porque persuadida de la razon apenas la ha habido jamas) sea capaz de reconocer la verdad, de buscarla sinceramente, y sujetarse á ella. O porque por un infeliz destino es propiedad de la heregia hacer los entendimientos inflexibles, ó que Dios con un castigo digno de este pecado, que en algun sentido es el mas grave de todos, y el mas digno de castigo, suele derramar sobre los entendimientos unas tinieblas espesas, que cada dia los ciegan mas y mas, y por eso los llama San Agustin, *Panales cæcitates*; sabeis, digo, quantos esfuerzos son necesarios para volver de la heregia á la fe, de la soberbia de la una á la humildad de la otra, y lo cerca que está de ser

ser milagro aun en el orden de la gracia. Pues esto hace la gracia; mas con una virtud propia del Altísimo. Convierte Jesu-Christo á esta muger: de Samaritana la hace pasar primero á la pureza del culto de los Judios, y despues la convierte en una Christiana perfecta. Despues de haberla hecho renunciar las supersticiones de sus padres, el cisma en que se habia criado, y los errores que defendia con tanta obstinacion y ardimiento, hace que conozca quién es, y por qué vino al mundo, su carácter de Mesias y Salvador, el motivo y fin de su venida, y su misma Divinidad; misterios naturalmente increíbles, y que ella no pudiera descubrir sino con el favor de las luces mas puras de su gracia. No solamente la revela estos puntos tan importantes y elevados, sino que se los persuade, y hace que los apruebe. Aunque al principio reusó tratar con Jesu-Christo, le oye con docilidad y con respeto: aunque aborrecia todo lo que tocaba á los Judios, ya aunque es Judio, le reconoce y adora como autor de su remedio; aunque no vió en él sino la forma de hombre, protesta y cree firmemente que es Christo, verdadero Hijo de Dios; No se debe confesar, que esta conversion fue obra del Señor, y exclamad con David: *Hæc mutato dextera Excel-*

si? (a)

Pero al mudar el entendimiento de esta muger, no obra menos poderosamente en su corazon la gracia: porque fuera de que era herege, y estaba obstinada en su falsa creencia, era torpe y licenciosa en sus costumbres. Pecados, dice San Juan Chrisostomo, que tienen una como especie de afinidad; porque la heregia, propiamente hablando, es una corrupcion del espiritu, como el adulterio y la torpeza lo es de la carne. Pues Dios, añade el Santo, vengador de estos delitos, castiga muchas veces el uno con el otro, permitiendo que á las rebeldias del entendimiento contra la verdad se sigan comúnmente los mas infames desordenes de la torpeza. Y en efecto vemos, que

(a) Psalm. 76. v. 11.

estas almas presumidas y tercas en lo que pertenece à la Religión; no son comunmente en sus obligaciones las mas firmes, ni en las tentaciones las mas constantes. Tal era esta pecadora de Samaria con su ciencia presumida; y sus vanas sutilezas. Vivía publicamente amancebada, entregada à esta vida desenfadada, y hecho en ella una larga costumbre: *Quinque enim viros habuisti; & nunc quem habes non est tuus vir.* Pues si hay algun mal dificultoso de remediar, es este: si hay algun demonio capaz de resistir à Dios y à su gracia, es este espíritu impuro; pero en eso mismo halla la materia de su triunfo la gracia de Jesu-Christo. Esta pecadora; esta muger esclava de las pasiones mas sucias, al fin se purifica y se hace santa. Parece que Jesu-Christo la dió otro corazon; y que despues de haberla arrancado el suyo carnal y estragado, de donde nacian tantos desordenes, crió en ella un corazon nuevo, y depurado, no solamente de todas las manchas del pecado, sino de todos los efectos de la tierra. No es esta aquella Samaritana escandalosa que habia perdido la verguenza à los delitos, y era un demonio que perversia las almas; es una criatura nueva en Jesu-Christo: *Nova in Christo creatura.* (a) En alma transformada en Dios, que no respira ya sino amor de Dios; todos sus pensamientos son castos, sus palabras modestas, y sus acciones ordenadas; un alma, que por su vida exemplar es de alli adelante un modelo de virtud, y ha de esparcir en todos olor de santidad. Qué prodigio, amados oyentes míos! No podemos repetir con el Profeta: *Hec miratio dexterae Excelsi?*

Mas si la gracia de Jesu-Christo hace un milagro en la conversión de esta muger, el modo portentoso con que le hace descubre mas su poder y su eficacia. ¿No es cosa admirable que dos mudanzas tan prodigiosas le tengan tan poco tiempo de costa al Salvador del mundo? Quando Dios obra segun las leyes y curso ordinario de su providencia, parece que guarda sus medidas, y que en el orden

(a) 2. Cor. 5. v. 17.

den sobrenatural, no menos que en el natural, se acomoda à nuestra flaqueza: porque no hace los Santos en un instante; santificalos poco à poco, y con adelantamientos imperceptibles los conduce de grado en grado al termino de una perfeccion consumada; pero quando obra con soberania y como Dios, no se porta asi. No prepara la materia que ha de ser fundamento à su obra: una palabra que pronuncie hace salir millones de criaturas de la nada; estiende los Cielos, dà vida à la tierra, y dà toda su perfeccion à la máquina del universo: *Dixit, & facta sunt.* (a) Asi el Hijo de Dios no dixo mas que una palabra à la Samaritana: *Ego sum; Yo soy ese Mesias que esperais; y vedla ya instantaneamente convencida, movida, penetrada de los mas santos, pero mas tiernos y vivos afectos. Palabra, dice San Agustin, mas eficaz que aquella con que crió Dios el mundo: palabra, que con una segunda creacion, pero mas admirable que la primera, reformó en el corazon de esta muger la obra de Dios, que habia destruido el pecado. Digo, creacion mas admirable que la primera; porque en la primera, la nada sobre que obra Dios, obedeció sin resistencia à su palabra; pero en esta obraba sobre la nada del pecado, que aunque es nada como pecado, es capaz de resistirle. Pero pregunto mas: ¿con qué señal sensible se concilió el Hijo de Dios la autoridad en el entendimiento de la Samaritana, y con qué medio halló una fe tan facile y tan pronta? ¿le vió en aquel momento mandar à las tempestades y almas, curar ciegos de nacimiento, o resucitar difuntos de quatro dias? Ah! Christianos, ved aqui una maravilla que excede à todas las demas. El mundo convertido sin milagros, y hecho Christiano sin ellos, seria (decia San Agustin) el mayor de todos; fuera el milagro de los milagros, y el mayor de todos para un Pagano que no creyera los demas. Pues este milagro de los milagros le vemos cumplido en esta muger Samaritana, Los Fariseos y Doctores de la Ley tenían dos*

construccion de mil à ocho, segun varia la lengua en ay dos para lo que se quiere, y habia el de oracion, como se ve en el (a) Psalm. 148. v. 5. si estis obsecratur, spiritus et spiritus et obsecratur

dos los dias à la vista los milagros de Jesu-Christo , eran testigos de ellos , hablaban con Lazaro à quien habia resucitado publicamente . y con los enfermos que habia curado ; y no obstante persistian en su incredulidad con una obstinacion inflexible : pero esta muger sin milagros , no solamente le cree , sino que sigue su partido , se entrega à él , y renuncia por el todo quanto hay . ¿ De dónde nace esto ? De la omnipotencia de la gracia , que no ha menester mas que à sí misma para triunfar del corazon del hombre . No es esto todo . Quando el Hijo de Dios convertia à otros pecadores , despues que con algun beneficio señalando les habia infundido especial confianza y aprecio de su Persona , para salvar las almas empezaba sanando los cuerpos , y condescendiendo con su flaqueza los empeñaba en creer lo que era , haciéndoles experimentar en sus necesidades lo que podia : pero como habia resuelto manifestar en esta pecadora toda la eficacia de su gracia , la convirtió sin otro atractivo , y sin mas interés que su misma conversion . No cree en él , como la Cananea , porque ha librado à su hija del demonio ; ni como la Hemorroisa , porque la ha dado salud : cree en él por solo él ; le sigue solo por ser suya , y no vivir sino por él . Aqui es donde reconozco el carácter de una gracia victoriosa y omnipotente : *Hæc mutatio dextera Excelsi*.

Al fin , el milagro de la gracia es , que santificando esta muger santificó todo el pais de Samaria , pues la hizo capaz de comunicar el don de la fe à los Samaritanos . De pecadora se halla milagrosamente transformada en Apostol , dice San Gregorio Magno : *Quæ advenerat peccatrix , revertitur predicatrix* . Antes que los Apostoles , va à anunciar à Jesu-Christo à los que no le conocen ; y se puede decir , sin derogar à la dignidad de San Pedro ni de los otros Apostoles , que el primer Apostol de la Christianidad fue la Samaritana . En efecto , su zelo la insta de suerte , que no puede detenerse un momento : dexa el cántaro , ya no piensa en sacar agua , dexa à Jesu-Christo por Jesu-Christo , vuelve à la Ciudad , y convida todo el mundo à verle y oírle , queriendo mas trabajar por su gloria , que

lo que estar gozando mas tiempo las dulzuras de su conversacion , sintiendo ya aquellos santos fervores , y aquellos impetus divinos del espiritu de la fe , que no se contenta con conocer à Dios , si no le da à conocer quanto puede , y quanto debe .

De todo esto qué se infiere ? Ah ! Christianos ; no digamos ya quando vivimos en el estado de la culpa , que somos flacos ; y que nuestra flaqueza es para nuestra conversion un estorbo insuperable ; digamos con el Apostol , que si somos flacos por nosotros mismos , lo podemos todo con la gracia , y por la gracia : *Omnia possum in eo qui me confortat* . (a) Desconfiemos de nosotros , y esperemoslo todo de Dios . Sé , que para salir de la esclavitud à que os tiene sujetos el pecado , para negaros à ese trato , para dexar esa amistad , para ahogar esa inclinacion , y para vencer al mundo , es menester hacer esfuerzos , y grandes ; sé que es menester dar combates , y fuertis ; pero revestios de confianza , pues Dios os asegura de su gracia luego que se la pidieréis de buena fe , y os asegura que esta gracia os basta : *Sufficit tibi gratia mea* . De nuestra misma flaqueza saca ella toda su eficacia ; y no será para ella mayor milagro vuestra conversion à Dios , pronta y perfecta , que la mudanza maravillosa de esta pecadora del Evangelio : *Nam virtus in infirmitate perficitur* . (b) Aun no lo he dicho , todo : voy à concluir con esta doctrina . Si Dios por su misericordia os ha sacado del abismo , y os ha hecho sentir la impresio n de su gracia , imitad el zelo de esta muger . No era mas capaz que vosotros de anunciar el Evangelio de Dios hombre ; no tenia caracter particular que la obligase mas que à vosotros : pues por qué no hareis lo que ella ? Todos , como Christianos , tenemos indispensable obligacion , conforme à lo que la condicion de cada uno alcanza , à tener parte en el Ministerio Apostólico : no hay fiel , sea de la condicion que fuere , que à lo menos con sus obras , con sus ejemplos , con la edificacion de su vida .

Tom. III. Quaresma.

Aa

da

(a) Philip. 4. v. 13. (b) 2. Cor. 12. y. 9.

da, y con sus consejos nacidos de la caridad, no debía predicar á Jesu-Christo. Un Padre se le debe predicar á sus hijos, y tener en la memoria que es su primer Apostol, que le toca como á Padre inspirarles la Religión, darles el primer tinte de ella, y emplear todos sus cuidados en conservarla en sus almas, y que sin esto no merece el nombre de Padre, y mucho menos el de Padre Christiano. Un Señor se le debe predicar á su familia, persuadiendose á que es peor que un infiel, si desprecia una obligacion tan necesaria, y que es (como en terminos expresos lo dixo el Apostol) renunciar su fe, el permitir que haya en su casa personas que ignoren la ley de Dios, y no cumplan con ella: *Fidem negabit, & est infidelis deterior.* (a) Pero á los que mas fuerza debe hacer esta importante obligacion, es á los pecadores convertidos. Por qué? Porque estan obligados á ello por titulo de gratitud, por titulo de justicia, por la caridad del proximo, y por su mismo interes; de otro modo no pueden remediar el escandalo de su vida pasada, ni pagarle á Dios el tributo que por su conversion le debe; pues si hay entre los que me oyen alguno de este caracter, quiero decir, que antes era licencioso y desenfrenado, y ahora está mudado por la gracia, y resuelto á vivir como Christiano, le diré: Amado hermano mio, el exemplar que Dios os pone el día de hoy á los ojos es el zelo de la Samaritana convertida. Traed como ella á Jesu-Christo otros tantos pecadores como vuestro mal exemplo pudo apartar de su Magestad. Decid como el Rey penitente David: *Venite, audite, & narrabo omnes qui timetis Deum, quanta fecit anime mee.* (b) O vosotros los que temeis á Dios, ó por mejor decir, los que en su ley santa habeis aprendido á temerle, venid, escuchad, y os referiré lo que puede hacer la misericordia de Dios, y lo que conmigo ha hecho. No habeis menester mas prueba que mi exemplo, y yo os diré lo que ha hecho por mi esta infinita misericordia. Yo tenia los mismos impedimen-

(a) 1. Tim. 5. v. 8. (b) Psalm. 65. v. 16.

tos que vosotros; yo vivia en los mismos engaños, y en los mismos delitos; pero la gracia de Dios ha roto los lazos que me aprisionaban, ha hecho desaparecer los nubladidos que me tenían ciego, y apagado las pasiones que me sacaban de mí. Yo tenia como vosotros por locura quanto se me decia de las verdades eternas; pero la gracia de Dios me ha desengañado y convencido de mi locura. Yo creia como vosotros, que era imposible esta mudanza, que jamas podria resolverme á salir de mis malas costumbres, que nunca podria llevar una vida mas retirada ni arreglada, y que eso seria una vida triste, insufrible y pesada: pero por la gracia de Dios todas las dificultades se han allanado, he triunfado de la naturaleza, y de la costumbre, me he arrancado del mundo y de sus encantos; y en lugar de la inquietud y molestia que temia, he hallado el gozo y el sosiego. Que no pueda yo abrir mi corazon! Que no pueda daros á conocer y sentir lo que yo siento, despues que no le domina el pecado y empieza á gozar de una santa libertad! *Venite, audite, & narrabo... quanta fecit anime mee.*

Ah! Christianos, qué no puede para gloria de Dios un alma bien convertida? Qué eficacia tiene su testimonio en favor de la virtud! La Samaritana sola convirtió casi todo un pais: pues cuántos pecadores ganaran lugares enteros, y reformaran sus abusos con su penitencia! Inspiradnos, Señor, este zelo; inspiradsele á todos mis oyentes. Derramad sobre ellos vuestro Espiritu, y haced que movidos de este Espiritu de suavidad, y sostenidos de este Espiritu de fortaleza, vuelvan á vuestros caminos, y hagan volver á ellos con sus exemplos á los que apartaron de ellos con sus escándalos: de suerte que todos podamos llegar á la misma gloria, á la qual nos conduzca, &c.

SERMON

PARA EL DOMINGO DE LA CUARTA
Semana.

Sobre la Providencia.

Cum sublevasset ergo oculus Jesus, & vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: Unde ememus panes, ut manducent hi? Hoc autem dicebat tentans: eum ipse enim sciebat, quid esset facturus.

Levantando Jesu-Christo los ojos, y viendo que le seguia grande multitud del pueblo; dixo a Felipe: Dónde podremos comprar bastante pan para dar de comer à todo este pueblo? Pero decia esto por probarle: que bien sabia lo que habia de hacer. S. Juan, cap. 6. v. 5. y 6.

SEÑOR.

Si como dixo San Agustin, los milagros son voces de Dios, y su intencion en estas señales visibles de su Omnipotencia, siempre es hablarnos, instruirnos, y descubrirnos alguna verdad importante, facil es entender, que nos quiso enseñar el Salvador del mundo con este insigne milagro de la multiplicacion de los panes. Porque que es

lo que vemos, y lo que el Evangelio nos representa en este milagro? Todo un pueblo que fia de la Providencia de Jesu-Christo; millares de hombres, que sin llevar con que alimentarse dexan sus casas por seguirle; un Dios movido de compasion para con ellos; un Dios que por sí mismo acude à sus necesidades, un Dios que por sí mismo les reparte sus dones liberal, ampla y magnificamente; y en fin, toda esta numerosa multitud alimentada y satisfecha en una soledad. Todo esto no nos predica muy claramente la providencia divina, y la obligacion de fiarnos y poner en ella nuestras esperanzas? *Interrogemus* (estas son las palabras de San Agustin) *ipsa Christi miracula, habent enim, si intelligantur, linguam suam.* Preguntemos à los milagros de Christo, oigamoslos, y estemos atentos à lo que nos dicen. Porque como Jesu-Christo es substancialmente el Verbo de Dios, no hay en él cosa que no hable, y sus mismas acciones tienen su language y expresion para explicarse con nosotros. Pues lo que en particular nos dice el milagro de estos panes tan pronta y copiosamente multiplicados, es que hay una Providencia que gobierna el mundo; una Providencia à la qual debemos todos sujetarnos, no como las demas criaturas, con una sujecion que es efecto de la necesidad; sino como criaturas racionales, con un consentimiento libre de nuestra voluntad. Ved aquí, hermanos míos, la voz de Dios, y lo que nos enseña. No obstante, por mas inteligible y clara que sea esta voz, hay hombres que no quieren entenderla. Hay algunos, que no son dociles, ni rendidos à ella despues de haberla oido; y por esta razon junto con esta voz del milagro de Jesu-Christo, la de la predicacion, que fortalecida y apoyada con la gracia interior que el Espiritu Santo derramará en nuestros corazones, producirá en ellos, como lo espero, todo el fruto que me prometo de este discurso. Encaminemonos à Maria Santissima, y digamosla: AVE MARIA.

Dos cosas, segun San Agustin, tienen particular eficacia para mover al hombre, y hacer impresion en su razon, la obligacion y el interes: la obligacion, porque es

racional; y el interes, porque se ama á sí mismo. Estos son los dos motivos, que por lo comun le hacen obrar. Pero es necesario, añade San Agustín, que estas dos maquinas se muevan á un mismo tiempo, para tener un efecto cumplido en el corazón del hombre; porque la obligación sin el interes puede poco, y el interes sin la obligación es cosa baxa y vergonzosa; uno y otro tienen una fuerza casi infalible, y una eficacia á la qual es quasi imposible resistirse. Mi intento, Christianos, el día de hoy, es inspiraros una perfecta sujecion á la Providencia divina, representandolos la indispensable obligación que tenemos de entregarnos á esta Providencia soberana, y fiarnos de ella, de conformarnos con sus decretos, y tomarlos por regla de nuestra vida. Para empeñarnos en esto, quiero mostraros el desorden y la desgracia del hombre, quando le niega á Dios este rendimiento; el desorden del hombre mirando á su obligación, y la desgracia mirando á su interes: su desorden es inseparable de su desgracia, pues es evidente que nace su desgracia de su desorden: su desgracia es inseparable de su desorden, pues esa desgracia es su justo castigo, como lo vereis, segun las leyes de Dios. En dos palabras: No hay delito mayor que el de un hombre del siglo que no quiere sujetarse á la Providencia; esta es la primera parte. No hay desgracia mayor que la de un hombre del siglo que no quiere conformarse con la disposicion de la Providencia; esta es la segunda: por el contrario, no hay prudencia mayor, que la de un Christiano que toma la fe de la Providencia por regla de todas sus acciones: ni hay felicidad mayor, que la de un hombre Christiano que pone todo el fundamento de su esperanza en la fe de la Providencia. Dos verdades de edificación y eficacia, que han de dividir este discurso.

I. PARTE.

Para corregir un desorden es menester conocerle, y para conocerle es necesario buscar y descubrir su principio. Hablo de un hombre del siglo que vive en un profundo olvido de Dios, que parece ha sacudido su yugo, y se ha hecho

cho un habito y estado de vivir sin dependencia de su Magstad; y en fin, de un hombre que sin declararse al descubierta, sino por la infelíz posesion en que se ha establecido de vivir á su arbitrio, y como licenciado, ha venido á parar (si me puedo explicar así) en desertor, ó si os parece, en apostata de la Providencia de Dios: procedes el mas deplorable, pero efecto el mas comun de la corrupcion del siglo. Quiero hacer que veais esto segun lo concibo yo. El que renuncia la Providencia, y quiere eximirse del imperio de Dios, no puede hacer esto sino por un espíritu de infidelidad, porque no reconoce esta Providencia ni la cree; ó por una rebeldía del corazón, que aunque la cree y la supone, no quiere sujetarse á ella. Examinemos estos dos principios, y veamos en qual de ellos es mas grosera y culpable esta ceguedad del impio.

Si es por espíritu de infidelidad, y porque no cree la Providencia, qué desorden hay que pueda compararse con este de no creer lo que sin duda, no solamente es lo mas creíble, sino tambien el fundamento de todas las cosas creíbles? De no creer lo que creyeron con sola la luz de la razon los Paganos de juicio? De no creer lo que aun dexando á un lado la fe, nosotros mismos continuamente experimentamos, lo sentimos, estamos obligados á confesarlo en mil ocasiones, con un testimonio que los primeros movimientos de la naturaleza nos arrancan? Pero sobre todo, de no creer la mas incontestable verdad por las mismas razones en que se funda, las quales son bastantes para convencernos de ella? Este es el estado de un mundano que no quiere reconocer la Providencia. Discurriramos por ellas punto por punto, y sirva para que quedemos instruidos. El mundano se ciega, dice San Juan Chrisostomo, en el mismo manantial de las luces, que es el Sér de Dios; pues la primera y mas inmediata consecuencia que se saca del Sér de Dios, es que hay Providencia. De donde se sigue, que renunciando esta Providencia, ó no se conoce ya á Dios (horrorosa impiedad!) ó se hace un Dios monstruoso, esto es, un Dios que no cuida de sus criaturas; un Dios que no se interesa en su conservacion ni en su perfec-

feccion; un Dios que ni es justo, ni sabio, ni bueno, pues nada de esto puede ser sin Providencia. Demas de esto, dice San Juan Christosotomo, se reduce à ser mas que Pagano en la Christianidad, ò à tomar, siendo Christiano, partido en el Paganismo mas monstruoso y estragado: pues apenas hay sectas. Paganas que hayan negado la Providencia, ni dudado de ella, sino las que con abominables máximas llevaban los hombres à los mas infames excesos, y à los mas sucios deleites: unas sectas en que era de desear que no hubiese en el mundo, ni Dios, ni ley, ni castigo, ni premio, ni providencia, ni justicia.

No es esto todo: como el merito de la fe consiste en hacernos esperar contra la misma esperanza: *Contra spem in spem*, (a) el delito del mundano en quanto à la Providencia, es hacerse incredulo sin juicio contra su misma razon: porque el mismo, siguiendo el solo instinto de su razon, admite, sin echarlo de ver, una Providencia en que no piensa. Cómo? Declarome: Cree que un Estado no puede estar bien gobernado sin un Principe de prudencia y de consejo. Cree que una casa no se puede mantener sin la vigilancia y economia de un Padre de familias. Cree que un baxel no puede ser bien conducido sin la atencion y destreza de un piloto; y quando ve que este baxel va bogando en medio del mar, que esta familia está bien regida, y que este Reyno florece con el concierto y con la paz, infiere sin duda, que hay aquí un espíritu y una inteligencia que preside: pero respecto de todo el mundo, quiere discurrir de otra manera, y que toda esta grande y vasta maquina del Universo se mantenga con el orden que vemos, por puro efecto del acaso. No es esto ir contra sus propias buces, y contradecir à su propio entendimiento? Añadid à esto las pruebas sensibles y personales que halla en sí mismo el mundano; pero le ciega y endurece respecto de ellas su obstinacion. No hay hombre que repasando los años de su vida, y haciendo memoria de todo lo

(a) Rom. 4. v. 18.

lo que le ha sucedido, no deba detenerse en algunos puntos fijos; quiero decir, en algunas ocasiones en que se ha visto en peligros de que ha escapado, ò en algunos sucesos felices ò desgraciados, pero extraordinarios y singulares, que le han hecho novedad y dado golpe, y son otras tantas señales visibles de una Providencia. Pues si esto es verdad en todos los hombres, lo es mucho mas en los que tienen alguna representacion en el mundo, en los que tienen parte en sus tramas, y están mas dentro de su comercio y de sus secretos; y mucho mas en los que viven en el centro del mundo, que es la Corte. Porque el mundo, ¿qué es, decia Casiodoro, sino el mayor teatro y escuela de la Providencia, en que por poca reflexion que se haga, cada instante se aprende que hay un poder, y una sabiduria superior à la de los hombres, que se burla de sus ideas, que dispone sus destinos, que eleva y abate, enriquece y empobrece, mortifica y vivifica, y hace en él todo lo que quiere como árbitro supremo de todas las cosas? Luego no hay hombres en el mundo, que segun las reglas ordinarias debiesen creer con fe mas firme la Providencia, que los que se factan mas de tener la prudencia del mundo, y ser en él los que saben; mas por oculto juicio de Dios, no hay comunmente quien sea mas infiel en punto de la Providencia, ni quien mas parezca que la ignora. Y como jamas hubiera en el mundo hombre menos digno de perdon, si concibiera alguna duda contra la Providencia, que el Patriarca Joseph, despues de los milagros manifiestos que Dios hizo en su persona, asi estos presumidos sábios del mundo son mas culpables en no admitir la Providencia, y en negarle à Dios un atributo, à cuya vista (por decirlo asi) se complace Dios en elevarlos.

Pasa mas adelante su ceguedad, y consiste en no querer dar libre y christianamente à la Providencia una confesion, que la dan muchas veces por necesidad, ò por mejor decir por impetu de despecho y desesperacion. Porque, atended Christianos; ese mundano que se olvida de Dios y de su Providencia quando está en prosperidad, y le sale

todo à medida de su desseo, es el primero que se queja de esa misma Providencia quando le viene una desgracia que no habia prevenido; y como si fuera para él de algun consuelo tener à quien atribuir su mala suerte, echu à Dios la culpa de que le suceda; y con la mas estraña contradiccion atribuye à esta misma Providencia lo que con impiedad altiva y soberbia la negaba. ¿Pues qué cosa mas extravagante, que no querer conocer la Providencia para obedecerla y conformarse con sus decretos, y conocerla para ultrajarla? Ved aun otra cosa que causa mas novedad; y es, que muchas veces el licencioso quiere dudar de la Providencia, por las mismas razones que la prueban invenciblemente, y bastaràn para persuadirla aunque fueran solas. Porque ¿en qué funda sus dudas sobre la Providencia? ¿En ver lleno de desordenes el mundo? Pues de eso mismo habia de inferir necesariamente, dice San Juan Christosotomo, que hay Providencia. En efecto, ¿por qué son desordenes estos de que está lleno el mundo? ¿Por qué le parecen desordenes, sino porque son contra el orden que debe haber en él? ¿Pues qué orden es este à que se oponen, sino la Providencia? Luego se forma la dificultad de lo mismo con que la dificultad se resuelve, y se hace infiel con lo que le habia de hacer mas firme en la fe. Pero si hubiera Providencia, dice, ¿sucederian en el comercio de los hombres tantas cosas de que ellos mismos se escandalizan? Respondo: ¿que los mismos hombres se escandalizen, no es una prueba autentica de la Providencia, que no permite que semejantes cosas estén autorizadas, y por eso mismo quiere que entre los hombres se tengan y se hayan tenido siempre por escandalosas? Si de nada se escandalizaràn los hombres, entonces pudiera dardarse si habia Providencia, y podría decir en su corazon el impio, que no habia Dios: pero mientras la insolencia del vicio escandaliza, mientras la misma censura del mundo condena la disolucion, y el odio público se levanta contra la maldad, la Providencia está defendida, y nada de todo esto prevalece contra ella. Pues siempre escandalizaràn estos desordenes, porque siempre habrá Dios y Pro-

VI-

videncia. Se comeraràn en el mundo, à la verdad, delitos vergonzosos, perfidias atrozes, y traiciones infames: pero son vergonzosos esos delitos porque la Providencia imprime en ellos, y nos hace ver ese carácter: se detestan esas perfidias como tales, porque hay Providencia que hace amar la buena fe; y se reputan por infames esas traicioes, porque hay Providencia que hace que se estime la honra y la virtud. Se ejecutaràn acciones, que el mismo que las executa se avergonzará de ellas, las condenará, y no las querrá reconocer: pero el mismo no querer reconocerlas, esos remordimientos, y esa confusion serán en sí mismas otros tantos testigos en favor de la Providencia. Al contrario, ¿qué argumento no sacarà de ellas contra la Providencia el impio, sino se desaprobàran, sino se intentaràn ocultar, y sino causaràn confusion? Ved el desorden de quien con espíritu de incredulidad renuncia la Providencia.

Mas supongamos que la renuncia sin ofensa de la fe, y por pura rebeldia del corazon. Es un desorden mas insufrible, creer que hay Providencia que preside en el gobierno del mundo, y no querer sujetarse à ella, ni tomarla por regla, ni obrar à una con ella; antes tener tanta temeridad, ó por mejor decir tanta falta de juicio, que no solamente quiera hacerse independiente de su gobierno, sino pretender tambien salir con el designio que se tiene, y conseguir lo que se intenta por modos distintos de los que la Providencia tiene señalados. Y no obstante, à este desorden conduce insensiblemente el espíritu del mundo. Aun creyendo la Providencia, se vive en él como sino se creyera: porque se cree en la Providencia (atendida à esto, amados oyentes míos, y reconoceros à vosotros mismos se cree que hay Providencia; y con todo eso se procede en los negocios del mundo con las mismas ansias, con las mismas impaciencias, con el mismo olvido de Dios en las felicidades, con el mismo desmayo en las aflicciones, y con la misma presuncion en las empresas, como si esta Providencia fuera un nombre vano, y no decidiese ni tuviese parte en nada. En efecto, si la fe

Bb 2

de

de la Providencia entrara en la conducta de nuestra vida tanto como debia entrar , es decir , si jamas perderiamos esta Providencia de vista , y cada uno de nosotros se mirara como un vasallo nacido para executar sus decretos, por el mismo caso fuera racional quanto hubiera en nosotros : jamas estuvieramos apasionados , no fueramos impetuosos , vanos , inquietos , altivos , envidiosos , ni ingratos á Dios , ni injustos con los hombres : teniendo sujecion á esta Providencia , fueran sin codicia nuestros intereses en el mundo , sin ambicion nuestras pretensiones, y nuestras ventajas sin soberbia : no abusáramos de los bienes , ni de los males , y conserváramos en todas las cosas aquella santa moderacion de afectos y deseos , que (segun la sentencia de San Pablo) nos hiciera en la prosperidad modestos , y en la adversidad sufridos. ¿Por qué? Porque todo esto se encierra en lo que yo llamo subordinacion, ó sumision de un alma fiel á la Providencia de Dios. Mas como el espiritu del mundo que predomina en nosotros nos hace abandonar esta Providencia , damos en mil desórdenes por una consecuencia inevitable. Recibimos de Dios beneficios sin reconocerlos , y castigos sin aprovecharnos : lo que habia de convertirnos , nos endurece ; lo que nos habia de santificar , nos irrita y nos desespera : nos ensoberbecemos quando nos habiamos de humillar , y nos turbamos quando habiamos de alabar á Dios y consolarlos. Las felicidades ajenas las convertimos vergonzosamente en pesares nuestros , y los pesares ajenos en infames regocijos. No hay un solo afecto en nuestro corazon, que no esté fuera de su lugar ; y es porque no recibimos la impresion del primer móvil , quiero decir , de la fe de la Providencia. Pues Señor , ¿cómo no hemos de ser entre todas vuestras criaturas las mas delinquentes , si apartándonos de un gobierno tan santo y acertado como el vuestro , no nos quedan sino caminos errados y engañosos , en que daremos tantas caidas como pasos?

Atended , Christianos , y para enteraros bien de la verdad que os predico , reparad que ese hombre del siglo que se separa de la Providencia para no depender de ella , no

lo

lo hace sino para vivir segun el acaso , y para seguir como ciego el corriente de la fortuna , que arrastra todos los espíritus delicados : ó por gobernarse por los respetos de la prudencia humana , cuyo partido siguen los sábios del mundo. Pues uno y otro es para Dios el ultraje mas sensible , y todos vosotros habeis de seguir mi parecer. Porque no tener otro principio para el gobierno propio que la fortuna , y querer dexarse llevar de su corriente , ¿no es caer en la idolatria de los Paganos , que (como observa San Agustin) en lugar de adorar los consejos de Dios en los sucesos del mundo , se fingian una divinidad extravagante , que ellos llamaban *Fortuna* , llegando á erigirla templos , á invocarla en sus necesidades , á ofrecerla sacrificios para amansarla , y darla gracias quando suponian que les era favorable? Idolatria , cuyos abusos no podian tolerar los mismos sábios del Paganismo. ¿Qué indignidad, decia Plinio , ver hoy la Fortuna universalmente invocada , adorada y reverenciada como la divinidad del mundo , con desprecio de los mismos Dioses! *Quid enim est, quod nunc toto orbe, locisque omnibus Fortuna invocatur, una cogitatur, una nominatur, una colitur?*

¿Pues no es esto mismo con lo que daba Dios en cara al pueblo de Israel por boca de Isaías , quando les decia: *Et vos qui dereliquistis Dominum, qui oblitistis montem sanctum meum, qui ponitis Fortunam mensam, & libatis super eam; numerabo vos in gladio?* (a) Vosotros que habeis despreciado mi culto, que levantaiis altar á la Fortuna, y con una oculta apostasia la ofrecéis en vuestros corazones sacrificios , sabed que no os ha de perdonar mi justicia vengadora. Pues no ha sido este sacrilegio delito de Judios y Paganos solamente: aun se vé en la Christiandad, y especialmente en la Corte. Si , amados oyentes míos , y lo sabeis vosotros mejor que yo ; el idolo de la Corte es la Fortuna , la Corte es el lugar donde se adora y se le sacri-

fi-

(a) Isai. 65. v. 11. & 12.

fica todo, la quietud, la salud, la libertad, la conciencia y la salvacion: por ella se reglan en la Corte las amistades, los respetos, los servicios, las complacencias, y aun las obligaciones. Si un hombre se halla en fortuna, ese es nuestra divinidad; y sus vicios nos parecen virtudes, sus palabras oráculos; y sus voluntades leyes. ¿Me atreveré á decirlo? Si un demonio salido del infierno se hallára en un grado superior de elevacion y favor, se le ofrecieran incienso: pero llegue á caer ese hombre en quien se idolatraba, no esté ya en el puesto, apenas habrá quien le mire. Todos aquellos falsos adoradores desaparecen, y son los primeros que se olvidan: ¿Por qué? Porque no subsiste ya este ídolo de la Fortuna que en él se respetaba. Yo sé que en todo esto se miran los hombres á sí mismos; pero este es su desorden, mirarse y busearse á sí mismos fuera de Dios y de su Providencia. No hay, aun entre los virtuosos y espirituales, quien no se dexa deslumbrar del resplandor de una fortuna mundana, y no tenga parte en esta idolatría. No digo por esto, que absolutamente no sea licito valerse de los que están en elevacion, mas con tal que se consideren como Ministros de la Providencia: con tal que no se tenga confianza en ellos sino en orden á los intentos de Dios; con tal que no sirva su favor, como lo vemos cada día, para oprimir al uno, para armar lazos al otro, para mantener la injusticia, y para hacer que triunfe la maldad.

Parece que el partido de los que abandonan la Providencia, y se rigen por la prudencia humana, debía estar expuesto á menos desordenes: pero en esto nos engañamos. En los parciales de la Fortuna hay mas temeridad; pero en estos sábios del mundo mas soberbia. ¿Pues hay cosa que ofenda á Dios mas que la soberbia? No se vé en esto mismo evidentemente? Porque ¿qué soberbia no es, que un hombre fiándose y asegurándose de sí mismo, juzgue que sabe bastante para gobernarse, y tener despues derecho de gloriarse de sus buenos sucesos, llegando interiormente á decir como aquellos impios en la Escritura: *Manus nostra excelsa, & non Dominus, fecit hæc omnia.*

nia. (a) Yo me he hecho lo que soy: á mí me lo debo: con mi industria y con mi trabajo lo he conseguido: el buen estado de mi casa, el buen exito de mis dependencias, y la dignidad en que me hallo, todo esto es obra de mis manos, y no de las del Señor; Qué soberbia, no tener en mil ocasiones bastante luz para pasar sin el consejo de los hombres, y pensar que tenemos bastante para no estar obligados á consultar á Dios! Y para reducir esta verdad á alguna especie particular; ¿qué desorden es (pongo por exemplo) que un padre, siguiendo solo las máximas de la sabiduria del mundo, se tenga por capaz para disponer totalmente á su alvedrío de sus hijos, determinar sus vocaciones, hacerles entrar en tales empleos, procurarles tales beneficios, y hacerles echar por este, ó el otro rumbo, sin examinar si Dios los quiere llevar por esos caminos! Y pues todo esto está tan estrechamente unido con la salvacion suya y de sus hijos, ¿á qué se expone, y qué espantosas consecuencias se siguen de ahí para él y para ellos? Porque al fin, desde que el hombre intenta gobernarse por sí mismo sin dependencia de Dios, toma sobre sí delante de Dios todas las consecuencias. Si fueren desgraciados, sobre sí toma la culpa; y como la prudencia humana, aun la mas refinada, está sujeta á mil errores, ¿quién podrá decir las deudas que va amontonando unas sobre otras, de las quales habrá algun día de dar cuenta al Juez supremo? Quando recurro á Dios, quando despues de haber deliberado con madurez, segun el espíritu de mi Religion, y haber procurado con buena fe conocer la disposicion divina, me llevo á resolver y determinar, puedo tener la confianza de que determino seguramente, ó de que Dios suplirá si falto en alguna cosa, y que si yo voy errado, Dios tendrá otros caminos para enderezarme. ¿Por qué? Porque en quanto está de mí parte he seguido las reglas de la prudencia christiana, pidiéndole que me alumbre, y valiendome de los medios que me ha da-

(a) Deut. 32. v. 27.

do para conocer su voluntad. Pero quando quiero guiar-
me por mí, he de dar cuenta de mí, y se la he de dar á un
Dios zeloso de sus derechos, que estando ofendido de mi
soberbia, no está en disposicion de hacerme gracia. Pues
¿en qué abismos no voy á precipitarme? Porque (insis-
tiendo en el mismo exemplo) si un padre dispone de sus
hijos segun las ideas de esta detestable política del mun-
do, que le sirve de regla, ¿qué sucede? Bien lo sabeis;
que para elevar al uno sacrifica á los demas: y preocupa-
do del amor de uno, no guarda justicia á los otros. Des-
tina á la Iglesia los que pudieran cumplir con su obliga-
cion en el mundo: pone en los empleos del mundo á los
que pudieran servir utilmente á la Iglesia; y como su des-
tino temporal tiene concatenacion casi infalible con su
predestinacion eterna, pensando ponerlos bien á todos, á
todos los condena, y se condena con ellos, y por ellos. Si
como christiano hubiera recurrido á Dios, se hubiera pre-
servado de todos estos desordenes; pero solo ha querido
creer á sí mismo, y creyendose á sí, se ha perdido, y ha
hecho que sus hijos se pierdan; y se ha hecho para con
Dios reo de la perdicion de ellos y de la suya.

Por esto Salomon, el mas sábio de los hombres, le
hacia á Dios esta peticion excelente: *Da mihi sedium tua-
rum assistentiam sapientiam, ut mecum sit, & mecum labo-
ret, & sciam quid acceptum sit apud te.* (a) Dadme, Se-
ñor, aquella sabiduría que está sentada con Vos en vues-
tro Trono, para que trabaje conmigo, y sin engañarme
me enseñe como debo obrar, y lo que es agradable en
vuestros ojos. Peticion es esta, amados oyentes míos, que
todos nosotros, segun nuestra condicion, debemos hacer
cada día: peticion que Dios oirá, porque será un vasalla-
ge que tributaremos á su Providencia; y hará descender
sobre nosotros las bendiciones mas abundantes del Cielo;
porque honrando á Dios, le empeñará en que se interese
por nosotros. Sin esto, y sin esta sumision á la Providen-
cia

(a) Sap. 9. v. 4. & 10.

cia de nuestro Dios, no solamente serémos los mas cul-
pables, sino los mas desgraciados de todos los hombres.
Esto habeis de ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Es dictamen de San Agustin, (y que no puede contes-
tarse, y me parece no menos propio para imprimir en no-
sotros una idea alta de Dios, que para darnos un perfecto
conocimiento de nosotros mismos) que Dios no fuera
Dios, si fuera de él pudieramos hallar una sólida felici-
dad; y que la prueba mas convincente, y sensible de que
es nuestro ultimo fin, y nuestra suma bienaventuranza, es
que al apartarnos de Dios por el pecado nos hacemos in-
felices: *Jussisti, Domine, & sic est, ut omnis animus
inordinatus poena sit sibi ipsi.* Vos lo habeis ordenado
(decia este hombre grande confesandole humildemente á
Dios, y llorando sus miserias) Vos lo habeis mandado así,
este decreto se executa cada día, que todo espíritu que
se desordena y quiere salir de los terminos de la sujocion
y dependencia, separandose de Vos, halle en sí mismo su
tormento. Pues esta es puntualmente la segunda proposi-
cion que estableci: y basta haberla concebido para estar
persuadidos á ella. La mayor infelicidad del hombre es
apartarse de Dios, y pretender eximirse de las leyes de su
Providencia: Por qué? Ved aquí las razones. 1. Porque
apartándose de esta Providencia adorable, queda el hom-
bre, ó sin gobierno, ó abandonado al suyo propio, que
es una causa infalible de todos los males: 2. Porque dex-
ando él á Dios, por el mismo caso obliga á Dios á que le
dexé, y retire de él aquella proteccion paternal en que
consiste, segun la Escritura, toda la felicidad de los jus-
tos en la tierra. 3. Porque por el mismo caso se priva del
mas dulce, ó por mejor decir, del unico consuelo que
puede tener en algunas adversidades, en que solo pudiera
mantenerle la fe de la Providencia. 4. Y en fin, porque no
queriendo depender de Dios con una sumision libre y vo-
lun-

luntaria, depende de él á su pesar con una dependencia forzada; y reusando el cautivarse baxo de una ley de amor, no puede evitar la sujecion á las leyes mas asperas de una justicia rigurosa. Quatro razones que necesitarán de otros tantos discursos, si se hubieran de tratar con toda la extension y eficacia que tienen; pero sola su explicacion llana y breve bastará para persuadiros y moveros.

Imaginad primero (decia San Juan Chrisostomo) un baxel en medio del mar, combatido de vientos y tempestades, y aunque bien equipado y proveido de todo lo demas, fulto de piloto y de timon: pues este es el hombre en la corriente del mundo, quando no tiene á Dios por regla del gobierno de su vida. A falta de la Providencia, en qué puede estribar, y de qué puede fiarse? Si fuera de esta Providencia pudiera hallar alguna cosa estable en que parar y poder estar fixo, fuera quizá menos digno de compasion; pero es preciso que confiese conmigo, que renunciando la Providencia, y sacudiendo el yugo de Dios, solo le queda uno de estos dos partidos, ó poner sus esperanzas en los hombres, ó no tener mas recurso que á sí mismo: y por qualquier parte es su suerte igualmente desgraciada: haga lo que quisiere, es infeliz sin remedio y sin disputa; porque si bien se entiende, qué cosa hay mas terrible, que estar reducido á no tener mas recurso que á sí mismo? Por poco que el hombre se conozca, hay cosa que pueda desconsolarle mas, ni infundirle mas desmayo? Si me hallára solo y sin guia en una horrorosa soledad, expuesto á perderme sin remedio, tuviera unos temblores mortales. Si en una enfermedad recia me viera abandonado, sin tener quien cuidase de mí sino yo, no me atreviera á tener esperanza de salud. Si en un negocio capital, en que no solamente me fuera la fortuna, sino la vida, no tuviera de quien aconsejarme sino de mí solo, me diera por perdido sin remedio. Pues cómo en medio del mundo, de tantos escollos y lazos como me cercan, de tantos peligros que me amenazan, de tantos enemigos que me persiguen, y de tantas ocasiones en que me

puedo perder, podré vivir en paz y sin continuos sustos, no teniendo de quien valerme sino de mí mismo? Christianos, en lo que consiste siempre la infelicidad del hombre es en el mismo hombre obstinado en no querer depender sino de sí mismo. Lo que hace al hombre infeliz, no es lo que está fuera de él, ni lo que está sobre él, ni lo que parece que es mas declaradamente contra él; el mismo hombre es la causa de sus tormentos, porque quiere tenerse por regla de sus acciones; y de necesidad ha de ser así; porque como los pensamientos de los hombres, segun la Escritura, son inciertos, confusos y tímidos, especialmente en lo que les toca: *Cogitationes mortalium timide*; (a) si el hombre reducido á sí mismo no se gobierna sino por lo que por sí alcanza, por el mismo caso cae en la inquietud, en la irresolucion, y en la turbacion, no pudiendo asegurarse de nada, obligado á desconfiar de todo, abandonado á sus caprichos, á sus desigualdades y á sus inconstancias, esclavo de una imaginacion que juega con él, y sujeto á las alteraciones de los humores que le dominan. Como está lleno de pasiones, y pasiones totalmente contrarias, debe temer que le despedacen; y si se encierra en sí mismo, por el mismo caso, segun la diferencia del humor de que se halla, está oprimido de la tristeza, dominado del miedo, envenenado del odio, perdido de juicio por el amor, consumido de una ambicion desmesurada, perdido de las mas infames envidias, arrebatado de la ira, y fuera de sí por el dolor, hallando en sí mismo, no un castigo, sino un infierno.

Bien sé, Christianos, que tiene una razon superior á todo esto, de la qual puede y se debe ayudar; mas si esta razon por un lado le puede ayudar, por otro qué no le hace padecer? De qué le sirve, dice San Agustin, esta razon que no está sujeta á Dios, y está ceñida á sus luces tibias, sino de hacerle mas desgraciado, de descubrirle unos

bienes que no puede alcanzar, de representarle unos males de que no puede huir, de excitar en él unos deseos que nunca satisface, de causarle unos arrepentimientos que siempre le atormentan, de ponerle hastio en lo que tiene, de hacerle sentir la privación de lo que no tiene, de hacerle conocer en el mundo mil injusticias que le hacen desesperar, y mil indignidades que le traen en una inquietud continua? De todo discurre, pero sus discursos le afligen; todo lo ve antes que suceda, pero su vista le es una muerte; hace estudio de ser prudente y sabio, mas no nacen de esa misma prudencia y vana sabiduría sus desazones y sus pesares. Si se dexára gobernar de Dios, la sola vista de una Providencia ocupada en velar sobre él, fijaria sus pensamientos, pondria terminos á su codicia, amansara sus pasiones, fortaleciera su razon, y fuera feliz con el sosiego de todas las potencias de su alma; pero como lo quiere ser sin Dios, y por sí mismo, no halla fuera de Dios, ni en sí mismo sino miseria y aflicción de espíritu.

Qué hará pues? Pondrá su confianza en los hombres convencido de su insuficiencia propia, y no queriendo seguir el partido de Dios? Ay! amados oyentes míos; esta es mucho mayor miseria; porque infeliz, dice el Espíritu Santo, del que pone sus esperanzas en el hombre, y se apoya sobre un brazo de carne: *Maledictus qui confidit in homine, & ponit carnem brachium suum.* (a) Y en efecto, dexando todo lo demas, á qué servidumbre no obliga ese estado? Qué baxeza, tomar sobre sí el yugo del hombre, sacudiendo el de Dios! Quiero decir, no haber de vivir sino al gusto del hombre, no poder mantenerse sino con su autoridad, no tener mas querer que el suyo, no poder hacer sino lo que le agrada, estar obligado siempre á adivinarle el gusto, á complacerle y lisonjearle: estar con una continua congoja, de si está ó no está en su gracia, de si él está ó no está contento: hay mas enfadosa, ni mas cansada esclavitud? Pero depender de Dios, de quien

(a) Jer. 17. v. 5.

estoy seguro que no me ha de faltar su Providencia, en esto está mi felicidad, y lo estaba la de San Pablo quando decia: *Scio cui credidi.* (a) Sé de quien he fiado mi depósito. Al contrario, quando en lugar de Dios en quien no me quiero aquietar, fio mi destino y mi suerte, de unos hombres ligeros, interesados, amantes de sí mismos, que no me estiman sino por su interes, ni se les dará nada de abandonarme luego que empezare á serles molesto, ó acabare de serles útil: Ay! Christianos, por poco juicio que tenga, he de confesar que no hay desgracia como la mia. Y ciertamente, dice San Juan Chrisostomo, si esta amable Providencia de Dios pudiera suplirse en orden á nosotros con la proteccion de los hombres, fuera con la de los Principes, á los cuales miramos como unos Dioses de la tierra, ó con la de sus Ministros y Privados, que nos parecen omnipotentes en el mundo. Pues estos son cabalmente en los que la Escritura nos advierte que no pongamos nuestra esperanza, si no queremos edificar sobre un fundamento ruinoso: *Nolite confidere in Principibus.* (b) Y para que la experiencia nos hiciese mas visible este punto de fe, el favor de estos, solicitado con porfia, y mantenido sin provecho, es el que por justo castigo de Dios hace cada dia mas infelices, mas engañados, mas desamparados y sacrificados, y consiguientemente mas testigos de esta gran verdad, que en los hijos de los hombres, aun segun el mundo, no hay remedio: *In filiis hominum, in quibus non est salus.* (c)

Pero ved aquí, Christianos, el colmo de la ceguedad del mundo. Por mas persuadido que esté un hombre de una verdad que tiene tantas pruebas, y tanto nos importa el comprenderla bien, no obstante porfia en que la ha de contradecir; y mas quiere ser infeliz dependiendo de una criatura, que sujetandose al Criador ser dichoso. A pesar de las pruebas rigurosas que cada dia se hacen de la tibieza, de la aspereza y de la insensibilidad de estas falsas divinidades

(a) 2. Tim. 1. v. 12. (b) Psalm. 145. v. 2. (c) Ibid. v. 3.

des de la tierra, es tal su encanto, que mas quiere padecer y gemir fiando en ellas, que tener libertad con una santa confianza en Dios. Preguntad à esos adoradores del favor, à esos esclavos y parciales del mundo, lo que pasa por ellos; y ved si hay uno solo que no confiese, que su estado tiene mil sinsabores, mil desazones, y mil mortificaciones inevitables. No habian asi aun en el tiempo de sus prosperidades? Y quando despues de tantos artificios viene su politica à dar en tierra, y con una desgracia improvisa que desconcierta y desbarata todos sus designios, se ven olvidados, dexados y en desprecio: Ah! hermanos míos, exclama San Agustin: entónces si que tributan un solemne vasallage à la Providencia, de la qual no quisieron depender: pero entonces Dios en castigo, y con una especie de irrisión que le permite su justicia sin oponerse à su misericordia, cree que tiene razon para responderlos con estas palabras del Deuteronomio: *Ubi sunt dii eorum, in quibus habebant fiduciam? Surgant, & opitulentur vobis.* (a) Dónde estan aquellos dioses en que os fiabais? Dónde estan aquellos Dioses, cuya proteccion os deba tanta fiera? *Surgant, & in necessitate vos protegat.* (b) Manifiestense ahora, y vengan à socorremos. Estos eran vuestros Dioses, y mas os fiabais en ellos que en mí: en pues, recurrid à ellos en el extremo en que os hallais, y pues los habeis servido como à divinidades, que os saquen del abismo, y os levanten: *Surgant, & opitulentur vobis.*

Pues entónces qué consuelo puede haber para un hombre abandonado de Dios, despues que él abandonó à su Magestad? Qué consuelo, digo, especialmente en ciertos estados de la vida, en que sola la fe de la Providencia puede confortarnos? Porque mientras me alumbraba la fe, y estoy bien persuadido de este principio, que hay un Dios repartidor de bienes y males, de suerte que nada me sucede sin su orden, y todo es por mi salvacion y por su gloria, tengo en mí un reparo contra todos los infortunios.

Por

(a) Deut. 32. v. 37. & 38. (b) Ibid. v. 38.

Por mas indocil y rebelde que sea, no dexo por lo menos en la parte superior de mi alma, y con la luz que me da la fe de decirme à mi mismo: *Injuntamente murmuro, y me quejo*: Dios lo ha dispuesto así, pues si es su voluntad, debo someterme à ella. Condenandome de esta suerte me consuelo, y este pensamiento me fortalece: aunque al principio no halle gusto en él, basta aprobarle y poder traerle à la memoria quando quisiere, para que me sirva de recurso en mi dolor. Pero borrada en mi alma la idea de la Providencia, si me sobreviene una afliccion de aquellas en que la razon del hombre se apura, y no puede hallar en el mundo algun consuelo, dónde estoy, y qué me resta sino beber todo el caliz, como los pecadores, sin temperamento ni mezcla? *Veruntamen fœx ejus non est cinanana; bibent omnes peccatores terra.* (a). Pues en el discurso de la vida, y de las revoluciones tan ordinarias en ella, no hay cosa mas comun que este linage de estados y varias disposiciones: y Dios, Christianos, le permite para convencernos mas sensiblemente de la necesidad que tenemos de tomar partido con su Providencia, y hacernos ver la diferencia de los que confian en ella, y de los que no quieren ir por sus caminos. Porque de ahí nace que un justo, afligido, perseguido, y si quieres, oprimido, está sosegado, posee su alma en paciencia, y con una paz que, segun el Apostol, excede todo sentido humano, saca de sus mismos males su consuelo: Por qué? Porque ve en el Universo una Providencia, y tiene gusto de conformarse con ella: *Dominus dedit, Dominus abstulit: sicut Domino placuit, ita factum est.* (b). El Señor me había dado estos bienes, él mismo me ha privado de ellos: sea su nombre bendito para siempre. Pero el impio, herido del golpe que le aterra, hace el papel de un condenado, blasfemando contra el Cielo, teniendo por aborrecible quanto hay en la tierra, acusando à sus amigos, lleno de furor contra sus enemigos, desesperandose, y no hallando en su desesperacion,

CO-

(a) Psaim. 74. v. 9. (b) Job 1. 4. v. 21.

como el rico del Evangelio , una gota de agua ; es decir, de suavidad , ni de consuelo : solo podia sacarla del manantial de la Providencia , y para él está seco. Esto le hacia decir à San Juan Chrisostomo , que quien se opone à la Providencia hace guerra à su felicidad , porque la mayor felicidad del hombre está en creer que hay Providencia en el mundo , y en sujetarse à sus decretos.

Pero qué digo , Christianos ? El mundano mas rebelde no está baxo del dominio de la Providencia ? Si lo está , y lo estará mal que le pese ; pero ese es el remate de su desgracia : porque de dos especies de Providencias que Dios exercita en los hombres , una de rigor , y otra de bondad , una de justicia , y otra de misericordia , quando se aparta de aquella Providencia favorable en que debia buscar su reposo , se halla entregado en manos de aquella Providencia rigurosa que le persigue , para hacerle sentir su mas dominante imperio. Como si le dixera Dios : tu no quisiste ponerte baxo de esta , pues la otra te dará que padecer : pues con ley irrevocable y eterna he dispuesto que substituya la una à la otra ; y nada puede estar fuera de su jurisdiccion en la extension que las he dado. No te ha podido obligar la Providencia de mi amor , y de aqui adelante será la Providencia de mi justicia la que te contendrá , te reprimirá , hará que sientas su rigor con venganzas , ya ocultas , y ya manifiestas ; ya con humillaciones , ya con aflicciones , ya con las prosperidades que te harán perder el juicio , ya con adversidades que te oprimirán , ya con dulzuras que envenenarán el corazon , ya con amarguras que te irritarán , te llenarán de sinsabores , y no te enmendarán , te reducirá à tu pesar à la sujecion. De este medio se ha valido Dios tantas veces con algunos pecadores señalados. Asi trató à Faraon , à Nabucodonosor , à Antiocho , y à otros muchos. No quisieron reconocerle como Padre , y se vieron forzados à sufrirle Juez. No quisieron servir para glorificar su Providencia amable y bienhechora ; y sirvieron para glorificar su Providencia soberana y omnipotente : *Ponam te in exemplum.* (a)

(a) Nahum 3. v. 6.

Yo

Yo haré un exemplar en tí , decia por su Profeta à un licenciado ; y esto hizo y hace aun con el Pueblo Hebreo. Milagro es este permanente de la Providencia de un Dios irritado. Milagro , que solo él basta para convencer los espiritus mas incrédulos , de que hay en el mundo un Dueño soberano , y un Dios en cuya presencia toda criatura debe humillarse , y à quien es razon que todos los hombres obedezcan : si tenemos , hermanos míos , algun respeto à nuestra obligacion , ó à nuestro interes , sujetemonos à Dios y à su Providencia. Sujetemosle todos nuestros intentos , y sin despreciar los medios racionales que nos permite para salir con ellos , sin perdonar à nuestros cuidados , por lo demas dexemosle el suceso quieta y absolutamente. Demosle igualmente gracias en los bienes , y en los males : en los bienes , recibiendoles con reconocimiento ; en los males , llevandolos con paciencia. Pidamosle sin cesar , que se haga su voluntad en nosotros asi en la tierra como en el Cielo ; en la tierra donde nos quiere santificar , y en el Cielo donde quiere coronarnos. Esto es lo que yo os deseo.

SERMÓN

PARA EL LUNES DE LA CUARTA
Semana.

Sobre el Sacrificio de la Misa.

Recordati sunt verò Discipuli ejus, quia scriptum
est: Zelus domus tuæ comedit me.

Acordaronse, pues, sus Discipulos, que está escrito: El zelo de tu casa me consume. Joan. cap. 2. v. 17.

Si se trataba de la casa de Dios, no hay que asombrarse de que el Salvador del mundo, enviado para defender los intereses, y volver por la honra de su Padre, mostrase tanto zelo contra estos sacrilegos que profanaban el Templo, echándolos de él con azote en mano, y dando en tierra con las mesas, y con lo que vendían. Succedieron nuestras Iglesias en lugar de este primer Templo; pero con tanto mayor gloria, quanto mas precioso y augusto es el Sacrificio que en ellas ofrecemos. Porque, segun la advertencia de S. Agustin, lo particular de las Iglesias, lo que las consagra, y las da un caracter propio de santidad, es el Sacrificio de la Misa. Nuestros Templos son Santos por la Magestad divina de que estan llenos: son santos por los exercicios de Religion que en ellos se practican: son santos por las oraciones de los fieles que en ellos se juntan: son santos por las alabanzas de Dios que se cantan, y por los favores que Dios comunica en ellos: pero, como añade San Agustin, Dios

en

en todas partes se halla, en todas hace favores, y en todas se le puede pedir, bendecir, servir y adorar; solamente el Sacrificio de la ley de Gracia no se le puede ofrecer en qualquier lugar, sino solamente sobre sus Altares. Pero sea lo que fuere de esto, hoy intento hablaros de este adorable Sacrificio de la Misa: quiero enseñaros el espíritu y afectos con que debéis asistir en él: quiero, en quanto me sea posible, corregir tantas irreverencias y abusos como se cometen en él. Este es asunto particular, cuya materia puede encender todo el zelo de los Ministros de Jesu-Christo; porque no es solo el punto sobre la casa de Dios, sino sobre lo mas venerable y excelente que hay en ella: y si logro que en este punto os enmenéis, desterraré casi todos los escandalos que vemos en nuestros Templos; pues la verdad es, que la ocasion mas ordinaria de ellos es el Sacrificio. Vos, Señor, sois testigo de esto, y tambien lo sois nosotros; y por poco que nos mueva vuestra gloria, à qué hemos de oponernos con mas eficacia, ni hacer guerra con mas ardor? Para esto necesito de vuestra gracia, y la pido por la intercesion de Maria: AVE MARIA.

No perdamos tiempo, Christianos; y entrando desde luego en el asunto, digo que no hay cosa mas digna de nuestra atencion y de nuestros respetos, que el grande y santísimo Sacrificio de la Misa. Dos razones os convencerán, y harán en dos palabras la division de este discurso; porque yo considero este adorable Sacrificio en dos maneras, y con dos respetos; es à saber, respeto à su fin, y respeto à su materia. Qual es su fin? Dios, y qual es su materia? El mismo Dios. Explicome, y esto os dará à entender todo mi pensamiento. En efecto, amados oyentes míos, qué intentamos en el Sacrificio de nuestros Altares? honrar à Dios: ved ahí como Dios es el fin. Pero para honrar mejor à Dios en este Sacrificio, qué le ofrecemos? A un hombre Dios; y así el mismo Dios es la materia. De aquí saco dos proposiciones, que os pido mediteis bien, y os infundirán un santo horror quando asistiereis à los Misterios divinos. El Sacrificio de la Misa es sumamente respetable. Por qué? Porque es Dios à quien se ofrece: esta

Dd 2

se-

será la primera parte. El Sacrificio de la Misa es sumamente respetable. Por qué? Porque es un Dios el que en él se ofrece: esta será la segunda parte. Una y otra os instruirán en una de las mas importantes materias, que es el Sacrificio: é inspiraréos unas ideas altas de la grandeza de Dios, despertarán afectos de Religion en vuestros corazones.

I. PARTE.

Qué hacemos quando asistimos á los divinos Misterios, y al Sacrificio de nuestra Religion? No lo consideremos todavia segun la relacion particular que tiene con la persona del Salvador del mundo, sino en general como Sacrificio. Qué Sacrificio es este, y qué entendemos por estas palabras: *Asistir al Sacrificio de Dios vivo*? Ay! Christianos; puede ser que nunca lo hayais entendido bien, y por bien que lo podais entender, nada sobra; pues es una de vuestras mas esenciales obligaciones. Asistir al Sacrificio, es estar presente á la obra mas augusta y santa que tiene la Religion que profesamos; á una obra que tiene por fin inmediato y proximo honrar á la Magestad de Dios; á una accion, que tomada segun su ser y en su sustancia, consiste particularmente en humillar la criatura delante de Dios; á una accion, que es la unica con que se le puede tributar exterior y autenticamente á Dios el culto de una adoracion suprema. Esto es asistir al Sacrificio de la Misa de todos aquellos modos que nos pueden infundir el respeto y reverencia que á la Magestad de Dios se deben: asistir como testigos, como Ministros, y como victimas; como testigos, para autotizar el Sacrificio con nuestra presencia: como Ministros, para ofrecerle con el Sacerdote: como victimas, para ser, como dicen los Padres, sacrificados espiritualmente con la primera victima, que es Jesu-Christo. Pues si no cumplimos esta obligacion con aquella modestia y piedad que pide, no es preciso inferir que el principio de la fe está alterado, ó viciado en nuestros corazones! Entendamos cada uno de

estos artículos; y no perdaís tan sólidas enseñanzas.

Asistir al Sacrificio del verdadero Dios, es asistir á la obra mas santa y augusta que tiene la Religion. Esta es la causa, porque en las antiguas Liturgias el Sacrificio se llamaba *accion* por excelencia; y así le llamamos hoy, pues segun la observacion de un sabio Cardenal de nuestro siglo, estas palabras del sagrado Canon: *Infra actionem*, no significan otra cosa, que *infra sacrificium*: como si nos hubiera querido advertir la Iglesia, que el Sacrificio es la mayor accion de nuestra vida. Y esto es lo que ha infundido siempre en los pueblos unas ideas tan altas del Sacrificio, y de todo lo que pertenece á él: esto les ha hecho tan venerable la Magestad de los Templos, la santidad de los Altares, y la dignidad de los Sacerdotes. Afecto tan universal, que puede ponerse entre aquellos en que segun el pensamiento de Tertuliano, parece que nuestra alma es Christiana naturalmente. Pero qué consecuencias no puedo yo desde luego sacar contra vosotros de este principio? Cómo en una accion en que parece que la naturaleza nos ha hecho Christianos, el estrago de la disolucion cada dia nos haga ser Paganos, y menos que racionales? Porque al fin, amados oyentes míos, estais obligados á reconocer, que lo mas divino, y consiguientemente mas respetable, es el Sacrificio de Dios á quien servís: y con todo eso no temeis estar en él como si fuera la accion menos seria, y que mas impunemente pudiera despreciarse; venís á él con una imaginacion distraida, con unos pensamientos totalmente profanos, y con unos ojos divertidos; perseverais en él con frialdad, con fastidio, y con una postura indecente: si un hombre tratara un negocio temporal con tan poca consideracion, fuera despreciado. Aqui se trata del punto principal; porque (como explica San Ambrosio) es la materia de Estado que se trata entre Dios y la Iglesia; pero estais en él sin atencion; no observais en él modestia ni recogimiento; asistís por costumbre y de ceremonia; no aplicais vuestro espíritu ni vuestro corazón: pues no es esto ultrajar á Dios, y ultrajarle en la misma obra, y

al mismo tiempo que debéis honrarle especialmente!

Digo en la misma obra en que debéis honrarle especialmente: y esto es digno de advertencia; porque el Sacrificio mirado en orden à Dios, qué es, y cuál es su fin? El Sacrificio, dicen los Teólogos, es un acto de Religion, cuyo caracter propio es honrar el Sér divino. Pues qué, no se ordenan à este fin todas nuestras acciones santas y virtuosas? Es verdad, Christianos; pero no es este orden como el que tiene el Sacrificio. Ved como discurre: Dios es el fin general y ultimo de todas nuestras obras: esto es comun à todas; pero fuera de ese, cada obra de virtud tiene un fin proximo y particular que la distingue de las otras, y del qual depende su perfeccion. Pues digo, que el fin inmediato y particular que distingue el Sacrificio, es honrar à Dios: en todas las demas obras puede decirse que el hombre mas obra por sí mismo y por su interes, que por el interes de Dios: porque si hago oracion, es por conseguir los favores de Dios: si hago penitencia, es por satisfacer à su justicia; si me exercito en buenas obras, es por enriquecerme de merecimientos en su presencia; si recibo el Sacramento divino, es por santificarme uniendome con él. Pero en qué pongo la mira quando voy al Sacrificio? En honrar à Dios. Este es el unico fin que me propongo, y el que debe ser termino de mi intencion; si mi intencion se conforma con la naturaleza de mi accion, haced por aqui juicio de lo que debe pensarse de un Christiano que hace que sirva para deshonrar à Dios lo que unicamente debia servir para glorificarle. Qué hizo Dios al instituir el Sacrificio? Le dixo al hombre: Este es el vasallage que te pido y aguardo de tí: Tú no sabias bien hasta ahora reconocer la soberania de mi dominio; yo quiero enseñarte el modo de reconocerla, y con esta obligacion à cumplir asistiendo al Sacrificio del Altar. Esto supuesto, añade San Geronimo, profanar este Sacrificio con inmodestas y escandalos, venir à él como à un entretenimiento, como à un teatro, y como à un concurso mundano; salir de él sin algun afecto ni memoria de Dios: Ah! hermanos míos, esta es aquella especie de abominacion,

son, que vió profeticamente con horror Daniel, y habia de manifestarse en el lugar santo.

Pero comprehendamos bien toda la indignidad que hay en ella. Si el fin particular del Sacrificio es honrar à Dios, en qué consiste esta honra que le tributamos, ó debemos tributarle? Este culto, responde Santo Tomás, consiste en una actual protestacion que hago à Dios de mi sujecion; en una confesion reverente de mi miseria y baxeza; en un exercicio, por decirlo así, de anonadarme; y si soy pecador, en una confesion humilde y sincera de mi pecado: porque todo esto debe entrar en el Sacrificio, considerado de parte del hombre; y por eso se consume la hostia, para denotar que el hombre no es mas que una nada, asi en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia. En lo qual se vé, dice San Agustín, la admirable diferencia que hay entre la oracion y el Sacrificio. Porque la oracion, al levantar nuestro espíritu à Dios, nos levanta sobre nosotros mismos: pero el Sacrificio nos abate hasta baxo de nosotros mismos, anonadandonos delante de Dios. Por el sacrificio honro à Dios (si puedo explicarme así) à costa de mí mismo sér; y en la oracion me honra Dios en el trato que se digna tener conmigo, à costa de lo que es. Sea en eso lo que fuere, mi Sacrificio es inseparable de mi humildad; y como no puedo humillarme mejor delante de Dios, que ofreciendole el Sacrificio, tampoco puedo tener parte en el Sacrificio, sino humillandome delante de Dios. No sucede lo mismo con los Angeles, añade San Juan Chrysostomo; los Angeles pueden estar presentes al Sacrificio, y humillarse en él; pero la humildad de los Angeles no es como la de los hombres, esencial para el Sacrificio; porque siendo de los hombres, y no de los Angeles el Sacrificio que ofrece la Iglesia, no depende de la humildad de los Angeles, y si de la de los hombres, el que tenga su cumplimiento. Así, Christianos; qué desorden es, quando unos hombres que traen en sus frentes el carácter de la fe, vienen al Sacrificio no solamente sin esta religiosa humildad, sino con toda la soberbia de la disolucion y de

la impiedad? Qué apenas doblen en él las rodillas, qué tengan conversaciones, qué se porten como se les antoja, y sobre eso den de mano con desprecio á las prudentes advertencias y cariñosas reprehensiones de los Ministros del Señor! Desprecio, hermanos míos, que no debe entibiar nuestro zelo, ni cerrar nuestras bocas con un silencio tímido y cobarde, quando la obligacion de nuestro Ministerio insta para que nos expliquemos. Porque dónde estaria nuestra Religion, si tales abusos debieran tolerarse? Ah! Christianos, asistir al Sacrificio es venir á protestarle á Dios que dependemos de su Magestad, que lo esperamos todo de él, que á él solo adoramos, que estamos dispuestos por él á hacernos nada: pero pensais, amados oyentes míos, que le decís todo esto, portándoos como os portais, haciendo burla (si puedo explicarme así) del Altar, y de los Misterios que en él se celebran, tomando en él unas libertades que no dudo (pues se trata de la honra de mi Dios) de calificarlas de insolencias, y manteniéndolas hasta en el Santuario con una osadía y una protervia que de ninguna cosa se confunde? Y es esto, mugeres Christianas, lo que venís á protestarle con esa vana gloria que hacéis de dexaros ver con todas las señales de vuestra vanidad en nuestros Templos? No quiero censurar universalmente vuestras modas y costumbres: pero no puedo disimular lo que se opone á la Magestad divina, y al respeto que le es debido. Pues qué, os ha de acompañar toda la ostentacion del mundo quando entráis en la casa de Dios! Habis de sobresalir en ella con vuestros adornos y vuestras galas? Habis de querer tener en ella las preeminencias que el espíritu ambicioso del siglo ha erigido en unos imaginarios derechos, y recibir unos obsequios, sin los cuales supierais pasar en el Palacio de un Principe de la tierra? Es esta aquella humildad tan esencial al Sacrificio? Si una piedad sólida os llevara á él, le diriais á Dios: Ah! Señor, soy demasíadamente vana en medio del mundo, pero delante de Vos quiero ser humilde y modesta; y pues el Sacrificio es el tributo de humildad que os debo,

no

no he de estar en él con esta ostentacion que Vos reprochais. El mundo tiene otro estilo; pero no ha de ser el mundo mi regla: se censurará mi proceder; pero me basta que Vos le aprobéis. Decia Tertuliano á unas mugeres Christianas, y mas Christianas que vosotras, para qué son esos adornos en que tanto os esmerais? Vosotras habéis renunciado las vanidades del siglo, y no tenéis parte en las fiestas de los Paganos: Pues á qué fin adornaros con esos residuos del mundo, y llevarlos al Sacrificio de vuestro Dios? O costumbre profana! (exclamaba, y puedo yo tambien exclamar despues de él) las mugeres pretenden hacer ostentacion de unos trages magníficos y vistosos en un Sacrificio, cuyo fin principal es la humillacion de la criatura delante de su Criador. Se dexan ver, segun la expresion del Profeta Rey, tan adornadas, y aun mas que los Altares: *Circumornate ut similitudo templi.* (a) Emplean todo el tiempo, en qué? En mirarse, en contemplarse, en admirarse de sí mismas, en recibir un culto vano, en adquirir sacrilegas adoraciones, como si intentaran elevarse sobre el mismo Dios.

Demos mas luz á este pensamiento. No digo solamente, que el Sacrificio es una protestacion que el hombre hace á Dios de su sujecion al Sér divino; añado, que es una protestacion publica y solemne, en que pone á todas las criaturas por testigos de su Religion y rendimiento. Como si dixera: Cielos y tierra, Angeles y hombres, sed testigos, aqui vengo á declararme en vuestra presencia. Un Dios hay á quien adoro, un Dios autor soberano, y á él solamente le pertenece toda la gloria. Pues en este Sacrificio, y con él vengo á reconocer publicamente su dominio absoluto, y á sujetarme á él. Solamente en el Sacrificio se puede el hombre explicar así. No significan esto los demas ejercicios de Religion que practico, ó por lo menos no lo significan autenticamente, solo el Sacrificio es la confesion juridica de lo que soy, y de lo que debo

Tom. III. Quaresma.

Ee

a

(a) Psalm. 143. v. 18.

à Dios. Mas ay! hermanos míos: con qué inversion tan deplorable damos motivo à los Paganos y à los infieles, para que aun en medio del mas santo misterio nos hagan la misma pregunta, ó por mejor decir, el mismo cargo que temia tanto David oír de boca de los enemigos del Señor: *Ne forte dicant in Gentibus; ubi est Deus eorum?* (a) Porque pueden decirnos los idólatras, dónde está vuestro Dios? Vosotros quereis con esta ceremonia exterior hacer que formemos el juicio del culto interior que le tributais; y de eso mismo tomamos la prueba mas clara de que no tenéis Religion. Entrad en nuestros Templos, y aprended de nosotros. Vosotros decís que vuestro Dios es el Dios verdadero, mas por lo menos vosotros le dais una adoracion falsa. Al contrario, quereis persuadir que son falsas las divinidades que adoramos; pero à lo menos debéis confesar que las adoramos en espíritu, y sinceramente. Pues suponiendo vuestros mismos principios, y los dogmas de vuestra fe, cuál de estas dos cosas juzgais que es mayor delito; ser religiosos, como nosotros, siguiendo un error, ó profanar lo sagrado, como vosotros, profesando la verdad? De San Agustin es este modo de argüir, y este es el punto en que el Santo explayaba con tanta energia toda la eficacia de su eloqüencia y de su zelo.

Veamos también, para acabar de confundirnos, los titulos con que asistimos al Sacrificio soberano. Asistimos, dicen los Doctores, como testigos, como ministros, y como victimas. Como testigos; si hermanos míos; sois testigos de lo mas misterioso y secreto que pasa entre Dios y los hombres. Con este fin os admite al Sacrificio la Iglesia, y aun os obliga à que asistais à él con particular precepto. No hace esta honra à todos sin distincion, pues el mas riguroso castigo que da à sus hijos rebeldes, es excluirlas con sus censuras del Sacrificio que ofrece à la Magestad de Dios. Aun à los catecúmenos, aunque ins-

(a) Psalm. 78. v. 10.

instruidos ya en los misterios de la fe, los excluye de él porque no tienen el carácter del Bautismo. No admite sino à los fieles, cuya Religion es conocida, y cuya piedad quiere gratificar. Pero al mismo tiempo les obliga à que mantengan esta calidad de testigos con una reverencia digna de Dios. Quando Dios en la Escritura pone por testigos de una verdad las cosas insensibles, los Cielos se estremecen: *Obstupescite Caeli*, (a) y la tierra tiembla hasta en sus mismos cimientos: *Commota est, & contremuit terra*. (b) Pero Vos, amados oyentes míos, que sois testigos del Sacrificio formidable que se ofrece sobre nuestros Altares, qué haceis en él? Ah! hermanos míos, exclama San Juan Patriarca Jerosolimitano; no habeis oído al Sacerdote que de parte de Dios os pide que esteis atentos? No os ha advertido que eleveis vuestro corazon al Cielo: *Sursum corda*? No le habeis respondido que le teniais puesto en el Señor: *Habemus ad Dominum*? Pero en ese mismo instante estais mas metidos en la tierra que nunca; en ese mismo tiempo, dando licencia de vagar à vuestros ojos, no buscáis sino objetos que, ó sirvan de cebo à vuestra curiosidad, ó en que halle vuestra ociosidad su entretenimiento. Para eso habeis sido llamados al Altar? Es esa la parte que tomais en un Sacrificio, en que no sólo sois testigos, sino Ministros?

Porque lo sois en efecto, amados oyentes míos, sea vuestra condicion la que fuere; por eso San Pedro ponderando la dignidad de los fieles, entre los demas titulos que tienen, les atribuye el del Sacerdocio: *Regale Sacerdotium*: (c) pues deben ofrecer el Sacrificio de su redencion todos los Christianos. Por eso el Sacerdote, quando celebra en el Santuario, no hace las funciones sagradas como persona particular, sino como quien representa à todo el Pueblo que asiste: y así no dice, yo ofrezco, yo ruego, yo protesto; si no protestamos, rogamos, ofrecemos; porque en efecto todo el Pueblo ofrece y pide con

Ec 2

el.

(a) Jer. 2. v. 12. (b) 2. Reg. 22. v. 8. (c) 1. Petr. 2. v. 9.

él. No porque todos esten revestidos del caracter del Orden (como dixeron algunos hereges, fundados en una sentença de Tertuliano mal entendida) sino porque todos los fieles, sin tener este sagrado carácter, como el Sacerdote que está especialmente destinado por Dios para ofrecerle el Sacrificio, son no obstante asociados suyos en esta importante accion. Accion tan santa (escuchad esto) que algunos han juzgado, que un Christiano estando en pecado, no podia sin incurrir en otro pecado nuevo asistir al Sacrificio. Sólo que se debe pensar en este punto: sé que es doctrina errónea, y aun escandalosa; pues se opone al precepto de la Iglesia, favorece la disolucion, y quita al pecador uno de los medios mas eficaces para convertirse: porque un pecador qué cosa puede hacer mas provechosa, ni de mas edificacion, ni mas eficaz para atraer à sí los favores del Cielo, que venir como el Publicano al Templo, y ofrecer en él, aunque indigno, este sacrificio propiciatorio, que una de sus virtudes es aplacar la ira de Dios? Qué cosa encomendaban mas los Profetas à los pecadores de su tiempo, sino que aplacasen à Dios y à su justicia con la oblation de las victimas della antigua ley? Lo que entonces servia para santificar à los hombres, habia de servir ahora para condenarlos? Es una proposicion temeraria, y la debemos reprobair à cara descubierta; pero reprobándola, insisto en el principio en que se funda, ó digamos mejor, en que parece que se funda; y de este principio incontestable saco otras consecuencias, que no deben hacernos temblar menos: porque si tenemos parte en este Sacrificio como Ministros, no será exágeracion que yo infera, que tantos delitos como se cometen en él se deben tener por otros tantos sacrilegios; que una conversacion, aunque indiferente, por razon del tiempo en que se tiene incluye dos culpas graves, una particular, y de omision en aquellos dias santos en que el Sacrificio es de precepto; otra comun de irreverencia; y de omision en qualquier tiempo, y en qualquier dia; que no cumple con el precepto de la Iglesia el que no velando sobre sí mismo, ni haciendo esmerá alguno por recogerse en la

la mayor obra de la Religion Christiana, dexa que su espíritu se distraiga libre y voluntariamente. Si saco estas consecuencias, es sin temor de exceder, pues hablo despues de los Teologos mas juiciosos y sabios.

Quién lo creyera, hermanos míos? (permitidme que sin insistir en otros, me detenga en aquel desorden que lloraba el Profeta Ezequiel, y del qual hacia una pintura tan parecida à lo que cada dia pasa entre nosotros.) Quién lo creyera, si tantas experiencias no nos lo hubieran enseñado, y nos enseñaran aun, que un Christiano escogido de Dios para ofrecerle un Sacrificio enteramente divino, y del todo adorable, quisiese hacer del mismo Templo un lugar de la mas infame recreacion; que mirase el Sacrificio como una ocasion favorable para su torpeza; que viniese à él para buscar el objeto de su passion, para verle, y ser visto de él, para hacerle sus obsequios, para manifestarle con sus rendimientos detestables su aficion, y entregarse à los mas sucios deseos de un corazon estragado? Con dolor hablo, y descubro vuestra confusion; pero faltara infielmente à lo que debo si la disimulara; y mas vale, como dice San Cipriano, manifestar nuestras heridas para curarlas, que encubrir las sin esperanza de remedio. No es de ahora el explicarse de este modo los Santos Padres. San Gerónimo, y San Juan Chrisóstomo no suavizaban esta doctrina mas que yo, quando decian que la inocencia y la castidad corria tanto riesgo (no podian decir mas) en los lugares santos como en las plazas públicas; que à veces era tan peligroso para una muger Christiana, ó mundana por mejor decir, asistir al Sacrificio como à los teatros y concursos seglares; que en otros tiempos las casas de los Christianos se consagraban para hacer Templos de Dios: pero despues, los Templos de Dios se habian convertido en casas de negocios y tratos. Estas son sus expresiones, que entendereis vosotros como quisierais; pero de qualquier modo que las entendais, lo que me hace gemir es, que se verifiquen casi en todo el rigor de la letra entre nosotros; y que la calumnia que se levantó en los tiempos de Tertuliano

contra los fieles, conviene à saber, que los mas infames tratos se forjaban y mantenian à la sombra de los Altares: *Inter aras lenocinia tractari*, este baldon, digo, que en los primeros siglos fue calumnia, sea una acusacion muy justa en nuestros tiempos.

Con esto, Christianos, os hallais en estado de asistir al Sacrificio como victimas? Os hallais en estado de ser vosotros mismos sacrificados con Jesu-Christo? Y no es este el modo con que os debeis hallar presentes à él? Escuchad la prueba que de esto dá San Agustin. Haciendo (dice este Santo Doctor) Jesu-Christo y la Iglesia un mismo cuerpo, es imposible que uno sea sacrificado sin otro. Si este hombre Dios es cabeza de todos los fieles, y todos están unidos con él como miembros suyos, deben quando se sacrifica por ellos, sacrificarse juntamente con él; y con una admirable correspondencia el Salvador del mundo ha de ofrecer à Dios en su persona toda la Iglesia, en virtud de una accion en que por toda la Iglesia es ofrecido el mismo à Dios: *Cum autem sit Christus Ecclesie caput, & Ecclesia Christi corpus, tam ipsa per ipsum, quam ipse per ipsam debet offerri*. De esta Teologia divina se sigue, que debemos ir al Sacrificio de nuestro Dios con el generoso afecto del Apostol Santo Tomás, quiero decir, para morir espiritualmente con Jesu-Christo: *Esamus & nos, & moriamur cum eo*. (a) Cómo estará un Christiano con esta disposicion en él? Representaos, hermanos míos, el estado de aquellas victimas antiguas que se sacrificaban al Señor, y se ponian sobre el altar: estaban atadas, privadas del uso de sus sentidos, y abrasadas en el fuego del holocausto: este grande exemplar habeis de tener. Como victimas de este increuente Sacrificio que ofrecéis, y en que sois ofrecidos, y especialmente como victimas espirituales y racionales, segun la doctrina de San Pedro: *Spirituales hostias*, (b) debe la Religion obligaros à una aplicacion respetuosa à este sagrado misterio: debe

(d) Joan. 11. v. 16. (b) 1. Petr. 2. v. 5.

vendaros los ojos, y hacer que esten cerrados à todos los objetos de la tierra: debe consumiros en el fuego de la caridad; pero si imitais el delito de los sucesores de Aaron, si como ellos llevais al Tabernaculo un fuego extraño, si es una pasion viciosa la que à él os conduce y os detiene en él, si en lugar de cautivar los sentidos les dais toda licencia: ay! hermanos míos (concluye San Juan Chrisostomo) victima sois en tal caso, pero victima de maldicion; victima sois, pero no de la misericordia, sino de la indignacion divina y de su venganza.

No es cosa asombrosa, Christianos, como observó el sabio Pico Mirandulano, que entré tantas Religiones como se han esparcido por el mundo, y le han dominado tanto tiempo, solo los Templos de la Religion de Jesu-Christo hayan sido profanados por lo que la siguen? Los Romanos violaron el Templo de los Judios; los Christianos han despedazado los ídolos de la Gentilidad: pero se ha visto jamas, que los Paganos se vuelvan contra sus Dioses, y profanen los Sacrificios que les ofrecian? Oid, segun me parece, la razon de esta diferencia; el enemigo de nuestro remedio no pretende tentar à los Paganos, ni inquietarlos en sus Sacrificios, porque son Sacrificios falsos, y es él quien recibe los incienso que en ellos se queman. Pero emplea todas sus fuerzas en retracernos del Sacrificio de nuestros Altares, porque este es el Sacrificio verdadero, grande, igualmente glorioso para Dios, y útil para nosotros. Pero, hermanos míos, por mas abusos à que veamos expuesto el Sacrificio de nuestra Religion, no por eso desconfiemos de la Religion que profesamos, ni de la pureza de su culto: à pesar de nuestros desordenes es siempre santa, pues los condena todos. Entremos si dentro de nosotros, y confundamonos; digamonos con un célebre Escritor de estos ultimos siglos, que es preciso que la Religion de Jesu-Christo sea mas que humana, pues se mantiene à pesar de la irreligion de los Christianos: y que es necesario tambien que la irreligion de los Christianos sea muy obstinada, y que haya echado muy profundas raices, pues en medio de tanta santidad son tan

tan impios. Es, pues, el Sacrificio de la Misa sumamente respetable, y por muchos títulos; porque es Dios á quien se ofrece, y es Dios el que se ofrece en él; así como es Dios el fin, es también la materia de este Sacrificio: esto vais á ver en la segunda parte.

II. PARTE.

Es un pensamiento muy conforme á razon, y muy verdadero el de San Juan Chrisostomo, que dice que los Templos en que nos juntamos para adorar á Dios, son á un tiempo mismo el ornamiento mas augusto, y el oprobio de nuestra Religion mas visible; el ornamiento mas augusto, pues con el Sacrificio de un Dios Salvador estan todos santificados; y el oprobio mas visible, pues este Sacrificio, aunque tan divino, sirve tantas veces, no por sí mismo, sino por nuestra disolucion, de ocasion á los Christianos para deshonrar la casa de Dios. Así hablaba este santo Obispo, gimiendo los escandalos que se cometian al pie de los Altares, y en los Sacrificios de la ley de gracia. A lo qual añado el pensamiento de Guillermo Parisiense, que os pido repareis, porque me parece no menos solido que eficaz. Aunque hubieramos vivido (segun la expresion de San Pablo) baxo de los elementos, esto es, baxo de las figuras de la ley antigua, y aunque no hubieramos tenido mas Sacrificios que aquellos imperfectos, cuyo uso habia establecido Dios por medio de Moises, debieramos siempre estar en ellos con temor y temblor; debieramos respetar siempre aquellas carnes muertas, reverenciar aquellos toros degollados, y postrarnos delante de aquellos altares cargados de las ofrendas y primicias de la tierra. Eran criaturas, es verdad; pero eran victimas y holocaustos de un Dios vivo, y esto las elevaba á un orden superior, y las consagraba. Así veis, hermanos míos, prosigue el mismo Doctor, la reverencia con que queria Dios que entrasen los Judios en el Santuario para ofrecerle sus victimas, y la sangre de los animales que en el sacrificaban. Veis el cuidado con que el mis-

mismo los disponia para este fin; quantos preceptos, quantas ceremonias, quantas purificaciones les ordenaba. Apenas bastaron libros enteros de la Escritura para trazarles las reglas, y hacerles saber su voluntad en este punto. Pues admirad mas la constancia y fidelidad inviolable de este Pueblo en cumplir con estos encargos, aunque por otra parte era tan indocil y grosero. En las ocasiones de mas aprieto, en los embarazos y confusion de la guerra, y aun en el mismo sitio de Jerusalem, ninguna cosa les hizo jamas que faltasen á este culto exterior, ni á la solemnidad de las fiestas y Sacrificios que les estaban mandados. Con tanto extremo (decia Egesipo, autor del tiempo de los Apostoles) que el General del Exército Romano dió muestras de admiracion, y con ser Pagano, y su enemigo, no pudo contenerse, ni negar los elogios á su Religion y zelo: *Stupebat Pompejus acres virorum animus, á quibus in medio belli furore, Sacrorum reverentia nihil dejuit.* Tal era el genio de esta Nación. El Salvador del mundo los reprehendió de todos los demas vicios, pero nunca los acusó de impiedad en los Sacrificios que ofrecian á la Magestad de Dios. Despues de eso, Christianos: qué tenían ellos en sus mas solemnes Sacrificios sino unas sombras y figuras del Sacrificio de la ley nueva? Pero esto les bastaba, dice San Agustin, para que mirasen con respeto aun esas sombras y figuras; que lo fuesen de aquel Sacrificio grande que les anunciaban los Profetas para los siglos venideros. Esto bastaba para infundirles un santo horror siempre que asistían al Sacrificio de estas victimas que, aunque viles y despreciables, representaban esta victima pura y preciosa, esta hostia divina que se habia de sacrificar por ellos y por nosotros. Pues qué hubieran pensado, y qué hubieran hecho, si hubieran visto como nosotros la verdad? Y nosotros qué debemos pensar, y qué debemos hacer? Ved aquí, amados oyeates míos, tres consideraciones que me contento con proponeros en este punto, mas por modo de meditacion, que discurso, aplicandomelas á mí mismo. No las perdais.

Primera consideracion. Quando voy al Sacrificio que celebra la Iglesia, voy al Sacrificio de la muerte de un hombre Dios; el que se ofreció en el Calvario, el que Jesu-Christo consumió en la Cruz, y el mismo en que este hombre Dios consintió (por explicarme con el Apostol) en ser destruido y anonadado. No es esta una sola suposicion, es punto de fe. Asisto á un Sacrificio, en que la victima es realmente y sin figura el mismo Dios á quien sirvo, y á quien adoro. Por consiguiente debo inferir, y vosotros conmigo, que si con mis respetos y adoraciones no realzo quanto puedo los abatimientos de este Dios Salvador; si añado á las humillaciones de su Cruz que aqui se rentuevan, las que se siguen de mis escandalos y de mis irreverencias; si contemplandole sobre el Altar no se parte mi corazon como se partieron las piedras quando espiró; si esta hostia no hace hacer en mi alma una compuncion tan viva y religiosa como el dolor del Centurion y de los Judios que se convirtieron en su muerte; si hago escarnio de él con ultrajes sensibles hasta en su agonía, como los soldados y verdugos que le habian crucificado: Ah! No soy digno de sus mas rigurosas venganzas, y de ser tratado como excomulgado?

Segunda consideracion. Por qué este Dios de misericordia es sacrificado en nuestros altares! Para enseñarnos, dicen los Padres, lo que de él solamente podiamos aprender: para ayudarnos á hacer lo que no podiamos hacer sin él; quiero decir, á honrar á Dios quanto merece, y quanto pide. Porque por esto (dice Santo Tomás) fue necesaria una persona de infinito valor, y ofrecida de una manera infinita. Pues esta Persona de infinito valor es Jesu-Christo en el Misterio sagrado: esta persona ofrecida de una materia infinita es Jesu-Christo en el estado de victima, en el estado de anonadamiento, y sacrificado, segun la prediccion de Malachias, en todos los tiempos y en todos los lugares del mundo. Esto se le debia á Dios, y el hombre Dios á su costa vino á enseñarnos esto. Este Sacrificio de su cuerpo y de su sangre es la prueba autentica, y la leccion continua que nos da de esta verdad.

Qué

Qué nos dice, pues, este excelente Maestro siempre que estamos presentes á su Sacrificio? Aqui es donde su sangre, hermanos míos, esa sangre adorable, mas eloquente que la de Abel, nos dice á voces sin cesar, y hace que oigamos lo que decia el mismo Salvador á los Judios: *Ego honorifico Patrem.* (a) Quereis saber lo que hago aqui? Honro á mi Padre, glorifico á mi Padre, satisfago á la justicia de mi Padre, le desagravio de las injurias que ha recibido, y vuelvo por sus intereses, hago que triunfe su misericordia, que se ostente su poder, y se conozca su santidad: le tributo á él y á todas sus perfecciones los tributos proporcionados á su grandeza: á esto desciendo invisiblemente á este Altar, esto me hace tomar en las manos de los Sacerdotes un como segundo nacimiento, y en el mismo sentido me hace como padecer una segunda muerte: *Ego honorifico Patrem.* Si Christianos, esto nos dice; y si no nos aprovechamos de su exemplo, escuchad lo que añade: *Et vos inbonorastis me;* mas vosotros parece que tomáis por vuestra cuenta destruir con el mas infame atentado toda la honra que yo doy á mi Padre con el Sacrificio de mi humanidad. No recaen sobre mí todos los ultrajes que recibe de vosotros? Yo oculto toda mi gloria, y estando vivo me sepulto en su presencia; y vosotros os ensobberbecis contra él, y en su presencia. Yo le ofrezco en mi persona un Dios humillado; un Dios rendido y obediente, y vosotros venís á hacer ostentacion á sus ojos de la profanidad del mundo, y del vano lucimiento de una pompa humana. Yo le ofrezco en mi cuerpo una carne inocente y virginal; y vosotros hasta en su Altar buscáis modo de fomentar los deseos brutales de una carne impura y delincente. Yo me empleo en derramar el fuego de su amor, de un amor todo sagrado, y sacado de su mismo seno; y vosotros no pensais, aun en su mismo templo y á sus pies, sino en inspirar un amor sensual con vuestras desnudeces inmodestas, con vuestras

Rf2

pos-

(a) Joan. 8. v. 49.

posturas indecentes, con vuestras libertades, y con vuestro poco recato. Yo empleo todos los atractivos de mi gracia en santificar las almas, y unir las con él; y vosotros empleais todos los artificios y encantos de vuestra profanidad en corromperlas y quitarlas de sus manos. Es este el modo con que le honrais? O por mejor decir, no es este el modo de hacerle el mas injurioso desprecio, y con que todos mis designios se trastornan? *Et vos inonorastis me.* Pero en efecto queréis ser Christianos, y honrarle à proporción quanto debéis, y espera de vosotros? Pues id como Jesu-Christo desconocido y oculto à postraros delante de esta suprema Magestad, y hacer una humilde confesion de vuestra indignidad à vista de su grandeza. Id como Jesu-Christo obediente y rendido à la voz de sus Ministros, à ensalzar su poder con los efectos de una perfecta sumision, y con todas las señales de una obediencia entera y sin excepcion. Id con un espíritu de sacrificio, como Jesu-Christo sacrificado, à ofrecerle à Dios los obsequios de su Hijo, sus abatimientos, su sangre, sus trabajos, su pasion, su muerte y todos sus merecimientos, y aplicarlos à vosotros para ser mas capaces de glorificarle. Id à ofrecerlos y sacrificáros à vosotros mismos, si no destruyendolos realmente, à lo menos con una muerte espiritual, destruyendo en vuestro corazon todos los afectos desordenados. Así lo enseña este Dios Hombre, que es victima de la gloria de Dios; y como tal, victima exemplar que debéis tener à los ojos para seguirle: *Ego honorifico Patrem.*

Tercera consideracion: qué mas hace Jesu-Christo en este Sacrificio? Acabemos de confundirnos, y avergoncemos de nuestra insensibilidad. No solamente enseña à los hombres que honren à Dios, sino trata de reconciliarlos con él. Como mediador aboga por su causa, y ofrece el precio de su redencion. No se contenta con decir que glorifica à su Padre: *Ego honorifico Patrem*, sino que volviendose à su mismo Padre, y mostrandole los fieles que estan juntos, le dice con una voz secreta: *Et pro eis, ego sanctifico me ipsum.*

ipsum. (a) Es decir (segun la explicacion de San Gerónimo) Yo me entrego y me sacrifico por ellos. Palabras, dice este Santo Doctor, que se decian propiamente de las victimas, y de ellas se sirvió el Salvador del mundo quando instituyó esta Pasqua divina, en que se sacrificó à sí mismo por los pecadores; pero las repite aun cada dia, y las repetirá hasta el fin de los siglos, quantas veces sea ofrecido en nuestros Altares: *Ego pro eis sanctifico me ipsum.* Si, Padre mio, por ellos estoy aqui presente; por todos los hombres en general, y en particular por mi Iglesia, y especialmente por los que estan ahora, ó han de estar en vuestra casa, y cerca de vuestro santuario ocupados en este misterio de su salvacion. Admitidlos, mi Dios, en vuestra gracia: pecadores son; pero aqui estoy en su lugar para satisfaceros, que no pueden ellos satisfacer por las injurias infinitas de un Dios como Vos: *Ego pro eis sanctifico me ipsum.*

Ah! hermanos míos (dice aqui San Bernardo, exclamando y poniendo esta importante verdad à los ojos en un exemplo sensible) Mi causa estaba desesperada, y yo perdido: el Juez soberano estaba à punto de fulminar la sentencia de mi muerte. Llegó à saberlo el hijo unico del Principe, y movido de compasion se pone en mi lugar, y quiere tomar sobre sí el castigo de mi culpa. A este fin sale de su Palacio, dexa todas las insignias de su dignidad, gime, ruega, y se va à ofrecer à la justicia de su Padre. Bella imagen, Christianos, de lo que en el Sacrificio de su cuerpo y sangre hace Jesu-Christo cada dia. No obstante (prosigue San Bernardo) ignorando yo el peligro en que me hallaba, estaba tan lejos de pensar en él, que me entretenia con vanos divertimientos: pero repentinamente alcanzo à ver à mi Rey, y le veo en traje de reo humillado; acercome, pregunto la causa, y vengo à saber que se trata de mi causa, y que se ha entregado por mí. Esto es lo que tantas veces, amados oyentes míos, vemos

no-

(a) Joan. 17. v. 19.

nosotros mismos sobre ese Altar. Pues me atreveré ya, prosigue el mismo Padre, á volver á mis primeros entretenimientos? Qué digo? Me atreveré á conuercar el Sacrificio de mi Salvador en juego y entretenimiento? Seré tan loco, que mezeale con sus gemidos y lágrimas mis risas profanas y escandalosas! *Adhuc ne ludam, & deludam lacrymas eius.* Pensamiento eficaz, que San Juan Jerosolimitano declaraba con términos menos retóricos, pero no de menor energía, ni de menor fuerza. Examinad, decia, y considerad bien lo que aquí pasa: por vos está erigido ese Altar: *Pro te mensa mysteriis extracta est.* Por vos está el Cordero para ser sacrificado: *Pro te agnus immolatur.* Por vos se interesa y está solícito el Sacerdote: *Pro te agitur Sacerdos.* Vos sois el reo para quien se solicita la gracia, y este Sacrificio es el pacto y contrato en cuya virtud se os concede. Haced por aquí juicio de los afectos en que os debéis ocupar en este Sacrificio satisfactorio. No deben ser afectos de un pecador contrito y reconocido? De un pecador contrito; porque con esta penitencia y contrición del corazón, por decirlo así, se debe sellar y ratificar el tratado de paz que se negocia entre Dios y vosotros; y como el Apostol cumplia en su cuerpo lo que faltaba á la Pasion de Jesu-Christo, así hemos de cumplir nosotros, segun el mismo estilo, lo que á su Sacrificio le falta. De un pecador reconocido con la memoria, y á la vista de las misericordias infinitas de un Dios, que con ser ofendido, se hizo á sí mismo, por redimirnos, precio de nuestro rescate, y prenda de vuestro remedio. Decia David: qué le daré al Señor por todo lo que me ha dado? *Quid retribuam Domino?* (a) Recibiré el caliz de mi Salvador, añadia el mismo Profeta, é invocaré el nombre de mi Señor: *Calicem salutaris accipiam, & nomen Domini invocabo.* No basta esto, proseguia este santo Rey; sino que invocando el nombre del Señor le daré mil bendiciones; y sin olvidarme jamas de los

(a) Psalm. 115. v. 12.

los beneficios de que me ha colmado, le ofreceré sin cesar el justo tributo de mi amor, y el sacrificio de mis alabanzas: *Laudans invocabo Dominum.* (a) Ved en lo que debemos ocuparnos delante del Altar (cada día mas comunmente.

Mas quizá amados oyentes míos, no estais bien persuadidos de la verdad, y de la grandeza del misterio divino de que os hablo: acaso es alguna oculta infidelidad el origen de tantos delitos como se cometen en él (por que es necesario subir hasta el principio.) Por ventura, quando se os dice que este Sacrificio es una renovacion de la muerte de vuestro Dios, y como la consumacion de la grande obra de vuestro remedio, entendedes esto con trabajo. Sobre esto, pues, si intentar convenceros, no tengo que proponeros sino un discurso sencillo, y con él he de acabar. O creéis lo que la fe nos enseña del Sacrificio de nuestra Religion, ó no lo creéis? Tomad la parte que quisierais, no teneis excusa; porque si creéis que es un Sacrificio que se ofrece al Dios verdadero, y en que el mismo Dios es ofrecido, infero que de algun modo es vuestra culpa mayor que la de los Judios; mayor que la de tantos hereges á cuyas sacrilegas profanaciones teneis horror. Es verdad que los Judios, como dice San Pablo, crucificaron al Dios de la gloria; pero quando le crucificaban no le conocian, y si le hubieran conocido no hubieran puesto en él sus manos parricidas: *Si enim cognovissent, nunquam Dominum glorie crucifixissent.* (b) Es verdad que los hereges aplicaron fuego y hierro á sus Templos para destruirlos; profanaron sus Altares, hicieron pedazos sus tabernaculos, y aun pusieron al mismo Señor baxo de sus pies; pero en esto mismo iban consiguientes á su error. Mas con una contradiccion que no se puede tolerar, fieles, y juntamente infieles; fieles de creencia y especulacion, pero infieles en las costumbres y en las obras; profanais vosotros lo mismo que adorais. Mas si por

(a) Psalm. 17. v. 4. (b) 1. Cor. 2. v. 8.

por otro lado es absolutamente la fe la que os falta, si no creis que Jesu-Christo está presente en el que nosotros llamamos Sacrificio suyo, para qué asistis á él? Por qué no os quitais la mascara, y por qué os imponéis la ley de celebrar con nosotros nuestras fiestas, y obedecer á un precepto que segua vuestras falsas ideas, ni es mandamiento para vosotros, ni os obliga? Ay! Christianos, á qué extremo nos reducís! A dudar de vuestra fe, á desear que os apartaseis de la comunión de los fieles, á que vosotros mismos os desterraseis de nuestras juntas, y no tuvieseis parte en nuestras ceremonias. Mas qué digo? No hermanos míos, no es este el deseo que concibo, es muy otro el fruto que de este discurso espero: todos subiremos al Monte santo para sacrificar al Señor; pero será de hoy en adelante el Señor el que nos lleve: iremos á postrarnos en su presencia, á hablar y unirnos con él: iremos á ofrecerle nuestros deseos, y los oirá; á pedirle sus gracias, y las derramará copiosamente en nosotros; iremos á resarcir los escandalos pasados, á edificar la Iglesia, y santificarnos á nosotros mismos: iremos á lavarnos y purificarnos en la sangre de esta divina hostia, que ha de ser el precio de la eternidad bienaventurada, adonde nos conduzca, &c.

SERMON
PARA EL MIERCOLES DE LA CUARTA
Semana.

Sobre la Ceguedad espiritual.

Præteriens Jesus, vidit hominem cæcum à
nativitate.

*Pasando Jesus, vió un hombre que era ciego desde
su nacimiento. Joan. cap. 9. v. 1.*

SEÑOR.

Fue un prodigio bien asombroso el que vió el mundo, y se refiere en el capitulo decimo del Exodo, quando disponiendo Moyses á su arbitrio, ó por mejor decir, segun el orden y voluntad de Dios, de las tinieblas y de la luz, dividió á Egipto de tal suerte, que todo quanto habitaban los Egipcios, se vió cubierto de una lobrega y profunda noche, de manera que no se distinguian los unos á los otros; pero los Israelitas dentro de los terminos del mismo país gozaban de una luz clara y serena: *Et factæ sunt tenebræ horribiles in universâ terra Ægypti: ubicumque autem habitabant filii Israel, lux erat.* (a) Pero me atrevo á decir, Christianos, que teneis á la vista una cosa mucho mas prodigiosa en nuestro Evangelio, en el qual el Espíritu Santo nos propone unos hombres que se

Tom. III. Quaresma.

Gg

cie-

(a) Exod. 10. v. 21. & 23.

por otro lado es absolutamente la fe la que os falta, si no creis que Jesu-Christo está presente en el que nosotros llamamos Sacrificio suyo, para qué asistis á él? Por qué no os quitais la mascara, y por qué os imponéis la ley de celebrar con nosotros nuestras fiestas, y obedecer á un precepto que segua vuestras falsas ideas, ni es mandamiento para vosotros, ni os obliga? Ay! Christianos, á qué extremo nos reducís! A dudar de vuestra fe, á desear que os apartaseis de la comunión de los fieles, á que vosotros mismos os desterraseis de nuestras juntas, y no tuvieseis parte en nuestras ceremonias. Mas qué digo? No hermanos míos, no es este el deseo que concibo, es muy otro el fruto que de este discurso espero: todos subiremos al Monte santo para sacrificar al Señor; pero será de hoy en adelante el Señor el que nos lleve: iremos á postrarnos en su presencia, á hablar y unirnos con él: iremos á ofrecerle nuestros deseos, y los oirá; á pedirle sus gracias, y las derramará copiosamente en nosotros; iremos á resarcir los escandalos pasados, á edificar la Iglesia, y santificarnos á nosotros mismos: iremos á lavarnos y purificarnos en la sangre de esta divina hostia, que ha de ser el precio de la eternidad bienaventurada, adonde nos conduzca, &c.

SERMON
PARA EL MIERCOLES DE LA CUARTA
Semana.

Sobre la Ceguedad espiritual.

Præteriens Jesus, vidit hominem cæcum à
nativitate.

*Pasando Jesus, vió un hombre que era ciego desde
su nacimiento. Joan. cap. 9. v. 1.*

SEÑOR.

Fue un prodigio bien asombroso el que vió el mundo, y se refiere en el capitulo decimo del Exodo, quando disponiendo Moyses á su arbitrio, ó por mejor decir, segun el orden y voluntad de Dios, de las tinieblas y de la luz, dividió á Egipto de tal suerte, que todo quanto habitaban los Egipcios, se vió cubierto de una lobrega y profunda noche, de manera que no se distinguian los unos á los otros; pero los Israelitas dentro de los terminos del mismo país gozaban de una luz clara y serena: *Et factæ sunt tenebræ horribiles in universâ terra Ægypti: ubicumque autem habitabant filii Israel, lux erat.* (a) Pero me atrevo á decir, Christianos, que teneis á la vista una cosa mucho mas prodigiosa en nuestro Evangelio, en el qual el Espíritu Santo nos propone unos hombres que se

Tom. III. Quaresma.

Gg

cie-

(a) Exod. 10. v. 21. & 23.

ciegan con el mismo milagro que sirve para abrir los ojos à los mismos ciegos, y restituirles la vista. En efecto, usando el Salvador del mundo de aquel poder absoluto que habia recibido de su Padre, y que el mismo Salvador exercitaba como Dios, cura à un pobre ciego de nacimiento, y este milagro produce al mismo tiempo dos muy contrarios efectos. Alumbrà al ciego de nacimiento, y à los Fariseos los ciega: al ciego alumbrà, haciendo que conozca (mucho mas con los ojos del alma que con los del cuerpo) al autor de su remedio, obligandole à que le adore, y le rinda vasallage como à su Dios: *Et procedens adoravit eum*. A los Fariseos los ciega siendoles ocasion para que se obstinen mas en su incredulidad, y reusen mas tercaamente sujetarse à la verdad conocida. En estos dos efectos consiste aquel adorable, pero formidable juicio de que hablaba el Hijo de Dios, y para el que habia sido enviado. Yo he venido al mundo, decia, para juzgarle; y el juicio que he de exercitar en el, es que los ciegos vean, y los que tienen vista se hagan ciegos: *In iudicium ego in hunc mundum veni: ut qui non vident videant, & qui vident cæci fiant*. Es decir: He venido para curar la ceguedad interior de las almas humildes y dociles, que buscan à Dios sinceramente; y por el contrario, para aumentar (con negarles los dones de la gracia) la ceguedad de aquellas almas presumidas y soberbias, que por su soberbia se alejan de Dios.

Pues ved aqui, Christianos, el cumplimiento de este juicio. El ciego de nuestro Evangelio era un hombre ignorante y sencillo; y los Fariseos, los sabios y hombres de ingenio del Judaismo: pero estos sabios se quedan en una infidelidad culpable, y aquel pobre queda lleno de las luces mas puras de la fe; los ingeniosos quedan mas ciegos que nunca, y el ciego instantaneamente queda enseñado, y comprende lo que tiene la Religion mas santo y divino: *Ut qui non vident videant, & qui vident cæci fiant*. Juicio que cada dia se renueva entre nosotros; pero sin detenerme en lo que tiene favorable para aquellos en quienes derrama Dios las riquezas de su misericordia, intento po-

ponerosle à la vista solamente segun lo terrible y espantoso que tiene para los otros, sobre los quales descarga Dios toda la severidad de su justicia. Pretendo, pues, amados oyentes mios, hablaros de la ceguedad espiritual; de aquella ceguedad interior que llega hasta el alma, y la tiene sepultada en los mas crasos y funestos errores; de aquella ceguedad de que decia San Agustin hablando con Dios: Infelices, mi Dios, los ciegos que no os ven, y cuyos ojos cubiertos de un nublado espeso no descubren vuestras divinas verdades! *Væ caliginantibus oculis, qui te non vident*. Voy à daros à conocer sus diversas especies, despues de haber invocado al Espiritu Santo por la intercesion de Maria: AVE MARIA.

En materia ninguna se ha explicado la Escritura con terminos mas diferentes, y muchas veces mas contrarios en la apariencia, que sobre la ceguedad espiritual. Porque ya la atribuye à la malicia de los hombres: *Excæcavit illos malitia eorum*; (a) ya à castigo de Dios: *Excæca cor populi hujus*; (b) ya al demonio, à quien llama Dios del siglo: *In quibus Deus hujus sæculi excæcavit mentes infidelium*. (c) Unas veces se lamenta de esta ceguedad interior, como de una desgracia; y otras la detesta como delito. Unas veces la toma por excusa: *Dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt*; (d) y otras por materia de reprehension: *Væ vobis, duces cæci*. (e) La diversidad, ó aparente contradiccion de estas expresiones ha excitado tantas dificultades en este punto, y le ha hecho tan difícil de explicar. Mas por aclararme en quanto pudiere, y concordar todos estos textos de la Escritura, ved la idea que me propongo, y pido que os entreis bien de ella. Distingo con el Doctor Angelico Santo Tomás tres especies de ceguedad; una que por sí misma es pecado; otra que es causa del pecado; y otra que es efecto del pecado. Ceguedad que es pecado, es la que nos declaran estas palabras de la Sabiduria: *Excæca-*

Gg2

(a) Sap. 2. v. 21. (b) Isai. 6. v. 10. (c) 2. Cor. 4. v. 4.
(d) Luc. 23. v. 34. (e) Matth. 23. v. 16.

cavit illos malitia eorum. (a) Ceguedad que es causa del pecado, fue la del Apostol San Pablo, que decia de sí mismo, yo fui blasfemo y perseguidor de la Iglesia; pero lo fui por ignorancia: *Ignorans feci.* (b) Ceguedad que es efecto del pecado, es de la que habla Isaiás, pidiendo á Dios que cegase el corazón de su Pueblo: *Excæca cor populi bujus.* (c) Veréis la relacion que tienen con estos tres puntos todas las cuestiones que pertenecen á la ceguedad espiritual. Pero antes de eso, fundo en estos principios de Santo Tomás tres proposiciones que me parecen de suma utilidad para la edificacion de vuestras almas, en las cuales se dividirá este discurso. Porque digo, que la ceguedad que por sí misma es pecado, es el pecado mas pernicioso y contrario á la salvacion; esta es la primera parte. Digo, que la ceguedad que es causa del pecado, comunmente es la excusa mas frivola, y que menos debe admitirse, para servir al pecado de pretexto; esta es la segunda parte. Digo, que la ceguedad que es efecto del pecado, es el castigo mas terrible con que puede Dios castigar al pecador en esta vida; esta será la conclusion. Ceguedad; colmo del pecado, vana excusa del pecado, y ultimo castigo del pecado en esta vida. Dad toda vuestra atencion á estos tres importantisimos puntos.

I. PARTE.

Ya consultemos la fe, ya juzguemos por los principios de la razon, es cierto que hay una ceguedad, que por sí misma es culpable, porque es voluntaria, y aun afectada tambien. Es decir, que hay una ceguedad que conservamos en nosotros, una ceguedad de que no queremos salir, y la preferimos secretamente á todas las luces de la verdad. Una ceguedad, que hace que tema el pecador tener demasiada vista, y que evite el conocimiento del mal que hace, y del bien que no hace, y está interior-

(a) Sap. 2. v. 21. (b) 1. Tim. 1. v. 13. (c) Isai. 6. v. 10.

riormente determinado á no hacer. Como si dixera: No quiero tener mas luz de la que tengo; ignoro mis obligaciones, pero quiero ignorarlas, ó por lo menos no quiero abundar en ellas: mi ceguedad me gusta y me está bien; y en lugar de darme cuidado, y querer corregirla, la convierto en materia de un sosiego y una paz de que depende todo el gusto y falsa felicidad de mi vida. Esta es la naturaleza de este pecado. Mas hay en el mundo almas tan sin juicio que puedan llegar á este extremo? Si amados oyentes míos: está el mundo lleno de ellas, y lo que declara mucho mas la corrupcion del mundo es, que hay quien llegue á ese extremo sin ser tenido por falto de juicio. Porque si este pecado, en la opinion comun de los hombres, fuera infame, y estuviera reconocido por locura, fuera mas raro y menos contagioso: pero el día de hoy es un desorden comun, y aun ha sabido de algun modo autorizarle el genio pervertido del mundo, por el numero y calidad de los que se dexan llevar de él.

En efecto, Christianos, observad esta induccion, que os dará á entender con claridad todo mi pensamiento. Esta ceguedad voluntaria y afectada es el pecado de los licenciosos, de unos que pasan por Ateistas, teniendo en sí mismos y en solo el conocimiento de la razon natural, mas que bastantes luces para conocer á Dios, no pudiendo consiguientemente borrarle de su alma, ni dexar de creer en él, sino porque no quieren estarle sujetos, y porque á fuerza de ofenderle llegan á olvidarle y á desconocerle. Idea excelente que daba antiguamente Tertuliano del Ateismo, quando despues de haber hecho demostracion de que Dios, como Ser primero, es el mas conocido de quantas cosas tienen ser, inferia que el desorden de los impíos consistia en no querer conocer el que absolutamente nunca podian ignorar: *Et hæc est summa delicti voluntarium recognoscere, quem ignorare non possunt.* Este hombre grande está tan lejos de dar en las sutilezas vanas de algunos Teologos modernos, y de discurrir como ellos haciendo suposiciones peligrosas en lo que mira á la existencia y fe de un Dios, que no admita ignorancia de Dios que

que no fuese un delito monstruoso en su sentir; fundándose en la doctrina de San Pablo, que siempre tiene por inexcusables á los que con una temeraria presuncion se ciegan hasta dudar de la Divinidad: *Invisibilia enim ipsius per ea, quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur... ita ut sint inexcusabiles.* (a) El necio, dice el Espiritu Santo, estuvo vacilante entré su entendimiento, y su corazon; su entendimiento le dixo que habia un Dios, y su corazon rebelde le dixo que no le habia; y como su corazon prevaleció infelizmente contra su entendimiento, siguió el movimiento de su corazon hasta llegar á concluir conforme á sus deseos, que no hay Dios en el mundo: *Disie insipiens in corde suo: Non est Deus.* (b) Esta ceguedad voluntaria y afectada hace á los hombres licenciosos en puntos de fé y de Religion.

Este es el pecado de algunos hereges de mala fe, que no lo son sino porque quieren serlo. Porque hay algunos tan imbuidos en sus errores, que llegan á no querer ser instruidos, y aun á desear sin diferencia ni eleccion todo quanto pudiera convencerlos, á concebir un oculto aborrecimiento de la verdad, y asentar como regla y principio para su modo de vida, que no han de salir jamas de sus errores. Preocupacion que condenaba San Agustin en los Manicheos, quando los reprehendia porque eran menos dociles á los oráculos sagrados de las Escrituras y á la palabra de Dios, que á las tradiciones humanas y libros profanos. Ceguedad voluntaria y afectada, que hace cismáticos y hereges.

Este es el pecado de los sensuales y dados á deleites, los cuales por gozar con más quietud sus gustos infames, no quieren oír las verdades eternas, y tienen osadia de decirle á Dios las palabras que en su nombre decía el Santo Job para explicar la infelicidad, ó por mejor decir el desorden de su vida: *Qui dixerunt Deo: Recede à nobis. Scientiam viarum tuarum nolumus;* (c) apartaos de nosotros,

(a) Rom. 1. v. 20. (b) Psalm. 53. v. 7. (c) Job 31. v. 14.

tros, y dexad de inspirar en nuestras almas aquella ciencia divina, que á nuestro pesar nos muestra los caminos de salvarnos; esta es una ciencia enfadosa, y segun la posesion en que estamos de vivir al alvedrío de nuestras pasiones, y dar gusto á nuestros sentidos, no serviria sino de inquietarnos: reservad para otros esas luces vivas en que consisten los dones preciosos de vuestra gracia: no estamos aun dispuestos para recibir las: cuesta demasiado tenerlas, y no seguir las: mejor nos está para nuestra quietud carecer de ellas. Es verdad que la ciencia de vuestros mandamientos es la ciencia de los Santos: pero empeña en cosas muy trabajosas, y demasiadamente contrarias á todas nuestras inclinaciones, para desear que nos la concedais. El renunciarse á sí mismo, crucificar su carne, la necesidad indispensable de la penitencia: todo esto, si pensáramos en ello, nos causara un triste desconsuelo; y sola su vista turbara los albagos, y gustos mayores que tenemos en el mundo. Mas queremos pasar nuestros dias en una profunda ignorancia, y estar menos instruidos en lo que nos mandais, para poder gozar sin remordimiento los gustos que nos prohibis. Asi se explican, ó por lo menos asi lo piensan estos seguidores del mundo, esclavos de la passion, y dominados de la sensualidad. Ceguedad voluntaria y afectada, que hace carnales y torpes.

Este es el pecado de ciertos espíritus llenos de sí mismos, que por su soberbia, digna de compasion, no pueden llevar en paciencia la verdad luego que empieza á humillarlos; se obstinan desde el mismo instante en huirla, siendo así que por el mismo caso la debian buscar. Y como dice San Agustin, aman esta verdad quando les es favorable, pero la aborrecen y desvian de sí quando temen su censura: *Amant lucentem, oderunt redarguentem.* Es el pecado de los que poseidos del amor propio no quieren ver sus faltas, aunque groteras, ni pueden sufrir que se las reprehendan, de los que se dan por ofendidos de los avisos mas amorosos que se les dan, y de las advertencias mas provechosas que se les hacen: en lugar de mirarlas y aceptarlas como buenos oficios, las convierten en motivo de

de sentimiento y enojo, y no se dan por obligados; sino de aquellos que con una amistad falsa, ó una indigna complacencia, cuidan de ocultarles todo lo que les hierre, y disimular todo lo que les mortifica, aunque por otra parte sea verdadero, y para ellos mismos provechoso y necesario el conocerlo. Es el pecado de los que quieren ser aplaudidos aun por sus mismas imperfecciones, y ser alabados (como dice la Escritura) aun por los deseos de sus almas, esto es, por sus pasiones más violentas, y por sus arrojós más injustos; de los que ponen toda su felicidad en ser lisonjados y engañados; de los que reciben la mentira como beneficio, y la lisonja por muestra de respeto: *Hæ nimium* (son palabras de San Gerónimo en la excelente pintura que nos dexó de estos genios) *gaudent ad circumventionem suam. & illusionem pro beneficio panis.* Ceguedad voluntaria y afectada, que hace incorregibles.

Ultimamente este es el pecado de una infinidad de Christianos, que con un error detestable no quieren averiguar algunos hechos, algunas dudas y turbaciones de su conciencia, porque conocen bien, por poco que se sonden à sí mismos, que no estan en disposicion de cumplir las obligaciones que esta averiguacion los hiciera ver. Y estos son los que tenia presentes el Profeta en el Psalmo treinta y cinco quando decia: *Noluit intelligere, ut bene ageret*, (a) el pecador no quiso saber el bien, porque no quiso executarle. Y así un hombre que antes era humilde y desconocido, se adelanta tanto con sus negociaciones en unos empleos, en que sin un milagro de la gracia es tan imposible el salvarse, como facil enriquecerse en pocos años. Se le vio subir de una suma pobreza, ó de una mediania, à una prosperidad que tiene al público escandalizado, teniendo à su cargo la administracion de la hacienda agena; en el modo de manejarla no ha tenido la exactitud, ni por ventura la buena fe que era necesaria

(a) Psal. 35. v. 4.

para no confundir los intereses del proximo con los suyos. Aquel en el empleo de Juez ha dado muchas veces à conocer à costa del desvaldido y del pobre, lo que puede en favor de sus amigos. El otro que ha obtenido los beneficios de la Iglesia, los ha gozado, y consumido sus rentas sin atender à las obligaciones onerosas anexas à ellas. Si en todos estos estados se viniera à entrar despues de algun tiempo en un justo examen de las materias, y à pesarlo todo con el peso del Santuario, es evidente que se encontrarán muchas cuentas que dar, muchas injusticias que resareir, y muchas restituciones que hacer: pero todo esto seria materia de embarazo, y reduxera à unos términos de suma molestia. Qué es, pues, lo que se hace! Quitarse à sí mismo el conocimiento de ellos para librarse de la inquietud y escrupulo que causan: se aparta de ello la atención, y se toma el partido de no pensar en ello. ¿Pero es necesario satisfacer à alguna cosa à que la Religion nos obliga? Es necesario llegarse al Tribunal de la Confesion para cumplir con el precepto de la Iglesia? Se busca un Confesor à gusto; quiero decir, un Confesor poco habil, ó de corto zelo; que contentandose con ver à sus pies la iniquidad disfrazada con apariencias de humildad, desata en la tierra lo que jamas desatará Dios en el Cielo; y sin pedir mas que una confesion ligera y superficial, dá gracias à Dios de una conversion imaginaria, que los Angeles de paz y verdaderos Ministros del Señor no pueden llorar con bastante amargura. Ceguedad que hace insensibles y obstinados.

Aun digo mas; entre todos los pecados de que es capaz un hombre, ninguno es mas contrario à la salvacion. Por qué? Ved aquí una razon sin réplica. Porque esta ceguedad voluntaria excluye la primera de todas las gracias, que es la luz divina; y excluyendo esta nos pone en una especie de imposibilidad de conseguir toda otra gracia. Este es pensamiento de San Agustin; de donde se sigue, que este pecado le cierra à Dios, por decirlo así, la puerta de nuestro corazon: y con ser Dios, le reduce à una como

imposibilidad de salvarnos, si no se vale de su imperio soberano, y hace un esfuerzo último de su misericordia. Oídme, y convendréis en ello. No hay pecado mas contrario á la salvacion que este; porque segun todos los principios de la Teologia, la primera gracia para la salvacion es la luz que nos descubre los caminos de Dios, y nos hace conocer nuestras obligaciones. Luz absolutamente necesaria; pues así en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza, para obrar libremente es necesario conocer, y para conocer es necesario ser alumbrados de Dios. Qué hacemos, pues, quando desviamos de nosotros esta luz? Destruimos en nosotros el fundamento de la salvacion, y con el impedimento que ponemos á esta sola gracia, renunciamos (en quanto depende de nosotros) todas las demas gracias que tenia Dios reservadas en los tesoros de su misericordia, con las quales queria convertirnos, y hacer que fúsemos suyos.

Porque no hacer caso de esta luz, y mucho mas temerla y huir de ella, es decirle á Dios, que no queremos que nos prevenga con su amor, que no queremos que nos infunda el temor de sus juicios, ni nos dé confianza en su Magestad, ni toque nuestro corazon, y haga de él un corazon arrepenido y contrito. Cómo así? Porque segun la doctrina de San Agustín, el temor y amor de Dios, la confianza en su bondad, y el odio del pecado son otras tantas gracias de inspiracion y de afecto, que esencialmente suponen las gracias de luz y conocimiento. Pues desde que renunciamos esta gracia de conocimiento con una voluntaria ceguedad, nos hacemos incapaces de los demas dones de Dios, y de todos los afectos que nos pudieran hacer volver á su Magestad. Y pregunto, se puede concebir cosa mas directamente opuesta á la salvacion? Atended si gustais: mientras tenemos aquellos conocimientos que en orden á la salvacion nos sirven de regla, por mas pecadores que seamos, aun obra Dios en nosotros, y á pesar de lo estragado de nuestras costumbres estamos siempre en alguna manera baxo del dominio de la gracia. Por

eso

eso decia el Salvador: *Ambulate dum lucem habetis*: (a) caminad mientras tenéis luz; pero en faltandonos esta luz cesan todas las operaciones de la gracia, y podemos decir tambien que dexamos de caminar por el camino de la salvacion. Digo mas: este pecado de ceguedad voluntaria nos quita no solamente la luz, sino el deseo de tenerla; no solamente nos hace salir del camino de la salvacion, sino que tambien de algun modo nos quita la esperanza de volver á él; pues el primer paso para volver á él es buscarle, estudiarle, y querer saberle: y con esto tiene una oposicion esencial este pecado. San Juan Christosomo nos da una imagen y prueba de esto en el ciego de Jericó. Hubiera cobrado jamas la vista este ciego, si no la hubiera deseado con ansia? No; pero clamó, instó, importunó, y mostró un ansia suma de ver; *Domine: ut videam*: (b) y por eso le dió vista Jesu-Christo. Nosotros no lo hacemos así; quiero decir, no tenemos deseo de que Dios nos alumbré, ni pensamos en despertar este deseo en nosotros, ni en pedirle: luego no podemos estar mas lejos de lo que estamos del Reyno de Dios; pero me engaño, que aun hay alguna cosa mas horrorosa en este pecado: y cuál es? Que muchas veces en lugar de tener una voluntad sincera de que Dios nos alumbré, tenemos una voluntad totalmente contraria: y en lugar de pedirle á Dios que nos dé vista, nos decimos interiormente á nosotros mismos: No vea yo jamas lo que me acongoja, y no sirviera sino de turbarme. Pecado que no le llamo ya puramente pecado, sino un furor (si me atrevo á decirlo) igual al del aspid, que segun la comparacion del Espiritu Santo se tapa los oidos por no oír la voz del encantador: *Furor illis secundum similitudinem serpentis: sicut aspidis urde, & obturantibus aures suas*. (c) Con esta diferencia, dice San Bernardo, que quando el aspid tapa sus oidos, es por conservar su vida, mas quando nosotros cerramos los ojos á la verdad, es para nuestra ruina y nuestra muerte.

Hh 2

He

(a) Joan. 12. v. 35. (b) Luc. 18. v. 41. (c) Psalm. 57. v. 5.

He dicho que este pecado solo pone á Dios en una especie de imposibilidad de salvarnos, y que le obliga á decirnos (aunque en otro sentido) lo que Jesu-Christo dixo al ciego, cuyo exemplo os acabo de proponer: *Quid tibi vis faciam?* (a) A qué me obligas pecador, y qué quieres que haga en el infeliz estado en que te veo? Quieres que te salve sin gracia? Eso no está en mi mano: qué te de gracias sin luz? Nunca las ha habido de esa conformidad: qué te santifique aunque no quieras, con unas luces que por fuerza te alumbrén? No es ese el orden de mi Providencia: que inviérta por tí el orden de esta Providencia con un milagro especial? Se opone á ello mi justicia, y no lo pide mi misma misericordia: luego es preciso que ajustandome á sus disposiciones, te dexé padecer; y porque quieres cegarte, que detenga la corriente de mis gracias, pues ninguna te puede convenir mientras perseveras en no querer conocer las verdades que importan para tu salvación.

Sé que puede Dios sin nosotros hacer que sus luces penetren nuestros entendimientos. Sé que es de esencia de esas luces, en quanto son gracias, producirse en nosotros sin nosotros: *In nobis sine nobis*, dice San Agustín. Sé que no está en nuestra mano recibir las ó no recibir las, aunque lo está el usar de ellas bien ó mal despues de haberlas recibidos; pero siempre es verdad que quando aborrecimos estas luces, y las huimos, ponemos el mayor estorbo á nuestra salvacion que puede poner una criatura de su parte, y que para vencerle era menester que se valiese Dios de unas gracias extraordinarias, y que hiciese un milagro. Pues esto me basta para poder decir con razon, que esta especie de ceguedad es entre todos los pecados el mas opuesto á la conversion y á la salvacion del hombre. Pecado, amados oyentes míos, en que todos debemos temer caer; pero mucho mas los que dominados de sus pasiones se dexan arrebatar de la corriente impe-

100-

(a) Luc. 18. v. 41.

tuosa del mundo. Por eso quisiera yo, que todos los que me oyen hiciesen á Dios todos los dias esta peticion que tantas veces hacia David, en que mostraba la rectitud de su corazon: *Revela oculos meos*: (a) Señor, alumbradme, y abridme los ojos: *Illumina tenebras meas*: (b) Señor, haced que se devanezan las tinieblas de mi alma: *Illustra faciem tuam super servum tuum*: (c) Haced que hiera en vuestro siervo el resplandor de vuestro rostro: desengañadme de los errores y falsas máximas del siglo. Yo soy ciego, es verdad; pero á lo menos, mi Dios, por vuestra misericordia no estoy bien hallado con mi ceguedad, antes la lloro, y tengo horror de ella: ando en la obscuridad de una fe imperfecta y desmayada; pero á lo menos desco vuestras luces santas, las pido, estoy con impaciencia de alcanzarias, las prefiero á toda la sabiduria del mundo, y me quiero disponer para recibirlas: y porque sé que no las comunicais en medio del ruido y del bullicio del mundo, quiero arreglar mis ocupaciones y conversaciones, y quitar todo lo superfluo de ellas, quiero ocuparme con Vos y conmigo, para poder oír vuestra voz, y aprovecharme de vuestras inspiraciones en el silencio de una vida interior y sosegada. Ay! Dios mio: mundad y purificad mi corazon: *Cor mundum crea in me Deus*: (d) y pues no puede arreglarse sino con las luces del espíritu, renovad el mio: *Et spiritum rectum innova in visceribus meis*. Dadme, Señor, aquella inteligencia que hace predestinados y santos: *Da mihi intellectum, ut sciam testimonia tua*. (e) No os la pido, Señor, para ser mas habil en los manejos del mundo, ni por adquirir el aplauso y aprobacion del mundo, ni por sobresalir en él: siempre seré demasiado sobresaliente, si lo fuere con Vos y en vuestra presencia; siempre seré bastante grande si os temiere. Dadmela sí, para no ignorar en mi estado lo que

(a) Psal. 118. v. 18. (b) Psal. 17. v. 29. (c) Psal. 30. v. 17. (d) Psal. 50. v. 12. (e) Psal. 118. v. 125.

que debo hacer, para saber y cumplir todo lo que es de vuestro agrado. Si todo lo demas puedo pasar, y lo que no conduce á eso, todo lo renuncio: *Ut sciam testimonia tua*. Asi os librareis, Christianos, de esta primera ceguedad, que por sí misma es pecado: hablemos ahora de la segunda, que es causa del pecado. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Llamo á la ceguedad causa del pecado, quando el hombre peca porque es ciego; y no pecará, si tuviera algunas luces que no tiene, pero las pudiera, y las debiera tener. Porque en tal caso su ceguedad, ó su ignorancia es causa de su culpa, y si cesára su ceguedad, tambien cesára su delito. Hubo jamas exemplo mas autentico ni mas terrible de esta ceguedad, que el delito que cometieron los Judios contra la persona del Salvador del mundo? Un Dios entregado á la crueldad de los hombres, escarnecido, ultrajado, condenado, crucificado, es un pecado, cuya idea sola infunde horror; pero un pecado de que fue principio la ignorancia. Los Fariseos habian intentado destruir á Jesu-Christo, pero no sabian que era el Mesias, y el Hijo unico de Dios. Si, hermanos míos (los dice San Pedro predicando en su Sinagoga) sé que obrásteis en esto, así vosotros, como vuestros Magistrados, por ignorancia: *Et nunc scio, quia per ignorantiam fecistis, sicut & Principes vestri*. (a) Vosotros habeis oprimido al justo, habeis dado muerte al autor de la vida, escogisteis en su comparacion á un ladrón público; pero lo hicisteis porque estabais engañados. No lo dió á entender el mismo Jesu-Christo, quando en la Cruz dixo á su Padre: Perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen: *Ignosce illis, nesciunt enim quid faciunt*? No obstante, cometian el mas abominable delito. Pero pregunto otra vez, de dónde pro-

(a) Act. 3. v. 17.

procedia delito tan abominable? De la ceguedad en que los tenia sumergidos la pasion y el odio.

No hay cosa mas comun en la Cristiandad, que estas ignorancias que hacen caer á los hombres en el pecado, ó estos pecados causados por la ignorancia en los hombres. Quántas injusticias en el comercio, quántas usuras en que la conciencia queda lastimada por no saber lo que la ley de Dios permite, y lo que veda? Si yo estuviera advertido, se suele decir, me hubiera guardado de empeñarme en este negocio: porque no quiera Dios que yo ponga á riesgo mi salvacion por ningun interes del mundo. Así lo pensais, amados oyentes míos, y yo lo quiero creer; pero no obstante, habeis hecho lo que el Señor manifestamente condena en la Escritura: del dinero que habia de servir para socorro de los pobres, y ser materia de vuestra caridad, habeis sacado una ganancia injusta; y esa usura, por mas disfrazada y paliada que la quisierais, ha sido una consecuencia de vuestra ignorancia. Quántos enojos, quántos odios ocultos, y enemistades declaradas, no han tenido mas fundamento que la preocupacion y el error? De ahí, decia Tertuliano haciendo la apologia de los primeros fieles, nacen todas las violencias que executan contra nosotros los Paganos. Lo que los incita á estos extremos, es el odio que han concebido contra la Religion Christiana, fundado en la ignorancia; porque no aborrecen á los Christianos, sino porque no los conocen; y quando los empiezan á conocer, los empiezan tambien á amar: *Hæc causa iniquitatis illorum erga Christianos, ubi destrunt ignorare, cessant odire*. Pues esto es lo que de Christiano á Christiano pasa cada dia. Quántos pecados hay, pongo por exemplo, contra la caridad, quántas conversaciones injuriosas, quántas murmuraciones, y aun calumnias, cuyo origen es la ignorancia? Si se supiera la verdad de las cosas, se hubiera hablado con modo, con equidad, y con caridad; y haciendo justicia al proximo, la paz se hubiera mantenido: pero por estar preocupados, por no haberse querido aplicar á discernir lo verdadero de lo falso; por haber creído lo que no habia sobre una leve

sospecha, ò sobre una relacion poco fiel; en una palabra, por haber ignorado la verdad se ha condenado la inocencia, se ha lastimado la honra, y se ha destruido la reputacion del hermano; se ha dado el otro por sentido, se ha indignado, y se ha arrebatado del sentimiento; y esa es la causa de todos los desordenes que el odio y la venganza suelen producir. Cien veces se os ha dicho, mugeres Christianas, (y no puede haber exceso en volveroslo à decir.) En materia de impureza, nuestra Religion condena como delitos mil libertades que en la opinion comun pasan por simples vanidades, y por unas ligerezas de que no acabais de creer que Dios se dé por ofendido tan gravemente. Si estuvierais en la persuasion de que son pecados, y muchas veces pecados mortales, fuera creible que tantas personas criadas en virtud, fuesen tan poco cuidadosas en este punto, y quisiesen arriesgar su salvacion! No; mas porque el mundo, ò por mejor decir la disolucion del mundo, está en posesion de calificar todo eso conforme à su gusto, sin consultar otra regla lo tiene sin escrupulo por permitido, y estos errores del mundo mantienen en las almas el reyno del espiritu impuro. Dexemos esta individuacion, que fuera infinita, y vamos al punto importante que tengo que declarar.

Preguntase (y ved aquí la regla principal de que en la practica y modo de vivir depende el juicio exácto que cada uno debe hacer de sus acciones) se pregunta: si esta eeguedad que es causa del pecado, puede servirnos de excusa, y justificarnos en los ojos de Dios nuestro supremo Juez? Si fuera asi, dice San Bernardo, hubiera Dios mandado en la ley antigua que se ofreciesen Sacrificios por las ignorancias de su pueblo? Le hubiera dicho David à Dios en el fervor de su contricion: Olvidaos, Señor, de mis ignorancias pasadas: *Dilicta iuventutis mea, & ignorantias meas ne memineris?* (a) No hubiera dicho al contrario: Acordaos, Señor de mis ignorancias, porque me pueden

(a) Psalm. 24. v. 7.

den servir de excusa, y soy interesado en que las tengais en la memoria? Pero habla asi? No; antes le dice à Dios, olvidadlas, botradlas de aquel libro formidabile que habeis de sacar contra mí quando viniereis à juzgarme. Luego no es verdad que la ignorancia es siempre excusa legitima de los pecados.

Paso adelante: y digo, que casi nunca lo es para la mayor parte de los Christianos. Esto os cobrerá de nuevo, pero lo digo sin razon de dudar; y aseguro, que en el siglo en que vivimos, una de las excusas mas intolerables es comunmente la ignorancia: porque es demasiada la luz que hay para poderse valer de ese pretexto: *Si non venissem, & loquutus fuissim, peccatum non haberent* (a). Si yo no hubiera venido (decia el Hijo de Dios) y les hubiera hablado, pudiera su incredulidad tener excusa; pero despues que les he anunciado el Reyno de Dios, y no les he ocultado nada de las verdades eternas, no tienen excusa en su pecado. Apliquemonos esta reprehension que daba Jesu-Christo à los Judios. Si vivieramos entre barbaros, ò en un siglo en que la palabra de Dios fuese tan rara, como dice la Escritura que era en el tiempo de Samuel; si nos hubiera rebuzado las verdades del Evangelio; si nos las hubieran propuesto solamente en enigmas y en figuras; si no hubieran tenido cuidado de representarnoslas con toda su fuerza, por ventura tendríamos razon para nuestra ignorancia, y nos pudiera servir de alguna excusa en el Tribunal de Dios: pero en un Reyno tan Christiano como en el que, por la gracia de Dios, hemos nacido; en un tiempo en que la palabra de Dios, que segun la expresion del Sabio es pan de vida y entendimiento, *pane vitæ, & intellectus* (b), se reparte tan copiosamente, y con tanta frecuencia; En una Corte, en la qual los que oyen esta palabra se precian de tanto ingenio y comprehension, decir: Yo no tenia bastante luz, yo he pecado por ignorancia; es un engaño, Christianos. Semejante excusa es futil, y no tiene otro

Tom. III. Quaresma. li efec-

(a) Joan. 15. v. 22. (b) Eccles. 15. v. 3.

efecto que hacemos mas culpables. Este es aquel velo de malicia con que nos prohibe San Pedro que nos cubramos, atribuyendo à Dios lo que con confusion nos debieramos imputar à nosotros mismos.

En fin me direis, que no obstante esta abundancia de luces, se ignoran muchas cosas esenciales para la salvacion, especialmente en orden à ciertas obligaciones. Ay! amados oyentes míos, yo lo confieso; pero eso es justamente por lo que gimo, porque en medio de una luz tan grande como la que tenemos, hay aun tantas cosas que no vemos; y porque persevera nuestra ceguedad en medio de tanta claridad como nos cerca. Esto es lo que me asombra, y lo que condeno. Quando los Fariseos protestaron que no conocian à Jesu-Christo, ni aun sabian de donde era: *Hunc autem nescimus unde sit*, estuvo tan lejos esta razon de cerrar la boca al ciego de nacimiento, que antes encendió mas su zelo; esto es (les replicó) lo que me asombra: que no sepais de donde es, no obstante ser él quien me ha abierto los ojos: *In hoc enim mirabile est, quia vos nescitis unde sit, & aperuit meos oculos*. Como si les dixera, que despues de un milagro tan manifesto, no tenia excusa su ignorancia; porque el milagro que Jesu-Christo acababa de hacer la habia refutado claramente, y muy de lleno. Lo mismo digo de vosotros y de mí: si, hermanos míos; es cosa asombrosa, que sin pensar en ello y sin saberlo, pequemos por ignorancia cada dia; y despues de habernos proveído Dios de tantas instrucciones, despues de explicarse con tantas voces, de hablarnos por boca de tantos, de haber establecido tantos Ministros para declararnos su voluntad, tantos Doctores para interpretarnos sus Mandamientos, y tantas guias para dirigirnos y gobernarnos: *In hoc mirabile est*. Este es el prodigio de nuestra maldad; y fuera cosa muy indigna valerse de él contra Dios. Este era el error de aquel mal rico en el infierno, creer que sus hermanos, que en este mundo tenían una vida tan estragada como él la tuvo, pudiesen tener excusa de su ignorancia hasta que les fuese enviado Lazaro, ó alguno de los difuntos para hablarles de parte de Dios,

Dios, y advertirles el infeliz estado en que se hallaban. No, no, le respondió Abraham; no es necesario que Lazaro salga del lugar de su descanso para eso: tienen à Moysés y à los Profetas, oyganlos; si no los oyen, no hay ignorancia que los justifique.

Ved ahí, Christianos, como nos trata Dios quando nuestra ignorancia nos hace caer en la culpa, y nuestra infidelidad presuntuosa y soberbia nos hace desear ser instruidos por caminos extraordinarios: *Habent Moysen, & Prophetas*. (a) Tienen à Moysés y à los Profetas; es decir, tienen por una parte mi ley, y por otra Pastores, Predicadores y Confesores, para darles la inteligencia de ella; si no la cumplen, su ignorancia no es razon que les excusa: *Nunc autem excusationem non habent de peccato suo*. (b) Y en efecto, quando despues de esto pecamos por ignorancia, no solamente somos culpables, sino inexcusables. Por qué? Observad esto; porque obramos atropellando nuestras luces, ó por lo menos nuestras dudas. Nuestras luces, porque en medio de las tinieblas de nuestra ignorancia no dexamos de tener algunas luces confusas, que nos bastan para evitar el pecado, si nos queremos aprovechar de ellas, y se nos hacen inútiles por falta de reflexion. Pues merece perdon el hacer tan poca reflexion sobre el negocio principal de nuestra bienaventuranza? Si se tratara de un punto temporal, no nos faltara entendimiento, y supieramos bien hallar luces para salir con nuestro designio; mas para la salvacion no los hallamos; y yo digo que no es verisimil que Dios se dé por satisfecho con eso. Atropellamos nuestras dudas, porque aunque no tuvieramos bastante luz para hacer juicio de las cosas, las tenemos muchas veces para dudar; pues desde que podemos dudar, si pasamos adelante tenemos bastante luz para la culpa. Dudo si este negocio se ajusta con las reglas de la conciencia, y me entro en él: no soy menos culpable, que si con tal evidencia cometiera el pecado. Dudo si he adquirido legitima-

(a) Luc. 16. v. 29. (b) Joan. 15. v. 22.

mente esta hacienda, y sin mas averiguacion la retengo y dispongo de ella; es como si la hurtára con una declarada violencia. Por qué? Porque no nos es licito obrar con conciencia dudosa y una duda que no quiero aclarar, me estorba la buena fe, sin la qual no hay ignorancia que pueda disculparme. Así discurren los Teólogos.

Ay! Christianos; acordémonos de que nuestra primera obligacion es saber. Acordémonos de que un pecado jamas puede ser excusa de otro; y por consiguiente, que es inútil querer justificar nuestras omisiones y nuestros delitos con nuestras ignorancias, que por sí mismas son pecado. Acordémonos, que muchas veces es mas culpable, ó tan culpable en los ojos de Dios el decir: Yo no lo supe, como el decir: Yo no lo liice. Por este principio, amados oyentes míos, debemos exáminarnos hoy. No nos basta que le apliquemos à nuestras personas, debemos estenderle à todos los que Dios nos ha encomendado, y de quienes nos ha de pedir cuenta. Porque este es el desorden; (dadme licencia de que os dé con él en cara) tenéis hijos que criar, y los criáis siempre con una ignorancia crasa de los puntos mas esenciales de la salvacion: todo lo demas les enseñais, como no sea conocer à Dios y servirle: les dais maestros para indistriarlos segun el mundo, y en eso no les perdonais los mas ligeros descuidos; pero si estan bien instruidos de su Religion, si tienen temor de Dios, si cumplen exáctamente con los ejercicios ordinarios de la ley Christiana, en eso pensais muy poco, y quizá nunca pensais en ello. Vosotras, Señoras, tenéis hijas de pocos años, que si os deben el nacimiento, las debeis la educacion: si pecan por ignorancia contra las reglas del trato civil del mundo, las reprehendeis asperamente; pero si pecan por ignorancia contra la ley de Dios, facilmente, se lo disimulais: tenéis criados, que aunque son Christianos, apenas saben que es serlo; vienen al tribunal de la penitencia, y apenas saben que es penitencia: van à recibir nuestros Sacramentos, y cometen allí mismo sacrilegios. Los excusa su ignorancia? No, pero à vosotros os excusa menos que à ellos; porque si ellos están obligados à

à aprender, vosotros tenéis obligacion de cuidar que aprendan, y esto es en parte por lo que Dios quiere que dependan de vosotros. Me preguntais, que à quién los encaminareis para enseñarles los principios de la salvacion? No os ofendais de lo que os voy à responder. A quién (decis) se han de encaminar? A quién sino à vosotros mismos, pues Dios os los ha encomendado? Tendreis por punto de menos valer el hacer oficio de Apostoles con ellos? Pues à quién recurriréis, si no queréis tomar sobre vosotros ese cuidado? Me atreveré à decirlo? A mí. Sí, à mí; que tendré por gloria cultivar esas almas redimidas con la sangre de Jesu-Christo. Otros se aplicarán à instruirlos à vosotros, y hallaréis bastantes: pero yo admitiré esos pobres tan queridos de Dios, con tanto gusto como à quantá grandeza hay en el mundo: yo seré su Predicador como ahora lo soy vuestro: yo os dexaré la autoridad de mandarlos, y me tomaré el cargo, ó por mejor decir, la honra de hacer que entiendan los ordenes del Dueño Soberano à quien todos debemos obedecer, y explicarles su ley: yo los sacaré de esta ignorancia, que en lugar de servirlos à vosotros y à ellos de titulo que los justifique, os pone à riesgo de caer en otros: tercera ceguedad, que es efecto del pecado, y materia de la tercera parte.

III. PARTE.

Es una verdad incontestable, que algunas veces ciega Dios à los hombres: y quando la ceguedad de los hombres entra en el orden de los decretos divinos, es de fe que es efecto del pecado, porque es uno de los males con que Dios castiga. Así lo daba à entender el Profeta Isaias, quando decia hablando de los Judios infieles: *Esccecevit Deus oculos eorum.* (a) Dios los cegó; aquel Dios que es el centro de las luces; aquel Dios que alumbrà à todo hombre que viene al mundo, con todo eso los precipitó en la

(a) Isai. apud Joan. 12. v. 40.

la ceguedad en que están; y es tal, que teniendo ojos no ven, y teniendo corazones nada entienden, y nada les hace fuerza: *Ut non videant oculis, & non intelligant corde.* Pues es evidente, que al explicarse así Isaias consideraba esta ceguedad como un misterio de la justicia de Dios, como efecto de su ira, y como una venganza del Cielo. Luego no solamente ciega Dios á los pecadores, sino que los ciega en consecuencia y en odio de su pecado; de donde se sigue, que entonces la ceguedad es efecto de la culpa.

El saber, Christianos, como se executa un castigo tan opuesto, al parecer, con la santidad de Dios; y como Dios, que es la misma luz, puede cegar una criatura racional, y adornada de entendimiento, es uno de los secretos de la predestinacion, ó si os parece mejor, de la reprobacion de los hombres, que debemos respetar, pero no nos toca el entenderle. Tomando los terminos en todo su rigor, no parece sino que Dios por sí mismo con una accion real y positiva produce esta ceguedad interior; y yo confieso ingenuamente que las expresiones del texto sagrado sobre este punto son muy fuertes, y piden mucha discrecion y precision para no dexarse engañar en él. Porque quando San Pablo (pongo por exemplo) dice que Dios infundirá en los que se pierden, esto es, en los réprobos, un espíritu de error para que crean la mentira: *Ita mittet illis Deus operationem erroris, ut credant mendacio:* (a) Quién no inferirá de esto, que Dios obra en efecto en una alma pecadora para infundirle la mentira, como obra en una alma justa para comunicarle la luz de su gracia? Y quando leemos en el libro de los Reyes, que Dios con un designio deliberado concitó á un demonio para que engañase á Acab, que para este fin le dió comision expresa, y que al mismo tiempo puso un espíritu de mentira en boca de los Profetas en que este Monarca infeliz tenia su mayor confianza: *Nunc igitur, ecco dedit Dominus spiritum menda-*

(a) 2. Thess. 2. v. 10.

daci in ore omnium Prophetarum; (a) tomando esto á la letra, no parece que Dios (con providencia conocida de su Magestad solamente) es la causa inmediata de la ceguedad del pecador? Pero no, hermanos míos (dice San Agustin) no es así. Dios es una verdad eterna y esencial, y jamas puede ser autor de la mentira; jamas nos puede engañar, porque jamas puede dexar de ser fiel. Si nos ciega, es por via de privacion, y no de accion: no imprimiendo en nosotros el error, sino retirando sus luces; dexandonos guiar por lo que conocemos, y por las sugestiones de los malos, no dandonos por sí mismo conocimientos falsos. Porque sean como fueren los terminos de la Escritura, la fe nos obliga á interpretarlos así. Aun mas; que segun el dictamen de San Agustin (cuya doctrina nos propuso el Concilio de Trento por regla en este punto) se debe inferir que Dios no ciega jamas en esta vida á los hombres de tal suerte, que los dexee en una privacion total y absoluta de las luces de su gracia. Por qué? Porque de ese modo se verian en una absoluta y entera imposibilidad de guardar su ley, y esta ley les seria absolutamente impracticable. Es, pues, máxima de fe, tanto mas segura quanto mas necesaria para reprimir la disolucion, que Dios sumamente justo, sumamente sabio, y sumamente bueno, jamas nos pide cosa imposible: *Impossibilia non jubet,* (estas son las palabras de San Agustin, citadas por el Concilio) *sed jubendo monet, & facere quod possis, & petere quod non possis, & adiuvat, ut possis.* Siempre nos dexa luz bastante, si no para andar por el camino de la salvacion, á lo menos para bucarlo; si no para obrar, á lo menos para pedir; si no para saber, á lo menos para dudar. Pues Señor, no es menester mas para poder guardar vuestra ley, y para que en vuestros mas severos juicios no haya cosa que oponeros, si no la observamos: *Ut justificeris in sermionibus tuis, & vincas cum judicaris.* (b) Pues qué hace Dios para cegarnos y castigarnos? No hace mas que

(a) 3. Reg. 22. v. 23. (b) Psalm. 50. v. 6.

que retirarse de nosotros, y abandonarnos á nosotros mismos: en castigo de nuestras ingratitudes y delitos, no nos da algunas luces que antes nos daba: unas luces vivas y penetrantes; unas luces favorables y singulares; unas luces que nos desahieran del mundo, y nos hicieran ver claramente su vanidad; que nos hicieran gustar de Dios, y nos hicieran su yugo apeteçible; unas luces que en la penitencia mas austera nos hicieran hallar delicias santas, y en las cruces mas duras manantiales de consuelos; unas luces que cien veces han producido milagros de penitencia en los mas obstinados pecadores; cuyos errores habeis conocido, y habeis visto despues, que penetrados de estas luces victoriosas han tomado resueltamente el partido de la virtud; unas luces, cuya eficacia nosotros mismos habiamos experimentado, mientras viviamos segun la razon, y se nos eclipsaron porque el pecado nos separó de Dios. Estas son, Christianos, las luces de que Dios nos priva quando le irritamos, y en esta pérdida de las luces consiste nuestra ceguedad.

Pues yo pretendo, (y ved aqui mi ultimo pensamiento) pretendo que esta ceguedad así explicada, es el efecto mas formidable de la justicia vengativa de Dios, el castigo mas riguroso que puede executar en los pecadores, el que se acerca mas á la reprobacion, y el que se puede llamar desde ahora una reprobacion anticipada. Esta es la razon, advierte San Juan Chrisostomo, porque quando Isaias abrasado de zelo por los intereses de Dios parece queria empeñarle en castigar las impiedades de su pueblo, se contentaba con decirle: *Excava cor populi hybris*; cegad, mi Dios, el corazon de este pueblo; porque sabia que Dios no tiene en los tesoros de su justicia castigo mas terrible que esta ceguedad del corazon. Quereis saber quanto excede á los demas castigos? Oid la razon, que quizá nunca la habeis entendido, con ser una de las verdades mas sólidas de vuestra fe. La ceguedad en que Dios permite que caigamos por consecuencia de nuestros delitos, es un mal puro sin mezcla de bien. Todos los demas males de la vida son (es verdad) castigos del pecado, pero no dexan de ser, si que-

remos, medios para nuestra salvacion; y ninguno hay, si sabemos usar de ellos bien, que no podamos poner en el número de los favores; porque al mismo tiempo que Dios nos hace sufrir la pena de ellos por su justicia, nos los hace utiles por su bondad: son nnos males, dice San Juan Chrisostomo, que al affligirnos nos purifican, nos corrigen, nos sirven de pruebas, nos ayudan á entrar dentro de nosotros, nos apartan de los objetos criados, y nos fuerzan para que nos volvamos á Dios. Pero la ceguedad es un mal esteril, del qual ningun provecho podemos sacar. Hay, dicen los Teologos, unas penas medicinales, hay otras satisfactorias, y otras meritorias. Las medicinales son para preservarnos del pecado; las satisfactorias para satisfacer por él; las meritorias para hacernos santos; pero en la ceguedad, ni hay resguardo, ni satisfaccion, ni santificacion. Quando Dios me envia adversidades, como una enfermedad, ó una humillacion, siempre tengo como consolarme. Porque le digo en mi trabajo: Seais bendito, Señor: Vos me castigais como Padre: esta enfermedad segun el orden de vuestra Providencia me sirve de purgatorio, y de exercicio de paciencia. Dichoso yo, si me valgo de ella para este fin! Yo abusaba de mi salud para llevar una vida mundana y divertida: quitandome la me habeis apartado del mundo á mi pesar. Esta es pena medicinal. Yo tenia horror á la penitencia; Vos me obligais á hacerla por necesidad: esta es pena satisfactoria. Yo era flojo en vuestro servicio, y descuidado en las obligaciones de la ley Christiana; pero ya que no os honro con mis obras, me dáis modo de honraros con el sufrimiento: esta es pena meritoria. Esto es lo que endulza mis males. Mas quando caigo en ceguedad, en nada de esto puedo pensar: porque en este genero de pena, ni doy satisfaccion á Dios, ni merezco nada en sus ojos, ni me mejoro respecto de su Magestad. Dios me castiga, y no hay mas.

Pues esto es, Christianos, tambien en lo que el castigo de que hablo se parece al de los condenados. Porque, qual es en ellos el colmo de su miseria? Que jamas

se dará Dios por satisfecho de sus trabajos; y que quanto mas padecen, tanto mas obstinados están en su malicia: Del mismo modo la ceguedad, en lugar de acabar con nuestros pecados, los aumenta; en lugar de sujetar nuestros corazones, los hace rebeldes; en lugar de aplacar á Dios, le irrita: tiene todo lo malo del castigo, sin tener efecto alguno provechoso. Pena eterna, añade San Juan Christosomo, como la de los condenados. Los demas males, por grandes que sean, tienen su termino; la ceguedad no le tiene: la muerte que acaba con todo lo demas, en lugar de hacer que cese, la da (por decirlo así) un caracter de perpetuidad; y así como un Santo al morir, pasa (segun la expresion de San Pablo) de luz á luz, y de claridad á claridad, esto es, de la luz de la fe á la luz de la gloria, y de la claridad de los justos á la de los bienaventurados: *A claritate in claritatem* (a); así la muerte hace que un mundano reprobado de Dios pase de tinieblas á tinieblas, y de ceguedad á ceguedad; quiero decir, de la ceguedad temporal á la ceguedad eterna, y de las tinieblas del pecado á las tinieblas del infierno.

Si con todo eso (concluye admirablemente San Agustín) decís que no castiga Dios desde esta vida á los pecadores y licenciosos: si decís que no tiene para ellos castigo que desde esta vida los diferencie de los escogidos, y que en todas las cosas los confunde con los buenos, os engañáis, hermanos míos, (replica el Santo Doctor) Dios juzga á los mundanos desde esta vida, y desde ella hace entre ellos y sus escogidos una terrible diferencia, por el modo diferente de castigarlos: *Utiq; est Deus iudicans eos in terra*. No aguarda hasta el fin de los siglos para apartar el grano de la paja; antes tiene desde ahora una especie de castigo, que le basta para esta separacion, y es la ceguedad en el pecado. Si nosotros no le tememos, si no le tenemos tanto horror como al infierno mismo, desdichados de nosotros! Ah! Señor, exclamaba el mismo Pa-

(a) 2 Cor. 3. v. 18.

Padre; qué adorable sois, y qué incomprehensible en vuestros juicios! Pero, cómo lo sois especialmente en esta ley fatal que os hace derramar sobre los hombres tan espantosas tinieblas, para castigar los deseos desenfrenados de sus corazones! *Quam secretus es habitans in silentio! Deus solus, & Deus magnus lege infatigabili spargens penales caecitates super illicitas cupiditates!* Si este Dios vengador no ha executado aun en vosotros, hermanos míos, esta justicia rigurosa; si no ha permitido aun que caigais en un estado tan triste, quizá no es porque no le tenéis bien merecido, sino porque ha usado con vos de mayor misericordia que con otros muchos. Pero mirad no sea que al fin se canse esta bondad; y temed la misma paciencia de Dios, que tanto mas reciamente descarga el golpe, quanto mas tiempo ha contenido su justicia. Quién sabe si está resuelto á esperar mas? Quién sabe si apagará sus luces, y os cegará luego que cometais el primer pecado? Quién no debe temer el pensar que hay un pecado que ha señalado Dios como por ultimo termino de su gracia, de aquella gracia poderosa digo, sin la qual no nos salvaremos jamas? Qué pecado es este? Yo no puedo saberlo. Despues de qué numero de pecados vendrá? Eso es lo que ignoro. De qué naturaleza, ó de qué especie es? Otro misterio para mí. Es algun pecado particular y extraordinario? Es algun pecado ordinario y común? Este es un abismo en que nada descubro. Todo lo que sé, mi Dios, es que nada debo omitir, ni dexar de hacer por guardarme de la desdicha con que me amenazais. Qué dicha la mia, que me hayais dado á conocer el peligro! Qué dicha no menos, porque queréis ayudarme á salir de él! Sumamente dichoso soy, si camino de aquí en adelante al amparo de vuestras luces divinas, hasta llegar á la gloria, adonde nos conduzca, &c.

HOMILIA

SOBRE EL EVANGELIO DEL CIEGO de nacimiento.

Præteriens Jesus vidit hominem cæcum à nati-
vitate.

Pasando Jesus vió à un hombre ciego de nacimiento.
San Juan al cap. 9. v. 1.

De quantos hechos refirieron los Historiadores Sa-
grados, y de qué formaron los Santos Evangelios, se pue-
de decir que de ninguno han hecho una relacion mas cir-
cunstanciada y extensa, ni le han representado con rasgos
y colores mas vivos, que la curacion milagrosa de este
Ciego de nacimiento, à quien el Salvador del mundo
abrió los ojos, y en quien hizo resplandecer su gloria.
Parece que el Evangelista fiel, que nos lo refiere hoy, pro-
curó con el mayor cuidado no omitir circunstancia al-
guna, y la pintura que nos representa es tan natural y
sensible, que creemos al leer este milagro que nos halla-
mos presentes allí, y vemos todo lo que pasa. Yo no
puedo, amados oyentes míos, complacer mejor à vues-
tra piedad, que siguiendo palabra por palabra en este
discurso todo el Evangelio de hoy para sacar de él, como
en una sencilla Homilia, todas las saludables instrucciones
que se presentarán, y servirán de edificacion à vuestras al-
mas. En toda la série de este Evangelio observo principal-
mente dos clases de personas que se distinguen y señalan
en él, y deben con particularidad ocupar nuestra atencion.

No-

Nosotros los oiremos hablar, pero en lenguages muy di-
ferentes. Nosotros los veremos obrar, pero con afectos
muy opuestos. Por una parte el Ciego curado por Jesu-
Christo, y bendiciendo en voz alta à su bienhechor; y
de otra parte los Fariseos enemigos de Jesu-Christo exás-
perados è irritados con una mortal envidia contra aquel
Dios nuestro Salvador. Movido del mas justo reconoci-
miento, y teniendo por una obligacion indispensable el
confesar y publicar la verdad à gloria de este hombre
Dios que acaba de obrar en favor suyo prodigio tan ma-
ravilloso, el Ciego reconoce de buena fe, y declara pu-
blicamente el beneficio que ha recibido, nombra al au-
tor, manifiesta todas las particularidades y circunstancias,
y tendria por un delito, y una monstruosa infidelidad, no
solamente decir cosa que pudiera oscurecer este mila-
gro, sino callar algo de lo que pudiera realzar su lustre.
Asi se explica un corazon recto; y por una regla del todo
contraria, ved en el exemplo de los Fariseos como se de-
xan cegar los corazones preocupados y envenenados; en
una palabra que aun expresa mejor mi pensamiento, los
corazones interesados. Pues segun los designios de aque-
llos falsos Doctores de la Ley, era interes suyo rebaxar
el merito de las obras de Jesu-Christo y desacreditarle,
porque él mismo con sus obras los desacreditaba, y por
esto, no obstante la evidencia del milagro hecho en la
persona del Ciego de nacimiento, no puede jamas con-
venir en él y confesarlo, y aun de él mismo tomaban oca-
sion para calumniar al Hijo de Dios, y tratarle como à
peccador. De esto comprehendemos à primera vista, en
qué ceguedad es capaz el interes propio de hacernos caer,
y en qué ceguedad nos precipita todos los dias como à
los Fariseos: esta será la primera parte. Despues apren-
daremos y conoceremos por el testimonio del Ciego à di-
sipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y à con-
fundir la mentira con una confesion santa de la verdad:
esta será la segunda. Para hacer que comprehendais bien
uno y otro, necesito de las gracias del Cielo, las que pido
por la intercesion de Maria: AVE MARIA.

PAR-

PARTE PRIMERA.

Es una cosa que pasma, y que aun en el día sirve tambien de pretexto à la infidelidad, que habiendo sido los milagros del Salvador del mundo tan brillantes y tan públicos como vemos en el Evangelio, haya habido, no solamente hombres vulgares, sino prudentes y cuerdos, doctos è instruidos, como eran los Fariseos, que no se hayan persuadido con ellos, y se hayan cegado hasta el extremo de no querer reconocer su Autor, disputarle su misión, y oponerse à su predicacion. Porque, finalmente, me direis justamente admirados; qué ceguedad, por mas obstinada que se suponga, podia resistir al convencimiento sensible de tantos prodigios, como este hombre Dios hacia en la Judéa à vista de un millon de testigos? Pero Christianos, en una palabra he respondido ya à esta dificultad quando he dicho, que el interes de que estaban preocupados los Fariseos, (que fue su pasion dominante) habia sido la causa y origen de este desorden. Porque si el interes puede cegar à los hombres en las cosas mismas que se tocan con los sentidos, y que no exceden el conocimiento de la razon humana, como vemos todos los días, qué no podrá hacer en las que tocan à la fe, qual era en particular el discernimiento del Mesias verdadero; esto es, en aquellas en que no siendo bastante la razon, es necesario que la gracia obré; en las que el misterio de la predestinacion se cumple; en las que por un juicio secreto tiene Dios derecho para retirar sus luces; y el castigo mas comun de que usa segun la doctrina de los Padres, y principalmente de San Agustin, es derramar tinieblas sobre los deseos y concupiscencias injustas de nuestro corazon? *Spargens panes cæcitates super illicitas cupiuitates.* Ved, Christiano Auditorio, lo que hizo à los Fariseos desconocer à la misma luz, quiero decir, al Verbo enviado de Dios, y lo que produxo en ellos respecto de Jesu-Christo aquella ceguedad terrible, pero voluntaria que tenemos dificultad en comprehender. Estos eran

es-

espirtus intrasados, llenos de una funesta ambicion que los poseia, y zelosos de la autoridad que se habian adquirido, ó por mejor decir, que habian usurpado sobre los Pueblos; y como de ello sacaban segun el mundo grandes ventajas, estaban determinados à todo por mantenerla. Desde que nació Jesu-Christo le miraron como à un hombre contrario à sus designios, como enemigo de su hipocresia, y destructor de su Secta; y de aqui nació el interes que tenian en arruinarle y perderle. Pues por esto dice el Evangelista, que habian conspirado y resuelto, que qualquiera que le conociera por Christo, fuese arrojado de la Sinagoga: *Jam enim conspiraverant, ut si quis eum confiteretur esse Christum, extra Synagoga fieret.* Este interes que tenian à la vista, esta politica à que se referia toda su conducta, y este deseo de dominar y de reynar fue lo que les cegó, y el origen de la malicia è iniquidad de todos los juicios que formaron, ya de la persona del Salvador, ya de sus milagros. Empezemos por su persona; y en un exemplo tan autentico como este conozcamos y aprendamos quan peligroso es seguir ciegamente el impulso de una pasion en perjuicio de la verdad.

El credito y reputation del Hijo de Dios incomodaba à los Fariseos, y era contrario à sus intereses: no era necesario mas para desacreditarle en su estimacion, y hacerles creer de él todo lo que la aversion mas violenta y el odio mas envenenado era capaz de sugerirles. En efecto, Jesu-Christo pasaba, y era tenido por un Profeta, y por un hombre de Dios, y ellos estaban en que era un pecador: *Nos scimus quia hic homo peccator est.* Nosotros sabemos, decian, que este hombre es malo è hipocrita; y la seguridad que tenemos nos obliga à dar este testimonio contra él; pero este hombre (se les replicaba) es oido de Dios, hace milagros, y es irreprehensible en sus costumbres: no importa, respondian, es un pecador, y nosotros lo sabemos: *Nos scimus;* pero de qué lo saben? Porque querian que fuese así, y era interes suyo que se creyera de este modo. Así era su interes la regla de su juicio, y lo

que

que querian era únicamente lo que los persuadía. Si el Salvador del mundo se hubiera declarado á favor de ellos, si hubiera sido de su partido, y se hubiera conformado con sus máximas, hubiera tenido su aprobacion, y le hubieran canonizado. Pero como condenaba sus errores, revelaba el misterio de su falsa piedad, y desengañaba al Pueblo seducido con la apariencia de su Religión, y con su perniciosa doctrina, aunque hiciese milagros era un pecador, y un hombre de mala vida: *Nos scimus, quia hic homo peccator est.*

Excelente idea, Christianos, de la malignidad del espíritu del mundo! Qué es por lo comun lo que nos ciega en nuestras opiniones, y nos preocupa contra el proximo? Ya os lo he dicho, el interes que nos domina. Nosotros juzgamos de los hombres, no por su merito, sino por nuestro interes; no por lo que son, sino por lo que son para nosotros; y no segun las qualidades buenas ó malas que tienen, sino segun el bien ó el mal que de ello nos resulta. De aqui nacen las injusticias enormes que cometemos contra su persona: de aqui las preocupaciones á favor de unos, los enojos y enfados caprichosos contra otros, la critica y censura odiosa de los sujetos mas dignos, las alabanzas mas excesivas de los medianos, las preferencias iniquas de estos, y las exclusiones de aquellos; y de aqui los abusos casi infinitos que lloraba David, y le obligaban á inferir que los hijos de los hombres no eran mas que vanidad; que sus balanzas, esto es, las de su estimacion, ó de su vituperio, eran engañosas, y que ellos mismos por medio de sus deseos, y sus pretensiones interesadas trabajaban sin cesar en cegarse y engañarse: *Ferunt tamen vani filii hominum, mendaces filii hominum in stateris, ut decipiant ipsi de vanitate in illis.* (a)

Nada es mas cierto que esto; y esto es lo que nuestra propia experiencia nos descubre todos los dias. Como un

(a) Psalm. 61. v. 10.

un hombre se interese por nosotros, ó nosotros nos interesamos en protegerle, nos figuramos que aquel es hombre de merito. Sin mas titulo que este, él es en la extension de nuestra idea propio para todo, y capaz de todo. Al contrario sucede si el interes nos separa de él; si nos creemos á nosotros mismos, ya no es para nada y nada puede. La pasion del interes nos los pinta todos segun los queremos; nos los desfigura, nos los disfraza, nos oculta los defectos que tienen, ó nos hace ver los que no tienen: nos disminuye sus perfecciones, ó nos las aumenta, y nos los representa con caracteres tan distintos, quantos motivos diferentes hay en el interes que nos hace obrar. ¿Por qué un padre cae en una ceguedad grosera en quanto á sus hijos? Porque su grande interes está en sus hijos. ¿Por qué no conoce ni percibe en ellos, lo que les hace, ó despreciables, ó insoportables á todo el mundo? Porque él solo tiene en ellos el interes que todo el mundo no tiene. ¿Por qué aprueba y celebra hasta sus locuras y sus extravagancias? Porque sus extravagancias y locuras tienen relacion con su interes propio. Asi el interes corrompe y debilita la razon.

Pero esta debilidad y corrupcion de la razon por el interes se conoce mucho mas en la oposicion de dos intereses contrarios. Porque, ¿qué no puede la enagenacion ó aversion de los espíritus y de las voluntades, para prevenirnos con los errores mas visibles en perjuicio de un enemigo? ¿Y en qué disposicion no nos pone de no poderle hacer justicia, porque estamos determinados á desaprobarle del todo, y á condenarle? El se ha conciliado nuestra desgracia, y esto basta. Siendo así, en vano hará milagros; pues hasta sus milagros haremos odiosos; y en vano poseerá todas las virtudes; pues las virtudes mas inocentes y sinceras toman en nuestra imaginacion el color y tintura de los vicios mas vergonzosos. Si es devoto, le miramos como un seductor; si es hombre de bien y cortés, lo tratamos de pusilánime y lisongero; si es reservado, lo acusamos, y tenemos por disimulado y engañoso; y si es franco, segun nuestro dictamen es imprudente.

dente è inconsiderado. Por mas que se distinga segun el merito de sus acciones, el interes con que lo miramos, desfigura y oscurece à nuestros ojos las acciones mas santas. Por mas que le alaben y elogien los demas, el interes que nos preocupa nos hace juzgar que todos los demas se engañan, y que nosotros solos lo conocemos. Al mismo tiempo que se le aplaude, como los Israelitas aplaudian à David, el interes de que estamos dominados nos encona y exaspera contra él, como exasperó à Saul.

Ved, Christianos, el caracter de todos los espiritus ambiciosos, principalmente de aquellos que segun la expresion de San Ambrosio estan agitados del estímulo de la envidia: *Quibus ambitionis stimulus invidia est.* Como la ambicion y la envidia tienen por objeto el mas delicado de todos los intereses, que es la gloria, por eso tambien tienen una malicia mas sutil para cegar al hombre en todas las ocasiones en que se halla este interes de honor y de gloria. De aqui nace, que por una fatalidad, ó por mejor decir, por una indignidad que no podemos vituperar bastantemente, nos es casi imposible tener y conservar equidad para con aquellos que pueden tener las mismas distinciones y empleos que nosotros, para con aquellos que tienen proporcion, y estan en estado de disputarnoslas, y mucho menos para con aquellos que las obtienen, y se nos prefieren. Por qué es esto? Porque el interes está entre ellos y nosotros, como una nube que nuestra razon no tiene fuerza para disipar. Nosotros juzgamos sanamente de todo lo que es superior ó inferior à nuestra esfera; esto es, de los que por su elevacion, ó por su obscuridad no pueden ser obstáculos à nuestras empresas y designios; pero de aquellos que la concurrencia de los mismos honores, y la solicitud de los mismos derechos y empleos nos hace contrarios y enemigos, juzgamos de un modo lastimoso, y el mas fuera de razon.

Este es el caracter no solamente de los espiritus ambiciosos, sino de los espiritus inquietos y rebolotosos, para los que, como observa Tertuliano, ser sus adherentes, es

el mayor merito; y no serlo es el mayor descredito; *Ubi ipsam illic esse, promereri; non esse, demereri est.* Si vosotros estais sacrificados à su partido; no tengais cuidado, ni trabajeis en adquirir capacidad, integridad, ni piedad; solo el declararse à su favor equivale à todo. Caracter es particular de la heregia, cuya propiedad (segun observa San Agustin) ha sido siempre exagerar y poner en las nubes à sus protectores y sequaces, y abatir y tener en nada à aquellos à quienes inspiraba Dios el zelo de oponersele y combatirla. Y este caracter está admirablemente expreso y manifestado en los Fariseos de nuestro Evangelio, que aun estando tan corrompidos como estaban, hablaban de si mismos con las expresiones mas honorificas; y aun siendo tan ilustrado y santificado como era el pobre que los contradecia, no tenían para con él otra atencion que el desprecio. Nosotros, le decian, observamos inviolablemente la Ley, somos verdaderos Discipulos de Moysés, mantenemos las tradiciones en su pureza: *Nos Moysi discipuli sumus*: pero tu eres un miserable cargado de culpas, y en lugar de poder instruirnos, no eres digno, ni aun de recibir nuestras lecciones: *In peccatis natus es totus, & tu docer nos?* Ellos le despreciaban de este modo, y en su opinion no era mas que un miserable, porque no hablaba como ellos querian, y como era propio de su interes que hablasen. Ved, dice San Agustin, lo que sucedia en los Cismas que se han formado y levantado entre los fieles, y han dividido la Iglesia de Dios. El modo de manifestarse los Heresiarcas era elevarse ellos mismos en primer lugar, y despues à sus partidarios y compañeros como hombres raros y extraordinarios. Todo lo que se unia à ellos era grande, y el solo titulo de interesarse en su partido era un elogio consumado. Decian que no habia entre ellos sino ingenios sublimes, y prodigios de ciencia y de virtud. Ellos se llamaban sin dudar ni reparar en nada, los verdaderos Discipulos de los primeros Padres de la Iglesia, y los unicos que tenían derecho à decir: *Nos Moysi discipuli sumus.* Entre ellos se hallaba el fervor de la antigua disciplina, y el fun-

damento sólido del espíritu cristiano : fuera de ellos nada veían que no les causase lastima y compasion. Los mas inteligentes y hábiles del partido Católico, les parecían hombres ignorantes y de pocos alcances. Todo lo que no les favorecía era relajacion y desorden; y no opinar como ellos, ni seguir su dictamen, era estar abandonado de Dios y reprobado. En efecto, así lo creían; y aunque todo ello fuese otras tantas ilusiones y quimeras, á fuerza de desear y querer que estas quimeras é ilusiones fuesen verdades, ellos se las hacían tales y triunfaban. Tanta verdad es, que desde el momento que el afecto del interes está en movimiento, ya la razon no juzga sino al arbitrio de la voluntad ciega y apasionada.

No Christianos, no hay equidad quando prevalece el interes; y esto es tan constante, que todos los hombres que han nacido para la Sociedad, y cuyo comercio estrivaba sobre la buena fe reciproca, ya no reconocen esta buena fe, y no se creen los unos á los otros, si perciben en los negocios que entre ellos tratan la menor mezcla de interes. Por mas integridad que tenga un Juez, si se halla interesado en una causa, se cree bien fundado el recusarlo, y no se cree hacerle agravio en apelar á otro Juicio que el suyo. Por mas irreprensible que por otra parte sea un testigo, si su interes está unido á su testimonio, este pasa por nulo. Como si los hombres, de comun acuerdo se hubieran hecho á sí mismos la justicia de confesar, que quando su interes está de por medio, no son ya capaces de guardar las reglas de la justicia. No es de admirar que los Fariseos teniendo un interes contrario á Jesu-Christo, se cieguen en quanto á su persona; porque esta era una consecuencia natural, y hubiera sido un milagro si esta ceguera no hubiera sido efecto de aquel interes. Pero es de admirar, que siendo la persona de Jesu-Christo tan santa, y tan perfecta, tuvieran interes los Fariseos en serle contrario. Esto es, amados oyentes míos, lo que los perdió; y lo que nos pierde. Nesotros tomamos algunos intereses, que primeramente se encaminan á cegarnos, y despues por un empeño infalible llegan á dis-

disgustarnos, á irritarnos, á enojarnos y enfurecernos contra algunas personas dignas de toda nuestra estimacion, y con las que la caridad cristiana no debería unir. ¡O intereses! los juicios que has pervertido en perjuicio de esta divina caridad, y las heridas que has hecho á esta virtud con tus funestas impresiones en los espíritus de los hombres!

Pero veamos esto mas claramente en el discurso de nuestro Evangelio; y de la ceguera de los Fariseos en quanto á la Persona del Salvador, pasemos á la que tuvo por objeto la accion particular de este hombre Dios, y el milagro que acababa de obrar: pues en ella se acaba de manifestar la malignidad del interes, y se descubre toda entera. Atended, Christianos: Jesu-Christo curó milagrosamente á un Ciego de nacimiento, y este milagro es opuesto al interes de sus enemigos. ¿Qué hacen ellos? Aunque este milagro es tan grande y tan público, lo contestan y lo desaprueban. Obligados á confesarlo y venir en ello, niegan á lo menos que Jesu-Christo haya sido su autor. Lo niegan, digo, sin razon, y contra toda apariencia de razon, porque tienen interes en negarlo. Si este milagro les acomodara, por mas increíble que les pareciese, lo creerian: pero como los desconcierta, por mas autentico que sea en su idea un milagro supuesto. Esta es la causa del gran cuidado con que lo examinan, usando no solo del rigor, sino de un modo lleno de malicia. Porque ¿de qué artificios no se valen, y qué pesquisas é informaciones no hacen de él? Esta es la causa tambien de la determinacion en que estaban de oír con alegría y complacencia todo lo que parecia ser favorable á su incredulidad, y á no tolerar sin disgusto todo lo que la combatia y la convencia. Esta es la causa de aquel espíritu de censura que los mueve á condenar lo que la evidencia de la cosa no les permite dudar. Esta es la causa de aquella regularidad falsa que los hace usar de ardid y sutilezas sobre la circunstancia del día, no queriendo que un enfermo pueda ser curado en Sabado, ni que el Sabado sea día de milagros. Esta es tambien la causa de aquel ex-

tremo à que les reduce la desesperacion , haciendoles atribuir al Demonio lo que visiblemente es obra de Dios, por no confesar que era obra de Dios, y dar el honor de ella à Jesu-Christo. Esta , finalmente , es la causa de la conducta y proceder violento que usaron con el Ciego mismo y sus parientes, tratandolos con soberbia, è intimidandolos para cerrarles la boca y hacerles callar. Todo esto executaban porque el interes los poseia , y porque hasta en los hechos públicos, que naturalmente deberian ser menos contestados, es propiedad del interes hacernos ver las cosas , no como ellas son en sí , y como suceden, sino como nos convendria segun nuestros designios que fuesen, y que sucediesen con efecto. Con esta disposicion de corazon , ¿quál era el medio de que los Fariseos confesasen sinceramente y de buena fe el milagro de Jesu-Christo? Y la justicia misma aun siendo tan clara como es , ¿era bastantemente penetrante para entrar , y hacerse lugar en unos espíritus infestados con tal contagio? Esto os sorprende , y debe daros horror contra el interes.

Pero acabemos, Christianos , de aplicarnos esta doctrina, y avergonzémonos de que en medio del Christianismo produzca el espíritu del interes los mismos efectos ó errores, no en lo que simplemente mira à los milagros del Hijo de Dios , sino generalmente en los puntos mas esenciales y mas indisputables de la Religion; en las obligaciones de conciencia mas naturales , y mejor establecidas; y lo que pareciera casi imposible, en los hechos mas evidentes, que tienen relacion con la justicia y caridad para con el proximo. Confundámonos, de que siendo Christianos nos haga en todo esto el interes mas ciegos que fueron los Fariseos. Digo en los puntos mas esenciales de la Religion; porque , ¿quál es la causa porque el libertinage llegue à dudar de todo , y à no convencerse ni moverse con nada? ¿Y por qué se forman secretamente sistemas de creencia, ó por mejor decir , de impiedad y de infidelidad, segun los cuales se vive, sino porque sería interes del libertinage que la Religion se obscureciera y apagara, y que nada hubiese de verdadero, sino lo que le lisongea y agrá-

agrada? Nosotros no comprehendemos algunas veces como los Paganos podian ser tan groseros que adorasen Dioses infames , incestuosos y adulteros; y San Agustin nos asegura , que él lo comprehendia bien; es la razon, dice , porque ellos estaban interesados en tener Dioses como estos, y les era ventajoso en el instante que eran vencidos por una pasion vergonzosa , poder autorizarse con un tal exemplar. Este es todo el fundamento de la idolatría y del Paganismo : pero nosotros no tenemos necesidad de recurrir à un principio tan alto, y no es menester aquí mas que consultarnos à nosotros mismos. Porque por mas obstinado que sea un libertino del siglo , no negará (si quiere responder francamente, y sin disfraz) que no ha comenzado à dudar de la otra vida, sino quando ha sido interes suyo que todo se acabase en esta; que el infierno no le ha parecido un error popular , sino quando ha sido interes suyo que no haya infierno; que no ha tratado el pecado de vagatela y friolera, sino quando ha sido interes suyo el que el pecado no fuese pecado; y que si ha llegado , como el Ateísta , hasta decir en su corazon, que no hay Dios, ha sido quando ha estado interesado en que el supremo Sér fuese destruido, y reducido à nada.

Digo, sobre las obligaciones de conciencia mas importantes y mejor establecidas; porque ¿cómo, y por dónde se forman todos los dias tantas conciencias erroneas? Por el interes. Proponed à qualquier hombre , que diga en un negocio , que decida una question , que resuelva un punto de conciencia, y ocultadle el interes que puede en ello tener; por poco versado que esté en estas materias os dará la decision mas equitativa y justa; os convencerá con razones sensibles y evidentes; os prescribirá las reglas mas rectas, y aun estrechas; os responderá à todas vuestras dificultades , y os pondrá à la vista la verdad con toda su evidencia. Pero corred el velo , y descubridle en este mismo negocio , en este mismo punto de conciencia, y en esta misma decision algun interes particular que le pertenezca à él; vereis como entonces los objetos empezarán

rán à mudar de semblante para él, y le parecerán de distinto modo que los habia considerado. Las máximas sobre que se fundaba, y que creia indubitables, no le parecerán ya tan ciertas. Las objeciones que se le hacian, y que él refutaba como insubsistentes, no serán ya en su dictamen y opinion tan frívolas. Examinará, discurrirá, y utilizará; y à fuerzas de sutilezas y discursos que no dexará de sugerirle el amor propio, llegará à autorizar lo que condenaba à primera vista, quando no veía que su interes tenia parte en ello. ¿ No es por esto por lo que tantas personas de la Christianidad, sabias en quanto à lo demas, gentes de conciencia, y aun devotas, ó que pasan por tales, no forman escrupulo alguno en mil cosas de que el público se escandaliza, y tiene razon de escandalizarse? Se pregunta, cómo pueden conciliar esto ò aquello con la piedad y severidad de su doctrina en todos los demas asuntos, y no se comprende; pero ellos lo comprehenden perfectamente, ó piensan comprehenderlo bien. Lo que alteraría y turbaría à los mas relaxados, y lo que les haria temblar, no les causa el menor remordimiento. Ellos tienen sus principios que siguen sin inquietud; y con cuyo favor y sombra estan tranquilos, y no reforman nada de su conducta y proceder regular. Aunque el mundo piense, y hable como quiera, ellos se tienen por seguros delante de Dios. Llegan al Altar, celebran los Misterios Santos, y participan de los Sacramentos: esto es decir, que ellos tienen sus intereses que les encantan y ciegan los ojos del alma, y apagan todas las luces de su espíritu, porque es infalible que donde el interes entra, lleva consigo la ceguedad y el error.

Digo tambien sobre los hechos mas sensibles que tienen relacion con la justicia y caridad del proximo. Y en efecto; por qué nos preocupamos con mil suposiciones falsas, que queremos sostener como verdaderas, y por qué nos movemos por una multitud de juicios vanos y temerarios? ¿ Por qué nos figuramos lo que jamas se ha pensado ni dicho; y que lo que evidentemente se ha hecho, no ha sido asi? ¿ Por qué contamos sobre nuestras imagi-

naciones como sobre cosas reales; que es el funesto origen de la mayor parte de nuestras averciones, de nuestras enemistades, y de nuestras venganzas? Porque hay en nosotros intereses que ocupan todo nuestro corazon, y no dexan à nuestro espíritu exercicio alguno de reflexion, ni de discurso. Es menester, amados oyentes míos, si queréis ser hijos de la luz, que renunciéis à este interes que nos impide conocer à Dios, que nos quita el conocimiento de nosotros mismos, que nos hace incapaces del discernimiento tan necesario del bien y del mal, que nos oculta la corrupcion de nuestros deseos, que nos desfigura nuestras intenciones, que nos hace ignorar nuestras obligaciones, y que en la conducta de nuestra vida nos mete en abismos de obscuridad mas deplorables y funestos que los del infierno. Ved, dice San Bernardo, lo que nos debe dar horror contra este espíritu de interes, quando llegamos à considerar sus conseqüencias en el Juicio de Dios. Porque qué tendremos à todo esto que responder à Dios? Estas conciencias erróneas nos justificarán en su presencia? Estas preocupaciones nos servirán de excusa? Estas ideas falsas, segun las quales hemos obrado, disminuirán la injusticia y malicia de nuestras acciones? No tendrá Dios siempre derecho de llevarnos al principio, y decir à cada uno de nosotros: Es verdad que has estado ciego, preocupado y engañado; pero lo has estado porque has sido interesado; has juzgado falsamente contra tu hermano, quando el interes te ha separado de él; y has ignorado tus obligaciones quando el interes te ha dominado; querer pues escusar un pecado con otro es una presuncion temeraria y necia, y que no puede sostenerse. Asi, digo, el Hijo de Dios condenó à los Fariseos de nuestro Evangelio, y así nos condenará si somos reos del mismo desorden. No podemos evitar esto mejor que oponiendo à las tinieblas del error las luces de la fe, y confundiendo la mentira, como el Ciego del Evangelio, con una confesion santa de la verdad. Este es el asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Christianos, à la fe corresponde confundir con sus luces la ceguedad voluntaria de los hombres; y ella debe oponer el zelo de su confesion al falso zelo del interes, con que los espiritus mundanos se preocupan para resistir à la verdad. *Credimus*; decia el grande Apostol. *propter quod & loquimur.* (a) Nosotros creemos, y por esto hablamos, para que al testimonio de nuestra boca, conforme con la persuasion interior de nuestro espiritu, la misma infidelidad se vea obligada à rendirse. Esta regla siguió el Ciego de nuestro Evangelio para honrar el duplicado milagro hecho en su persona, esto es, el milagro de su vista, y el de su conversion. El creyó, y habló. Creyó en Jesu-Christo, y confesó à Jesu-Christo. Y yo hallo, que el zelo que manifestó en esta confesion tuvo quatro qualidades admirables para confundir la ceguedad de los Fariseos: porque él fue sincero para confundir todos los artificios de su duplicidad; fue generoso para confundir el orgullo de su autoridad aparente; fue convincente para confundir la poca solidez de su ciencia vana, ó por mejor decir, de su ignorancia; y fue constante para confundir la dureza de su obstinacion. Atended à esto, y en la exposicion sucinta que voy à hacer os de la victoria y triunfo de nuestra fe, aprenderéis lo que ella debe hacer en vosotros, y lo que con ella debeis vosotros hacer.

El Ciego curado por el Hijo de Dios fue sincero hasta el extremo de ingenuidad y sencillez en el testimonio que dió del milagro que él mismo acababa de experimentar; y esto puso à los Fariseos en confusion: porque por mas que le preguntaban y repreguntaban, procurando sorprenderle en sus palabras, él persistió siempre en sostener lo que ellos no querian oír, y con la sencillez de su deposicion hizo inútiles todas las astucias de que su espiritu do-

(a) 2. Cor. cap. 4. v. 13.

blado y artificioso se valia para obscurecer la gloria del Salvador. Si (les declaró muchas veces) Yo soy aquel Ciego de nacimiento que habeis visto mendigar en la Plaza pública: ya os lo he dicho, y lo repito: aquel hombre à quien llamais Jesus ha obrado conmigo esta maravilla; y pues es necesario instruirnos en esto plenamente, oíd el modo y circunstancias con que lo ha executado. Tomó un poco de lodo, me lo puso sobre los ojos, me mandó que fuese à la Piscina de Siloé, y que me lavase allí: he obedecido su mandato, y ved aquí el efecto. Si esto que les decia hubiera sido una mentira y una impostura, à puro estrecharlo, y exigir de él repetidas veces una relacion exácta de lo que habia pasado, le hubieran embarazado y turbado; se hubiera cortado en sus respuestas, y apenas hubiera podido dexar de caer en alguna contradiccion: pero como confiesa la verdad, y esta es siempre la misma, no se desmiente, y siempre da un testimonio uniforme: *Lutum mihi posuit super oculos, & lavi, & video.* Pero ese hombre es un pecador: si es pecador, como decís, no lo sé; lo que yo sé es, que siendo ciego, ya no lo soy: *Si peccator est nescio: unum scio, quia cecus cum essem, modo video.* Este testimonio ponía à los Fariseos en tanta mas confusion quanto era mas sencillo è ingenuo. Porque qué podian hacer ellos para eludirlo? Se trataba de un hecho que en sí mismo llevaba su evidencia y su prueba. Era un milagro que subsistia en la persona de aquel pobre; y este hablaba y se declaraba. Qué podia hacer contra una sinceridad semejante la astucia ni la sagacidad mas falaz?

Ved, Christiano Auditorio, lo que confunde en el dia la ceguedad de algunos libertinos del mundo, que en el discurso de su vida desarreglada han llegado à no creer cosa alguna, y à renunciar su fe. Ved lo que los desespera: la referencia de algunos milagros inegables, que la prudencia mas sagaz, mas desconfiada, y menos crédula está obligada à reconocer: la deposicion de un hombre, no solamente sin tacha y digno de fe, sino aun digno de respeto, que dice: Yo he visto esto, à mí me ha sucedido la cosa, yo hablo en ello por propia experiencia. Pretender

que todos estos hayan sido impostores y visionarios, y que porque haya habido algunos, ó muchos de estos, se deba juzgar así de todos los demas, y que sin exámen ni discernimiento no hay mas que dar por falsos todos estos testimonios, es un atajo para mantener la impiedad y la irreligion, pero mucho mas para autorizar la extravagancia y temeridad. Yo confieso, que en materia de milagros ha habido hombres engañados, y aun quiero confesar tambien, que ha habido algunos que expresamente han intentado engañar á otros. Dios lo ha permitido así, dice Tertuliano, para prueba de sus escogidos. Pero persuadirse y obstinarse en que todos sin excepcion han sido de uno ú de otro de estos dos caractéres; y que entre tan gran número de gentes ilustradas, sabias y santas, que refieren estos extraordinarios efectos del poder de Dios, y aseguran haberlos visto, ni uno solo haya dicho verdad, es una opinion y juicio, segun el Canciller Gerson, que tiene mucho de imprudencia y de consideracion, y que un hombre que tiene algun vestigio de razon y de modestia no puede sostener sin avergonzarse. En efecto, quando San Agustin en el excelente tratado de la Ciudad de Dios, cuenta los milagros que en su tiempo se hacian en Cartago, quando dice que él estaba presente con todo el Clero de la Ciudad, y quando refiere hasta las menores particularidades de ellos, no hay espíritu sólido ni juicioso que se atreva á desmentirlo, ni espíritu libertino que no se trastorne y desconcierte en su libertinage. Porque decir que San Agustin imaginaba ver lo que no veia; ó sospecharle de mala fe, como si hubiera tenido gusto en engañar al mundo divulgando falsedades en una materia tan esencial como esta, es un medio que la sola desesperacion de defenderse contra la verdad puede sugerir á un alma infiel. No obstante, á tal extremo se halla reducido el impio, y á esto llamo confusion de la impiedad.

Pero pasemos adelante. Si el Ciego de nuestro Evangelio fue sincero en su testimonio á favor de Jesu Christo, no fue menos generoso: porque él no tuvo para con los Fariseos aquellos viles y baxos miramientos que infali-

ble-

blemente hubiera tenido, si hubiera consultado la prudencia humana: no se hizo esclavo de aquella autoridad imperiosa que se apropiaban y atribuian entre el Pueblo, y que impedía á la mayor parte de los Judios declararse por el verdadero Mesias: no exáminó si su proceder podia ofenderlos y disgustarlos; y aun sabiendo que se ofenderian, no creyó por esto que debía hablar con menos libertad; antes, conociendose deudor á Jesu-Christo de una gracia y beneficio tan singular como el que habia recibido, á nada atendió, y todo lo despreció por publicar su gloria; y el escándalo mismo de los Judios fue el motivo mayor que tuvo para no atender á sus personas ni á lo que querian. Sus padres y parientes no se portaron así. Como querian conservarse, respetaron la Sinagoga; y por una politica vana disimularon la obligacion que tenian al Salvador del Mundo, por no concitarse el odio del Pueblo. Nosotros confesamos, dixeron, que ese es nuestro hijo, y que nació ciego: pero cómo él vé ahora, y quien le ha dado la vista, lo ignoramos: preguntadle, que él puede responder muy bien. El temor (añade el Evangelista) les hacia hablar de este modo: *Hæc dixerunt parentes ejus, quoniam timebant.* Pero al Ciego santificado è ilustrado con la luz de la gracia, no fue este temor capaz de debilitar su zelo. Su boca habla de la plenitud de su corazon. Los Fariseos le preguntan amenazandole, quien es el hombre que le ha abierto los ojos; y él con una santa libertad protesta, que á lo menos es un Profeta y hombre de Dios: *Quia Profeta est.* Ellos se escandalizan de este elogio, y él asegura que este elogio se debe justamente á Jesu-Christo. Ellos quieren repetidas veces saber por qué; pero á qué fin tantos discursos y preguntas, replica el pobre? No me he explicado, bastante? No debeis vosotros estar mas que satisfechos sobre este punto? Acaso quereis tambien vosotros hacerlos sus Discipulos: *Numquid & vos vultis Discipuli ejus fieri?* Esto los irritó, y exasperados con estas palabras se irritaron contra él hasta injurarlo, pero él no atendia ni se cuidaba de su enfado, ni de sus injurias, y por nada contaba ni reputaba verse cargado de mal-

maliciaciones con tal que el honrase á quien le había favorecido con una tan eficaz y saludable bendición. Generosidad fué, dice San Agustín, que humilló aquellos espíritus soberbios, acostumbrados á dominar y á que jamas les contradixesen en sus mayores errores. Pero esta generosidad condena mucho mas la cobardía y debilidad de un millón de Christianos, que persuadidos de la verdad, son no obstante cobardes y tímidos quando se trata de sostenerla.

Este es, amados oyentes míos, (confesemoslo aquí para vergüenza nuestra) este es el desorden del Christianismo. A todo el mundo se quiere agradar; á nadie se quiere disgustar; y aunque se trate de los intereses de Dios, de la Religión y de la piedad, se hace un particular interes de su poco zelo; no se habla sino á medias, se guardan sus consideraciones, y se aceptan las personas. Entretanto el libertinage prevalece, el vicio se autoriza, el abuso y desatreglo pasa á ser uso y costumbre, y el error todos los dias adquiere nuevas fuerzas. Si hubiera un espíritu generoso y determinado á despreciar todo lo que se llama respeto humano, nada de todo esto le haria fuerza: pero como no se quiere defender la causa de Dios á costa propia; como se contempla á aquel, y se teme á este, de aquí nace que la justicia y la verdad estén oprimidas por la mentira. Qué es lo que hacia callar á tantos Católicos, quando principiaban las heregias? Qué es lo que les hacia hablar de un modo, que podia dudarse si eran sus factores? Vosotros lo sabeis: el temor al partido dominante. Ellos no querian, como el padre y la madre de este Ciego de nacimiento, tener la Sinagoga contra ellos; y querian antes parecer menos zelosos por su fe, que exponerse al odio de una facción considerable. Qué es lo que ha hecho en todos tiempos á los Christianos prevaricadores de su propio zelo, y de los afectos que Dios les inspiraba? El temor de tener contra sí á los impíos declarándose contra la impiedad. Y de dónde procede que los mayores escándalos, no solo se toleren sin castigo, sino que se tengan por modelos y reglas de conducta? Esto procede de que se

teme el grangearse enemigos, combatiendolos y oponiéndose á ellos. Seria preciso para dar testimonio á la verdad contra los errores que reynan en cada estado y condicion, incurrir y adquirirse el odio de todos los estados. Seria necesario resolverse á disgustar á los Eclesiásticos, haciendoles sobre sus obligaciones instrucciones odiosas, que jamas quieren escuchar; á los Jueces, descubriendoles mil injusticias en el exercicio de su Justicia misma; y á toda una Corte reprehendiendo á los que la componen sus corrompidas costumbres, sus excesos y disolucion. Erau necesarios hombres del caracter de nuestro Ciego, tan desinteresados, que quisieran sacrificarse en defensa de la verdad; y tan intrépidos, que quisieran ir contra el torrente de la corrupcion, por mas autorizada que estuviese. Dónde, pues, se encuentran almas de esta calidad y firmeza? A Vos, Señor, corresponde suscitarlas en el mundo y en vuestra Iglesia.

A mas de que el testimonio del Ciego fue sincero y generoso, fue un testimonio convincente. Admirad, Christianos, el poder y virtud de la fe, quando Dios quiere hacer que ella obre aun en el sugeto mas débil. Siendo tan ignorante el Ciego, refuta á los Fariseos con sus propios principios, y de las cosas mismas que profieren para justificar su incredulidad, saca otras tantas pruebas para convencerlos. Nosotros sabemos, decian los Fariseos, que Dios ha hablado á Moyses; pero de ese hombre á quien llamais Jesus, ni aun sabemos de donde es: *Hunc autem nescimus unde sit.* Ah! replica el pobre, animado y lleno del espíritu de Dios; lo mas digno de admiracion es, que no sepais de dónde sea, y no obstante sea él el que me ha abierto los ojos: como diciendoles en esto, que este milagro de Jesu-Christo hablaba muy altamente en favor suyo; como reprehendiendoles, que si no le reconocian por estas señales, no tenían conocimiento alguno de las cosas de Dios; y como obligandolos á confesar, que después de un prodigio tan visible como este, su ignorancia era ya voluntaria y afectada: *In hoc mirabile est, quis*

non nascitis unde sit. Y en efecto el argumento era sin réplica; y se podía dudar, dice San Juan Chrisostomo, qual de los dos milagros era mas maravilloso, ò el del poder del Hijo de Dios que abrió los ojos à un Ciego de nacimiento, ò el de la dureza y obstinacion de los Fariseos que no querian abrirlos à una verdad tan clara.

Ellos se obstinaban en decir que Jesu-Christo era un pecador: *Scimus quia hic homo peccator est.* Pero en esto, replica el Ciego, se vé que vosotros estais entregados al sentido réprobo: porque sabemos muy bien que Dios no oye à los pecadores, principalmente quando le piden milagros en confirmacion de un error, porque se seguiria entonces que Dios autorizase la mentira. Este hombre que se llama Jesus, ha sido oido (como lo veis) para hacer este milagro en mi persona, y le ha hecho para confirmar que él mismo es el enviado de Dios: Luego es preciso que verdaderamente lo sea, ò que Dios sea fiador de la mas culpable y más grosera impostura. Este es, segun San Agustin, el sentido de esta admirable expresion. *Scimus quia peccatores Deus non audit:* y lo que los Teólogos explican con rodeos y muchos discursos, lo comprendió este pobre en una palabra: *Scimus.* Nosotros lo sabemos. Y de quién lo habia aprendido, sino de aquel Divino Maestro que en un instante instruye à los espiritus dóciles y humildes? Si este milagro (prosigue estrechando siempre à aquellos falsos Doctores) si este milagro fuera una accion equívoca, que pudiera interpretarse de diverso modo, vuestro error tendria excusa; pero haber abierto los ojos à un Ciego de nacimiento, jamas se ha oido, no tiene exemplar en la série de todos los siglos; à esto no alcanza la fuerza de la naturaleza, ni puede proceder sino de Dios: *A saeculo non est auditum, quia quis aperuit oculos caeci nati.* Qué cosa mas convincente y eficaz podía haber dicho un hombre consumado en el estudio de la Religion, ni qué podia oponer à esto toda la Sinagoga?

Ved, Christianos, lo que el Espiritu Santo llama victoria de nuestra fe: *Et haec est victoria, quae vincit mundum,*

dum fides nostra. (a) Esto hizo à los Apostoles de simples pescadores Maestros del mundo. Esto hizo triunfar à un Spiridion à vista de todo un Concilio, de la arrogancia y orgullo de los Filósofos; y esto hace todos los dias que un alma fiel con su ignorancia aparente, confundida y haga callar al libertino más altivo; en quanto à lo demas (decia el docto Pico de la Mirandula) estudiemos nuestra Religion, y no nos ciñamos voluntariamente en materia del Christianismo à una simplicidad despreciable. Tengamos presente que este Christianismo debe ser en nuestras personas tan sólido, y tan conforme à razon contra los que se oponen à él, como edificativo para nosotros mismos que lo defendemos. No caygamos en el desorden deplorable y tan comun en el dia; de profesar una creencia, y de ignorar las pruebas esenciales de ella. Hagámonos una obligacion de comprenderlas bien; y segun la máxima de San Pedro, de estar siempre prontos à dar razon de ellas. Que Dios halle en nosotros, si no fervorosos Martyres, porque el tiempo de la persecucion pasó ya, à lo menos Confesores ilustrados è instruidos para sostener su culto contra la vana presuncion del libertinage. A esto somos llamados, Christianos; vosotros preguntais algunas veces; en qué podéis ocuparos y entreteneros en defecto de las diversiones profanas y de las alegrías del siglo? A lo que os digo, que en el estudio de vuestra Religion. Apenas os habeis jamas aplicado à ello, y por una negligencia y omission de que responderéis à Dios, apenas teneis una idea confusa de lo que creis, esto es, de lo que os hace Christianos. Sien lugar de hallaros en disposicion de persuadir y confirmar à otros, no teneis cuidado alguno en confirmaros y persuadiros à vosotros mismos, ¿cómo os atreveis à gloriaros del nombre que teneis?

En fin, el Ciego fue constante en su testimonio. No fue una vez sola la que los Fariseos le preguntaron, le estrecharon y le amenazaron. Ellos hicieron quanto habia

Tom. III. Quaresma. Na que

(a) 1. Joan. cap. 5. v. 4.

que hacer para forzarle à que se diese à partido, y para hacerle mudar de language: pero tanta obstinacion como manifestaron ellos en su incredulidad, tanta firmeza y constancia tuvo él en glorificar à su bjenhechor, y en confesar la verdad. Desesperados de vencerle aquellos Doctores, y enojados è irritados contra él le arrojan de la Synagoga con ignominia: *Et ejecerunt eum foras*; pero él todo lo sufre, y está determinado à padecer y tolerar quanto hay y antes que desconocer y ser ingrato al que debía su santidad, y antes que faltarle à la fidelidad. ¿Pero qué digo yo? A este primer testimonio añade otro mas sublime y mas santo. El conocia bien la virtud milagrosa de aquel hombre Dios que le habia sanado, pero no sabia sino imperfectamente quien era. Era, pues, necesario que el Hijo de Dios, por un último esfuerzo de su poder y de su misericordia le ilumine los ojos del alma, despues de haberle iluminado los del cuerpo; y esto fué lo que hizo en otra conversacion que tuvo con este pobre. A la primera palabra de Jesu-Christo, que le instruye de su mision, y le descubre su divinidad, este nuevo Christiano no delibera, no discurre, ni tampoco lo difiere. Con qué prontitud abraza la ley santa que se le ha anunciado! Con qué sumision cree los altos mysterios que se le han revelado en el instante mismo que se le revelan! Yo creo, Señor, exclama: *Credo, Domine*. Todas las calumnias de los Fariseos contra Jesu-Christo, todos sus discursos, ni todos sus malos tratamientos no le han podido atemorizar ni espantar; y unido mas inviolablemente que hasta entonces à la persona del Salvador que le manifiesta sus perfecciones divinas, se postra à sus pies, y le adora como à su Dios: *Et prociens, adoravit eum*.

Si no hubiera tenido mas firmeza que nosotros, bien pronto hubiera desmentido por un indigno silencio lo que acababa de afirmar por una confesion justa: pues tal es todos los dias nuestra conducta y proceder. El libertinage, por mas mal fundado que esté, se aferra no obstante obstinadamente en sus principios, y por lo comun las pruebas mas claras y evidentes no le pueden mover; pero nosotros aunque establecidos sobre la palabra de Dios, ce-

demo en mil ocasiones à las menores dificultades, y dexamos triunfar à la impiedad. No es esto decir que prontamente no se declare uno, y que no sostenga el partido de la Religion; pero el libertino que no hace mas que perseguirla, jactarse y explicarse en un cierto tono, y con un dominio que su audacia le inspira, desde que no sienta mas que una resistencia débil, es bastante motivo para desconcertar à muchos Christianos, y hacerlos retroceder vergonzosamente. No se quiere contestar, se dice, ni hacer de la conversacion una disputa; pero à qué se contestará jamas, y sobre qué se disputará siempre? Que en estos últimos siglos de la Iglesia, así como en los primeros, se halle combatida la sana doctrina con doctrinas extrañas y nuevas, segun la expresion del Apóstol: *Doctrinis variis, & peregrinis*; (a) que espiritus inquietos y presuntuosos divulguen sus particulares oponiones, y que procuren y trabajen en esparcir las; que à fuerza de astucias y artificios secretos se hagan un partido, y que este empiece à manifestarse, à adquirir fuerzas, à hablar, y à enseñar sus dogmas, ¿es necesaria otra cosa para arrastrar los unos, y para turbar los otros? El solo carácter de novedad que por sí mismo debería dar una legítima sospecha, pues es directamente opuesto à este espíritu inmutable que la Religion pide, este solo atractivo basta para empeñar à millones de almas ligeras è inconstantes, que se dexan seducir, y à quienes en materia de fe como en todo lo demas la mudanza agrada. Esta inconstancia es mas comun en las mugeres, que con menos capacidad para discurrir, y queriendo no obstante discurrir de todo, son mucho mas fáciles de llevar al error. En lugar de seguir la razon que no ven, y se persuaden y creen verla, siguen mil preocupaciones falsas, en que esta mantiene el exemplo, la vanidad, el hacerse singulares, la hyprocresia, y el falso lustre de la piedad. Lo mas extraño es, que esta ligereza que les es tan propia y comun para salir del buen camino, y para

(a) Hebr. cap. 13, v. 9.

que se enterneciese el Salvador de los hombres, dice San Gregorio Niseno; y era imposible que el Dios de la caridad y de la misericordia no se moviese con tan lugubre aparato, y con espectáculo tan digno de compasion. Pero segun el pensamiento de San Juan Chrysostomo, otro objeto le movia mucho mas vivamente. La pérdida de un hijo, el llanto de la madre, la muerte de un heredero, y el desconsuelo de una viuda eran solamente consideraciones humanas, de muy poca fuerza para hacer una impresion tan grande en el corazon de un Dios; lo que no pudo ver sin dolor fue el excesivo afecto natural de esta madre para con su hijo: fue ver que esta muger miraba la muerte, no con los ojos de la fe, sino con los de la carne; fue la desgracia de este jóven sorprendido de un repentino accidente, y su muerte desprevenida. Para insistir, pues, en este último artículo, que me parece el mas importante y esencial, pregunto: ¿no es este el modo con que mueren tantos Christianos cada dia? Quiero decir, ¿sin haber pensado en la muerte, ni haberse dispuesto para ella? ¿Y qué cosa mas lamentable hay, que el estado de un hombre que se halla en este último punto quando menos lo esperaba, sin haber tomado sus medidas para un paso de consecuencias eternas? Luego es de suma consecuencia, amados oyentes míos, enseñaros á prevenir un riesgo tan espantoso; y por eso vengo hoy á hablaros sobre la preparacion para la muerte. Virgen Santa, eficaz protectora de los que estan para morir, ¿ Vos invocamos en esta hora tan critica: ¿ vuestro favor entónces recurrimos; empezad á hacer desde ahora que experimentemos sus efectos, y escuchad favorable la oracion que os dirigimos: AVE MARIA.

San Juan Chrysostomo, dando reglas de vivir, y queriendo con estas reglas de vida disponer un alma Christiana para la muerte, pone esta preparacion especialmente en tres cosas; conviene á saber, en la persuasion de la muerte, en la vigilancia para la muerte, y en la ciencia práctica de la muerte. Estas tres disposiciones estan unidas entre sí necesariamente, y ellas harán la division de este discurso. Para disponerse á morir, dice este Santo Doctor, es necesario es-

tar

tar bien persuadidos de la muerte: esta es la primera regla. Es necesario velar continuamente contra los rebatos de la muerte: esta es la segunda regla. En fin, es necesario hacer de la misma vida, sea con la consideracion, sea con la práctica, un ejercicio continuo, y un como noviciado de la muerte: esta es la tercera. ¿Pues qual es, respecto de nosotros, el motivo de la compasion del Hijo de Dios? Que temiendo la muerte como la tememos, vivimos en un descuido perpetuo, y en un olvido profundo de ella. Porque tememos morir, y por cierta que sea, y aun por vecina que esté la muerte, casi nunca estamos persuadidos á que hemos de morir. Tememos morir, y por incierta y engañosa que sea por otro lado la muerte, vivimos con tan poca cautela como si estuviéramos totalmente ciertos del tiempo y del estado en que hemos de morir. En fin, tememos morir, y á pesar de la experiencia quotidiana y sensible que tenemos de la muerte, jamas aprendemos á morir en la práctica de nuestra vida. Estos tres puntos necesitan de luz, y para eso he menester vuestra atencion.

I. PARTE.

Por la persuasion debe empezar este grande y santo ejercicio de la muerte; porque, como dice San Juan Chrysostomo, es imposible que yo me disponga seriamente para una cosa, de la qual no estoy persuadido; y quando ha de tener unas consecuencias tan irremediables y terribles como las de la muerte, no es posible (si estoy de ellas vivamente persuadido) que no me aplique con todas mis fuerzas á disponerme. No miréis, amados oyentes míos, como una instruccion inutil lo que ahora tengo que deciros; ni me respondais que la muerte es en tanto grado cierta, que de ninguna verdad están mas convencidos los hombres. Porque yo afirmo al contrario, que ninguna, ó casi ninguna hay, de que lo estén menos: verdad, que os causará estrañeza; y yo mismo no la comprendiera si no supiera el sentido en que se debe entender; pero ver-

dad

dad constante, que yo intento haceros sensible en la explicación que voy á dar.

Es verdad, Christianos; todos vosotros y yo estamos persuadidos á que hay un decreto de muerte dado contra el hombre pecador en el Tribunal supremo de la Justicia de Dios, y que es un decreto irrevocable, y sin apelación; *Statutum est hominibus semel mori.* (a) Mas no se por qué, quanto del amor propio nos oylidamos de que este decreto se ha de executar en nuestras personas, y vivimos como si estuviéramos persuadidos á que no hemos de morir. Sabemos bien en general, que han de morir todos los hombres; pero sea lo que fuere de esa persuasión en general, siempre hallamos modo en lo particular de exceptuarnos de esa regla con mil ilusiones, y mil esperanzas vanas que nos burlan. Digámoslo mejor: tenemos bastante evidencia, y estamos especulativamente convencidos á que hemos de morir; pero tenemos al mismo tiempo mil errores prácticos, de que no moriremos: es decir, convenimos facilmente en que nos hemos de morir algún día, y en que esta es una ley rigurosa, por la qual es necesario pasar; pero nos consolamos con que no ha de ser tan presto, que tenemos tiempo aun, que no se ha llegado nuestra hora, que no hemos de morir de esta enfermedad; y esta persuasión nos impide el entrar en las disposiciones próximas y necesarias para preveniros para la muerte. Porque observad conmigo, Christianos, que lo que nos dispone á una buena muerte, no es saber especulativamente que es preciso morir, sino estar interiormente movido y penetrado de este sentimiento interior. Yo he de morir, y mi hora se acerca; yo he de morir, y ha de ser en alguno de estos años que vanamente me prometo; yo he de morir, y ha de ser en la edad, y del modo que habré pensado menos. Esto nos determina á tomar sin dilación las ardientes y generosas resoluciones de corregir nuestra vida para pensar sólida y eficazmente en la muerte.

(a) Hebr. p. v. 27.

Qué hace, pues, el enemigo de nuestro bien? Sabedlo, amados oyentes míos: ved aquí el artificio mas peligroso de que se vale para mantenernos en la impenitencia. Nos dexa todos los demas pensamientos de la muerte que sabe no nos han de servir de nada, y nos quita el que solamente tuviera eficacia para convertirnos. Quiero decir, no nos persuade á que no hemos de morir jamas; fuera ese un error muy grosero, ni tiene necesidad de él para hacer que nos perdamos; pero nos persuade que no hemos de morir hoy, ni mañana, ni en ningún tiempo de aquellos en que la caridad que nos debemos á nosotros mismos, nos instaría para volvernos á Dios; y esto le basta. Porque con esto, no haciendo jamas las cuentas con la muerte, jamas sacáremos aquellas consecuencias provechosas, de las quales nuestra conversión depende; y así lo entendió San Juan Christosmo explicando estas palabras del Genesis: *Nequaquam moriemini.* (a) Es digno de vuestra atención el reparo de este Padre. Dice, pues, que el diablo, aquel espíritu de mentira, se vale cada día para engañarnos de la misma astucia de que se valió en el Paraiso contra nuestros primeros Padres; y que quando quiere, ò hacernos caer en el pecado, ò apartarnos de la penitencia, uno de los medios ordinarios con que lo consigue, es sugiriendonos como al primer hombre y á su muger, que no hemos de morir: *Nequaquam moriemini.* Mas cómo puede cegarnos de esa suerte? Quando Dios no nos hubiera dicho que hemos de morir, quando no nos convenciéramos de esta verdad la razón; la experiencia sola no fuera bastante para forzárnos á creerla? Qué verisimilitud hay de que pudiésemos desmentir en ese punto, no solamente á nuestra fe y á nuestra razón, sino al testimonio incontestable y evidente de nuestros sentidos? Si por aquí se hubiera de juzgar, por ventura se estrañara menos que nuestro primer Padre hubiera caído en ese lazo, porque no habia visto exe-

Tom. III. Quaresima. Oo

(a) Gen. cap. 3. v. 4.

plur ninguno de la muerte; y el estado feliz de la inocencia en que Dios le habia criado, le hacia gozar de una salud inalterable, y aun le hacia inmortal. Asi, mientras ve via segun razon, como no sentia algun achaque que le advirtiese de su mortalidad; podia dexarse engañar mas facilmente de la vana promesa del tentador, y lisonjearse con la esperanza de no morir: *Nequaquam moriemini*. Pero nosotros, en cuyos ojos está hiriendo sin cesar la imagen de la muerte; á nosotros, que por decirlo así, estamos cercados de la muerte por todas partes, y en nuestras enfermedades tenemos tristes experiencias de ella en nosotros mismos; el decirnos, no moriréis: *Nequaquam moriemini*, parece que habia de ser la ultima tentacion con que el diablo nos hiciese guerra, y que con ella no nos pudiera engañar; pero esta es con la que mas veces nos la hace, y lo mas extraño es, que le sale bien. El artificio es grosero, yo lo confieso; pero tanto mas lamentable es nuestra ceguedad, quando con él nos engañamos. Pues esto sucede cada instante: porque el demonio, que en todo busca nuestra ruina, y sabe por donde flaqueamos, no ha menester mas que decirnos, tu no has de morir de esta; y nosotros le creemos. No ha menester mas que darnos á entender que somos mozos, que nada insta, que tendremos tiempo de pensar en nosotros; y sin mas examen nos fiamos de él, y con esta confianza feliz vivimos con sosiego, y siempre con las mismas disposiciones, siempre con el mismo desorden de una vida mundana, siempre en el mismo estado de una desenfrenada conciencia: porque jamás estamos persuadidos eficazmente á que nos hemos de morir.

Parece que en esto vamos á una con nuestro enemigo: porque estamos tan lejos de estar persuadidos de la muerte, que no lo queremos estar, antes nos apartamos de todo lo que nos pudiera servir para estarlo; y está vista, que nos hiciera abrazar la santidad, solo sirve comunmente para inquietarnos, desconsolarnos, hacernos perder el animo, y á veces para irritarnos quando nos hablan, aunque sea muy ligeramente, de la vecindad de la muerte.

muerte, ó nos dan la menor luz en orden al peligro en que nos hallamos. Por esto (como sabiamente repara San Juan Chrisostomo) la mayor parte de los hombres mueren sin creer que se mueren. Por esto, aun aquellos mismos á quien constante y visiblemente les quedan menos días que vivir, son los que mas se afanan por la vida. Quántos de ellos vereis, que heridos de una enfermedad mortal, y aun desahuciados, trazan designios, se empeñan en nuevos asuntos, y se inquietan con una multitud de negocios temporales, como si tuvieran en eso su mayor interes? Quántos viejos oprimidos del peso de los años, y con un pie en la sepultura, son tan ansiosos de los bienes de la tierra, como si los hubieran de poseer siglos enteros? Por esto los Grandes del mundo con una fatal necesidad quasi vinculada á su condición, jamás saben donde estan quando estan casi para espirar, porque estan todos prevenidos de que no lo quieren saber. Por esto no hay quien no concorra á engañarlos en las circunstancias en que importará abrirles los ojos. Se les asegura que todo vá bien, quando es evidente que todo vá mal: se les dá la enhorabuena de una ligera mejoría, y de una mudanza algo favorable en la apariencia, aunque en rigor es el ultimo esfuerzo de la naturaleza que desacece: se les ocultan con maña y cuidado todas las señales y pronósticos que en ellos se descubren de una muerte cierta: se les exagera la fuerza y virtud de los remedios, sin hablarles jamás de el remedio soberano que es la penitencia: así se les entretiene, y por qué motivos? Por unos motivos totalmente humanos: la muger por un excesivo cariño, los hijos por respeto ó por interes, los estranos por adulacion, los domésticos por temor; de suerte que siempre ignoran la verdad, y aun quando estan muriendo, se tienen por seguros de que no han de morir.

Esta es la causa, de que aun los mismos que por su estado, y por la obligacion de su Ministerio debieran remediar este desorden, y hablar con mas libertad, tienen tanta dificultad en explicarse, y los unos desconfían con los

otros; el Medico con el Confesor, y el Confesor con el Medico, no queriendo ni uno ni otro encargarse de hablar en este punto, no obstante haberles fiado Dios esta importante, aunque dura y molesta comision, y sacrificando à unos fútiles respetos la salvacion de un alma, cuyo eterno destino dependia de su fidelidad. Esta es la causa de que siendo necesario declararse, se da prisa al enfermo en el extremo en que está para que recurra à los Sacramentos; esta es la causa de tantas cautelas, de tantos disfraces y rodeos. Se le asegura que no hay aun razon para desesperar de su vida: que el exhortarle à dar esta muestra de Religion, no es porque se juzgue que no sufre dilacion el peligro en que se halla; sino porque es bien prevenirse con tiempo, y tener el espiritu sosegado; y con esto se le quita uno de los motivos mas eficaces de la penitencia, y quizà el unico que entonces era capaz de que le hiciese fuerza; conviene à saber, la vista cercana del Hijo de Dios. No se portó así el Profeta, quando en nombre del Señor, y con una libertad santa advirtió al Rey de Judá que se acercaba su fin, y era necesario disponerse para ir à dar cuenta al Juez supremo: *Dispone domui tue, quia morieris tu, & non vives.* (a) Intimóle este decreto, sin añadir cosa que le suavizase: *Morirás, morieris.* No tuvo respeto à su grandeza Real, ni à la inquietud que habia de darle esta sentencia de muerte: *Morieris tu morirás, Principe, tu en persona, tu aunque eres Monarca y Principe absoluto.* Sí Christianos. Y dónde se hallan hoy Profetas, no digo para los Reyes y Testas coronadas, pero ni para las otras clases del mundo, y especialmente para los que en él sobresalen de algun modo, ó en el nacimiento, ó en la dignidad? No me espanto que en los accidentes repentinos mueran los hombres sin estar persuadidos à que se han de morir. Este es un horrendo castigo de Dios, y en él consiste aquella infeliz impenitencia de que poco há os hablé, quando Dios para

(a) Isai. 38. v. 1.

castigar al pecador permite que la muerte le arrebaté en su periglio: pero no es este el asunto de hoy. Lo que no puedo llorar, ni condenar bastante es, que aquellos moribundos que llama Dios por los caminos ordinarios; aquellos à quienes dexa la muerte hasta la ultima respiracion el uso libre de su entendimiento; aquellos por quienes la justicia divina remite todos sus derechos, acomodandose con lo que han menester, y dandoles el tiempo necesario para que se reconozcan, que esos, digo, mueran sin estar persuadidos de la actual necesidad y cercania de la muerte; porque esta falta de persuasion no es precisamente efecto de una rigurosa venganza del Cielo que los castiga, ni de un accidente impensado que los turba, sino de una insuperable obstinacion que los ciega: que nosotros mismos, por decirlo así, tomemos por empeño el burlarnos y engañarnos, no creyendo las cosas como son, sino como quisieramos que fueran: esto me parece digno, no solo de toda mi compasion, sino de toda mi indignacion tambien.

Pues qual es, Christianos, el remedio? Oidle, sacado de la doctrina y máximas de San Gregorio Magno, que entre todos los Padres de la Iglesia me parece habló mas claramente del asunto que trato. La primera máxima es, mantener habitualmente en nosotros una persuasion general de la muerte, que corrija todos nuestros engaños particulares; esto es, contraponer continuamente una viva idea de la muerte à todas nuestras presuntuosas seguridades en orden à ella; traer con frecuencia à nuestra memoria este saludable pensamiento; yo he de morir, y he de morir quando menos haya creído que me ha de suceder. Así me lo ha dado à entender el mismo Oraculo de la verdad; y desdichado de mí, si no estoy persuadido à ello, despues de terminos tan expresos del Evangelio, y de la amenaza de Jesu-Christo! Esta es la memoria de la muerte que Moyses encargaba tanto al Pueblo de Dios, por estar convencido de que esta Nacion tan inconstante y tan indocil se mantendria en el respeto à Dios, mientras tuviese este objeto delante de sus ojos: *Utinam sap-*

rent, & intelligerent, ac novissima providerent. (a)

La segunda máxima es, tener un amigo sincero y fiel, que sin disimular con nosotros, ni dar oídos a una amistad achacosa ó interesada, nos venga a visitar en el peligro, y nos diga con el mismo zelo y fuerza que el Profeta: Disponed vuestra conciencia quanto antes, porque la muerte no está lejos: *Dispone domui tuae: morietis enim tu.* (b) Instarle (como el oficio mejor que podemos aguardar de él) a que no dilate el declararse, ni tema que nos ha de entristecer. Hacer que esté bien persuadido á que en eso hemos de conocer que nos tiene un cariño verdadero, á que en eso le hemos de distinguir de los falsos, y en eso le deberemos uno de los mas estimables beneficios; que es estar persuadidos de nuestra muerte quando se llegare la hora: porque esto es lo que hemos de desear de un amigo. Los demas obsequios fuera de este, ó que no se dirigen á él, son vanos, despreciables y muchas veces peligrosos. Però pensar en la salvacion de un moribundo, tomar el cuidado de su alma y de su eternidad, y disponerle con acertados consejos para acabar christianamente una vida cuyo término ha de ser un sumo bien, ó un sumo mal, eso es propiamente ser amigo hasta la muerte. Busquemos este amigo fiel, però en dónde? No entre los mundanos. Si son amigos (que pocos lo son) lo son segun el falso espíritu del mundo, lo son respecto de unas conveniencias frivolas del mundo, y solo para acomodar, ó adelantar segun el mundo á su amigo. Le hallaremos, sí, entre aquel pequeño numero de hombres virtuosos, que sirviendo á Dios con zelo, los ha reservado el Señor para sí en medio del mundo, y cuya piedad conocemos. Los hallaremos entre los Ministros de Jesu-Christo: amigos tanto mas sólidos, quanto mas nos ayudáren á morir bien, despues de habernos ayudado á bien vivir.

La tercera máxima es, estar firmes contra el temor de la

(a) Deuter. 32. v. 29. (b) Isai. 38. v. 1.

la muerte; porque el temor demasiado de ella nos hace su memoria tan odiosa, y su persuasion tan difícil. Se gusta de imaginar muy distante lo que se teme, y aun se intenta borrarlo absolutamente de la memoria, como si nunca hubiera de suceder. Fues qué medio para hacer guerra á este miedo? Las armas de la fe, los motivos de la esperanza christianá, los fervores santos de la caridad divina. Para esto, decirse muchas veces á sí mismo en lo secreto del corazon: *Ecce sponsus venit*: (a) Vamos, alma mia, á recibir al Esposo; mira que se da prisa: no ha de venir, sino que viene ya: *Ecce sponsus venit*. No viene para tu perdicion, sino para sacarte de las miserias de esta vida mortal, y hacer que entres en la posesion de su Reyno: no para despedirte de su presencia, sino al contrario para recogerte en su seno, y unirse eternamente consigo: *Ecce sponsus venit*. Lenguage, es verdad, muy elevado para las almas sensuales; però afecto ordinario de las almas santas: consideracion llena de consuelo, que las asegura, las conforta y las anima. Con esta disposicion se regocijan al ver la muerte de cerca; y quanto mas de cerca la ven, tanto mas se previenen para recibirla, tanto mas aumentan sus cuidados, su actividad y su fervor: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei*. Porque esta persuasion en qué nos empeña? En una vigilancia santa contra la muerte, que ha de ser asunto de la segunda parte.

II. PARTE.

Quién lo creyera, Christianos? Quién creyera que se podia hallar un preservativo contra la muerte, tener seguridad de ella á pesar de su incertidumbre, hacer de algun modo que mudase sus propiedades, y convertirla de engañosa en fiel, ó á lo menos quitarla el poder de hacernos traicion? Pues oíd el importante secreto que quiso el Salvador del mundo enseñarnos: y este secreto, dice

San

(a) Math. 25. v. 6.

San Juan Crisostomo, se encierra en esta sola palabra, velad: *Vigilate*. (a) Palabra, à la qual parece que el Hijo de Dios vinculó infinitas bendiciones: palabra con que concluyó casi universalmente todas las doctrinas que nos dió; y cuya práctica es la suma y compendio de toda la christiana sabiduria. Porque qual es el fin de la sabiduria del Evangelio? El punto grande de la salvacion. Y este punto esencial y unico de qué dependé? De la muerte. Y qué medio mas infalible, ni mas necesario para preveniros contra la muerte y estar seguros de sus rebatos que la vigilancia? *Vigilate*.

A la verdad, dice aqui San Bernardo, por mas que yo haga, las circunstancias particulares de la muerte siempre han de ser inciertas; pero aunque la muerte es y ha de ser siempre incierta en sus circunstancias, puedo disponerme de suerte que nunca me coja desprevenido. A pesar de todas mis reflexiones, y de todas las averiguaciones de que pudiera valerme para conocer lo por venir, siempre he de ignorar el tiempo, el lugar, y el modo de mi muerte: porque son estos unos misterios que el Padre celestial ha reservado, no solamente para su poder soberano, sino para su preseñencia divina: *Que Pater possit in sua potestate*. Pero sin saber el tiempo de mi muerte, puedo en todos tiempos vivir con tanto cuidado, que no haya jamas hora en que la muerte no me halle en vela: sin saber el lugar de mi muerte, puedo en todos los lugares aguardarla de tal suerte, que no haya lugar en que no esté seguro de sus lazos: sin saber el genero de mi muerte, esto es, sin saber si será espaciosa, ó repetida, agitable, ó acobardada de violentos dolores, una muerte que dexé mi alma en todo su acuerdo, ó que me turbe la razon, puedo tomar medidas tan acertadas, que nunca sea muerte desprevenida; y en esto está la diferencia de las virgenes sabias y necias, de quienes habla el Evangelio. No estabau mas instruidas las unas que las otras de la

(a) Math. 25. 7. 13.

hora en que habia de llegar el Esposo: pero en esta incertidumbre, las unas por rezelos tuvieron siempre sus lamparas encendidas, y las otras se durmieron, y dexaron mientras duró el sueño, que se apagasen las suyas.

Pues en esto mismo, Christianos, debemos adorar la providencia de nuestro Dios; en esta incertidumbre de la muerte, la qual aunque à otros visos es tan horrorosa, es muy útil por los efectos que produce: pues por este medio nos contiene Dios en nuestro deber, y nos obliga à velar continuamente sobre nuestras acciones, à medir todos nuestros pasos, à pesar todas nuestras palabras, à purificar todos nuestros pensamientos, y arreglar todos los deseos de nuestro corazón. Si supiera quando he de morir, donde he de morir, y como he de morir, quiza viviera con mas desdén y menos sujecion; pero la incertidumbre del tiempo, del lugar, y del modo con que he de morir, me reduce à la feliz necesidad de estudiar con diligencia todas mis obligaciones, y aplicarme exacta y constantemente à cumplirlas. Estar un instante sin esta disposicion, y sin esta vigilancia christiana, dice San Gerónimo, es obrar contra todos los principios, y contra todas las luces de la razon: porque es aventurar la eternidad à un solo instante.

De aqui se sigue que la mayor parte de los hombres, aun de los mas advertidos y sabios en la estimacion del mundo, son ciegos, y unos hombres sin juicio. Hay hermanos míos, responde San Juan Crisostomo, la consecuencia es demasidamente buena, y la Escritura uos lo dice en terminos formales. No ha condenado en este punto por buena la prudencia mas refinada de este siglo! Qué otro juicio puede hacerse, quando se ven unos hombres (como con mengua del nombre Christiano vemos en todas suertes de estados) que se precian de vigilantes y hábiles para todo lo demas, y solo se desdistan en el punto en que mas debieran serlo: unos hombres tan atentos à los menores intereses de la vida, que dexan al acaso el principal interes que ha de decidir la muerte; unos hombres que pasan los meses y los años en ajustar las cuentas

que han de dar à hombres como ellos, y jamas piensan en ajustar la gran cuenta que han de dar à Dios; unos hombres que jamas creen que han tomado bastantes medios para asegurarse en la conducta del mundo, y lo arriesgan todo en la de la salvacion? Esta es la ceguedad de tantos Christianos, y plegue à Dios que no sea la vuestra: Porque segun la sentencia y expresion del Hijo de Dios, donde está el día de hoy el siervo fiel y prudente, que vela para estar siempre en disposicion de recibir al Señor que espera, y teme que le coja desprevenido? *Quis putas est fidelis dispensator, & prudens?* (a) Hablemos sin metáforas, y sobre algunos puntos particulares. Es velar, el remitir al tiempo de la muerte el cumplimiento de ciertas obligaciones igualmente indispensables delante de Dios, y delante de los hombres; pongo por exemplo, el pagar las deudas que de un año à otro crecen, y dexar à la bucha à mala fe de un heredero codicioso, que sabrá con mil trampas ponerlas à pleyto y descargarse de ellas; el hacer unas restituciones, en las cuales se había de haber dado providencia, pero se fian de los hijos, à los cuales se les convertirán en nueva materia de delitos, y causa de su condenacion; el satisfacer à los criados, que casi nunca perciben sus salarios, y vienen con sus representaciones importunas: aunque justas por otra parte, à interrumpir à un moribundo, y el zelo de los Ministros ocupados con él; el averiguar artículos embarazosos; el aclarar dificultades y dudas, cuya resolucion depende de mil circunstancias que fuera preciso reconocer; pero no hay tiempo para poderse explicar; el verse con un enemigo, y reconciliarse con él, quando no se le puede perdonar de corazon, porque se ha vivido en un odio de muchos años, y se le hace llamar, por ceremonia mas que por religion? No paso mas adelante en esta individuacion; pero por decir algo mas general, y aun mas esencial, es velar, el exercitarse tan poco en las buenas obras, estar tan poco

(a) Luc. 12. v. 42.

aplicados à los exercicios de la Christianidad, el cometer tan facilmente el pecado, el estarse en el habitualmente, el no recurrir à la penitencia; y exponerse de este modo à peligro de una muerte repentina y reprobada!

Ay! hermanos míos; guardemonos de este mal, temamos la muerte; pero hagamos que este temor nos sirva de defensa contra la misma muerte; y pues el provecho mas sólido que de él podemos sacar, es velar sin intermision, velemos al mismo tiempo que tememos, y tanto como tememos: traygamos muchas veces à nuestra memoria aquellas comparaciones familiares, pero convincentes, de que usaba San Juan Christóstomo para dar sensiblemente à conocer à sus oyentes la verdad que os predico. No se espera, decia este Padre, à disponer un navio para quando está ya en medio del mar combatido de las ondas y de la tempestad, y à riesgo de un naufragio: no se piensa en fortificar una plaza quando el enemigo llega y la embiste; no se alhaja el Palacio del Principe, quando el Principe está ya à la puerta. Seméjanzas naturales, que nos dan à conocer la necesidad de una vigilancia pronta y continua, mejor que todos los discursos. No, no (dice San Gregorio Papa) no será tiempo de disponerse para el juicio de Dios, quando se manifestarán las señales precursoras de la venida del Hijo de Dios, no digo en los cielos y en la tierra, sino en nosotros mismos; quando el Sol se oscurecerá; es decir, quando nuestro entendimiento estará con la confusion y horror que suele inondar en él la presencia de la muerte: quando la Luna se eclipsará; esto es, quando nuestra voluntad significada en la inconstancia de este astro, se halla sin fuerzas ni capacidad de tomar alguna resolucion; quando las estrellas caerán del firmamento; esto es, quando estarán turbados nuestros sentidos, y hubieremos perdido su uso. Acordemonos de la excelente reflexion de San Agustín, que (si bien se medita) ella sola vale por un discurso entero. Que para morir christianamente no basta pensar en la muerte, ni disponerse para ella quando está vecina, sino que es necesario haber pensado en ella, y haberse dispuesto an-

tes: Por qué? Porque Jesu-Christo (cuyas palabras todas son otros tantos oráculos, y sabe encerrar en una palabra sola los mas profundos misterios de la salvacion) no nos dijo, prevenios entonces, sino estad prevenidos: *Estete parati*. (a) De donde infero esta terrible consecuencia, que hay tiempo en que el hombre puede prepararse para la muerte, y no obstante ser reprobado de Dios. Asi sucedió á las virgenes necias, cuyo exemplo os he propuesto ya. Se prepararon, fueron de prisa á buscar acceyte para sus lámparas, pero tarde ya: el Esposo estaba dentro de la sala, y al volver hallaron cerradas las puertas. Quántos moribundos reprueba Dios quando se preparan, y su preparacion actual, por justo juicio del cielo, no impide su condenacion eterna, porque en lugar de ser una preparacion entera y cumplida, es solamente empezada è imperfecta? Despiertan de su sueño, toman en la mano la lámpara de la fe, les falta el oleo de la caridad, y se apresuran, se inquietan, y se mueven á todas partes; pero entre tanto se adelanta el Esposo, la puerta de la misericordia se les cierra, y Dios declara que no los conoce.

Estemos prevenidos, amados oyentes míos, y estemos siempre: *Estete parati*: no consista esta prevencion en unas ideas vagas y sin fruto, á que se reduce muchas veces toda la disposicion que tenemos en la muerte: sino en obras y en efectos, en confesiones frequentes, en comuniones fervorosas, en retiros santos, en lecciones utiles, en limosnas, en oraciones, y en todos los ejercicios de la devocion christiana. Sin esto, todo lo demas es una pura ilusion. No nos fiemos de la vigilancia de los otros, y en un punto en que nosotros somos los interesados, hagamos la cuenta solamente con nosotros. Dios nos ha dado Pastores, dice San Pablo, que velan sobre nosotros, como quien tiene nuestra salvacion á su cargo; pero sobre todo, nosotros somos nuestros primeros Pastores, y únicos en muchas ocasiones; de nada nos servirá el

(a) Luc. 12. v. 40.

el cuidado de los Pastores de la Iglesia para defendernos de los peligros, si no se acompaña y se afianza con el nuestro. Si descuidan de nosotros, y nos dexan perecer, ellos darán cuenta á Dios de nuestra perdicion; mas nosotros no quedáremos por eso menos perdidos. La justicia rigurosa que Dios hará en ellos por habernos desamparado, no disminuirá un punto la que ha de hacer en nosotros por habernos abandonado á nosotros mismos. Porque si Dios, al encomendarlos nuestras almas, los amenazó que los habia de pedir cuenta de ellas: *Sanguinem autem ejus de manu tua requiram*: (a) yo os puedo aplicar la misma amenaza, y deciros de parte de Dios, que os ha de pedir cuenta de vosotros mismos, pues las ha puesto á vuestro cuidado: *Animam autem tuam de manu tua requiram*.

Pero qual ha de ser la práctica de esta vigilancia tan precisa? Reduzcála á tres puntos, que comprehenden toda la doctrina del Evangelio, y son los principios fundamentales de toda nuestra providencia por lo que toca á la muerte. Lo primero, mantenerse siempre en el estado en que se quisiera morir; por lo menos no permanecer en un estado, en que el morir causará horror; porque puede venir la muerte en qualquier estado, y en cada instante. Pues si tomando esta regla, y convirtiendome á vosotros, amados oyentes míos, os preguntára, estais dispuestos? Qué tendríais que responderme! Pero lo que no puedo ahora preguntar á cada uno en particular, podéis preguntaros vosotros cada uno á si mismo: Quisiera morir en esta costumbre viciosa, y llevar al tribunal de Dios tantos pecados como me ha hecho y hace cometer cada dia? Quisiera morir con este rencor que mantengo en mi corazón, y me tiene en una enemistad de que Dios está ofendido, y el mundo escandalizado? Quisiera morir sin haber desagraviado al proximo de tal y tal injusticia que mi conciencia me reprehende, y de la qual no tengo que esperar perdon de Dios, mientras puedo satisfacerla, y no la

(a) Ezech. 33. v. 8.

la satisfago? En efecto, amados hermanos míos, queréis morir así? Luego habeis de salir de ese estado, y ha de ser quanto antes: porque podeis morir en el todos los instantes que en el os estais, pues no hay un solo instante en que no esteis expuestos al golpe de la muerte.

Lo segundo, se han de hacer todas las obras poniendo la vista en la muerte; quiero decir, se ha de obrar en todo como se quisiera haber hecho en la muerte. A este fin nada se ha de emprender, executar, resolver, ni arreglar en orden à los empleos del día, sin haberse puesto antes con el pensamiento en el punto de la muerte, y haber pensado delante de Dios el juicio que se hará entonces del negocio en que se hubiere entrado; del designio que se hubiere concebido; de los medios que se tomaren para salir con él; de lo que se aprobará ó reprobará; de lo que servirá de consuelo, y lo que causará afliccion; cómo quisiera no haberse portado en tal circunstancia; haber hablado en tal conversacion, haber satisfecho à tal empleo y à tal comision, y haber cumplido con los exercicios de penitencia, de religion y de caridad. El que está poeido de estas ideas, nada estima, nada quiere, nada dice, ni hace que no sea conforme à la ley de Dios; y tolo quanto estima, quiere, dice y hace, lo estima, quiere, dice y hace como Christiano, con zelo y con fervor.

Lo tercero, es necesario entrar muchas veces dentro de si mismo, y examinarse para conocerse bien. Y qué es lo que entiendo por conocerse bien? Conocer todas sus obligaciones, todo lo bueno que puede hacer y no hace; todo lo malo de que puede huir, y no huye; lo que se debe cautelar en el estado en que cada uno se halla; los impedimentos ó auxilios que tiene para la salvacion; qué progresos hace, ó à qué errores está expuesto en este punto. Tener para este examen tan importante y sólido sus tiempos señalados en el año, en el mes, y en la semana. Meditar sobre esto, deliberar y tomar sus resoluciones, llorar lo pasado, asegurar lo por venir, y encenderse con un fervor cada día nuevo. De este modo nuestro temor (según la expresion del Profeta Rey) se con-

vi-

vierte en nuestro mas firme apoyo, porque sirve para despertar nuestra vigilancia: *Posuisti firmamentum ejus firmamentum.* (a) Tal era el temor de los Santos, y el fruto que sacaban de él. No solo pensaban en su muerte todos los días de su vida; no solo velaban para disponerse para la muerte; mas tambien aprendian la ciencia de la muerte. Como? Haciendo como un noviciado y exercicio de la muerte de la misma vida; y esto es lo que me queda que explicaros en la tercera parte.

III. PARTE.

Hacer de la vida como un noviciado de la muerte, y así aprender, y ensayarse para morir, no parece mas contradiccion que paradoxa? Porque sin pretender utilizar en materia tan sólida como esta, qualquier noviciado supone dos condiciones; un frequente exercicio de lo que se aprende, y poder volver à comenzar de nuevo, y corregir lo que primero no se acertó. Pues ni una ni otra de estas condiciones se hallan en la muerte; pues no se muere mas de una vez, y despues de la muerte, santa, ó en pecado, no hay modo de deshacer lo que una vez se hubiere hecho. Esto es lo que obligo à decir à San Agustin, que entre todos los errores que se cometen, los que se hacen en la muerte no tienen remedio. Pero no obstante eso, Christianos, es máxima de todos los Padres de la Iglesia, que se puede aprender à morir; y que despues del conocimiento de Dios, esta es la ciencia mas alta. Hay, dicen los Santos, su noviciado para la muerte, y en él se ensayaron los Santos: todo el cuidado de su vida fue estudiar en la muerte; y como es natural hacer con perfeccion lo que se sabe, y lo que se ha exercitado con larga costumbre, murieron como Santos, porque poseian con excelencia la ciencia de la muerte.

Pues en nuestra mano está imitarlos. Porque ved aqui

(a) Psalm. 88. v. 41.

tres verdades que nos pertenecen no menos que à ellos, y todos nos las debemos aplicar. La primera: *cada dia morimos*, segun la sentençia del Espiritu Santo; luego es facil aprender à morir. La segunda: todas las criaturas nos enseñan à morir; luego si no sabemos morir, no tiene excusa nuestra ignorancia. La tercera: la vida christiana à que Dios nos ha llamado, es un continuo exercicio de la muerte; luego somos muy culpables, si no estamos muy hechos y experimentados en el arte de morir. Las conseqüencias son evidentes; paso à hacer que convengais en los principios.

Es cierto en algun sentido, que hemos de morir mas de una vez. Cada hora morimos, y cada hora podemos (no solamente sin culpa, mas tambien con merecimiento) morir voluntaria y libremente. En efecto, quando Dios amenazò al primer hombre, que habia de morir si le desobedecia: *In quacunque die comederis, morte morieris*, (a) el decreto se executò (segun el reparo de San Ireneo) en Adan, luego que quebrantò el precepto divino. Si no, hubiera sido Dios poco eficaz y sincero en el decreto que habia intimado. Porque no le dixo al primer hombre, morirás algun dia, morirás en cierto tiempo, morirás despues de haber vivido tantos años, o tantos siglos; sino absolutamente le dixo, morirás en el mismo dia, y en el instante en que pecares: *In quacunque die; y así se cumplió*. Desde entonces quedó Adan sujeto à toda suerte de enfermedades, en castigo de su desobediencia: experimentó que se debilitaba su complexion; y su cuerpo, degradado (si puedo decirlo así) del privilegio de la inocencia, comenzó à descaecer, y de consiguiente à morir. Pues lo que se verificò en Adan, igualmente se verifica en nosotros, y los mismos Paganos lo reconocieron. Nos engañamos, decia Seneca: y nuestro engaño consiste en que miramos siempre la muerte como futura: *In hoc fallimur, quod mortem prospicimus*. Tan lejos está de ser así,

(a) Gen. 2. v. 17.

así; que una gran parte de ella ha pasado ya en nosotros; *Magna pars ejus jam prateriit*. Y debemos hacer cuenta que tiene en su poder todo lo que ha pasado de nuestra vida: *Et quidquid etatis retrò est, jam prateriit*. Pero mas expresamente lo dixo San Pablo, y la sentençia de este Apostol debe ser de muy diferente peso en este punto: *Quotidie morior per vestram gloriam, fratres*. (a) No hay dia, hermanos míos (escribia à los Corintios) en que yo no muera; y la gloria que recibo de vosotros, hace que no haya dia en que no muera con alegría y gusto.

Supuesto, pues, que cada dia morimos, ¿podemos decir que es dificultoso el aprender à morir? Y si morimos necesariamente cada instante, ¿qué impedimento tenemos de acostumbrarnos à morir por eleccion, y por necesidad? Yo confieso (prosigue San Agustin adelantando este pensamiento) que nuestros ojos están hechizados con la vista de lo presente; pero si hay hechizo en nuestros ojos, debemos buscar el remedio en nuestros entendimientos; el remedio consiste en comprehender bien, que este cuerpo que nos parece vivo, en la verdad es un cuerpo que se destruye, y se está muriendo: *Fascinatio est in visu, sed remedium in intellectu; vides viventem, cogita morientem*. Estas palabras son de mucha eficacia, y energia. Vosotros vivis; dice San Agustin; pero el mismo principio que os dá la vida, es el que os causa la muerte; y aunque vuestros sentidos os digan lo contrario, debe corregidos vuestro entendimiento, mostrándoos que esta que se llama vida, no es sino un principio y paso para la muerte: *Vides viventem, cogita morientem*.

Pero ademas de eso, añade San Agustin; ¿quién nos enseñará à morir, y à qué escuela iremos para aprender esta leccion incomparable? ¿Quién nos enseñará? Todas las criaturas del universo, especialmente aquellas por quienes nos mantenemos y vivimos. Porque en primer lugar, no salgamos (dice el Apostol) fuera de nosotros, dentro

Tom. III. Quaresma. Qq

(a) 1. Cor. 15. v. 31.

de nosotros mismos tenemos todas las pruebas de una muerte cierta. No hemos menester sino preguntarnos: todo quanto hay en nosotros nos dirá con una voz secreta, pero uniforme, que es preciso morir; y por mas que podamos arguir á nuestro favor, jamas tendremos otra respuesta, sino que es preciso morir. Tu eres rico, pero es preciso morir: tu tienes credito y reputacion, pero es preciso morir: tu eres mozo, y estás en estado de gozar de los gustos de la vida, pero es preciso morir: tu eres el idolo del mundo, pero es preciso morir. Esta sola voz oíremos; porque Dios al criarnos gravó en nuestro mismo sér esta respuesta general que nos dan todos los elementos de que estamos compuestos, y destruyendose los unos á los otros, nos destruyen á nosotros por el mismo caso. No nos contentemos con esto, miremos tambien todo lo que nos cerca, porque todas las criaturas de que estamos cercados, y sirven para mantenernos, no solamente nos anuncian la muerte, sino tambien actualmente nos enseñan, y nos exercitan á morir: ¿Cómo? Dexandonos, apartandose de nosotros, y dexando de ser nuestras, lo qual es (como observa ingeniosamente San Agustín) un verdadero exercicio de la muerte. Porque ¿á quantas cosas podemos decir que estamos ya muertos, y que morimos sin cesar? Los gustos de la juventud ya no son para nosotros, ni nosotros para ellos; la alegría de ayer ya no es hoy; y estamos muertos para ella; las honras que otras veces nos han hecho, ya son nada; y el olvido (que por sí mismo es una especie de muerte) las ha reducido á nada en la memoria de los hombres; y como todas estas honras y gustos nos han dexado ya, todo lo demas, no solo nos dexará, sino nos dexará conforme usámos de ello. ¿Pues no es muy grosera nuestra ceguedad, si despues de tantos ensayos y experiencias no llegamos á adquirir la ciencia de la muerte?

Pero principalmente estamos obligados á esta ciencia práctica de la muerte por la profesion de Christianos á que nos ha llamado Dios; pues segun todas las reglas de la Escritura, la vida christiana, hablando propiamente, es una muert-

muerte continua. Por eso San Pablo, que comprendía admirablemente esta verdad, no daba á los primeros fieles otra idea de lo que eran, sino esta: *Mortui estis, & vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*: (a) Estais muertos, y vuestra vida está escondida con Dios en Jesu-Christo: *Consepulti enim sumus cum Christo per Baptismum in mortem*. (b) Estais sepultados con Jesu-Christo por el Bautismo, que es un Sacramento y misterio de su muerte para vosotros; y esto (añade San Juan Chrisostomo) se debe entender, no en sentido metafórico, sino á la letra y en el rigor de las palabras: porque ¿á qué se encaminan todas las máximas de la vida Christiana, sino á apartar el alma del cuerpo, á apartarla de sus dellytes, de sus sensualidades, de su servidumbre y de su esclavitud? Pues apartar el alma del cuerpo, ¿qué es sino enseñarle á morir? *Porrò discernere animam à corpore, quid aliud est, nisi emeri discere?* Despeguémonos, decia Seneca, de este asimiento vil que sujeta nuestro espíritu á la carne, y nos acostumbráremos á morir: *Disjungamus nos à corporibus, & sic consuescimus mori*. Pero nuestra Religion nos manda executar santa y generosamente lo que los Filósofos, aunque con terminos magnificos, inutilmente decian: porque nos aparta de nuestros cuerpos con la mortificacion, y con esta separacion nos hace entrar en la práctica de la muerte, en que consiste el merito de la vida.

Sigamos, pues, amados oyentes míos, esta doctrina. Despeguémonos de este cuerpo que la Escritura llama tantas veces *cuerpo de pecado*, y no aguardemos á que la muerte nos despoje de él por fuerza, pues está en nuestra mano despojarnos de él por virtud. Un alma que no renuncia su cuerpo sino en el instante de la muerte, es indigna de Dios. ¿Me pedis prácticas para bien morir? Ved aqui una, sin la qual me atrevo á decir que todas las demas son vanas y fantásticas. Despegad vuestra alma de quanto amais, fuera de Dios: ved en dos palabras la ciencia de la muerte. Preve-

Qq 2

nid

(a) Colos. 3. v. 3. (b) Rom. 6. v. 4.

nid con una mortificación voluntaria las operaciones violentas y dolorosas de la muerte. La muerte os quitará el uso de los sentidos; haced que muera anticipadamente, prohibiendolos todo lo que puede desagradar à Dios; la libertad de las palabras, la curiosidad de la vista, la delicadeza del gusto. La muerte os arrebatará vuestros bienes, dexadlos desde ahora con el espíritu y con el corazón. En lugar de esa sed insaciable de recoger y amontonar tesoros, tened, según Dios, una gloria santa en distribuirlos. En lugar de envidiar lo que no teneis, dad sin dificultad, y con gozo lo que poseeis. La muerte os apartará de vuestros amigos; haced con tiempo un divorcio christiano de ellos, y dexad esas compañías escandalosas, esas conversaciones peligrosas, esas amistades cariñosas, y esos tratos sospechosos. No perdoneis nada, y acordaos del excelente pensamiento del Abad Ruperto: Que para que la mortificación haga el oficio de la muerte y tenga sus propiedades, ha de ser universal y absoluta; que como no se dice que un hombre ha muerto por haber perdido el habla ó la vista, sino que es necesario que esté del todo sin accion y sin sentido; tampoco se puede decir que un Christiano es mortificado por haber refrenado un apetito sensual, si no los ha refrenado, y los ha sujetado todos à Dios. Quando os sucedieren desgracias, aflicciones, calamidades y pérdidas, decidle à Dios levantandoos sobre vosotros mismos con el espíritu de la fe: Seais, Señor, bendito; lo que conviniera hacer en la muerte, me ha venido antes que se llegue esta hora. Lô que me quitais me hubiera quitado ella, y este es un tributo que yo la habia de pagar, pero ya le he satisfecho felizmente: con eso estuviera asido al mundo; però Vos habeis roto mis prisiones, y lo habeis dispuesto tan bien por vuestra infinita misericordia, que no tendrá la muerte cosa que me asuste, por poco que yo corresponda à vuestros designios.

Si os hallais, amados oyentes míos, con esta disposición, dad gracias al Cielo, digo otra vez; porque eso es estar preparado para la muerte; y no me respondais que esa es una vida triste: vengo en que lo sea; però à esa vida triste

se

se sigue una muerte llena de consuelo, y sobre todo una muerte de un predestinado: y una muerte santa vale tanto que no podemos apreciarla bastantemente, ni es cara à qualquier precio que se compre. Paso adelante; y digo, que cotejadas todas las cosas, la vida de un Christiano muerto al mundo y à todo lo que le podia tener asido à él, es mil veces mas sosegada, y por consiguiente mas feliz que la de los mundanos asidos al mundo, y tanto temen salir de él y perderle. Está solo pensamiento nada me detiene, y estoy dispuesto para partir quando guste Dios de llamarme; es el mas apacible sosiego, y la felicidad mas sólida de un alma. Però direis, que vivir así no es vivir, sino vivir como si no se viviera. Ah! Christianos; ¿pues no es esto lo que pedia el Apostol à los primeros Fieles, y lo que yo debo pedirlos à vosotros? *Relinquam est, ut qui utuntur hoc mundo, tanquam non utantur.* (a) Hermanos míos, usad del mundo como si no usais de él; es decir, vivid como si no vivierais; vivid sin amar la vida ni sus bienes; vivid para Dios, vivid por Dios, vivid en Dios para vivir eternamente con Dios en la gloria. Yo os la deseo, &c.

(a) 1. Cor. 7. v. 31.

SER-

SERMON

PARA EL VIERNES DE LA
cuarta Semana.

*Sobre el alexarse de Dios, y el convertirse
à su Magestad.*

*Hæc cum dixisset, magna voce clamavit: La-
zare, veni foras: & statim prodiit, qui fue-
rat mortuus.*

*Habiendo dicho esto clamó con alta voz: Lazaro,
salid: y al punto salió el difunto de la sepultura.
S. Juan cap. 11. v. 43. y 44.*

SEÑOR.

Quando el Salvador del mundo resucitó à la hija del Principe de la Synagoga, no habló palabra, y se contentó con tomarla de la mano, y levantarla: *Tenuit manum ejus, & surrexit puella.* (a) Quando resucitó al hijo de la viuda de Nain, habló, y como Señor, con imperio: *Adolescens tibi dico, surge.* (b) Mancebo, contigo hablo, levántate, Yo te lo mando; y obedeció el difunto en el mismo instante: *Et resedit, qui erat mortuus.* Pero qué hace para resucitar à Lazaro? No solamente habla, sino alza la voz, pide à su Padre que le oyga, llora, se conmueve y se tur-

(a) Math. 9. v. 25. (b) Luc. 7. v. 14.

ba: *Clamavit, lacrymatus est, infremuit, turbavit se ipsum.* No nos espantemos, Christianos, de la diferencia de estas tres resurrecciones: ved aqui todo el misterio que encierran segun el pensamiento de San Agustin. La hija del Principe de la Synagoga acababa de espirar; tenia aun por decirlo así, el alma en los labios: darla la vida, era (à lo que parece) un milagro facil à Jesu-Christo: así, no le costó sino querer. El hijo de la viuda de Nain, no solamente estaba difunto, sino para ser sepultado; le llevaban ya à la tierra, y le hacian el funeral actualmente: el resucitarle era efecto de un poder mas absoluto: y por eso usó el Salvador del imperio. Pero Lazaro habia quatro dias que estaba en el sepulcro: y hacer que reviviese un difunto de quatro dias era la obra mas primorosa, y como el mayor esfuerzo de la Omnipotencia de Jesu-Christo.

Pues todas estas sombras, hermanos míos (dice San Agustin) nos representan unas grandes verdades: y estas resurrecciones visibles, si sabemos penetrar el secreto que encierran, son otras tantas reglas que nos propone Dios para otra resurreccion interior è invisible, pero mucho mas importante, que es la de nuestras almas. Estemos atentos para entender lo que el Hijo de Dios nos quiere enseñar; llamemos à la puerta para que nos abra: *Omnia ista innunt nobis aliquid, intentos nos volunt.* Y para alcanzar las luces del Espirito Santo, que es quien puede darnos la inteligencia de nuestro Evangelio, imploremos el favor de la Madre de Dios, diciendola: AVE MARIA.

Es evidente, Christianos, que Jesu-Christo resucitando à Lazaro, no solo quiso dar una prueba clara y convincente de su Divinidad à los Judios, sino mostrarnos en todas las circunstancias de este milagro las lamentables consecuencias del pecado, y los maravillosos efectos de su gracia. Las lamentables consecuencias del pecado, para infundirnos horror; y los maravillosos efectos de la gracia, para despertar nuestra confianza, y avivar en nosotros el zelo de hacernos santos. En efecto, ciñendome

al Evangelio, y entendiendole en sentido moral, según la interpretación de San Agustín, pero sin apartarme de la historia, descubro en él dos cosas muy útiles para nuestra común enseñanza, y en ellas se dividirá este discurso: conviene à saber, el estado de un justo que se pervierte, y el de un pecador que se convierte. El de un justo que se pervierte, representado de la muerte de Lazaro; y el de un pecador que se convierte representado en su resurrección. El uno y el otro representados tan naturalmente (como vereis) que todo lo que hemos de decir de Lazaro, ó muriendo ó ya difunto, ó volviendo à la vida y resucitado, os instruirá en las verdades mas esenciales que hablan con nosotros, ó quando nos apartamos de Dios, ó quando nos volvemos à su Magestad. Venid, pues, justos y pecadores. Venid, justos, y reconoced en este retrato; que la imagen de un difunto, amigo de Jesu-Christo, os hará temer sumamente la muerte de un alma por el pecado. Venid, pecadores, y contemplad en este mismo retrato; que la imagen de un difunto de quatro dias, resucitado ya, os ha de hacer (si os quereis aprovechar de la doctrina que os predico) no solamente desear, sino esperar la resurrección de vuestra alma por la gracia. Venid, justos, y aprended los pasos que conducen aun à los amigos de Dios à la perdición; esta será la primera parte. Venid, pecadores, y vereis los caminos por donde debeis andar para llegar à una conversion sólida y verdadera; esta será la segunda parte. Dichoso yo, si puedo con este medio obligar à los unos à no caer de su estado de gracia, y à los otros à salir del estado de la culpa.

I. PARTE.

Aunque el hombre despues de su caída tenga una inclinacion natural, y por consiguiente una infeliz facilidad de pervertirse, no obstante la experiencia nos muestra, que ninguno, por lo regular, se pervierte repentinamente, sino por grados, poco à poco, y muchas ve-

ces

ces con un modo imperceptible se va aumentando su desorden; y no podia el Espiritu Santo ponernos à los ojos una imagen mas viva de este infeliz progreso, que representandonos el exemplo de Lazaro. Porque no sin misterio el mismo Lazaro, que por particular disposición de Dios habia de ser imagen de un pecador, se nos representa por el Evangelista en cinco estados diferentes. Lo primero, como enfermo, y en un sumo descacamiento: *Erat quidam languens Lazarus*. Lo segundo, como adormecido, y en un sueño à manera de letargo: *Lazarus amicus noster, dormit*. Lo tercero, como difunto, y sin señal de vida: *Lazarus mortuus est*. Lo quarto, como sepultado de quatro dias: *Quatriduanus est*. En fin, como corrompido, y que ya despedia mal olor: *Domine, jam fafet*. Pues qué idea se puede tener mas ajustada de la infelicidad de un alma, que engañada por la passion, y arrastrada de los hechizos del mundo viene insensiblemente à estragarse! No tiene al principio otra señal de su desenfrenamiento, que un cierto desmayo en el servicio de Dios: de ahí viene à caer en una especie de letargo, y en un profundo sueño para todo lo que pertenece à sus obligaciones, y al cuidado de su salvacion; poco despues pierde la vida de la gracia por el pecado, y con frequentes recaídas se sepulta (por decirlo así) en la costumbre de pecar; y para que esta aplicacion sea cumplida, estando inficionada en sus dictámenes, y en sus costumbres, despide tambien un mortal contagio que corrompe à los demas con su mal exemplo. No es este el modo con que cada dia se cumple este misterio de iniquidad, y con que un alma descende, sin conocerlo, hasta lo profundo del abismo? Escuchadme, y no perdáis una doctrina tan christiana como esta.

El primer paso que conduce à la muerte del alma, es el desmayo: *Erat quidam languens*. No es este (dice aquí San Bernardo) aquel desmayo de amor, que alegaba por merito para con su esposo divino la esposa de los Cantares, quando decia à las hijas de Jerusalem: *Adjuro vos, si inveneritis dilectum meum, ut nunciatis ei, quia amore*

Tom. III. Quaresma.

Rr

lan-

languor: (a) Yo os conjuro, que si bailaréis á mi amado le digáis: que el amor que le tengo me causa desmayos: porque estar con estos accidentes nacidos del amor de Dios no es imperfeccion; sino la perfeccion misma. Ni tampoco aquel desmayo involuntario nacido de la ceguedad, de que se quejaba David quando le decia á Dios, llevado del sentimiento de su miseria: *Anima mea sicut terra sine aqua tibi*; (b) mi alma, Señor, está delante de Vos como una tierra sedienta y sin riego: porque esta ceguedad que afligja al Santo Rey, podia ser una prueba rigurosa de Dios, sin ser culpa de que pudiese reprehenderse. Quando digo, pues, *desmayo* en el servicio de Dios, concibo, y habeis de concebir conmigo, un desmayo de infidelidad; un desmayo que no puede el hombre atribuir, sino á sí mismo, y cuyo efecto ordinario es afloxar poco á poco en aquella exáctitud, con que el fervor se mantenía, se desalienta uno en cumplir con sus obligaciones, se enfada de la devocion y la dexa, dexa la oracion, se retira de la frecuencia de los Sacramentos, le disgusta la palabra de Dios, tiene horror á los exercicios de penitencia: las obligaciones mas comunes de la Christianidad se le hacen pesadas; se dispensa facilmente de ellas, y no las cumple sino con sumo descuido: en una palabra, no sirve ya á Dios con el espíritu, sino por ceremonia, honrándole con los labios, y no con el corazón: *Populus hic labiis me honorat*. (c) Este es el retrato que en otro tiempo hacia San Bernardo de este caimiento espiritual; y quiera Dios que no nos haya hecho sentir á nosotros la experiencia, lo que una discrecion sabia y el espíritu de Dios habían hecho conocer al Santo.

Seria inútil decirlos, pues, este caimiento es un estado injurioso á Dios, que por vosotros mismos lo entendéis bastantemente, y su Magestad se ha declarado bien en la Escritura. Por que en la ley antigua desechaba Dios expresamente las victimas enfermizas, sino porque (como di-

(a) Cant. 5. v. 8. (b) Psalm. 142. v. 6. (c) Isai. 29. v. 13.

dice San Juan Christosotomo) la victima que se le ofrecia representaba á un alma christiana, cuya piedad viva y ardiente habia de ser el verdadero sacrificio de la ley de gracia; y no hay cosa mas indigna de Dios que un alma tibia, que ni se mueve de la consideracion de sus perfecciones, ni del reconocimiento de sus beneficios, ni del terror de sus juicios, ni del zelo y amor de su bondad? Vosotros me preguntais, decia su Magestad á los Israelitas, en qué me deshonrais? Y yo os respondo, que en ofrecerme unas victimas despreciables, en traer á mis altares lo enfermizo y achacoso de vuestros ganados: *Dixisti: In quo despectimus nomen tuum? Si offeratis claudum, & languidum, nonne malum est?* (a) Pues esto nos dice á nosotros. Sois vivos y activos en todo lo que pertenece al mundo, pero coámodo sois tibieza y frialdad; solamente quando el punto es de vuestros negocios temporales, de vuestros intereses y de vuestra fortuna, empleais todo vuestro ardimiento, y se aumentan vuestros cuidados: pero si se trata de mi gloria, sobre una obligacion christiana, sobre hacermos alguna oracion, asistir al formidable misterio de mis altares, exáminar lo interior de vuestras conciencias, meditar mi ley y observarla, oír mi palabra y sacar provecho de ella, todo es tibieza y descuido. Id mundanos, id á buscar un Dios que pueda darse por servido de vuestro culto, y se dé por honrado con él; que de mí no teneis que esperar sino justas reprehensiones, y castigos rigurosos. Dolencia no meos perniciosas al hombre, que injurias á Dios: porque es una especie de enfermedad, que apenas pueden curar los remedios mas eficaces; y en la practica esta cura es tan rara como dificultosa; y así se ve, que son mas los impios que se convierten sinceramente, que las almas tibias que recobran el espíritu de fervor; las consecuencias tambien de este mal son mas funestas que el mismo, y tanto mas dignas de temerse, quanto menos se temen; ni se ve mu-

Rra

chas

(a) Malach. 1. v. 6. & 8. (b) Jer. 17. v. 13.

chas veces el peligro, porque con el pretexto de estar libre de algunos vicios groseros, se vive con una seguridad engañosa; en fin, por esto dice el Espíritu Santo á los tibios en el Apocalypsi estas espantosas palabras: *Utinam frigidus esses, aut calidus*; (a) pluguiera al Cielo que fuerais del todo de Dios, ò del todo contra él; pero esta doctrina me conduxera muy lejos: pasemos á otro punto.

Del desmayo se cae en un profundo sueño, y el paso de uno á otro es tan natural, que segun el Texto sagrado es como infalible. En este primer estado que acabo de notar, por descaecida que estuviese el alma, no estuviera aun total y absolutamente insensible para los movimientos de la gracia; aun se humillara y sintiera algunas veces su floxedad; aun la causara horror alguna vez esta amenaza: *Sed quia tepidus es, incipiam te vomere ex ore meo*, porque sois tibio empezaré á arrojaros de mí; aun oyera de quando en quando la voz de su conciencia para librarse de esta desgracia; un Predicador solido y eficaz, una advertencia viva y fuerte, una enfermedad, una desgracia y una afliccion no dexaran aun de tener alguna fuerza para despertarle, y para inspirarle, á pesar de su tibieza, buenos deseos. Pero en el estado de que hablo y me lamento, nada de esto se experimenta. Lo que causaba al alma unos horrores santos, no se los causa ya; lo que la daba remordimientos, no se los da; lo que la excitaba á dolor, ya ni aun se dexa sentir; lo que la causaba confusion; ya no la da empacho. Y por qué? Porque se ha apoderado de él el sueño. En quanto á lo esencial aun está en amistad de Dios; pero está como estaba Lazaro, de quien el Salvador decia: *Lazarus amicus noster, dormit*. Y como el sueño del cuerpo impide y suspende todas las operaciones de los sentidos, asi en este desorden en que se halla el alma, parece que tiene ojos para no ver, y oídos para no oír: *Ut videntes non videant, & audientes non intelligent*. (b)

Ved

(a) Apocal. 3. v. 15. (b) Luc. 8. v. 50. et. d. d. d. d. (c)

Ved aquí, amados oyentes míos, el infeliz estado de aquellos tres discipulos que Jesu-Christo habia escogido para que le acompañasen en el huerto, y fuesen testigos de sus últimos sentimientos en la víspera de su Pasión. Este Salvador admirable acababa de apartarse de ellos, dexándolos advertidos, de que llegaba la hora en que su fidelidad habia de ser puesta á prueba de la mas violenta tentacion. Les habia representado el peligro en que se hallaban, y el escándalo que causaria su floxedad, si se dexaban llevar de ella. Habiales exhortado, á que estuviesen con cuidado, y en vela: *Vigilate*. (a) Asi, digo, les habia hablado para exhortarlos al combate; pero muy presto los halla cargados del sueño, y dormidos: *Et invenit eos dormientes*. Exemplo terrible de lo que cada dia nos sucede en la conducta de nuestra salvacion. Causa espanto, y con razon, que con tantos oraculos de la palabra de Dios que continuamente nos estan diciendo á voces, *velad*, sean tantos los Christianos, por otra parte prudentes segun el mundo, que se duermen en el cuidado esencial de lo eterno. Y en efecto, no es cosa casi incomprehensible, que un hombre instruido en los principios de su Religion, que conoce la necesidad y dificultad de salvarse, que se ve cercado de precipicios y escollos; que sabe que el mundo para destruirle en todo le pone lazos; que el enemigo, como leon que brama, anda dando vueltas para tragarle; que la muerte está como ladrón en acecho para sorprenderle; que está en vísperas de un juicio sin misericordia, y á vista de una eternidad bienaventurada ò infeliz; conociendo todos los riesgos que tiene, pueda caer en tal adormecimiento, y perseverar en él? Esto no entendemos, porque no subimos hasta la fuente, y hasta los juicios de Dios. Porque la verdad es, que tiene Dios parte en ello; y este sueño de que nosotros somos la principal y primera causa, es al mismo tiempo uno de los mas rigurosos efectos de su justicia. Quién nos enseña esto? El

mis-

(a) Math. 26. v. 41.

mismo Dios por estas palabras de Isaías demasadamente expresas para dudar de ellas, y demasidamente finestas para que no nos hagan estremecer: *Quoniam miscuit vobis Dominus spiritum soporis, & Prophetas vestros operiet* (a), porque el Señor os ha infundido un espíritu de sueño; es decir (como explica San Agustín) porque movido de vuestras infidelidades ha permitido que el sueño os oprima, vuestros ojos estarán cerrados à la luz y à las mas claras verdades, y vosotros sordos à la voz de los mas zelosos Profetas. Ellos os hablarán, y vosotros no los oireis: ellos os reprehenderán, y vosotros no los creereis. Pues no sucede esto instantaneamente, dice sobre este punto San Juan Chrisostomo; sino como las Virgenes necias del Evangelio, de un sueño ligero, que fue el principio de su desgracia, vinieron à dormirse de todo punto: *Dormitaverunt omnes, & dormierunt*; (b) así sucede con un mundano que dexa à Dios, y es desamparado de su Magstad. El encanto del siglo, el resplandor de la prosperidad, el amor del deleite, la libertad, la independencia, la impunidad; todo esto le adormece poco à poco, hasta reducirle al lamentable estado en que la Escritura nos representa al desventurado Jonás quando en medio de la tempestad, mientras los demas estaban llenos de susto, solo él estaba sepultado en un profundo sueño: *Et dormiebat sopore gravi*. (c) Un Predicador puede dar voces, y un Confesor exhortar y amenazar; pero despues de haber bebido este caliz de sueños, y despues de estar embriagado de él con los pasos que se han dado en una vida sensual y mundana, no hay como despertar: *Dormiebat sopore gravi*. Y así, Christiano floxo, así os haceis mas insensible cada día, bebiendo el caliz de la ira de Dios, según Isaías, hasta apurarle: *Qui bibisti de manu Domini calicem iræ ejus: usque ad fundum calicis soporis bibisti*. (d)

(a) Isai. 29. v. 10. (b) Matth. 25. v. 5. (c) Jon. 1. v. 5.
(d) Isai. 51. v. 17.

El mal puede pasar, y pasa mas adelante; porque este sueño conduce en fin, à la muerte, y en esto se parece el destino infeliz del pecador al de aquel Principe reprobado, de quien se dice en el libro de los Jueces, que juntado la muerte con el sueño pareció herido del Cielo en el mismo lugar que le habia de servir de asilo: *Qui soporem morti convocians, defecit; & mortuus est*. (a) Porque imaginar que en tal caso puede mantenerse la vida de la gracia; lisonjearse de que sin muestra alguna de Religión, ni exercitar sus obras, se ha de poder conservar el espíritu; creer guardarse de aquella muerte segunda que causa el pecado, sin dar à Dios alguna señal de vida, es engaño, Christianos, y confianza presuntuosa. Se muere, y se dexa absolutamente de vivir para Dios; y no solamente es verdad decir: *Lazarus dormit*: Lazaro duerme; sino es preciso añadir: *Lazarus mortuus est*: Lazaro ha muerto; porque el pecado (hablo del mortal) ò la muerte del alma por el pecado se sigue à su sueño: una murmuracion grave en que se cae, un odio secreto que se fomenta en el corazon, un impetu de venganza que no se reprime, una injusticia que se comete, y otros muchos generos de pecados contra los quales no se vela, acaban de apagar en el alma christiana aquella centella de vida que le habia quedado. De ahí se sigue, que este justo en quien la gracia producía operaciones santas y meritorias; este justo, que à pesar de sus floxedades tenia aun el habito de la caridad; este justo, que aunque estaba à peligro de muerte, no dexaba de ser hijo y amigo de Dios, despojado de esta gracia que le animaba, no es ya delante de Dios sino un triste cadaver sin accion ni movimiento: *Lazarus mortuus est*. Y el colmo de la desgracia es, que se viene à parar en esto sin saberlo; y con una ceguedad incompreensible (porque no tiene exemplar en la naturaleza) juzga siempre el pecador que está vivo, aunque en los ojos de Dios está difunto.

Esto,

(a) Judic. 4. v. 21.

Esto, amados oyentes míos, casi nunca dexa de suceder en el discurso de una vida descuidada; y este fue el estado de aquel Obispo à quien decia Dios: *Scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, & mortuus es*: (a) Yo sé qué obras son las tuyas; en el mundo pasas por vivo, y en la virtud estás muerto. Como si le hubiera dicho: Sé que te has adquirido en el mundo una vana estimacion; sé que hay hombres engañados con la falsa apariencia de tu virtud; sé que eres tenido por hombre de bien y de piedad; pero sé tambien, que de todo esto no tienes mas que el nombre: *Nomen habes quod vivas*. Sé que con todo ese lustre que deslumbra los ojos, un pecado que la passion te oculta, y en que te ciega; un pecado que ignoras, pero que no dexa de agravar tu conciencia; un pecado que te disimulas à ti mismo, da la muerte à tu alma: *Nomen habes quod vivas, & mortuus es*. Pues esta reprehension à cuántos de mis oyentes se podrá aplicar? Cuántos Christianos hay en opinion de justos, y aunque tienen en efecto todas las apariencias de una vida inocente y pura, con todo eso estan como unos sepulcros blanqueados, llenos de corrupcion y de maldad? Cuántas mugeres se juzgan ajustadas y virtuosas, y estan libres de la censura del mundo, y con eso piensan que han cumplido con toda la justicia, y que estan seguras de parte de Dios, aunque muchos pecados de que no hacen caso, inmodestia, profanidad, gastos, necios, amor de si mismas, aspereza con los pobres; un ocio perezoso, un juego sin regla, y unos divertimientos continuos y sin medida, son otros tantos principios de muerte para ellas? Cuántos hipocritas cuya vida baxo de un mentiroso esplendor de algunas acciones santas y virtuosas es solamente una fantasma que engaña? Y cuántos otros, que habiendose engañado, y no conociendose à si mismos, juzgan que es santidad, virtud y religion lo que en la idea divina es puramente vanidad, interes è imperfeccion!

Pues

(a) Apoc. 3. v. 1.

Pues à todos estos se les puede decir: *Nomen habes quod vivas, & mortuus es*. Todos son (segun San Agustin) otros tantos Lazaros, en quienes es necesario que ostente Jesu-Christo la eficacia de su gracia omnipotente, para restituirles aquella vida divina que les hizo perder el pecado.

Milagro (prosigue el Santo Doctor) que en la execucion siempre está acompañado de dificultades y estorbos; pero los mas insuperables son, quando el alma así difunta por el pecado, en lugar de recurrir prontamente al autor de la vida, y ponerse con la penitencia en estado de resucitar espiritualmente, se sepulta en el pecado con la costumbre de pecar: porque en esto viene à parar la maldad; y si puede haber orden en el desenfrenamiento de un alma que se pervierte, este es el que el Espiritu Santo nos hace advertir en él. Ese pecado, que es como una hoya que el pecador se ha abierto à si mismo, viene à convertirse en sepulcro. No es ya un difunto de quatro dias, sino por lo que ha tardado en convertirse, y por el sosiego con que persevera en desgracia de Dios, quizá es un difunto de quatro años, y muchas veces, de diez, de veinte, y aun mas allá. Quereis, amados oyentes míos, que os represente en una palabra el horroroso estado en que se halla en tal caso? Imaginad el estado de Lazaro en el sepulcro. Tenia, dice el Evangelista, los pies y manos atadas, el cuerpo envuelto con un sudario, apretado con faxas, y estaba cubierto con una gran lápida: *Ligatus pedes & manus instritis, & facies illius sudario erat ligata*. Tal es el hombre del siglo sumergido en su costumbre; mil estorbos le atan y le tienen asido à las criaturas; está envuelto en mil embrazos de conciencia, sin descubrir luz para salir de ellos; el peso de una costumbre prologada le bruma, y pone el colmo à su desgracia, no menos que à su malicia. Ay! hermanos míos, concluye San Agustin, qué dificultoso es à un hombre à quien el pecado tiene sujeto de esta suerte, desembarazarse de él y levantarse! *Quam difficile surgit, quem tanta moles consuetudinis premit!* Si fuera no mas que un difunto, quiero decir, si este pecador sola-

mente fuera pecador, y no estuviera empeñado en su culpa, ni hubiera contrahido obligacion particular por ella, pudiera facilmente volver en sí; y à fuerza de clamar con el Apostol: *Infelix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (a) Desventurado de mí, quién me librará del cuerpo de esta muerte? pudiera esperar volver dichosamente à la vida: mas quando despues del pecado se vé estrechamente oprimido de sus prisiones; quando el pecado, despues de haber sido causa infeliz de su muerte, le ha hecho entrar en unas negociaciones desgraciadas, le ha embarcado en unos comercios de que no se puede retirar sin hacer en el mundo un estruendo à que no se puede resolver; le ha metido en un abismo y laberinto de cuidados sin termino, y ha puesto à su cargo los delitos ajenos: quando el pecado trae consigo restituciones y satisfacciones que han de tener costa, pero son indispensables; ha menester Jesu-Christo toda la virtud de su gracia para arrancar esta alma del seno del pecado. Entonces este hombre Dios à vista de esta resurreccion milagrosa, siente los mismos movimientos de que estuvo combatido à vista del sepulcro de Lazaro. Porque, qué cosa, dice San Agustin, hay mas digna de las lagrimas de un Dios, que un alma criada à su imagen haya parado en esclava del demonio y de la culpa? Qué motivo mas capaz de inquietar à un Dios Salvador, que ver lo que él salvó, en la costumbre del pecado y en el centro de la perdicion?

En fin, despues de la sepultura se sigue la corrupcion del cadaver, y la infeccion que sale de él: *Domine, jam fetet.* Porque un pecador, cuyo interior está inficionado y corrompido, no para ahí, y quando quisiera parar no puede. Su dissolution, que le convendria ocultar, se vierte à su pesar ácia fuera, y al paso que se va dando à conocer, se va haciendo contagioso. Como no hay cosa que mas sutilmente se comunique que el exemplo, cada exemplo que da lleva consigo aquel olor de muerte de que ha-

(a) Rom. 7. v. 24.

blaba el Apostol: *Odor mortis, in mortem* (a). Y como el mundo está lleno de almas flacas, que no tienen fuerza para resistir à las impresiones que reciben, no solamente las escandaliza, sino que las inficiona. Un Padre vicioso pervierte, aun sin querer, à sus hijos: una madre amiga de tener amantes que la festejen, hace que se acostumbre à los estilos del mundo una hija que está educando: un Señor desenfrenado hace à sus criados imitadores y cómplices de sus dissoluciones: una muger sin conciencia hace que toda una casa se desordene: un hombre licencioso y sin Religion, abusando de su ingenio, y esparciendo sus maximas erradas, basta para inficionar toda una Corte. Ay! Dios mio! La conversion de este pecador es obra digna de Vos: *Domine, jam fetet.* Es un hombre pernicioso para sí mismo y para los demas; es un hombre estragado en sus costumbres y en sus opiniones; mas al fin, por estragado que esté, puede ser objeto de vuestra gracia. Sé que es menester un milagro para convertirle; pero este milagro, Señor, está en vuestras manos; no depende sino de Vos el hacerle; y este es, amados oyentes míos, el que voy à hacer que admireis en la resurreccion de Lazaro. Lazaro difunto, imagen de un Justo que se pervierte. Lazaro resucitado, imagen de un pecador que se convierte. Esta es la segunda parte.

II. PARTE.

Es necesario, dice San Juan Chrysostomo, que la conversion de un pecador sea un milagro mayor que la resurreccion de un difunto; pues los Fariseos, que no querian conceder à Jesu-Christo la calidad de Hijo de Dios, no se espantaron jamas de que resucitase los difuntos; y al contrario se escandalizaron de que se atribuyese el poder perdonar los pecados. Tambien es verdad, que el Salvador del mundo no se valió de este absoluto imperio que tenia so-

Ss 2

bre

(a) 2. Cor. 2. v. 16.

bre la muerte resucitando los difuntos, sino para mostrar el que tenia sobre el pecado, convirtiendo y haciendo justos los pecadores; y su intento fue siempre (como repara San Juan Chrisostomo) que lo uno sirviese de prueba y representacion de lo otro, y que el milagro visible que hacia, mandando à los difuntos que saliesen de sus sepulturas, nos representase sensiblemente el milagro invisible de su gracia, quando à un alma pecadora la manda salir de su culpa, y la saca con efecto del poder del inferno. Pues esto es, Christianos, lo que hoy se ve en el exemplo mas claro y mas celebrado del Evangelio. Apliquemonos à considerar este milagro: no se nos pase circunstancia alguna de él: y para guardar algun orden en esta materia, veamos lo que obligó al Hijo de Dios à resucitar à Lazaro; veamos que condicion pidió antes de restituírle la vida; de qué palabra usó para concluir esta accion, en que echó el resto su Omnipotencia; cómo Lazaro, aunque estaba sepultado, oyó su voz y le obedeció; y en fin veamos lo que mandó à sus Apostoles, y lo que los Apostoles executaron luego que se abrió el sepulcro: y formemos de todo esto una idea de la conversion perfecta, y de la justificacion del pecador.

Qué es lo que obligó al Hijo de Dios à resucitar à Lazaro? El deseo ardiente de Marta y de Magdalena, el ruego instante de estas dos hermanas à favor de un hermano querido, que era la causa de su dolor. Porque esa fue la causa de haber enviado en primer lugar à su Magestad la noticia de su enfermedad: *Eecce quem amas, infirmatur*. Por esa misma causa Marta le salió à recibir, y echandose à sus pies le dixo: si Vos, Señor, os hubierais hallado aquí, mi hermano no hubiera muerto: *Domine, si fuisset hic, frater meus non esset mortuus*. Por eso le manifestó una fe y confianza tan grande, quando le respondió: Si Señor, yo creo que sois Hijo de Dios vivo, y que nada os es imposible: *Utique Domine, ego credidi, quia tu es Christus filius Dei vivi*. El Salvador del mundo estaba ya resuelto à hacer el milagro por otras razones, pero queria tambien que se lo rogasen: queria que las apretadas instan-

tancias de Marta y de Magdalena fuesen uno de los motivos que le empeñasen à hacerle: queria por este modo manifestar el amor que las tenia; en una palabra, queria que Lazaro debiese à sus hermanas esta segunda vida à que estaba para renacer; y con un secreto que importaba descubrirnos, queria hacer dependiente de la intercesion y de la caridad de estas almas santas, lo que de su Magestad dependia absolutamente.

Excelente leccion, que no solamente apoya la fe Catolica en el punto de la intercesion de los Santos, sino que solidamente establece y confirma otro artículo de nuestra fe sobre la comunión de los Santos; quiero decir, sobre la obligacion de orar los fieles los unos por los otros. Leccion tanto mas necesaria el dia de hoy en la Christianidad, quanto menos parece que es atendida en ella. Explicome: Tenemos hermanos segun el espíritu, y por ventura segun la carne, que apartados del camino del Cielo, están en el de la perdicion, y en el estado de la culpa: Dios los quiere resucitar con su gracia; pero quiere que nosotros solicitemos y negociemos esta espiritual resurreccion, y cooperemos con su Magestad à ella. Quiere que se la pidamos con fervor, y que con nuestros ruegos y lagrimas le obliguemos de algun modo à que nos la conceda. Sin esta condicion no quiere abrir los tesoros de aquella gran misericordia que ha de ser principio de la salvacion y conversion de los grandes pecadores. Así, dice San Fulgencio: No tuviera la Iglesia aquel vaso de eleccion San Pablo, si no hubiera hecho oracion San Estevan; y yo añado, que no tuviera al Doctor de la gracia San Agustín, si Santa Monica no hubiera orado. Fue necesario que esta zelosa madre padeciese otra vez (si puedo explicarme así) dolores de parto para reengendrar à su hijo para Dios, y que el primer Martir empezase la voz de su sangre para convertir su perseguidor en Apostol de Jesu-Christo. No estando entonces Agustino, ni Pablo en disposicion de hacer oracion por sí mismos, tocaba este oficio de caridad à los que habia escogido Dios, y tenían gracia para hacerle. De otra suerte, quién sabe si estos dos hombres,

lum.

lumberas del orbe Christiano, hubieran siempre perseverado en las tinieblas, el uno del vicio, y el otro del error? Pues lo que se vio milagrosamente en estas conversiones ruidosas, sucede cada dia con tantos pecadores, en quienes derrama Dios sus misericordias, porque hay Justos llenos de caridad que le ofrecen por ellos sus sacrificios, y gusta su providencia de hacer santos à los unos por la intercesion y socorro de los otros.

Ay! amados oyentes míos; cuántas almas habrá en el mundo perdidas, y como abandonadas de Dios, porque no hay quien pida ni se interese en su salvacion? Cuántas le pudieran decir à Dios lo que el paralitico decia à Jesu-Christo: *Domine, hominem non habeo?* (a) Tantos años ha que estoy en el lamentable estado de mi culpa, porque no tengo hombre que se duela de mi desgracia, ni piense en darme la mano. Si esa madre tan apasionada de su hijo le quisiera como madre Christiana, à fuerza de instar con Dios por su conversion le hubiera sacado ya de su vida perdida y desenfrenada. Si esa muger llena del mundo, en lugar de aquellos zelos que le han atormentado tan cruelmente, y tan vivamente la punzan aun, hubiera tenido un zelo santo como el Apostol. *Amulor enim vos Dei emulatione* (b); es decir, si con un deseo verdadero de que su marido mudase de vida, y dexase sus malas costumbres, se hubiera encaminado al Cielo, hubiera tenido el consuelo de recobrarle para Dios. Si ese amigo sin resolucion y lisonjero hubiera mirado como obligacion de conciencia hacer que su amigo volviese sobre sí, y hubiera recurrido à los altares para conseguirlo, de un impio hubiera hecho un hombre que sirviera à Dios fielmente. Mas dónde se hallan ahora estas amistades solidas? Dónde está este zelo puro, y esta caridad divina? No falta inquietud, pero es una inquietud como la de un Gentil: no dexa de haber algun zelo de los hijos, pero es un zelo fundado todo en carne y sangre. Si este hijo

(a) Joan. 5. v. 7. (b) 2. Cor. 11. v. 2.

en quien se idolatra, cae en una enfermedad peligrosa, cien veces se acude à Dios à hacer por él la oracion de Marta: *Domine, ecce quem amas, infirmatur*: pero si tiene una amistad reprehensible, si mantiene un trato que es causa de su perdicion, si su modo de vivir es desenfrenado y escandaloso, nada de esto da cuidado. Se suele decir, ahora es mozo, y no es mucho que la corriente del mundo le arrebate; él volverá sobre sí: y entretanto se le dexa en su vida licenciosa; y por ventura vive en ella para no salir de ella jamas, y para morir en ella.

Os diré, Christianos, que esta insensibilidad es uno de los puntos de que hemos de dar cuenta en el juicio de Dios, y que nos la ha de pedir Dios en el rigor de su justicia de estas almas de que no hemos tenido cuidado, siendonos tan facil concurrir à su conversion, y conseguirla? Esta doctrina fuera muy terrible para vosotros, y no debo empeñarme en ella, porque es mucho lo que comprehende. Sea como fuere, lo cierto es siempre, que en el orden de la predestinacion, conforme Dios ha sido servido de disponerle y manifestarle, la conversion de los pecadores está comunmente vinculada à las oraciones de los justos; y quizá de este modo ha salido de su abismo alguna vez alguno de los que me oyen, y seria el mas ingrato del mundo, si no hiciera por los otros lo que otros hicieron por él. Lo cierto es, que en esto consiste el zelo Christiano, y que si en lugar de tanto como hablais contra los impios, tomarais à vuestro cargo con una caridad sólida el rogar à Dios por ellos; Dios (que quiere convertirlos, por pecadores que sean) os concediera la gracia con que se han de salvar. Bien sé que hay pecados, por los cuales el mismo discípulo amado no nos aconseja que hagamos oracion, porque son unos pecados atroces, que van à parar à la muerte: *Est peccatum ad mortem; non pro illo dico ut roget quis* (a); pero entonces se ha de recurrir, dice San Agustín, al ardid de Marta: entonces hemos de hacer como

(a) 1. Joan. 5. v. 16.

mo ella, que Jesu-Christo, como abogado mayor de los pecadores para con su Padre, como sumo Sacerdote, y medianero por excelencia, pida su salvacion, y le hemos de decir con esta muger bienaventurada: *Sed & nunc scio, quid quæcumque poposceris à Deo, dabit tibi Deus.* Es verdad, Señor, que no me toca à mi pedir un milagro tan singular como la conversion de este pecador endurecido; pero creo que si vos lo intentais, si aplicais por él vuestra intercesion omnipotente, no habrá cosa que no consigais. Si Christiano: Jesu-Christo hará propia vuestra causa, y en un instante se enternecerá y ablandará ese corazon de piedra: la gracia hará revivir en él los afectos de religion que la culpa habia apagado; este pecador abrirá los ojos, reconocerá su maldad, y la borrará con su arrepentimiento. Causará admiracion en el mundo; mas nacerá este prodigio de un alma fiel, de una Marta piadosa, de una Magdalena ferviente que se habrá echado à los pies del Señor, y le habrá enternecido el corazon con sus llantos y gemidos.

Pero esto no basta: porque para resucitar à Lazaro mandó el Hijo de Dios que alzasen la piedra que cerraba la sepultura. Repararon en esta circunstancia los Padres, y sacaron de ella una importante doctrina para nosotros. En efecto (pregunta San Juan Chrysostomo) por qué pidió esta condicion el Salvador del mundo? Quando quiso resucitarse à sí mismo, y salir del sepulcro despues de su muerte, no fue necesario que se quitase la piedra. No podia hacer con Lazaro el mismo prodigio? Por otra parte: si esa piedra que ocultaba à Lazaro servia de estorbo, no podia quitar todos los estorbos con una palabra? Ay! hermanos míos, responde el Santo Doctor; uno y otro podia Jesu-Christo, y atendiendo à su poder absoluto, no estaba dependiente de condicion alguna el milagro que iba à hacer: pero este hombre Dios, que ordenaba todas las cosas segun los fines de su adorable sabiduria, y pretendia que este milagro fuese norma perfecta de nuestra conversion, no quiso hacer nada sin que cooperasen los que eran interesados en la resurreccion del difunto. Quiso que

los

los Judios, que esperaban este milagro, contribuyesen tambien; y que su ministerio sirviese para el cumplimiento de sus designios: quitar la piedra les era posible, y facil: y quiso que empezasen por ella. Esto nos representa uno de los puntos mas esenciales que hay en la justificacion de los hombres. Porque si estais difunto segun Dios, amados oyentes míos, si habeis perdido la vida de la gracia, quiere el Salvador del mundo hacer por vos y en vos un milagro; pero necesariamente habeis de quitar primero algunos estorbos. Es el punto resucitar vuestra alma, sacaros del abysmo del pecado, y renovaros en el espíritu: tiene poder este hombre-Dios; pero quiere primero que quiteis ciertas piedras de escandalo, que en el discurso de la vida ponen estorbos à su gracia, y la tienen cerradas las puertas de vuestro corazon. ¿Y qué sucede? Quisieramos lo uno sin lo otro: quisieramos que obrase en nosotros los mas maravillosos efectos de aquella gracia suya que vivifica, sin quitar los estorbos que ponemos à nuestra salvacion, y los queremos mantener en nosotros unas veces y otras fuera de nosotros. Quisieramos esto, pero en vano. Jesu-Christo es el Dios de los milagros, pero no debe ser prodigo de ellos, ni envilecerlos. Entre todos sus milagros es nuestra salvacion el que desea con mas ansia; pero la desea segun las reglas de aquella sábia misericordia à que desea que correspondamos, y quiere que nuestra fidelidad la acompañe. Esperar que para hacer este milagro ha de estar siempre pronto à hacer otro mucho mayor, que es convertirnos y salvarnos sin nosotros, es querer engañarnos à nosotros mismos: *Tollite lapidem;* quitad esa piedra; quiero decir, dexad ese trato, quitad allá esa profanidad, apartaos de ese juego, quemad ese libro, huid de esas fiestas, y evitad esas ocasiones: porque todas estas cosas son como unas piedras que os hacen impenetrable à los tiros de la gracia. Quando la gracia no halláre, estos estorbos, vereis, como Marta, la gloria de Dios, y se manifestará la gloria del Altísimo en vuestra conversion: *Videbis gloriam Dei.* Si no haceis esto, no os aseguréis de que ha de haber milagros,

Tom. III. Quaresma.

Tt

quan-

quando basta uno, ni esperéis que Dios os convierta y salve á vuestro gusto. Haced el juicio que quisiereis, siempre hemos de venir á parar en la palabra de Jesu-Christo: *Tollite lapidem*; pues es constante en los mismos principios de la fe, que la obra primera de la gracia, es apartar de nosotros quanto la estorva, y que en esto en primer lugar da á conocer su eficacia, y empieza á triunfar como victoriosa.

Quitada, pues, la piedra ¿qué hace Jesu-Christo? Este es el caso en que corre por cuenta suya el obrar. Alza los ojos y los brazos ácia el Cielo: dá gracias á su Eterno Padre, porque le ha oído: habla con una voz imperiosa con que se hace entender de Lazaro, y le manda salir de su sepulcro: *Clamavit voce magna: Lazare, veni foras*. Aquella voz magestuosa, que segun el testimonio de Jesu-Christo, penetra hasta las sepulturas: *Qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei*. (a) Aquella voz de trueno, que segun la expresion del Profeta, despedaza los cedros del Libano, hace division entre la llama y el fuego, mueve y hace estremecer los desiertos, esto es, doma la soberbia de la impiedad mas arrogante, apaga el ardor de la concupiscencia mas viva, y vence la resistencia de la impiedad mas obstinada: esa misma voz hiere en los oídos de Lazaro, y le hace salir de la estancia de la muerte: y obedeciendo al imperio de esta voz, en el mismo instante sale Lazaro de la obscuridad del sepulcro: *Et statim prodit qui erat mortuus*. Mientras estaba encerrado en ese lugar de tinieblas, estaba oculta la virtud de Jesu-Christo: es necesario que salga afuera, que se manifieste, y que sea visto, para quedar perfectamente resucitado: *Lazare veni foras*. Pues este es el exemplar (dice San Agustin exhortando á un pecador, y enseñándole los actos de una penitencia verdadera) este es el exemplar con que habeis de conformaros, y el que os habeis de aplicar á vos mismo: mientras huís de la luz, mientras os quedais á

(a) Joan. 5. v. 28.

envuelto en las obscuridades de una conciencia llena de pecados, mientras no descubris lo interior de vuestra alma, esta gracia que hace revivir los difuntos, no tiene para vosotros ningun efecto de vida: es necesario que os deis á conocer, y que con una sincera confesion de vuestros delitos salgais, como otro Lazaro, fuera del sepulcro: *Et statim prodit qui erat mortuus*. Es necesario que se manifieste lo interior de vuestras almas, y que sin esperar al juicio de Dios, comparezcáis en el tribunal de sus Ministros, y que con humildad, y sin escusa les declaréis lo que por ventura mucho tiempo há que habeis pretendido ocultaros á vos mismo. Porque Dios ha querido que la gracia de vuestra justificación sea inseparable de esta declaracion. Esto diceis que os inquieta, y que no podeis pensar en ello sin alteraros; pero no por eso os es menos provechoso, ni menos necesario; y es prueba de su necesidad la misma inquietud que os causa. ¿Por qué el Hijo de Dios se conturbó al resucitar á Lazaro, sino por enseñaros lo que os debía turbar? *Quid enim est quod turbavit semetipsum, nisi ut significaret tibi, quod & tu turbari debeas?* Estas son las palabras de San Agustin. Se turbó, añade este Padre, porque quiso; y nosotros nos hemos de turbar, porque es necesario, y porque esta turbacion nos es conveiente: *Turbatus est, quia voluit; nos, quia decet, & oportet*. Su turbacion fue un testimonio de su caridad y misericordia, la nuestra debe ser de nuestro arrepentimiento. No, amados oyentes míos, no temais turbaros quando os hallais en estado de culpa: temed que no os turbais bastantemente, pues sola la turbacion de la penitencia Christiana os puede salvar. Turbaos, para que Dios (segun el oraculo de David) cure las llagas de vuestra alma, y movido de vuestro dolor y de vuestras lagrimas las convierta en remedio de vuestros males: *Sana contritiones ejus, quia commota est*. (a) Si es poco aun el turbaros, bramad con Jesu-Christo: mas con el espíritu,

Tt 2

y

(a) Psalm. 59. v. 4.

y según las máximas de la fé. No os contentéis con un puro horror que se pasa presto, y se queda en los sentidos exteriores: porque el hombre, dice admirablemente San Agustín, debe bramár contra sí mismo. ¿Cómo? Confesando sus pecados. ¿Y por qué? Para que la costumbre de pecar ceda à la violencia y eficacia del arrepentimiento: *Homo enim quasi fremere sibi debet in confessiones peccatorum, ut violentie penitentiae cedat consuetudo peccandi.*

Después no falta, Christianos, sino que los Sacerdotes representados por los Apóstoles, ó por mejor decir, que representan à los Apóstoles y à Jesu-Christo, os desaten como à Lazaro: *Solvite eum, & sinite abire.* Con esto empezarán à exercitar en vuestro favor, su oficio; y en virtud de la absolución jurídica que ha puesto en sus manos la gracia, están revestidos de la autoridad de Dios para libraros de las prisiones de las culpas: *Solvite eum.* Reparad que el Hijo de Dios no dice à sus discípulos solamente al mostrarles à Lazaro: Declarad que está desatado, sino desatadle vosotros: *Solvite.* Para darnos à entender (esta es la aplicacion que hace el Concilio de Trento de esta semejanza, y sus palabras nos han de servir como decisión expresa é infalible) para darnos à entender, que lo que llamamos absolución en el Sacramento, no es una comision pura, ó de anunciar el Evangelio, ó de declarar que los pecados están perdonados; sino un acto de jurisdicción, con el Tal el Ministro, que está en lugar de Jesu-Christo, pronuncia, executa, perdona y justifica. Por esta misma razon Jesu-Christo (según la sólida advertencia del Abad Ruperto) usó en esta ocasión de las mismas palabras de que habia de servirse al hacer à los Ministros de su Iglesia esta promesa solemne: *Quicumque solveritis super terram, erunt soluta & in caelo:* (a) todo lo que desatáreis en la tierra, será desatado en el Cielo. Promesa, con la qual no pretendia precisamente darles à entender, que lo que hubiesen desatado en la tierra, quedaría desata-

(a) Matth. 18. v. 18.

tado para la tierra, como si no debiera absolver sino de solas censuras de hombres: antes quería con ella expresamente obligarse à desatar en el Cielo lo que ellos hubiesen desatado en la tierra: *Erunt soluta & in caelo.* Porque en efecto el privilegio especial del Orden y del Sacerdocio habia de ser poder desatar las conciencias respecto del juicio de Dios; O! hermanos míos, concluye San Agustín en la parafrasis de nuestro Evangelio; ¡qué dicha, y qué provecho fuera el nuestro, si pudiéramos, siguiendo estas reglas, resucitar à los pecadores, y resucitar nosotros con ellos! *O si possemus excitare homines mortuos, & cum ipsis pariter excitari!* De suerte, añadía este Doctor incomparable, que nos moviese el amor de aquella vida eternamente bienaventurada, tanto como mueve à los mundanos el amor de esta vida mortal que cada instante se les huye: *Ut tales essemus amatores vitae permanentis, quales sunt amatores hujus vitae fugientis.* Quiera Dios, Christianos, que haya en vosotros algunos de este carácter, y que no haya sido infructuoso el haberos descubierto este milagro grande de la resurreccion de las almas. Quiera Dios que en los que me oyen haya algun Lazaro, que salga de su sepulcro convertido y justificado. Quizá tiene Dios destinado para esto el mas obstinado y perdido de aquellos con quienes hablo. Quizá es el afortunado escogido de Dios, aquel de quien menos aguardais esta maravillosa mudanza, y sabéis que hace mayor resistencia. ¿Por qué no lo he de esperar? ¿Por qué he de poner límites à la gracia de mi Dios? ¿Se ha abreviado el brazo del Señor? ¿El Dios de Elias no es aun Dios de Israel? ¿No es siempre dueño de los corazones? ¿No tiene el mismo poder que tenía quando resucitaba los difuntos? ¿No hace que se ostente mas divinamente su misericordia en los mayores pecadores? Haced, mi Dios, que no sea este un puro deseo, sino que el efecto corresponda à mi palabra, ó por mejor decir à la vuestra. Haced este milagro, no solamente por la conversion particular de aquel à quien mira vuestro designio, sino por el exemplo de todos mis oyentes. Así verificareis, divino Salvador,

lo que enviasteis á decir á Magdalena y á Marta; que la enfermedad de Lazaro no era de muerte, sino para gloria de Dios y de su Unigenito Hijo: *Infirmus haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam.* Y quando el estado de este pecador sea de muerte, esta muerte que se acabará, dice aqui San Agustin, no llegará á ser muerte eterna, antes servirá para mostrar y hacer más admirable la virtud omnipotente de Dios: *Mors ista non erit ad mortem, sed ad miraculum.* Concurramos también nosotros para que este milagro se haga. De este modo glorificaremos á Dios, y volveremos á entrar por el camino de la eternidad bienaventurada, á donde nos conduzca, &c.

COMPENDIO

DE LOS SERMONES QUE CONTIENE
esté Tomo segundo de Quaresma.

SERMON PARA EL JUEVES DE LA
segunda semana, sobre las riquezas. Pag. 1.

A Sunto. Succedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Ved hai, dice San Agustin, una diversidad de suertes muy digna de admirarse; pero no debe desesperar á los ricos, ni ensoberbecer á los pobres: porque si hay ricos en el infierno, también se verán pobres en él; y si pobres en el Cielo, no serán excluidos de él los ricos; pues el mismo Abraham se nos representa hoy en el Cielo, despues de haber poseído en este mundo inmensas riquezas, segun el testimonio de la Escritura. Pero es preciso convenir en que la opulencia es mayor estorvo para la salvacion, que la pobreza. ¿Por qué? Esto intento mostraros en este discurso, alli.

Division. Las riquezas son materia de tres infelices concupiscencias que nos advirtió San Juan: concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y soberbia de la vida. Para entender mejor mi pensamiento se han de distinguir tres cosas en las riquezas; la adquisicion, la posesion, y el uso. El adquirir las riquezas, ó el desear adquirirlas, comunmente es ocasion de injusticia; y este es efecto de la concupiscencia de los ojos. 1. *Parté.* La posesion de las riquezas naturalmente hincha á una alma vana,

lo que enviasteis á decir á Magdalena y á Marta; que la enfermedad de Lazaro no era de muerte, sino para gloria de Dios y de su Unigenito Hijo: *Infirmus haec non est ad mortem, sed pro gloria Dei, ut glorificetur Filius Dei per eam.* Y quando el estado de este pecador sea de muerte, esta muerte que se acabará, dice aqui San Agustin, no llegará á ser muerte eterna, antes servirá para mostrar y hacer más admirable la virtud omnipotente de Dios: *Mors ista non erit ad mortem, sed ad miraculum.* Concurramos también nosotros para que este milagro se haga. De este modo glorificaremos á Dios, y volveremos á entrar por el camino de la eternidad bienaventurada, á donde nos conduzca, &c.

COMPENDIO

DE LOS SERMONES QUE CONTIENE
esté Tomo segundo de Quaresma.

SERMON PARA EL JUEVES DE LA
segunda semana, sobre las riquezas. Pag. 1.

A Sunto. Succedió, pues, que murió el pobre, y fue llevado por los Angeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado en el infierno. Ved hai, dice San Agustin, una diversidad de suertes muy digna de admirarse; pero no debe desesperar á los ricos, ni ensorbercer á los pobres: porque si hay ricos en el infierno, también se verán pobres en el Cielo; no serán excluidos de él los ricos; pues el mismo Abraham se nos representa hoy en el Cielo, despues de haber poseído en este mundo inmensas riquezas, segun el testimonio de la Escritura. Pero es preciso convenir en que la opulencia es mayor estorvo para la salvacion, que la pobreza. ¿Por qué? Esto intento mostraros en este discurso, alli.

División. Las riquezas son materia de tres infelices concupiscencias que nos advirtió San Juan: concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne, y soberbia de la vida. Para entender mejor mi pensamiento se han de distinguir tres cosas en las riquezas; la adquisicion, la posesion, y el uso. El adquirir las riquezas, ó el desear adquirirlas, comunmente es ocasion de injusticia; y este es efecto de la concupiscencia de los ojos. 1. *Parté.* La posesion de las riquezas naturalmente hincha á una alma vana,

y no hay cosa mas capaz de inspirarla lo que el amado Discipulo llama soberbia de la vida. 2. *Parte.* En fin, el mal uso de las riquezas mantiene en un corazon el amor del deleyte, y fomenta la concupiscencia de la carne. 3. *Parte.* El hombre del siglo es injusto, porque quiere adquirir los bienes de la tierra: es soberbio, porque los posee: dado à deleytes, y es porque usa mal de ellos, p. 2.

1. *Parte.* El hombre del siglo es injusto, porque quiere adquirir los bienes de la tierra. Todo rico, decia San Gerónimo, ó injusto en si mismo, ó heredero de la injusticia. Aunque esta proposicion parezca dura, la experiencia la verifica sobradamente. Id recorriendo las casas y familia que sobresalen en riquezas: apenas hallareis alguna en que no se os venga à los ojos una sucesion, no menos de la injusticia, que de la herencia. Bien sé las consecuencias que de aqui se siguen; ó por mejor decir, sé los engaños de que la mayor parte de los ricos se dexan preocupar en esta materia; pero ¡ay de ellos, si se dexan llevar de una codicia ciega, y ay de mí, si les disimulo las verdades que han de servir para salvarlos!

Sea en esto lo que fuere, digo, despues del Apostol, que el deseo de adquirir riquezas es comunmente un manantial de injusticias. ¿Por qué? 1. Porque se quieren tener à qualquier precio que sea. 2. Porque se quieren tener sin limites. 3. Porque se quieren tener en poco tiempo. Tres deseos capaces de pervertir à los mismos Santos, p. 4.

1. Se quieren tener à qualquier precio que sea. Este es el fin à que se mira: sobre los medios se deliberará despues; pero se han de tener. Bien se quisiera conseguir por medios justos; pero à falta de estos se está en disposicion de valerse de todos los demas. Esto es con lo que el satyrico de Roma zaheria à sus compatriotas. ¡Y no nos puede zaherir à nosotros del mismo modo! Ved, les decia, como discurreis: *Rem si possis, recte; si non, quocumque modo rem.* Pues supongamos à un hombre con esta disposicion; ¿qué no hará, y qué le podrá contener? p. 6.

Se

2. Se quiere ser rico sin poner termino à la codicia. Porque ¿dónde están hoy los ricos que se contengan en una prudente moderacion? Inutilmente se les representa lo que puede entibiar el ardor de su avarienta codicia: respondense interiormente à sí mismos, que nunca basta lo que tienen. ¿Pues qué injusticias no arrastrará consigo esta pasion desenfrenada? Esa es la causa de tantas maldiciones como fulminaron los Profetas contra esta hambre consumidora, p. 8.

3. Se quiere ser rico en poco tiempo. El rumbo que se seguia en la sencillez de los primeros siglos para enriquecer, era una larga parsimonia; despues se han hallado atajos; pero de fe es, que el que pretende ser rico en poco tiempo, no conservará la inocencia; *Qui festinat ditari, non erit innocens.* Y à la verdad no se puede entender, cómo (pongo por exemplo) con unas ganancias y sueldos arreglados se fabriquen instantaneamente las fortunas que vemos. Esto tira, me direis, à condenar à muchos hombres de bien; pero lo 1. ¿En qué sentido los llamais hombres de bien? Lo 2. Si estos hombres de bien hallan en esto su condenacion, traten de vivir con cuidado, p. 11.

A vista de esto ¿es de estrañar que el Hijo de Dios, hablando de las riquezas, las llame riquezas de iniquidad? Se ha de preguntar ¿por qué buscaba el Sábio un hombre que no se hubiese dexado arrastrar del oro y de la plata, y por qué le miraba como un hombre que hace milagros? Pero si es cosa rara hallar un hombre desinteresado (insta San Agustin) ¿quánto mas, no digo solamente dificultoso, sino imposible será, que un hombre asido à su interes se mantenga en el estado de justo? ¿Queréis dice San Bernardo, moderar este injusto deseo? Pues enteraos bien de la obligacion de la limosna. O sois ricos, y tenéis bienes superfluos; y ea tal caso eso que os sobra, no es vuestro sino de los pobres. O tenéis una fortuna mediada; y si es así, ¿qué os importa adquirir lo que no podeis guardar? p. 12.

2. *Parte.* El hombre del siglo es soberbio, porque posee los bienes de la tierra. El Apostol escribiendo à su discipulo Timoteo, le encargaba particularmente que man-

Tom. III. Quaresma.

Vr

da-

dase à los ricos que no se ensobreciesen con su fortuna: porque sabía, dice San Agustín, que el espíritu de la ley de Christo se opone esencialmente al de la soberbia; y por otra parte no ignoraba, que el espíritu de la soberbia es inseparable de las riquezas, p. 13.

En efecto, naturalmente infunden soberbia; lo uno para con los hombres; lo otro para con Dios. 1. Con los hombres; y esta es la que llamamos presunción y arrogancia: 2. para con Dios; y esta degenera en disolución, y en impiedad.

1. Soberbia para con los hombres. Esta es consecuencia del estado del rico en su opulencia. Su primer efecto es, no haber menester à nadie; y este, disposición próxima para despreciar à todo el mundo. ¿Para qué he menester à aquel (dice un rico mundano) y qué provecho he de sacar de tener atenciones con el otro? ¿Con que le falta la afabilidad, la mansedumbre, la paciencia, y la atención? pag. 14.

Ver dependiente de sí à todo el mundo, verse buscado, temido, y obedecido de todo el mundo, es otro efecto de la riqueza; ¿pues qué cosa mas a propósito para mantener la presunción de una alma soberbia? Sería humillación del rico el conocer, que los criados y amigos de que se jacta, son unos hombres interesados: mas no importa; es una especie de gloria tener con el hombre de amigos muchos jornaleros y esclavos, p. 15.

Poder intentar, y hacerlo todo con impunidad es otro efecto de las riquezas, para quien sabe aprovecharse de ellas. Las leyes son para los miserables, decía Salyiano; pero à los ricos todo es permitido. Y esto es, según la sentencia del Profeta Rey, lo que los hace insolentes y arrogantes, p. 16.

Tener tambien modo de adquirir quien apruebe quanto se hace, es otro efecto de la opulencia. El pobre habla sabiamente, dice el Espíritu Santo, y apenas hay quien le sufra. El rico habla fuera de propósito, y se le escucha con respeto; y hasta los deseos de su corazón son aplaudidos. En fin, todo rico es virtualmente quanto hay que ser;

y sin merecer nada es digno de todo. ¿Pues no fuera una especie de prodigio, que pudiese librarse de la soberbia? allí.

2. Soberbia para con Dios. Casi nunca habla de la avaricia San Pablo, sin tratarla de idolatría: *Que est simulacrorum servitus*. Y en efecto el Dios del rico es su dinero, pues el dinero es lo que ama, y en lo que confia con desprecio del verdadero Dios. El exemplo de aquel hombre, de quien habla el Profeta Oseas, que decía: Yo me he hecho rico, y he hallado mi idolo en mis riquezas: *Diver effectus sum: inveni idolum mihi*. ¿Cuántos ricos son de este parecer, y aunque no se explican así, su proceder nos muestra bien claramente las disposiciones de su corazón? ¿Qué es un rico según el mundo? Un hombre, o absolutamente sin religion, ò de muy poca religion. No creo que todos los ricos son así: pero digo, que la posesion de las riquezas sin una humildad heroica, lleva à este extremo, y viene à parar en él. El remedio es: 1. Comprender bien, que estas riquezas se pasarán: 2. Que respecto de Dios el rico solamente es depositario y distribuidor de ellas, y en fuerza de la obligacion indispensable de la limosna debe parte de ellas à los pobres, p. 17.

3. Parte. El hombre del siglo es dado à deleytes, porque usa mal de los bienes de la tierra. Parece cosa estraña à primera vista, que el rico de nuestro Evangelio haya sido tan resueltamente condenado por Jesu-Christo. ¿Qué había hecho para merecer este rigor? Estaba vestido de púrpura, y de lino precioso; ¿pero no lo pedía su calidad? Se trataba esplendidamente: pues si no ¿de qué le servirían sus riquezas? Así juzga el mundo; pero el mundo se engaña, quando se persuade que por ser rico se puede vivir mas suntuosa y deliciosamente. Lo que enseñaba el Paganismo bastaria para confundir à los Christianos en este punto. Pero por mucho que en él discurren los Gentiles, la doctrina del Evangelio pasa mas allá; porque nos enseña, que quanto mas rico es un Christiano, tanto mas penitencia debe hacer; y esto por tres razones. 1. Porque el rico está mas expuesto à la corrupcion de los sentidos.

eterno bien: *Gustans gustavi paululum mellis, & ecce morier.* Fuera de eso, y los bienes de la gracia, que habían de servirle de medios para salvarse, pero por su culpa le fueron inútiles, y aun dañosos: *Recordare*, p. 33.

2. La vista de los males que habrá hecho. No serán necesarios demonios, dice San Juan Chrisóstomo, ni monstruos, para hacer que el infierno sea lugar de penas. Las culpas que cada uno llevará á él son los demonios en cuyas manos se ha puesto; y esto lo conocieron los mismos Gentiles. Pero estas culpas, direis, no tendrán ser en el infierno; es verdad, responde San Bernardo, no durarán ya segun la realidad de su ser; mas durarán en el pensamiento, y en la memoria, y así atormentarán á un alma reprobada de Dios. No serán ya, pero fueron; y solamente porque han sido atormentan en el mundo, y en el infierno. Y como siempre será verdad que han sido, así también atormentarán siempre. Haced juicio de este tormento por lo que á veces vemos en esta vida. Aquella muger tenía honra, pero en una ocasion infeliz se olvidó de ella: aquel estaba tenido por hombre de bien; pero en un lance desgraciado le arrebató la pasión, y cometió un delito infame. ¿Qué arrepentimientos no despedazan á ambos, quando abren los ojos y se reconocen? p. 36.

Imitad á eso, que los pecados de la vida se pondrán todos juntos á vista del condenado, y á una le atormentarán. El no gozó de su gusto sino por partes, porque los cometió en diversos tiempos: pero en su tormento no hay sucesion, ni division. Acordaos de lo que experimentamos quando hacemos una revista general de nuestras conciencias. ¿Qué confusión es la nuestra, quando en un instante se nos descubre una multitud innumerable de pecados! Pues inferid qual será la confusion y turbacion de los condenados: *Non est pax ossibus meis à facie peccatorum meorum*, allí.

No es necesario que Lazaro ni otro alguno de los difuntos nos venga á enseñar, basta el exemplo del mal rico: pero estamos tan lejos de aprovecharnos de él, que ni aun de nuestra experiencia nos aprovechamos: desde

esta vida tenemos una experiencia sensible del arrepentimiento de los condenados: ¿y qual es? La inquietud y remordimiento que causa el pecado luego que se ha cometido. Pero ahogamos este remordimiento, ó á lo menos procuramos ahogarle, borrando quanto podemos en nuestra alma la idea de un Dios vengador, y de una vida inmortal. Pero por mas esfuerzos que hagamos, no por eso muere este gusano de la culpa, y hace que le sientan los mismos Soberanos, y Monarcas. En lugar de ahogar este remordimiento, ¿qué he de hacer si quiero corresponder á la gracia? Despertarle y avivarle en mí con sólidas reflexiones; pedirsele á Dios; anticiparle, y decirme á mí mismo: ¿Que fruto sacaré de este pecado, y por qué he de hacer ahora, lo que despues jamas quisiera haber hecho? p. 40.

2. Parte. Estado infeliz del réprobo, á quien lo presente oprime con los dolores mas violentos. San Bernardo deseaba que los pecadores descendiesen en vida con el espíritu al infierno, para que no baxasen despues de la muerte. Pero para que fuese enteramente cumplido el deseo de San Bernardo, fuera menester que pudiesemos descender con el mismo conocimiento que tienen los condenados. A lo menos tratemos de hacer alguna idea de su estado. Dos penas padecen: 1. La separacion de Dios. 2. El tormento del fuego, p. 42.

1. La separacion de Dios. El mal rico vió á Abraham desde el lugar de su tormento; pero no le vió sino lejos: á *longe*; y si tan lejos estaba de Abraham, aun mas lo estaba de Dios, dice San Ambrosio. ¿Pues qué es estar separado de Dios? Esta pena, responde San Bernardo, es grande á proporcion de la grandeza de Dios. Aun desde esta vida empieza este terrible misterio de la pérdida de un Dios en los pecadores. Dios y el alma por el pecado se separan hasta renunciarse mutuamente: mas pueden volyer á unirse; pero el divorcio entre Dios y el condenado es Perfecto, y no se puede deshacer. Dios no es ya del alma condenada, ni ella es de Dios: *Quia vos non populus meus, & ego non ero vester*, p. 44.

¿Pero qué digo? El alma condenada será de Dios, aun, y Dios tambien será de ella. Dios estará unido con ella inseparablemente, y ella con Dios: pero en eso mismo está su desventura. El remate de su desgracia será estar privada de Dios; en quanto es objeto de su felicidad, y estar penetrada de Dios como causa de sus tormentos: infeliz, porque aun tiene un Dios; y desventurada, porque no le tiene: tiene un Dios conjurado contra ella, y enemigo declarado, y no le tiene amigo y favorable. Tendrá aprecio de Dios, y no le ha de poseer jamas; y le aborrecerá del modo, que le tendrá siempre presente; p. 46.

2. Tormento de fuego. Si os dixera que este tormento excede, no solamente à lo que padecieron los Martires, sino à quanto hay en el mundo, y à quanto puede caer de mas doloroso en la imaginacion, no os dixera mas de lo que todos los Padres nos han dicho. Pero quiero hacer una reflexion con vosotros. Lo que me asombra es, que una verdad tan eficaz nos haga tan poca fuerza, porque la misma fe que nos dice que hay un infierno en que el alma está privada de Dios y se abrasa, nos dice tambien, que un pecado solo nos pone à riesgo de uno y otro, y con todo eso es tan comun en nosotros el pecado. ¿Creemos este punto fundamental de la Christianidad, ó no le creemos? Si lo creemos, ¿dónde está nuestra prudencia? Si no lo creemos, ¿dónde está nuestra Religión? Aunque fuera dudoso solamente, ¿fuera materia para aventurarse? Por otro lado lo que alegan los impíos para hacer guerra à este artículo de nuestra fe, ¿se puede comparar à tantas pruebas con que le hallamos establecido? p. 47.

Decia David: Señor, me habeis probado con el fuego, y este fuego me ha purificado de modo, que no me ha quedado maldad. Probenos con el fuego del infierno. Sirvanos este fuego, dice San Agustin, para avivar en nosotros otro fuego, que es el de la caridad, y para apagar otro tercero, que es el de la concupiscencia. De este modo se sirvieron de él los Santos; p. 50.

3. Parte. Estado infeliz del réprobo, à quien lo por venir causa un sumo desconsuelo, con la mas horrosa des-

desesperacion. Es natural instinto en todos los que padecen, buscar el remedio y consuelo de lo presente en lo futuro: pero lo que aflige à un alma reprobada en el infierno es, 1. Que está desesperada de conseguir de Dios alguna misericordia, aunque toda la eternidad se la estuvieran pidiendo. 2. Que está desesperada de ablandar jamas à Dios con la penitencia, aunque toda la eternidad detestará su pecado. 3. Que está desesperada no solamente de pagar por entero, sino aun de disminuir en algo sus deudas con sus tormentos, y aunque ha de padecer por toda la eternidad, pag. 51.

1. No tiene esperanza de conseguir jamas alguna misericordia con sus ruegos. El malvado rico le pide à Abraham, que le conceda solamente, como el mayor favor que puede hacerle, una gota de agua, y aun eso se le niega. Inutilmente, pues, clamará el condenado como el rico: *Miserere mei.* ¡Ah Cielos! Alguna compasion conmigo. Le responderá Dios como à su pueblo: *¿Quid clamatis? ¿Por qué os quexais? Insanabilis dolor tuus:* Es sin remedio vuestro mal; pero no echéis la culpa sino à vosotros, y à vuestros pecados: *Propter dura peccata tua facti hec.* Así se cumplirá aquella sentencia del Evangelio que dice, que Dios no oye à los pecadores, p. 52.

2. No hay esperanza de ablandar jamas à Dios con la penitencia. No porque no haya segun la Sabiduría, penitencia en el infierno; pero es una penitencia forzada, y por consiguiente una penitencia inutil. El pecado durará siempre; y mientras durare, le aborrecerá Dios y le castigará: *Magnum cabos inter nos, & vos firmatum est.* Hay entre nosotros y vosotros un caos insuperable, le dice Abraham al rico desventurado, p. 53.

3. No hay esperanza de pagar por entero, ni de disminuir jamas las deudas con los tormentos. Origenes y otros como él, quisieron dudar de esta eternidad desgraciada, fundados en la bondad y justicia de Dios. Pero la bondad, responde San Agustin, no es solamente en Dios misericordia, es santidad tambien: y la santidad de Dios es esencialmente enemiga del pecado; luego el castigo

del pecado será eterno, pues Dios será siempre bueno y santo, y el pecado durará siempre. Decid lo mismo de la justicia. Con que el rico siempre estará oyendo aquellas palabras espantosas: *Nunc autem cruciarius*: ahora padecéis; y este ahora no se acabará jamás, p. 54.

A lo que yo no me atreveré, es á daros una idea justa de esta eternidad: ¿y quién podrá? Solamente, Señor, me postro en vuestra presencia mientras es tiempo de ablandaros. Hablo en una Corte, donde veo tantos amadores del mundo, sin pensar en la eternidad. ¿No pudiera yo, Señor, con una justa indignación instaros para que os deis á conocer, y manifestéis en ellos vuestra justicia? Pero sé por otra parte que son almas preciosas, redimidas con vuestra sangre. Alumbradlas, mi Dios, y deshaced el encanto que las ciega. ¡O eternidad! que pensada eres útil en la vida; pero materia de la desesperacion en el infierno! Si no queremos que sea causa de nuestra desesperacion, hagamos que sea motivo de nuestra penitencia, p. 55.

SERMON PARA EL DOMINGO

de la tercera semana, sobre la torpeza,

pag. 57.

A Santo. En habiendo salido el espíritu impuro de un hombre, anda por lugares estériles buscando descansar, y no le halla. Entonces dice: yo me volveré á mi casa de donde salí; y á su vuelta la halla desocupada, barrida y compuesta. Parte al punto, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, vuelven á entrar en esta casa, y viven en ella. Hay demonios de muchas especies; pero al que entre todos debemos tener particular horror, es al demonio de la torpeza, de quien se habla en nuestro Evangelio. No hay cosa mas comun, ni mas perjudicial, que el vicio que fomenta en los corazones: y este

es el vicio abominable, contra el qual he de hablar en este discurso, allí.

Division. La torpeza es señal de la reprobacion, y principio de ella. Es señal visible de la reprobacion, porque no hay cosa que mejor nos ponga á los ojos desde esta vida el estado de los reprobos despues de la muerte. 1. Parte. Principio eficaz de la reprobacion, porque no hay cosa que nos ponga en peligro mas cierto de caer en el estado de los réprobos despues de la muerte. 2. Part. p. 58.

1. Parte. La torpeza es señal de la reprobacion. Cuatro cosas advierte la Escritura, que declaran perfectamente el estado de los condenados en el infierno: conviene á saber, las tinieblas, el desorden, el esclavitud, y el gusano de la conciencia. Pues entre todos los pecados, el de la torpeza es: 1. El que le infunde al hombre la mas profunda ceguedad de espíritu: 2. El que le empeña en los desórdenes mas funestos: 3. El que le sujeta mas á la esclavitud del demonio: 4. El que engendra en su corazon el mas insoportable y roedor gusano de la conciencia, p. 59.

1. Ceguedad; porque la torpeza le hace al hombre carnal del todo. Pues querer que un hombre carnal conozca como racional, es querer que la carne sea espíritu: *Animalis homo non percipit ea, que Dei sunt*. A la verdad, dice San Bernardo, el torpe se reduce á la condicion de los brutos, quando sigue los movimientos de una pasion que predomina en ellos. Por consiguiente, no tiene aquella luz del entendimiento que nos distingue de los brutos, y hace que obremos como hombres. Asi vemos tantos de los que se entregan á deleytes, que al punto que su pasion los incita, cierran los ojos á todas las consideraciones divinas y humanas. Pero individúemos. Tres son los conocimientos que especialmente pierden: el conocimiento de sí mismos, el conocimiento de su pecado, y el conocimiento de Dios, p. 60.

Pierden el conocimiento de sí mismos y de lo que son. El exemplo de los dos ancianos, que sin acordarse de su

dignidad ni de sus años tentaron á la casta Susana. Así los Poetas, al referir los infames comercios de sus falsas divinidades, siempre los representaban disfrazados, y muchas veces transformados en bestias; para darnos á entender, que esos pretensos dioses no hubieran podido llegar á tales extremos sin desconocerse á sí mismos. Y á la verdad ¿no es un asombro ver el extremo con que este pecado hace brutos á los hombres? Todo se olvida, el padre se olvida de lo que debe á sus hijos; un Juez de lo que debe al público; un amigo de lo que debe á su amigo; un Sacerdote de lo que debe á Jesu-Christo; una muger de lo que debe á su marido; y una doncella de lo que se debe á sí misma, p. 61.

Digo mas: el torpe pierde el conocimiento del pecado, ó á lo menos de su gravedad; segun las reglas comunes, por la experiencia adquirimos el conocimiento; pero en el pecado de que hablo sucede todo lo contrario, porque nunca le conocemos mejor, que quando no nos hemos acostumbrado á él, y solo perdemos su conocimiento en quanto nos desenfrenamos en cometerle. Un alma que está aun inocente y pura le mira como un monstruo; pero el pecador de costumbre le mira como un entretenimiento, y aun llega á hacer gloria de él. ¿Podiera creerse jamas, que hubiese Christianos tan perdidos, que calificasen de puro entretenimiento un pecado de esta consecuencia? Pues qué es oír hablar del mismo modo á unas mugeres Christianas, y mirar como cosas de poca monta las que en la verdad son delitos? Esas conversaciones libres, esas hablas ocultas y familiares, esas amistades que se llaman honestas, esas correspondencias continuas de visitas y papeles, esos artificios de la vanidad humana, esa detestable ambicion de tener adoradores, esos agrados falsos ó verdaderos que se le dan á entender á un hombre mundano, esos trages inmodestos: todo esto decís que no es nada; pero lo que importa es, saber si Dios ha de hacer el mismo juicio, y si vosotros lo juzgaréis así quando compareciereis delante del tribunal de Dios, p. 62.

Al fin, este pecado nos hace perder el conocimiento de

de Dios. Se puede decir, que los torpes son unos espiritus viciados comunmente en lo que toca á la fe, y que la impiedad crece casi siempre, al mismo paso que el vicio se aumenta. La razon es, porque como la vista de Dios le turba sus gustos al lascivo, por gozar mejor de sus deleytes toma el partido de renunciar á Dios; y así se hizo Salomón idólatra. Habiendo los Paganos, segun el reparo de San Agustin, hecho sus dioses, los hicieron segun su capricho, y como los quisieron; unos dioses apasionados, adulteros, impetuosos. Pero como nuestro Dios no depende de los hombres para ser lo que es, desesperado el lascivo de poder hacer que se mude, y hallandole siempre contrario á su pasion, le desconoce. ¿Pues hay en las tinieblas del infierno cosa mas horrorosa que esta ceguedad? Las del infierno son solamente exteriores: *In tenebras exteriores*; pero la ceguedad del torpe es totalmente interior, p. 63.

2. Desorden, y confusion. En el desorden mismo del infierno hay un orden superior, que la justicia divina ha establecido en él; porque allí castiga Dios todo lo que es digno de castigo; pero el de la torpeza es puro desorden. Consiste, segun San Agustin, en que el alma se dexa gobernar por los sentidos. Consiste, segun San Juan Chrysostomo, en que la torpeza incita al hombre á unos excesos, adonde no llega la sensualidad de los mismos brutos. Exemplo de aquellas Ciudades, de que se hace mencion en el Genesis, en las quales manifestó Dios su indignacion. En fin, consiste, segun Teruliano, en que la torpeza tiene hecha una liga casi necesaria con todos los demas vicios, y todos están, por decirlo así, á sus gages y á su sueldo. De ella nacen las guerras y disensiones, las discordias y odios irreconciliables, el profanar las cosas sagradas, los sacrilegios, los venenos y asesinatos, las trayciones y calumnias mas sangrientas, los gastos excesivos y ruinas de las familias. De este modo lo trastorna todo la torpeza, p. 69.

La indignidad es, que una muger que ha perdido la honra y la conciencia, con una inversion nunca oída, es

la que se adelanta à lo mas indigno y empachoso. El exceso del desorden es, que todos aquellos estilos de una decencia, que era la guarda de la pureza, y están al presente desterrados como enfadosos. El colino del desorden es, que las atenciones mas inviolables aun para los mismos Gentiles, son materia de risa para nosotros. Un marido que siente el dishonor de su casa, es el papel que se representa en un teatro. Sobre eso ¿qué desorden es, que un marido que tiene una muger prudente, y dotada de todas las calidades, se encapriche y ame con obstinacion lo que muchas veces no merece ser amado, y no pueda amar por razon à la que merece todo su cariño? p. 75.

3. Esclavitud. No hay pecado que no haga al hombre esclavo del demonio. En los primeros siglos de la Iglesia, repara San Agustin, este enemigo de nuestro bien hacia la guerra à los Christianos con persecuciones; porque vivian entónces los Christianos con una total pureza de costumbres: y no pudiendo vencerlos con el amor del delyte, procuraba vencerlos con el horror de los tormentos; mas despues que halló modo de introducirse con los delytes sensuales, cesaron todas las persecuciones; porque le pareció mas breve y seguro este camino. Triste esclavitud, en que tanto tiempo gimió San Agustin, p. 77.

4. Gusano de la conciencia, y desasosiego. Desasosiego de parte de Dios, à quien mira el torpe como à Juez de sus acciones, y de su vida. En los demas pecados es mas facil enganar la propia conciencia, y en su conciencia errada halla el pecador una especie de sosiego. Pero la torpeza es un vicio demasiado grosero para dar motivo à que la conciencia se engañe. Asi por poca fe que haya quedado, no hay pecado, al qual le vaya mas à los alcances el remordimiento. Es verdad que el torpe pierde muy comunmente la fe; pero ¿con qué dudas no le combate en tal caso su misma infidelidad? ¿Pues de qué le puede servir para vivir en paz, una infidelidad que no le asegura nada, y hace que lo aventure todo? Inquietud mucho mas sensible aun por parte del objeto que adora. Al nacer esta pasion, ¿qué tormento se puede com-

pa-

parar con el de un alma herida de ella, que ama y conoce que no es correspondida? Y si halla alguna correspondencia, ¿qué miedos, de que no es igual, sincera, y constante? En los progresos de esta pasion, ¿qué no es preciso tolerar? Caprichos, arrogancias, atrevices, y ligerezas de la que ha hecho su idolo. Sobre todo, si la pasion pasa à zelos, como sucede casi indefectiblemente, ¿qué infierno! Y al fin, ¿qué salida tienen, y cómo se desentredan ordinariamente estas detestables marañas? La vista sola de lo por venir es un tormento continuo, que siempre está presente, y diciendose continuamente à si mismo, con certeza: Esta pasion se acabará, y el fin menos enfadoso que puedo aguardar es, que se acabe con un gran disgusto. Ay! mi Dios: nosotros no lo conocemos, pero estamos obligados à reconocer, que jamas castiga Dios mas rigurosamente al pecador, que quando le abandona à sus deseos desenfrenados, p. 78.

2. Parte. La torpeza es principio de la reprobacion; causar la reprobacion en un alma es conducir à la impenitencia final. Pues no hay pecado mas lejos de la penitencia, que el de los torpes; y por consiguiente no hay pecado que segun el curso ordinario de la providencia sea mas irremisible. No digo irremisible en el sentido que Tertuliano, quando decia que este era un pecado absolutamente sin remedio, y que por mas muestras de penitencia que diese el pecador, no debia, ni podia jamas la Iglesia admitirle: lo que quiero decir es, que no hay pecado mas dificultoso del remedio; pues con sus acciones detestables se ha fabricado el torpe à si mismo un estado, de que pudiera, pero casi nunca quiere salir. En esto se diferencia la verdad que yo afirmo, de la heregia de Tertuliano. Y aunque esta heregia no puede tolerarse en modo alguno, no obstante nos dá à conocer el horror que habia en aquellos tiempos contra este pecado, y lo rigurosa que era la disciplina de la Iglesia contra la heregia, aunque se fundaba en razones sólidas por si mismas; pero las consecuencias que sacaba de ellas Tertuliano, eran con exceso temerarias, p. 84.

Sin

Sin llegar à tal extremo, digo, que la torpeza conduce à la impenitencia final. 1. Porque no hay pecado que ponga al hombre en mayor riesgo de recaer. 2. No hay pecado que le ponga en mayor tentacion de desesperar. 3. No hay pecado que tenga al pecador mas aprisionado con la costumbre, p. 88.

1. Recaida: *Po no volveré à mi casa de donde salí*, dice el espíritu impuro: yo volveré à tomar sobre esta alma toda la superioridad que tenia, y se verá en peor estado que el que tenia primero. Apelo, Christianos, à vuestra experiencia: ¿no es esto lo que nos hace sospechosas vuestras confesiones, quando recurris à nosotros en el tribunal sagrado de la penitencia? allí.

2. Desesperacion: *Desperantes semetipsos, tradiderunt impudicitie*, ¿Pero qué es en especial de lo que desconfia el torpe? Desespera de su conversion, porque vé en ella dificultades casi insuperables. Desespera de su perseverancia porque es testigo de sus inconstancias precedentes. Desespera de Dios, y desespera de sí mismo: de Dios, porque ha abusado tantas veces de su misericordia; de sí mismo, porque tiene pruebas tan sensibles y convincentes de su flaqueza, p. 89.

3. Costumbre: Todo contribuye para ella: las ocasiones, mucho mas frecuentes; la facilidad de cometer la culpa, mucho mayor; las impresiones que dexa, mucho mas fuertes; la inclinacion, mucho mas violenta. ¿Pues cuántos torpes de costumbre vemos que se conviertan? Una Magdalena, y un Agustino arrepentido, son una especie de prodigio. No porque estos hombres lascivos no vayan alguna vez al Sacramento de la penitencia: pero se portan en él de un modo, que mas les sirve para su condenacion, que para su justificacion. ¿Pues quando harán penitencia? En esta vida? Nunca se resuelven à haerla. ¿En la otra? Ya es inutil. ¿En la muerte? Entonces el pecado los dexa à ellos, y no ellos al pecado, p. 90.

Vosotros sois, Christianos, los que debéis reparar esto mientras es tiempo, porque despues de todo lo dicho,

cho, aun lo es: y mi intento en este discurso, no ha sido quitaros del todo la esperanza, sino empeñaros en una vigilancia mas exácta, y alentaros para hacer nuevos esfuerzos. Para esto, Señor, necesitamos de una gracia victoriosa y omnipotente. Yo os la pediré sin cesar, yo me dispondré para recibirla, yo la corresponderé, y la guardaré con cuidado, p. 93.

SERMON PARA EL LUNES
de la tercera semana, sobre el
zelo, p. 96.

Asunto. *Jesu-Christo lex dixo à los Fariseos; sin duda que me aplicaréis esta parábola: Medico, curate á ti mismo.* Quanto menos fuerza tenia para con Jesu-Christo este proverbio, tanto mayor la tiene contra nosotros, si nos le queremos aplicar; y así puedo deciros en el mismo sentido: Christianos, no tengais tanto zelo de los demas, que no le tengais mayor de vosotros mismos. Esta es la sólida leccion que os he de dar en este discurso, allí.

Division. El zelo que hemos de tener del proximo se ha de apoyar con el de nosotros mismos y de nuestra perfeccion. 1. Parte: el mismo ha de rectificar nuestro zelo para con el proximo. 2. Parte: el mismo tambien ha de suavizarle. 3. Parte, p. 97.

1. Parte. El zelo que hemos de tener del proximo se debe apoyar con el que debemos tener de nosotros mismos. Este zelo, y este cuidado de enmendarnos à nosotros es una de nuestras primeras obligaciones: si dirigimos unicamente al proximo nuestro zelo, es un zelo fanfástico y engañoso. 1. En tal caso es zelo sin autoridad por parte de quien le exercita. 2. Sin efecto en los sujetos en que se emplea, p. 98.

1. Zelo sin autoridad de parte del que le exercita:
Tom. III. Quaresma. Yy 50-

solo porque el buen exemplo que dá, y la seguridad que tiene de haber empezado por sí mismo, pueden autorizar un asunto tan delicado, como el de enmendar á los otros. A vosotros os causan inquietud muchas cosas, que decís que son abusos é injusticias: pero os respondo, que no me parece bien que habléis tan recio contra los desordenes agenos, quando no corregís los que se reparan en vuestro proceder, y los podiais corregir: *Por qué veis una paja en el ojo de nuestro hermano*, decía el Hijo de Dios, *no advertiendo en el vuestro una viga?* Por eso llevó tan á mal que tuviesen los Fariseos osadía de acusar delante de su Magestad á la muger que fue cogida en adulterio. Y para confundirlos, se contentó con decir: *El que se ballare de vosotros sin pecado, tire la primera piedra*. Argumento claro y convincente con que se hallaron tan apretados, que se retiraron sin tener que replicar, p. 99.

Mas qué cosa mas comun en el mundo, que este zelo farisaico, que consiste en querer muy ajustados á los otros, y no querer la misma regla para sí? A estos censores tan zelosos se les puede aplicar con razon lo que Jesu Christo decía á aquellas mugeres de Jerusalem: *No llorais por mí sino por vosotras mismas*. San Pablo no acababa de entender, que pudiese cuidar de la casa de Dios el que no tenia cuidado de la suya: pero nunca ha tenido la Iglesia tantos reformadores como en estos tiempos. Sé bien el zelo que tenían los Santos: sé quanto penetraban el corazon de David, y despues el de San Bernardo, los desordenes que conocian, y sé los términos con que se explicaban. Pero hagamos lo que hicieron, y podremos decir lo que dixeron, p. 100.

2. Zelo sin efecto de parte de aquellos en quienes se emplea. Porque como no gustamos de que nos corrijan, nos ponemos á examinar la vida de los que con pretexto de zelo, quieren tener dominio en nosotros; y el menor defecto que descubrimos en ellos, nos sirve de pretexto para eludir todas sus advertencias. De ahí procede, que si se que por su oficio han de dar cuenta de otros, tienen obligacion en primer lugar de reformarse á sí mismos. Esa

es

es la razon, porque hablando el Apostol de los Pastores de almas, quieren que sean irreprehensibles. No porque no se les debiese obedecer, aunque sean menos ajustados; pues su carácter no depende del merito de su vida; pero el comun de los hombres no tiene bastante luz, ni equidad para hacer esta precision. Un hombre irreprehensible y exemplar, qué no puede hacer por el bien del proximo, y por la gloria de Dios? Pero si un padre violento dá lecciones de moderacion á sus hijos; y una madre divertida y mundana se las dá de retiro á sus hijas, qué fruto se puede esperar, p. 104.

2. Parte. El zelo que hemos de tener de nosotros mismos y de nuestra perfeccion, ha de dirigir el que mostremos tener con el proximo. 1. Respecto de nuestro entendimiento, porque puede ser que no sea segun ciencia. 2. Respecto de nuestra voluntad, porque puede ser que no se conforme con la caridad como debe, p. 106.

1. Respecto de nuestro entendimiento. Muchas veces nuestro zelo es errado, caprichudo, y muy ceñido. Zelo errado: tal fue el de muchos hereges, que quisieron reformar la Iglesia. Si al mismo tiempo hubieran tenido otro zelo, esto es, el de su propia santificacion, y se hubieran aplicado en primer lugar á corregir su soberbia y su obstinacion, no les hubiera hecho caer su passion en desvarios tan funestos. Zelo caprichudo, que quiere que todo el mundo se ajuste á sus ideas particulares, y extravagantes á veces, y por ese medio invierte todas las cosas. El remedio fuera rezelarse primero de sí mismo, y de ese espíritu de singularidad que ciegamente se sigue, y aun muchas veces se piensa que es merecimiento. De ahí nace, ser un zelo ceñido y limitado; lo que se juzga que es bueno y santo, se tiene por bueno y santo para reformar toda suerte de personas; y en saliendo de aquella planta de reforma que se ha ideado, todo lo demas parece relaxacion y desorden. Pues no tiene Dios otras ideas de lo bueno, que las que vosotros imaginais? Era necesario para eso, que tuvieseis un entendimiento mas elevado, que se os diese un alma mayor, y capaz de apreciar lo

Yy 2

bue-

bueno en qualquier parte que se hallare, y de qualquier parte que procediere, alli.

2. Respecto de nuestra voluntad. Muchas veces tenemos por zelo lo que es enfado, inquietud, ardid, envidia, ambicion e interes. Pues quando un hombre en primer lugar se hubiere estudiado à si mismo, para conocer los mas ocultos movimientos de su corazón, y se hubiere hecho una santa violencia para refrenarlos, entonces podrá discernir, qué espíritu es el que anima su zelo, y reducirle à los terminos de la razon y equidad, p. 108.

3. Parte. El zelo de los proximos se ha de templar con el que hemos de tener de nosotros y de nuestra perfeccion. Si el zelo no está suavizado, nos incita à una severidad excesiva que condenó el Salvador del mundo en aquellos dos discipulos, que le pidieron que ficiese descender fuego del Cielo sobre los Samaritanos. El Apostol, pues, y todos los hombres Apostolicos juzgaron, que debian humanar su zelo, y darle un cierto atractivo, del qual depende su fuerza y eficacia. Pues ya lo he dicho; el correctivo infalible y seguro de un zelo nimiamente impetuoso y vivo con los demas, es el que se debe tener consigo mismo, p. 111.

Porque un hombre zeloso de si mismo, aunque fuera de si vea algun mal, siempre tiene la regla de la caridad à la vista. Pues la caridad tiene todas las propiedades, que pueden templar, y suavizar nuestro zelo para con el proximo. El zelo que tenemos del proximo, naturalmente es poco sufrido: se quisiera ver logrado del todo desde luego; pero la caridad es sufrible, especialmente quando se considera la paciencia con que el Dios de la caridad se porta con nosotros, p. 112.

Como nuestro zelo es impaciente, se hace aspero, enfadoso, mortificativo, y lleno de amargura. Pudiera demostrar, que el zelo del Salvador del mundo no fue de esta calidad, antes fue muy diferente el zelo con que ganó los corazones. Pero dexando todas las demas pruebas, insisto en el mismo principio; porque la caridad es apacible, especialmente pensando la apacibilidad con que que-

re-

remos ser tratados, y la flaqueza de los enfermos que intentamos curar; y en fin, que un zelo sin condescendencia ni atencion, no sirve sino para espantarlos, y hacer que tengan horror al remedio, p. 114.

Esta caridad pide muchas reflexiones, y un gran dominio sobre si mismo: pero acordaos, que es la salvacion de nuestro hermano el punto de que se trata. Encended, Señor, en nuestros corazones aquel fuego divino con que se abrasaba vuestro Profeta, y con que Vos mismo os abrais en el mundo, p. 117.

SERMON PARA EL MIERCOLES

de la tercera semana, sobre la perfecta observancia de la ley, p. 118.

Asunto. *Vinieron à Jesu-Christo unos Escribas y Fariseos de Jerusalem, y le dixeron: por qué quebrantan sus discipulos las tradiciones de los ancianos? Mas los respondió: por qué quebrantais vosotros los Mandamientos de la ley de Dios por seguir vuestra tradicion? Nosotros caemos en otro desorden totalmente contrario al de los Fariseos. Este consistia en poner gran cuidado en las cosas pequeñas, y no hacer caso de las grandes; y el nuestro está en ceñirnos algunas veces à las grandes, de suerte que juzgamos poder despreciar libremente las pequeñas. No hablando, pues, de los Fariseos, sino de nosotros, intento probaros en este discurso, que faltar voluntaria y habitualmente à las cosas pequeñas que son debidas, es ponerse à riesgo de quebrantar muy presto, y en muchas ocasiones los principales preceptos de la ley, alli.*

El hombre es soberbio, y ciego. Su soberbia le incita à vivir sin sujecion, y le dá una oculta inclinacion à eximirse de la ley. Su ceguedad le estorba para conocer bien sus obligaciones, y discernir lo que en la ley es mas

o

o menos esencial. Yo digo, que el sujetarse à los preceptos en las cosas mas ligeras es un preservativo necesario: lo uno para reprimir la soberbia de nuestro corazon. 1. Parte. Lo otro para corregir los engaños de nuestro entendimiento. 2. Parte, p. 120.

1. Parte. La puntualidad en los preceptos de las cosas pequeñas es preservativo necesario para reprimir la soberbia de nuestro corazon: Si subimos al origen de la corrupcion del hombre, es evidente que el primero de todos sus vicios es la soberbia, y el amor de la independencia y libertad. No obstante, hay algunas leyes de una autoridad tan respetable, y de una obligacion tan bien fundada en los principios de la razon, que por mas ansia que tengamos de libertad, casi no podemos apartarnos de aquel amor respetuoso, y de aquella sumision à que nos obligan; y estas leyes son las de la religion, y las de la conciencia. Ex, pues, este un genero de batalla entre la razon y la soberbia del hombre: la razon quiere que se sujete, pero la soberbia lo reusa. Quál de las dos prevalece? Si miramos à los principios, ninguna; porque al principio una y otra estan casi iguales en fuerzas. Pero mirad lo que sucede quando el hombre empieza à dexas à Dios; observa las cosas grandes con algun cuidado, pero no se pone ley de guardar las pequeñas. Por no salirse absolutamente à fuera de la ley de Dios, se sujeta à las primeras; pero por no cautivar del todo su libertad, no hace caso de las menores. Qué se sigue de ahí! Que por esta libertad presuntuosa, ó por mejor decir, por esta soltura que le hace tener en poca ciertas obligaciones menos importantes y estrechas, viene al fin à atreverse à hacer todo lo que es contra la ley de Dios, p. 121.

En efecto, dice San Bernardo, los que profesan la virtud, y el vicio, van por el camino de la virtud, y del vicio sin sentir fatiga uno ni otro. Pero tienen que padecer los que quisieran estarse en un medio; esto es, quisieran sacudir el yugo de la conciencia y de la religion en cosas pequeñas, pero no le quisieron romper en las

las grandes; estos tienen que padecer por ambas partes por parte de la gracia, porque la resisten; y por parte de la pasion, porque no la satisfacen cumplidamente. Pues reparad, dice San Bernardo: como este es un estado de violencia no puede durar. Prevalecen muy presto la pasion, y el amor de la libertad; y de esto han nacido todos los escándalos, y desordenes que han hecho ruido en el mundo, p. 124.

Esta fue la causa de los portentosos atentados de la heregia. Exemplo de Lutero. Su obstinacion en no querer sujetarse en un punto, no de los mas esenciales de la fe que era acerca de las Indulgencias, hizo de este hombre Católico y Religioso, un apóstata y heresiarca, p. 125.

Esta fue la causa de los prodigiosos desvarios de la impiedad. Por dónde empezaron à perder la fe tantos impios! Por burlarse algunas veces de ciertas devociones vulgares, ó por otro principio que parecia tan leve como ese, y podia serlo, p. 127.

Esta fue la causa de la espantosa relaxacion de la disciplina Eclesiástica. No se introduxo repentinamente, y con una sublevacion general de los fieles, ni con una rebelion manifiesta contra lo que la Iglesia los mandaba, antes segun lo advirtió San Bernardo con unas esenciones en la apariencia respetuosas, que cada uno quiso conceder à si mismo baxo de diferentes pretextos, ó las supo obtener de las Potestades superiores contra el derecho comun. Dispensacion, de que se quejaba el mismo Padre tan recio en una carta que sobre ellas escribió à un Sumo Pontífice, p. 128.

Esta es la causa de la ruina particular de tantas almas; porque no se pervierte el alma en un instante: tiene su noviciado el vicio, dice San Gregorio Magno, no menos que la virtud; y por la vanidad nos dexamos llevar à la maldad: *A vanitate ad iniquitatem*. Un adorno inmodesto, una leccion gustosa, pero nociva, una conversacion libre, y un trato honesto en la apariencia con tal persona, no parecen mas que alguna vanidad; pero

eso os llenará de amor propio, y de amor del mundo; eso traerá à vuestra imaginacion las ideas mas impuras; eso hará que nazcan en vuestro corazon los deseos mas detestables; y en fin encenderá en vosotros una passion de la qual casi no seréis señores, y os llevará hasta los últimos excesos, p. 130.

Este es el punto en que nunca hay cuidado que sobre. Es verdad que es necesario hacerse muchas veces fuerza para no caer en las culpas mas ligeras; pero el Evangelio no nos enseña otro camino de salvarnos sino el estrecho; y Jesu-Christo nos advierte, que es necesario hacerse fuerza para entrar en el reyno de los Cielos. No creamos, que hemos de ensachar su puerta, antes digámonos à nosotros mismos: El camino del Cielo es estrecho; luego debo yo estrechar mi conciencia: Porque no arriesgo nada en ceñirme à los términos de mi obligacion; pero no hay mal que no pueda tener, si llego à salirme de ellos. Nunca puedo estar demasiadamente sujeto à Dios; pero si no lo estoy bastante, me pongo à riesgo de perderme. Ah! Christianos; otras veces se buscaban medios para desterrar los escrúpulos del mundo; pero yo quisiera que lo que se llama mundo, estuviera lleno de escrúpulos el día de hoy, allí.

2. Parte. La fidelidad en cumplir los mas leves preceptos es preservativo necesario contra la ceguedad de nuestro entendimiento. No hay materia en que esten los hombres mas à riesgo de engañarse, que en lo que toca à la conciencia y à la religion. Si no ponemos un cuidado sumo en guardarnos de los engaños à que puede conducirnos nuestra ceguedad, es indefectible que vendremos à caer en ellos. Y cómo? No porque tendremos por graves, dice San Bernardo, las culpas que por su naturaleza son ligeras; porque rara vez nuestros errores nos llevan à eso, sino teniendo por leves las que en la verdad son graves. Engaño muy comun. Y como esta ignorancia no nos justifica, antes es una ceguedad, ó inconstancia por malicia, ó contrairada por negligencia, se precipita el hombre sin pensarlo en el abismo de la perdicion, p. 132.

Pe-

Pero si un hombre se pone la ley de no despreciar nada, por ligera que sea esta ley le defiende de qualquier riesgo, y aunque en lo demas estuviese lleno de ignorancia, no perdera jamas el camino, porque le servirá de guia la ley que él mismo se ha impuesto, p. 134.

Sobran exemplos que poner à los ojos de que la relajacion en algunos puntos que se juzgan poco necesarios, es uno de los lazos mas peligrosos para enredarnos, y hacernos caer en los delitos mas graves. ¿Quereis ver esto en materia de Religion? El exemplo de aquel Católico ignorante de quien habla San Agustin. Habiendole hecho un Manichéo confesar, que un animalillo tan pequeño como una mosca no habia sido criado por Dios, y llevandole de uno à otro, por fin le hizo confesar que Dios no era creador del hombre. Exemplo de la heregia de Arrio. ¿En qué consistia entónces todo el cisma del orbe Christiano? En una sola palabra: en si el Verbo se habia de llamar *consustancial* à su Padre, ó semejante en la *substancia*. ¿Qué importa, decian unos poco advertidos? ¿Se ha de turbar la paz de la Iglesia por una diferencia tan leve? Pero San Atanasio, mejor instruido, les demostraba, que despreciando una sola palabra, arruinaban todo el fundamento de la Religion Christiana. ¿Y no es este el modo, con que los enemigos de la Iglesia han intentado muchas veces eludir sus decisiones, tratandolas de questiones vanas y sin provecho? p. 136.

¿Que no tenga tiempo de aplicar à las costumbres lo que he dicho de la fe! ¿Cuántos pecados hay, que son siempre graves en siendo voluntarios, y la ignorancia hace que los pongamos en el numero de los leves? ¿Cuántos, cuya gravedad ó levedad no medimos por lo que en la verdad son en las circunstancias presentes, sino por las ideas y descos de nuestro corazon? allí.

El remedio, mi Dios, es no permitirme jamas cosa alguna, sea la que fuere, que de qualquier modo pueda oponerse à vuestra santa ley. De otra suerte, mi perdicion es inevitable: porque para librarme de las caidas fatales de que estoy amenazado, fuera preciso, ó no estar expues-

Tom. III. Quaresma.

Zz

to

to á los engaños de mi entendimiento, ó suplir con una aplicación continua y constante las luces que me faltan. Pues ni pudo esperar lo uno, ni fiarme en lo otro; el camino mas breve y seguro es negarme á todo pecado. Con esto en tratándose de vuestra ley, no tendré que examinarla tan de cerca. Podré fiar en Vos, y en mi: en Vos, porque no desamparais al alma que os corresponde; en mí, porque tendré el preservativo mas seguro contra la fragilidad, y contra la inclinación de mi corazón; p. 139.

Dichosos vosotros, hermanos míos, si os revestis de estos sentimientos. Dispones de suerte, que podais oír de boca de Jesu-Christo aquellas palabras llenas de consuelo: Siervo bueno, porque has sido fiel en lo poco, toma posesion de mi Reyno celestial, y goza en él de una felicidad eterna; p. 140.

SERMÓN PARA EL JUEVES
de la tercera semana, sobre la Religión,
y la virtud; Pag. 141.

A Suntu. Todos los que tenían enfermos de diversas dolencias, los traían á Jesu-Christo, y tocandolos les daba salud á todos. Salían, pues, los demonios de los cuerpos dando voces, y diciendo: Tu eres Hijo de Dios, y no les dexaba hablar, porque sabían que era el Mesías. De este modo confesaban los demonios al Hijo de Dios; pero este hombre Dios desprecia esta confesion, porque era violenta; y porque si le honraban por una parte, le blasfemaban y renuciaban por otra. Luego en vano le damos á Dios un culto aparente, si desmentimos con nuestras costumbres lo que confesamos con la boca, y no somos exactos en hacer lo que debemos. Digo lo que debemos, aun segun las obligaciones mas comunes del trato de unos con otros, y las mas ordinarias de nuestra vida. Esto es lo que me empeña en mostráros en este discurs-

so la relacion necesaria que hay entre la Religión y la virtud, allí; así como lo es en otros muchos puntos.

Division. Aunque la virtud segun el mundo, y la Religión son muy diferentes en sus principios, en los objetos, y en los fines á que miran; no obstante, tienen entre sí tal union, que tomándolas en toda su extensión, se puede decir que son inseparables. No hay virtud sin Religión. 1. *Parte.* No hay Religión sin virtud. 2. *Parte.* p. 142.

1. *Parte.* No hay virtud sin Religión; porque sola la Religión puede ser principio universal y fundamento sólido de todas las obligaciones de la virtud. 2. Porque solo el motivo de la Religión está puesto á prueba de ciertas tentaciones, que la verdadera virtud suele padecer continuamente. 3. Porque el que ha sacudido el yugo de la Religión, no halla dificultad en echarse fuera de las demás leyes, que le pudieran hacer vivir conforme á la razón, ni en eximirse de todas las obligaciones en que le empeña el trato humano, sin las cuales no puede mantenerse la verdadera virtud; p. 143.

1. La Religión es el unico principio en que se pueden establecer sólidamente los respetos en que consiste la verdadera virtud. Porque la Religión, dice Santo Tomas, es la que nos estrecha con Dios, y en Dios como en centro se unen todos los respetos que unen á los hombres entre sí con los vínculos de una sociedad estrecha. De esta suerte, en fuerza de la ley que he recibido, y me he impuesto de servir á Dios; por consecuencia necesaria doy á cada uno lo que le pertenece, porque en Dios solo hallo lo que me obliga á todo esto; p. 144.

En efecto, este conocimiento de Dios y de su ley hace que yo me sujete, y no falte en nada. Y esta es la prueba, de que se valia Tertuliano para convencer á los Paganos, de que debían mirar nuestra Religión como útil para la seguridad y bien común. Porque esta Religión, les decia, nos enseña á hacer oracion por vuestros Cesares, á servir fielmente en vuestros exercitos, y á pagar exactamente y sin fraude los tributos y los impuestos públicos. Y ciertamente,

te, ¿qué concierto y qué paz no se vieran en un estado, si todas las cosas se gobernaran en él por las reglas de la Religión Christiana? p. 145.

Pero si este principio de la Religión, si este primer movíl llega á perderse, ó alterarse en un alma, ni hay regla, ni buen proceder, ni rectitud de costumbres, por lo menos constante y generosa. Porque ¿en qué pudiera fundarse? ¿En la razón? Pero qué es la razón viciada por el pecado, y enflaquecida por las pasiones? ¿Y qué escándalos no se siguieran, si qualquiera, según su capricho y su parecer se hiciera arbitro de lo que puede, de lo que le toca, y de lo que se le permite? Por eso en los negocios, y tratados del mundo se piden juramentos, que son públicas y solemnes protestaciones de Religión: prueba, dice San Juan Chrysostomo, de que sin el sello de la Religión no se tiene por segura la razón humana, p. 146.

Apelo para esto á vuestro propio juicio. ¿Quién de vosotros quisiera que su vida y hacienda estuviesen al arbitrio de un hombre sin Religión? Aun el Ateísta se háta primero de un hombre que tuviese Religión, que de un impio como él, p. 147.

Me diréis, que además de la Religión hay un cierto amor de lo justo que la naturaleza nos inspira; pero sin averiguar qué amor de lo justo fuera ese, ¿hubiera muchos hombres en el mundo que se preciasen de él, si estuvieran persuadidos á que no hay Dios, ni Religión? Me tuviera entonces por fin último á mí mismo, y por consecuencia necesaria todo lo encaminára á mí, y juzgára que tenía derecho para sacrificar por mí todas las cosas. Y este es el lugar en que debo hacer que advirtais la extravagancia de aquella política infeliz, de que se jacta ser autor un falso sabio de estos últimos siglos: pero política que no admite Religión, sino en quanto conduce para hacer cada uno su papel en este mundo, ni tiene de ella sino la apariencia, y la figura. Sin valerme de otras pruebas contra maxima tan detestable, me contento con decir, que esta abominable política por sí misma se destruye; porque á lo menos reconoce la necesidad de alguna Religión

pa-

para contener los pueblos en sus obligaciones, y por el mismo caso conviene, en que sola la razón no basta para mantener en el mundo aquella virtud que le debe arreglar. De donde infero la necesidad de una Religión verdadera; pues la verdadera virtud no puede estar fundada en una mentira, p. 148.

2. Los demas motivos distintos del de la Religión no están expuestos á la prueba de ciertas tentaciones delicadas, á que están expuestas la obligación y la virtud continuamente. Llamo tentaciones delicadas, aquellas en que batallan el interes, y la justicia, y se puede á costa de lo uno atender á lo otro. ¿No es esto en lo que cada dia vemos vencida la razón, si la Religión no la sostiene? Y esa es la causa de tantos desordenes en todos los estados y condiciones de la vida; la poca Religión que hay en ellos, p. 150.

Pues quando el demonio vino á tentar á Jesu-Christo, ¿cómo venció este hombre Dios la tentación? Con la Religión: *Dominum Deum tuum adorabis*. Al contrario, si faltamos en ella, ni habrá tentación ni interes que no nos venza. Y esto es mas verdad en un desertor de la fe que habiendo tenido antes Religión ahora no la tiene. Porque de un hombre que ha dexado el temor de su Dios, ¿qué no se debe temer? p. 152.

3. Un hombre sin Religión no tiene consiguientemente dificultad en eximirse de todas las leyes que le pudieran tener arreglado á lo justo, ni en abandonar los respetos mas inviolables del trato humano, sin los cuales no puede mantenerse la verdadera virtud: los respetos, digo, de sujeción, de justicia, de fidelidad, de la sangre y de la naturaleza. Esto enseña á los Reyes, y á todos los Señores del mundo á no consentir á su lado hombres sin Religión. Esto nos enseña á nosotros á declararnos contra ellos, ó á huir de su trato. Honremos nuestra Religión: mientras la conserváremos, Dios estará con nosotros; y si el pecado nos le hiciere perder, tendremos siempre camino para volverle á hallar: pero si dexamos apagar esta luz, ¿qué recurso nos queda. p. 153.

2. Par-

10. *Parte.* No hay Religión sin virtud. Porque la Religión sin virtud: 1. Es solamente un fantasma de Religión: 2. Es un escándalo de la Religión, p. 154.

11. Fantasma de Religión. Si alguno de vosotros, dice el Apostol. Santiago, juzga que tiene Religión, y no reprime su lengua, tenga por cierto que su Religión es vana. Pues si el Apostol pudo decir esto de la murmuración, ¿qué será de muchos delitos de mayor monta, que destruyen del todo la virtud en el comercio de los hombres? Y no obstante hay hombres que los quisieran concordar con la Religión, p. 155.

Como la gracia supone la naturaleza, y la fe (por explicarme así) está ingerta en la razón, así la Religión tiene la virtud por vasa. Porque requiere, dice San Gerónimo, un sugeto digno de sí, y de Dios. Es un orden invariable, que para tener Religión se conforme, es necesario ser justo, fiel, desinteresado, sin tacha en el juicio del mundo; y tener Religión para que todas estas virtudes sean santas. Sin esto, reprueba Dios nuestro culto; y cómo pudiera serle grato lo que aun á los hombres no les puede parecer bien? Pero nosotros invertimos este orden, y hacemos unás ideas de la Religión, que no tienen fundamento, porque al mismo tiempo no hacemos caso de las principales obligaciones de la fidelidad y justicia. ¿Pues qué es esto sino un fantasma? p. 156.

12. Escándalo de la Religión, porque la expone al desprecio y á la censura, y dá á los que la desprecian una especie de superioridad sobre ella. Bien sé, que se debiera hacer diferencia entre la Religión, y los que la profesan; ¿pero tiene el mundo bastante equidad para hacer esta diferencia? Luego quando se ven Christianos sin virtud, esto es, interesados, coléricos, arrebataos, vengativos, impios, disimulados, artificiosos, astutos, impostores, ¿cómo se vale de éstos vicios la impiedad? p. 158.

13. Pues tengamos virtud; seamos bienhechores, mansos, afables, adelantados en los obsequios; humildes, justos, modestos y sufridos, sin rodeos, sin artificios, sin ostentaciones y alívices, y esto causará mas edificación en el mundo.

mundo, que todos nuestros fervores y penitencias. Este es, Señor, el testimonio que esperamos de nosotros; pero que confusión es para un Christiano, no hacerla lo menos en parte por la pureza de sus costumbres, lo que tantos Martyres hicieron con invencible constancia en medio de los tormentos mas rigurosos! p. 159.

SERMON PARA EL VIERNES
de la tercera Semana, sobre la gracia,
pag. 161.

A Sunto. *Jesus la respondió: Si conocieras el don de Dios!* Este don de Dios que no conocia aun la Samaritana, es la gracia. Don precioso, que tampoco nosotros conocemos bastantemente, ni nos aplicamos á conocerle: de donde nace el recibir en vano muchas veces. Importa, pues, dáros una idea justa de ella, y este ha de ser mi empeño en este discurso, allí.

Division. Las dos excelentes propiedades que la Escritura atribuye á la Sabiduría, son disponer todas las cosas con suavidad, y ejecutarlas con eficacia. Pues lo que la Escritura nos dice la sabiduría de Dios, lo puedo yo decir igualmente de la gracia; pues la gracia obra en nosotros como instrumento de esta sabiduría soberana; que es en Dios la causa principal de nuestra salvación. Suavidad de la gracia. 1. *Parte.* Eficacia de la gracia. 2. *Parte.* Una y otra se manifiestan en la conversión de la Samaritana, p. 162.

1. *Parte.* Suavidad de la gracia. Con esta suavidad mueve la gracia al pecador, y sale victoriosa. Consiste, pues, 1. En que la gracia nos espera. 2. En que toma los tiempos y ocasiones favorables para ganar nuestros corazones. 3. En que siempre se nos adelanta. 4. En que nos pide lo que quiere conseguir de nosotros, y en lugar de pedirlo con imperio, no se vale para conseguirlo sino del

medio de solicitarnos y convidarnos. 5. En que se acomoda à nuestras inclinaciones, y à las propiedades de nuestra alma. 6. En que no nos obliga à cosa alguna dificultosa, sin hacer que hallemos algun atractivo en ella, y sin excitarnos à desearla à pesar de algunas repugnancias. De este modo convirtió el Hijo de Dios à la Samaritana, p. 163.

1. La gracia nos espera. Ved à Jesu-Christo fatigado y sentado sobre la margen de una fuente. ¿Qué espera? Una pecadora. ¿De qué está fatigado? No solamente del cansancio del camino, sino de haber sufrido tanto tiempo los delitos de esta alma pecadora. Pero no desiste, aun está resuelto à esperar. ¿Pues à cuántos pecadores aguarda Dios del mismo modo? Solo la paciencia de Dios pudiera llegar à tanto. La de los hombres, que no tiene mas anchura que la estrechez de su corazon se acaba presto; pero Dios es paciente (dice San Agustin) porque es eterno, porque es fuerte, y porque es Dios. ¿Pero el pecador ha de valerse de la paciencia de Dios para dilatar su penitencia? No lo quiera Dios; porque no hay mayor impiedad, que la de valerse contra Dios de su misma gracia. Por otra parte à algunos no les espera Dios, ó por lo menos es solo por determinado tiempo, y ese no le conocemos nosotros; y nada puede moverle mas à que no nos espere, que la esperanza presuntosa de que nos esperará, con la qual nos engañamos, p. 165.

2. La gracia toma los tiempos y ocasiones favorables para ganar nuestros corazones. Asi el Salvador del mundo para hablar con la Samaritana toma el tiempo, en que segun su costumbre ha de venir à sacar agua. No porque Dios ha menester estas diligencias, sino para que en ellas admiremos su bondad. Esto es en lo que algunos Teologos doctos pusieron la eficacia de la gracia, fundandose en aquellas palabras de la Escritura: *Tempore accepto exaudivi te, & in die salutis adjuxi te.* Se ha convertido algun pecador, que en parte no atribuya su conversion à algunas ocurrencias, acordandose que en ellas le abrió Dios los ojos, y le habló al corazon? El exemplo de San Agustin:

Lue-

Luego si somos prudentes debemos observar estas ocasiones, y no perderlas. Pero decís, que si esa es la ocasion de vuestra salvacion, y Dios ha vinculado à ella la gracia de vuestra conversion, es cierto que os convertiréis. Vengo en ello; pero no es menos cierto, que no os convertiréis jamas, si no usais bien de esa gracia, y de la ocasion que se os ha preparado, p. 167.

3. La gracia se nos adelanta, y nos previene. Esto es lo mas esencial que tiene segun la doctrina de los Padres; porque si yo pudiera prevenirla, por el mismo caso no fuera gracia, pues supusiera en mí el merecimiento de haberla prevenido. Asi previno el Hijo de Dios à la Samaritana: acercase à ella, y la habla. Asi tambien quiere ser el primero cada dia en convertir unas viles criaturas, y en buscarlas quando se alejan de su Magestad. Mas ya, Señor, que Vos quereis comenzar, ¿por lo menos no he de corresponder à vuestro amor? Sí, mi Dios, esta bondad que me previene será de aqui adelante para mí el motivo mas poderoso de un reconocimiento, y de una fidelidad inviolable, p. 170.

4. La gracia nos pide lo que quiere conseguir de nosotros; y en lugar de pedirlo con imperio, se vale del medio de solicitarnos, y convidarnos. El salvador del mundo desde luego podia compeler à la Samaritana à una obediencia forzada; pero la pide que le oyga, y que le crea: *Mulier, crede mihi.* Digo mas: Dios por su gracia nos pide poco para darnos mucho. ¿Qué pide à la Samaritana? un poco de agua. ¿Qué la promete? un agua saludable y de vida, cuyo impetu llega à la vida eterna. ¿Qué nos pide la gracia? Casi nada muchas veces. Pero eso poco, esa pequeña victoria nos dispone para recibir el lleno de los dones celestiales, y de experimentar todas las misericordias del Señor, p. 172.

5. La gracia se atempera à nuestras inclinaciones, y à las propiedades de nuestra alma. La Samaritana era curiosa, y se preciaba de entendida: y Jesu-Christo no se deniega de hablar con ella de los mysterios mas altos de la Religion. Si somos ardientes y activos, nos da la santidad

Tom. III. Quaresma.

Aaa

in-

infundiendonos el zelo; si somos tiernos y afectuosos, nos la dá por medio de un amor de Dios sensible; si somos de un natural apacible, y amigo de dar gusto, endereza esta blandura y facilidad, y la convierte en caridad con el próximo: *Multiformis gratia Dei*, p. 173.

6. La gracia no nos empeña en dificultad alguna, sin hacer que hallemos algun atractivo, y sin excitarnos á deseársela á pesar de nuestras repugnancias. Es verdad que Dios con esta gracia nos obliga á renunciar el mundo; pero es despues de habernos hecho conocer con la luz de esta misma gracia la vanidad y peligros que hay en él. Es verdad que esta gracia me obliga á hacer, por Dios cosas contrarias á la naturaleza, y á veces muy penosas; pero me incita á ello con la grandeza de los motivos que me propone, y con la esperanza de los bienes inestimables que me promete. Si supieras (dice Jesu-Christo á esta muger del Evangelio) quien es el que habla contigo, y lo que puedes esperar de él! p. 175.

Esta es la conducta de la gracia, y tal debe ser en su proporcion la que nosotros debemos tener en el ministerio santo de la conversion y salvacion de las almas. No las hemos de ganar con nuestra autoridad, ni con nuestra habilidad, sino con nuestro trato suave y apacible. No digo, que no conviene usar de severidad; pero digo que ha de ser una severidad discreta y compasiva, que se haga amar, y haga tolerable el yugo de Dios, p. 176.

2. Parte. Eficacia de la gracia. Siempre me ha parecido, y me parece aun, que una de las pruebas mas convincentes de la verdad de nuestra fe, es ver lo que la gracia obra á veces en algunas almas; y quando no hubiera mas que la conversion de la Samaritana, concluyera que hay un principio sobrenatural, que obra en nosotros: *Digitus Dei est hic*. Son dos los milagros de la virtud Omnipotente de la gracia en esta conversion, el uno respecto del entendimiento, el otro respecto de la voluntad de esta muger. 1. Milagro de la gracia en la victoria que consiguió del entendimiento de la Samaritana. 2. Milagro de la gracia, en la mudanza que hizo en su corazon; uno y otro executados

de un modo enteramente milagroso, p. 179.

1. Milagro de la gracia y de su eficacia, en la victoria que consiguió del entendimiento de la Samaritana. Era infiel, y tocada de la heregia. Pues bien sabeis la suma dificultad (por no decir la moral imposibilidad) de reducir el entendimiento de una muger, especialmente quando tiene estas calidades: pero esto es lo que el dia de hoy hace la gracia. Jesu-Christo en primer lugar, hace que esta muger se convierta á la pureza del culto Judayco, y despues la hace Christiana, alli.

2. Milagro de la gracia, y de su eficacia en la mudanza del corazon de esta muger. Era torpe y desenfrenada en sus costumbres; vivia en un público amancebamiento: habia mucho tiempo que perseveraba en él; y habia contraido costumbre en su delito. Pues si hay alguna enfermedad de dificultoso remedio es esta. Pero esta pecadora, esta muger pública, esta muger esclava de las pasiones mas sucias, al fin queda purificada, y convertida en una muger santa: *Hæc mutatio dextera excelsi*, p. 181.

3. Milagros obrados de una manera totalmente milagrosa. No le tienen á Jesu-Christo mas que un instante de costa. Una sola palabra es la que dice á la Samaritana: *Ego sum*. Yo soy; y repentinamente queda penetrada de los mas santos y vivos sentimientos de penitencia. No le vé hacer milagros: pero esta conversion sin otros milagros, ¿no es el milagro mayor? No se convierte como la Cananea, porque ha librado á su hija del demonio; no como la Hemorroisa, porque la ha restituido la salud; se convierte, y se declara por suya solo por ser quien es. Al fin no se contenta con conocerle, hace que los otros le conozcan, y de pecadora (dice San Gregorio el Magno) se halla transformada en Apostol: *Hæc mutatio dextera excelsi*, p. 182.

¿Qué conclusion se sigue? Que lo esperemos todo de la gracia; y aunque sean necesarios muchos esfuerzos para volvernos á Dios, nos revistamos de una confianza grande. Si Dios por su misericordia os ha sacado del estado de la culpa, imitad el zelo de la Samaritana, y aplicaos, como

mo ella, à convertir con vuestro exemplo quantos peccadores pudieris, pero especialmente los que fueron cómplices de vuestro delito. Decidles como David penitente: *Venite, auite, & narrabo quanta fecit Deus animic meae, Venid, oid, y os referiré lo que el Señor ha hecho por mí, y lo que quiere hacer por vosotros. Inspiradnos, mi Dios, este zelo, y para eso llenadnos de vuestro Espíritu, de este Espíritu, digo, de suavidad, y de eficacia, p. 184.*

SERMON PARA EL DOMINGO
de la quarta Semana, sobre la Providencia,
 pag. 188.

Asunto. *Levantando Jezu-Christo los ojos, y viendo que venia à buscarle grande número de gente, dixo à Felipe: ¿De dónde podremos comprar bastante pan para dar de comer à todo este pueblo? Decia esto para probarle; porque bien sabia lo que habia de hacer.* Este milagro de la multiplicacion de los panes nos enseña, que hay una Providencia que gobierna el mundo à la qual nos debemos sujetar. Esta es una verdad fundamental de nuestra Religion, que dará materia à este discurso, allí.

Division. La obligacion y el interés nos obligan à reconocer una Providencia, y sujetarnos à ella. Veamos, pues, el desórden del hombre, y su infelicidad, quando le niega à Dios este rendimiento. El desórden del hombre respecto de su obligacion; su infelicidad respecto de su interés. En dos palabras, no hay cosa mas detestable, que un hombre del siglo que no se quiere sujetar à la Providencia. 1. *Parte*: no hay cosa mas infeliz, que un hombre del siglo que no se quiere conformar con el órden de la Providencia. 2. *Parte*, p. 189.

1. *Parte.* No hay cosa mas detestable, que un hombre del siglo que no se quiere sujetar à la Providencia. Porque, ò se aparta de ella por espíritu de infidelidad, porque no

la

la conoce, ni la cree: O por pura rebeldia del corazon, porque aunque la conoce y la cree, no la quiere tributar el rendimiento que le es debido, p. 190.

1. ¿Es por espíritu de infidelidad, y porque no la cree? Qué desórden! Pues es lo mismo que no conocer ya à Dios: ¡horrorosa impiedad! A lo menos se finge un Dios monstruoso, que no tiene cuidado de sus criaturas, ni es justo, ni bueno, ni sábio, pues nada de esto puede sin Providencia: que es otra suposicion no menos impía, que reduce al mundano infiel à serlo mas que los Paganos, pues apenas ha hablado entre ellos sectas que hayan negado la Providencia. No es esto todo; porque se hace increíble, y sin juicio contra su mismo entendimiento. ¿Cómo? Vedlo aqui. Quando ve un estado bien ordenado, saca por consequencia, que hay algun Señor que le gobierna; pero no quiere discurrir del mismo modo respecto de todo un mundo. Añadid, que no hay hombre que no pueda advertir en su vida ciertas ocurrencias en que se ha visto, ciertos riesgos de que ha salido, y ciertos sucesos venturosos, ó desgraciados, que son para él otras tantas pruebas singulares de que hay Providencia. Pues esto es mas verdadero en los que hacen algun papel, y se mezclan mas en los negocios del mundo. Pues estos son los que menos creen en la Providencia, y parece que la desconocen mas. Pasa mas adelante su ceguedad: porque no quieren tributar libre y christianamente à la Providencia una confesion, que la tributan muchas veces por necesidad, ó por impetu de despecho y desesperacion. Aquel mundano que se olvida de Dios en la prosperidad, es el primero que se queja de la Providencia quando le sobreviene una desgracia. Pero reparad otra cosa, que causa mas novedad: y es, que muchas veces el licencioso quiere poner en duda la Providencia por las mismas razones que la prueban invenciblemente. Porque funda sus dudas en los desórdenes que llenan el mundo: mas por que son desórdenes, dice San Juan Chrisóstomo, sino porque son contra el órden? ¿Y qué órden es este à que contradicen, sino el de la Providencia? Desórdenes de que los hombres se escandalizan: mas el que ellos se escanda-

li-

licen, ¿no es un testimonio auténtico de la Providencia, que no permite que estén autorizados, y por eso quiere que siempre hayan sido tenidos, y se tengan por escándalos en lo por venir? Si de nada se escandalizaran los hombres, prevaleciera la maldad; y para que no prevalezca, ha dispuesto la Providencia que cause escándalo el vicio, y se haga amar la virtud, p. 101.

2. ¿Es una pura rebeldía de corazón, por lo que el hombre no se rinde á la Providencia; de suerte, que aunque la cree, reusa el sujetarse á su gobierno? Este es otro desorden mas insufrible. ¿Qué temeridad! Creer, que hay una Providencia que preside en el gobierno del mundo, y no querer regirse por ella, ni conformarse con ella en el obrar. No obstante, este es el desorden del mundo. Se cree en la Providencia, pero se vive como si no se creyera. En efecto, si nos gobernáramos por la fe de la Providencia, no fuéramos apasionados, coléricos, vanos, bulliciosos, arrogantes, envidiosos, ni con Dios ingratos, ni con los proximos injustos. ¿Pero por qué se cae en todo esto? Por desviarse de los rumbos de la Providencia, p. 195.

¿Pero qué caminos se toman, si estos se dexan? O bien el de vivir segun el acaso, y dexarse ciegamente llevar de la corriente de la fortuna; ó bien el de intentar gobernarse por solas las luces de la prudencia humana: pero uno y otro es igualmente injurioso á Dios. No tener mas principio para el gobierno de la vida, que seguir la corriente de la fortuna, es dar en la idolatria de los Paganos, que condenaban á los que eran tenidos por sábios entre ellos. Idolatria que reprehendia Dios en los Israelitas, pero tan ordinaria en medio de la Christianidad, y especialmente en la Corte. De otra parte, intentar gobernarse por la prudencia humana es soberbia, es fiarse de sí, es no querer depender de otro, y lo que es de una suma consecuencia, es tomar por su cuenta delante de Dios todos los sucesos desgraciados que pueden seguirse, y cargarse de toda la culpa de ellos. Pero quando recurro á Dios, y despues de haber deliberado con madurez segun el espíritu de mi Re-

ligion, concluyo lo que debo hacer, puedo tener confianza de que concluyo seguramente, ni de que si falto en algo, ha de suplir Dios mi defecto. Por eso Salomón, el mas sabio de los hombres, le hacia esta excelente peticion á Dios: *Dadme, Señor, aquella sabiduría que está sentada con Vos sobre nuestro trono, para que obre conmigo, y me dé á conocer lo que os agrada*, p. 196.

2. Parte. No hay cosa mas desgraciada que el hombre del siglo, que no se quiere conformar con el gobierno de la Providencia. Porque así, 1. Se queda sin gobierno. 2. Dejando á Dios, obliga á Dios á que le dexé. 3. Se priva del mas dulce, ó por mejor decir, del único consuelo que puede tener en algunas adversidades. 4. No queriendo depender de Dios con una sumision libre y voluntaria, depende de ella á su pesar con una sumision forzada, p. 201.

¿Queda sin gobierno; digo, sin gobierno seguro y acertado. Porque no le queda otro partido que tomar sino recurrir unicamente á si mismo, ó poner en los hombres sus esperanzas. Y de qualquiera de estas dos partes es su suerte igualmente lamentable. ¿Qué cosa mas terrible, que estar estrechado á no tener mas recurso que á si mismo? Si en un ciudadano de la primera importancia, no tuviera mas consejo que el mio á que recurrir, me diera por perdido. ¿Qué puede fiar de si mismo un hombre tan ciego, y tan inconstante como está tan sujeto á sus caprichos, y tan esclavo de sus pasiones? Bien sé que tiene razon de que poder valerse; pero esta razon misma limitada á sus flacas luces, es mas á proposito para atormentarle con mil reflexiones envidiosas, que para ayudarle, p. 202.

¿Pues qué hará? ¿Pondrá su confianza en los hombres? Pero hay esclavitud mas infame, ni mas dura, que el depender de los hombres? ¿A qué desdenes, á qué mudanzas, á qué infelicidades no se expone quien tal hace? No es esto lo que experimentan continuamente en los Principes de la tierra los Idolatras de sus favores? ¿Hay alguno entre ellos, que no confiese que su suerte está llena de disgustos, de desazones y mortificaciones inevitables, que es una perpetua servidumbre? p. 204.

2. Dexando à Dios el mundano obliga à Dios à que le dexé; porque Dios tiene su correspondencia, y quando este hombre desconsolado se lamenta de su suerte, le responde con aquellas palabras del Deuteronomio: *Ubi sunt dii eorum, in quibus habebant fiduciam? Surgant, & opulentur eis*; ¿Dónde están aquellos dioses en que teniais tanta confianza? Que vengan ahora à favoreceros, p. 206.

3. De ahí se sigue, que no queda consuelo para un hombre que se vé abandonado de Dios, despues que él abandonó à su Magestad. Hay en la vida aflicciones, en las quales no se puede recibir de parte del mundo alivio: pero un Christiano que está sujeto à la Providencia, halla apoyo en su rendimiento; y el impio herido del golpe que le aterra, representa de algun modo la suerte de un condenado, blasfemando contra el Cielo, causándole todo aborrecimiento, desesperándose, y experimentando en su desesperacion toda la amargura de sus sentimientos y dolores, allí.

4. ¿Mas qué digo? El mundano, por mas rebelde que sea, ¿no está tambien baxo del dominio de la Providencia? Sí; pero de una Providencia justiciera y rigurosa, que le hace sentir su mano pesada con castigos, ya ocultos, ya manifestos; ya con prosperidades que le sacan de sí, ya con adversidades que le oprimen: Asi trató Dios à un Faraón, à un Nabucodonosor, à un Antiocho, y à otros muchos. Luego si miramos de algun modo à nuestra obligacion, y à nuestro interés, debemos sujetarnos à Dios, y à su Providencia. Pidámosle, que se cumpla su voluntad en nosotros en la tierra, y en el Cielo, p. 208.

SER-

SERMON PARA EL LUNES
de la quarta semana, sobre el Sacrificio
de la Misa, p. 210.

Asunto. *Acordaronse, pues, los Discipulos de lo que está escrito: El zelo de tu casa me consume*: No se debe estrañar, que diese Jesu-Christo tantas muestras de zelo contra los que profanaban el templo de Jerusalem, pues se trataba de la casa de Dios. En lugar de este templo sucedieron nuestras Iglesias; y lo que particularmente las ennoblece es el Sacrificio adorable que ofrecemos en él. Este es el Sacrificio de la Misa, cuya excelencia y valor os pretendo mostrar en este discurso, en quanto fuere posible, para enseñaros por este medio el espíritu con que debéis estar en él, allí.

Division. El sacrificio de la Misa es sumamente respetable: porque es Dios à quien se ofrece. 1. Parte. Porque es un Dios el que en él se ofrece. 2. Parte, p. 211.

1. Parte. El sacrificio de la Misa es sumamente respetable, porque es Dios à quien se ofrece. Asistir à este Sacrificio es asistir: 1. A la mayor accion de la Religion Christiana. 2. A una accion, cuyo fin inmediato es honrar à Dios. 3. A una accion, que por sí misma se encamina principalmente à humillar la criatura delante de Dios. 4. A una accion, que es ya la unica con que se le puede dar à Dios exterior y autenticamente el culto de suprema adoracion que se le debe. 5. Es asistir de quantos modos pueden infundirnos el respeto y reverencia debidos à su Magestad, p. 212.

1. Es asistir à la mayor accion de la Religion Christiana. Esta es la razon, porque en las antiguas Liturgias el Sacrificio de la Misa se llamaba *accion* por excelencia, y así le llamamos el dia de hoy. Pero nosotros estamos en él como si fuera la accion menos sería que hay, y como si

Tom. III. Quaresma.

Bbb

pu-

pudiesemos tratarla con negligencia sin miedo, p. 213.

2. Es asistir á una accion, cuyo fin inmediato es honrar á Dios. Todas las acciones de virtud tienen su fin particular, y este en el Sacrificio es la honra de Dios. En todas las demas obligaciones casi podemos decir que el hombre obra mas por sí mismo y por su interes, que por el interes de Dios; porque si hago oracion, pongo por exemplo, es por conseguir los favores de Dios. Pero quando voy al Sacrificio, en qué pongo la mira? En honrar á Dios. Pues qué fuera hacer que sirviese para deshonrarle, lo que especialmente debe servir para su gloria? p. 214.

3. Es asistir á una accion, que por sí misma principalmente se encamina á humillar la criatura delante de Dios. Porque Sacrificio, qué es? Una protestacion que hacemos á Dios de nuestra sujecion, y de nuestra nada. La oracion, quando levanta nuestras almas á Dios, nos levanta sobre nosotros mismos; pero el Sacrificio nos pone baxo de nosotros, anonadándonos delante de Dios. Pues así como no puedo humillarme delante de Dios, mejor que con ofrecerle el Sacrificio, así no puedo tener parte en el Sacrificio, sino humillandome delante de Dios. Pues qué desorden es, que vengan los Christianos al Sacrificio del Dios verdadero, no solamente sin esta religiosa humildad, sino con toda la soberbia de la disolucion, y toda la ostentacion del mundo? p. 215.

4. Es asistir á una accion, que es ya la unica con que se le puede dar á Dios exterior y autenticamente el culto supremo de adoracion que se le debe. En las demas acciones no hago esta protestacion publica y solemne de mi sujecion y de mi nada. El Sacrificio solo es la confesion juridica de lo que soy, y de lo que debo á Dios; pero con inversion muy lamentable: qué ocasion no damos á los Gentiles, y á los infieles para que nos hagan la misma pregunta que hacian á David los enemigos de Dios? *Ubi est Deus tuus?* Donde está tu Dios? p. 217.

5. Es asistir de quantos modos pueden infundirnos el respeto y reverencia que debemos á Dios. 1. Como testi-

gos;

gos; honra que no hace la Iglesia sino á los fieles; pero en lugar de tener el pensamiento en Dios, á quien tenemos presente, y á cuya vista estamos; no pensamos sino en cosas inútiles, que sirven de cebo á nuestra curiosidad, y á nuestra ociosidad de entretenimiento. 2. Como Ministros; porque todos ofrecemos el Sacrificio con el Sacerdote, aunque no estamos revestidos del mismo carácter que él; accion tan santa, que llegaron algunos á sacar por consecuencia, que un pecador en el estado de la culpa no podia asistir al Sacrificio de la Misa. La consecuencia es falsa, y no la admito; pero no debo inferir, insistiendo en el principio en que se funda, que pues todos asistimos al Sacrificio como Ministros, tantas veces le profanamos, quantas incurrimos en los delitos que en él se cometen? Quién creyera, que un Christiano escogido de Dios para ofrecerle un Sacrificio del todo divino, quisiese hacer del mismo templo un lugar de sus deleites, y aun de los mas infames? Desorden, que Tertuliano, y despues de él San Gerónimo y San Juan Chrisostomo, afeaban en sus siglos; pero nunca ha sido mas ordinario que ahora. 3. Como victimas: y en efecto haciendo un mismo cuerpo con Jesu-Christo, consiguientemente, dice Santo Tomás, somos sacrificados con él. Y así debemos disponernos como aquellas victimas, que en el tiempo antiguo se ofrecian á la Magestad de Dios. Estaban atadas, privadas del uso de sus sentidos, y abrasadas en el fuego. A este modo es menester que la Religion nos ate, y nos tenga con una atencion reverente al Sacrificio. Es menester que nos vende los ojos, y haga que los cerremos á quanto hay en el mundo. Es menester que nos consuma con el fuego de la caridad, p. 218.

Pero es cosa de admiracion (como lo notó Pico Mirandulano) que entre tantas Religiones como se han esparcido por el mundo, solo en la Religion del Dios verdadero han profanado sus templos y sacrificios los que la profesan. La razon de esta diferencia es, que el enemigo de nuestro bien no vá á tentar á los Paganos, ni á inquietarlos en sus sacrificios, porque son unos sacrificios falsos;

Bbb 2

pe-

pero emplea todas sus fuerzas en apartarnos del Sacrificio de nuestros altares, porque es un sacrificio igualmente de gloria para Dios, y de utilidad para nosotros, p. 223.

2. Parte. El sacrificio de la Misa es sumamente respetable, porque es un Dios el que se ofrece en él. Aunque hubieramos vivido sujetos à la ley antigua, y no hubieramos tenido sino aquellos sacrificios imperfectos, que estableció Dios por medio de Moysés, debieramos estar en ellos con temor y con temblor. Con qué reverencia queria Dios que entrasen los Judios en el Santuario para ofrecer sus sacrificios, y la sangre de los animales! Con qué zelo y fervor cumplia esta ley aquel pueblo, aun siendo tan indocil! Pues qué hubieran pensado y hecho, si como nosotros hubieran tenido que ofrecer el Sacrificio de un Dios? Y nosotros qué debemos pensar, y qué debemos hacer? En este punto me contento con tres consideraciones, p. 224.

Primera. Quando voy al Sacrificio que celebra la Iglesia, voy al Sacrificio de la muerte de un Dios, à un Sacrificio, en el qual la victima es realmente y sin figura el mismo Dios que adoro. Luego si tengo atrevimiento para ultrajarle manifestamente, como los Judios que le crucificaron, soy digno de sus castigos mas rigurosos, p. 226.

Segunda. Por qué este Dios de misericordia es la victima, que se ofrece en el Sacrificio de nuestros altares? Para enseñarnos, y ayudarnos à hacer lo que no podemos sino con su ayuda y por su gracia, quiero decir, à honrar à Dios lo que merece, y nos pide. Porque fue necesario para este fin, dice Santo Tomás, una persona de infinito valor, y ofrecida con un modo infinito. Pero al mismo tiempo que Jesu Christo en este estado de victima honra à su Padre: *Ego honorifico Patrem*, parece que nosotros tomamos por nuestra cuenta destruir con nuestros escándalos la honra que él le dà con sus humillaciones. Hagamos à proporcion lo que él hace, si queremos con la misma à proporcion glorificarle, como él le glorifica, allí.

Tercera. Qué es demas de esto lo que Jesu-Christo ha-

hace en este Sacrificio? No solamente ensena à los hombres à honrar à Dios, sino intenta reconciliarlos con su Padre. Como mediador aboga por su causa, y ofrece el precio de su Redencion: *Ego pro eis sanctifico me ipsum*. Pues si yo viera, dice aqui San Bernardo, al hijo unigénito de un Príncipe de la tierra morir por mí, me divertiera, quando él estaba para morir, en vanos entretenimientos? Pues cómo quando el Hijo unico de Dios se sacrifica por mí causa, he de estar tan falto de juicio, que convierta en materia de juego el mismo Sacrificio de mi Salvador? Pensamiento eficaz, que San Juan Jerosolimitano explicaba con términos menos retóricos, pero no de menor energia y eficacia. De aqui hemos de sacar los afectos en que nos debemos exercitar en este Sacrificio. No han de ser propios de un pecador contrito y reconocido? p. 228.

Para acabar este discurso me queda un argumento que hacerlos. O creéis lo que del Sacrificio de nuestra religion nos ensena la fe, ó no? Si lo creéis, cómo tenéis atrevimiento para profanarle? No sois peores en esto que los Judios y Hereges? Si no lo creéis, para qué asistis en él? Mas qué digo? He de desviarlos de él? No Christianos; vamos à él, pero vamos para honrar à Dios, para edificar la Iglesia, y para conseguir la santidad por su medio, p. 229.

SERMON PARA EL MIERCOLES
de la quarta semana, sobre la ceguedad
espiritual, p. 233.

Asunto. *Al pasar Jesus vió un hombre, que era ciego de nacimiento. En este milagro se vé cumplido aquel adorable juicio de que hablaba el Hijo de Dios, quando decia: To be venida al mundo, y el juicio que he de hacer en él, es, que los que no tienen vista vean, y los que la tienen*

nen queden ciegos. Porque como Moysés hizo antiguamente tal division en Egipto, que todo lo que habitaban los Egipcios estaba lleno de obscuridad, al mismo tiempo que los Israelitas gozaban de una luz pura y serena; así al mismo tiempo que Jesu-Christo alumbró al Ciego de nacimiento, ciega á los Fariseos, que eran los sábios y entendidos del pueblo. Juicio que se renueva cada día entre nosotros: Pero sin detenerme en lo que es favorable para los unos, en quienes derrama Dios sus luces, os lo quiero proponer en este discurso, solamente por lo que es terrible y horroroso para los otros, á los cuales castiga Dios con una ceguedad interior, que llega hasta el alma, y la tiene sumergida en los errores mas groseros, y mas tristes, allí.

Division. No hay materia en que la Escritura se haya explicado con mas variedad, que la ceguedad de que hablo. Pero para concordar todos los textos de la Escritura, distingo con Santo Tomás tres suertes de ceguedad: una, que por sí misma es pecado: otra, que es causa; y otra, que es efecto del pecado. Sobre lo qual digo, que la ceguedad que por sí misma es pecado, es entre todos los pecados el mas pernicioso, y contrario á la salvacion. 1. Parte. Que la que es causa de pecado, es comunmente una excusa tan frivola, y poco digna de admitirse, que no puede servir de pretexto para el pecado. 2. Parte. Ultimamente, que la que es efecto del pecado, es el castigo mas terrible que puede Dios dar al pecador en esta vida. 3. Parte, p. 235.

1. Parte. Ceguedad que es pecado, esto es, que por sí misma es culpable, porque es voluntaria y afectada. Tal es la ceguedad de los que desprecian la Religion, y la de los que llaman Ateistas, que en sí mismos, y en sola la razon natural tienen mas que bastante luz para conocer á Dios, y por consiguiente no pueden dexar de creer en él, sino porque no quieren estarle sujetos, y en fuerza de ofenderle llegan al fin á olvidarle, y despues á desconocerle. Idea excelente que antiguamente daba Tertuliano del Ateismo. Tal es la ceguedad de algunos hereges de mala fe,

fe, que no persisten en su heregia, sino porque estan resueltos á no dexarla jamas. Tal es la ceguedad de los sensuales y dados á deleites, que por gozar con menos inquietud de sus inofenses gustos, jamas quieren oír hablar de las verdades eternas. Tal es la de algunos entendimientos llenos de sí mismos, que por un efecto lastimoso de su soberbia, no pueden sufrir la verdad quando los humilla, y no solamente no quieren ver sus defectos por sensibles que sean, sino que quieren ser alabados por sus mismas imperfecciones. Tal es la ceguedad de infinitos Christianos, que no quieren tomar luz en ciertos hechos, dudas y remordimientos de conciencia, porque conocen bien, que no estan dispuestos para cumplir las obligaciones que esta luz les descubriera: *Noluit intelligere, ut bene ageret*, p. 236.

Dixe pues, y es verdad, que entre todos los pecados en que un hombre puede caer, ninguno es mas pernicioso, ni mas contrario á la salvacion. 1. Porque esta ceguedad voluntaria excluye la primera de todas las gracias, que es la luz divina, y excluyendo esta, impide todas las demas que tenia Dios reservadas en los tesoros de su misericordia, con las cuales queria Dios guiarnos y uniros con su Magestad. 2. Porque esta ceguedad voluntaria no solamente nos quita la luz, sino aun el deseo de tenerla. 3. Porque esta voluntaria ceguedad nos dá una voluntad totalmente opuesta, y nos hace huir de la luz, aunque no podemos conseguir sin ella la salvacion, p. 241.

De consiguiente, este pecado pone al mismo Dios en una especie de imposibilidad de salvarnos, y le obliga á decirnos, aunque en otro sentido, lo que Jesu-Christo dixo al ciego de Jericó: *Quid tibi vis faciam?* Qué quieres, pecador, que haga por tí? Que te salve sin gracia? No puede ser. Que te dé gracias sin luz? Nunca las ha habido semejantes. Que con unas luces que te violenten, te salve á pesar de tu resistencia? El orden de mi providencia no se ajusta á eso. Que con milagro especial mude las leyes de la misma providencia? Se opone mi justicia, y no lo pide mi misericordia, p. 247.

Sé, que puede Dios alumbrarnos aunque no queramos; pero siempre es cierto, que quando aborrecemos y huimos de esta luz, ponemos à nuestra salvacion todo el estotbo que puede poner una criatura. Y por esta razon quisiera que todos los que me oyen hicieran cada dia à Dios esta oracion que David le hacia: *Revela oculos meos.* Alumbradme, Señor, y abridme los ojos. Si os pido luz, no es para entender mejor los negocios del mundo, sino para no ignorar en mi estado nada de lo que es vuestra voluntad y mi obligacion: *Da mihi intellectum, ut sciam justificationes tuas,* p. 242.

2. Parte. Ceguedad que es causa del pecado. Asi crucificaron los Judios à Jesu-Christo, porque no le conocian. Ceguedad muy ordinaria en los Christianos. Quántos pecados se hacen cada dia contra la justicia, contra la caridad, y contra la pureza, sin saber, y por no saber que son pecados? Pregunto, pues: Esta ceguedad que es causa del pecado, puede servirnos de excusa, y justificarnos delante de Dios? Mas si esto fuera asi, por qué le hubiera pedido David à Dios, que se olvidase de sus ignorancias pasadas? Digo mas: no solamente no es siempre excusa legitima nuestra ignorancia, sino que casi nunca lo es en la mayor parte de los Christianos, porque hay mucha abundancia de luz para poderse valer de este pretexto. Si yo no os hubiera hablado (decia el Hijo de Dios à los Judios) fuera excusable vuestra incredulidad; pero despues que me habeis oido no tiene excusa vuestro pecado. Aplicaos à vosotros esta advertencia. Quántos Predicadores, y Maestros teneis para enseñaros? p. 246.

Pero en fin me direis, que no obstante esta abundancia de luz, hay muchas cosas esenciales para la salvacion (especialmente sobre algunas obligaciones) que se ignoran. Pero respondo à esto, lo que respondió el ciego à los Fariseos que le dixeran que no conocian à Jesu-Christo: *In hoc mirabile est, quod vos nascitum unde sit, & aperuit oculos meos.* Es cosa de admirar, que no sepais de donde es, habiendome dado la vista. Pues asi, Christianos, es cosa harto admirable, que pequemos cada dia por ignorar-

rancia, habiendonos proveido Dios de tantos medios para nuestra instruccion: *In hoc mirabile est.* Tienen à Moyses y à los Profetas, dixo Abraham al rico avariento, que le pedia que fuese alguno de los difuntos à enseñar à sus hermanos: *Habent Moysen & Prophetas.* Ved ahí lo que Dios dice de nosotros, y aun nos lo dice à nosotros mismos para nuestra condenacion. Quando en tales circunstancias pecamos por ignorancia, nuestra ignorancia no tiene excusa: porque obramos contra la luz que tenemos, por lo menos atropellando nuestras dudas. Contra la luz que tenemos: porque aun en medio de nuestras ignorancias nos quedan siempre algunas luces confusas, que bastarán para evitar el pecado, si quisiéramos aprovecharnos de ellas; y si nos son inutiles, es por falta de reflexion. Atropellando nuestras dudas: porque quando no tuviéramos bastante luz para hacer juicio, para dudar tenemos muchas veces bastante, p. 249.

Acordemonos de que nuestra primera obligacion es saber. Exáminemonos segun este principio, y no solamente nos le hemos de aplicar à nosotros mismos, sino que le hemos de estender à todos los que Dios nos ha encargado. Teneis hijos, teneis criados: su ignorancia no los escusará; pero menos os escusará à vosotros: porque si tienen obligacion de aprender, vosotros la teneis de cuidar de su enseñanza, p. 252.

3. Parte. Ceguedad efecto del pecado. Es constante, que ciega Dios algunas veces à los hombres; y quando esta ceguedad pertenece à los decretos divinos, es de fe que es efecto del pecado, porque es uno de los castigos que Dios le dá, segun estas palabras de Isaias: *Excavit Deus oculos eorum.* Lo que no intento averiguar es el modo con que este castigo se executa. Tomando los terminos de la Escritura en todo su rigor, se pudiera decir, que Dios con una accion real y positiva produce esta ceguedad interior: pero entendiendolos segun la verdad, se debe decir con San Agustin, que si Dios nos ciega, es por modo de privacion, retirando sus luces; no de accion, imprimiendo en nosotros el error. Sobre esto añado con el mismo Tom. III. Quaresma. Ccc mo

mo Santó Doctor, que jamas nos priva Dios absolutamente de todas las luces de su gracia, sino solamente de algunas, que son nuevo y especial favor, con las quales se obrára, y sin ellas no se obra, p. 253.

Pues mi empeño es, que esta ceguedad es el castigo mas riguroso de Dios. Por eso el Profeta Isaias no pedia otro para vengar à Dios que las infidelidades de su pueblo: *Excæca cor populi ejus*. Lo que le hace tan terrible es, que la ceguedad es puro mal, sin mezcla alguna de bien. Los demas males de la vida nos pueden servir, si queremos, de medios para la salvacion, como penas medicinales, satisfactorias, ó meritorias. Pero la ceguedad es un mal esteril, que ni nos sirve de remedio, ni de satisfaccion, ni de merecimiento; y en esto este castigo se parece al de los condenados, p. 256.

Despues de esto, concluye San Agustin, decid, que no castiga Dios desde esta vida especialmente à los pecadores, y à los licenciosos. Si este Dios vengador no ha executado aun con vosotros esta justicia tan severa, es porque ha usado con vosotros de su misericordia. Pero quién sabe si está determinado à aguardarle mas? Quién no temblará al pensar, que hay un pecado que ha señalado Dios por ultimo termino de su gracia, digo, de su gracia eficaz y victoriosa? Qué pecado es este? Lo ignoro: pero sé, mi Dios, que nada debo omitir para preservarme de la desgracia con que me amenazais, p. 258.



HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

del Ciego de nacimiento,

pag. 260.

Asunto y division. *Al pasar Jesu-Christo, vió à un hombre que estaba ciego desde su nacimiento.* Jesu-Christo curó este Ciego: Pero los Fariseos interesados en disminuir y acortar la grandeza de las obras de Dios, disputan

tan la verdad de este milagro. Esto no obstante el Ciego por otra parte la sostiene, y publicamente da de ella testimonio. De esto comprehendemos à primera vista, en qué ceguedad es capaz el interes propio de ponernos, y cómo nos pone todos los dias, asi como à los Fariseos. 1. Parte. Y aprendamos despues del testimonio del Ciego à disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y à confundir la mentira con una confusion santa de la verdad. 2. Parte, allí.

1. Parte. En qué ceguedad es capaz el interes propio de ponernos, y en qué ceguedad nos pone todos los dias como à los Fariseos. La pasion del interes propio cegó à los Fariseos. 1. Sobre la persona de Jesu-Christo. 2. Y sobre sus milagros, p. 262.

1. Sobre la persona de Jesu-Christo. Como era opuesto à los Fariseos, y su credito les hacia sombra, era esto bastante para desacreditarlo en su estimacion. Ellos le tienen y tratan como à peccador, y por mas que se les diga le creen tal, y asi lo quieren creer: *Nos scimus quia hic homo peccator est*. Excelente idea es esta de la malignidad del espiritu del mundo. Qué es por lo comun lo que nos ciega en nuestras opiniones y en nuestras preocupaciones contra el proximo? El interes que nos domina. Qué no puede causar la oposicion y aversion de los espiritus, y de los corazones para preocuparnos con los errores mas visibles en descredito de un enemigo! Podemos nosotros conservar sentimientos de equidad respecto de aquellos que pretenden los mismos empleos que nosotros? Como un hombre sea de nuestro partido, la accion sola de estar por nuestros intereses tiene para con nosotros lugar de qualquier otro merito; pero si está del partido contrario, entonces es segun nuestra opinion el ultimo y mas despreciable de todos los hombres. Mas equidad debe haber quando llega à prevalecer el interes; y por esto mismo tenemos derecho en qualquier causa para recusar un Juez ó un Testigo, si estan convencidos de que en ello tienen algun particular interes, p. 263.

2. Sobre los milagros de Jesu-Christo. Por mas brillante que haya sido el milagro de esta cura, executada en la persona del Ciego de nacimiento, los Fariseos no quieren reconocerlo; y obligados al fin à confesarlo, niegan à lo menos que Jesu-Christo sea el Autor: lo niegan, digo, sin razon y contra toda apariencia de razon, porque tienen interes en negarlo. Este espiritu de interes, no produce aun en el dia los mismos efectos ò los mismos errores? No ya en quanto simplemente mira à los milagros de Jesu-Christo, sino generalmente. 1. En los puntos mas esenciales y mas indisputables de la Religion no quiere un libertino creer nada, porque encuentra en no creer nada motivos con que afirmarse en su vida desreglada y corrompida. 2. En las obligaciones de conciencia las mas naturales y mejor establecidas. Discurrirá un hombre justo y arreglado tanto sobre qualquiera qüestion que le propongas en tanto que personalmente no esté interesado en ello, y aun os dará una decision muy severa. Pero como llegue à descubrir en ello algun interes propio, baxará mucho de aquella severidad y hallará razones para dudar de lo que antes le parecia indubitabile. 3. De los hechos mas evidentes que tienen relacion con la justicia y caridad para con el próximo. Por qué nos encaprichamos con mil falsas suposiciones, que queremos sostener como verdaderas, y por qué nos apoyamos sobre una infinidad de juicios vanos y temerarios? Porque hay en nosotros intereses, que ocupando toda la capacidad de nuestro corazon no dexan à nuestro espiritu exercicio alguno de reflexion y de razon, p. 269.

2. Parte. Como el testimonio del Ciego curado nos enseña à disipar con las luces de la fe las tinieblas del error, y à confundir la mentira con una confesion santa de la verdad. Su testimonio en favor de Jesu-Christo tuvo quatro qualidades. Fue sincero para confundir todos los artificios de la doblez de los Fariseos; fue generoso para confundir el orgullo de su autoridad aparente; fue convincente para confundir la poca solidez de su ciencia vana; y fue constante para confundir la dureza de su obstinacion, p. 274.

1. Fue

1. Fue un testimonio sincero. La sinceridad del Ciego llegó à ser ingenuidad, como se ve en la sola leccion del Evangelio, y esto fue lo que desconcertó à los Fariseos. Por mas que le preguntaban, y le repreguntaban, como la verdad no se desmiente jamas, y es siempre la misma, no pudieron embaraxarle, ni hacerle caer en contradiccion alguna. Qué podian decir, y qué podian hacer para eludir la fuerza de un testimonio tan sencillo y fiel? Ved lo que aun en el dia confunde la ceguedad de los libertinos del siglo, y lo que los desespera: la relacion de algunos milagros, que aun humanamente deben ser creidos, y que la prudencia mas astuta y fina, y menos crédula está obligada à reconocer, alli.

2. Fue testimonio generoso. En vano los Fariseos usan de todas amenazas contra este Pobre. Ellos pueden intimidar à sus Padres, pero él nada teme, y continúa siempre hablando del mismo modo. Generosidad fue, que humilló à aquellos espiritus soberbios; pero que aun mas bien condena la debilidad y flaqueza de un millon de Christianos, que persuadidos de la verdad son no obstante cobardes y tímidos, quando llega el caso de defenderla y sostenerla, p. 276.

3. Fue testimonio convincente. Es una cosa digna de admiracion, que un pobre sin estudio y sin conocimiento discorra contra aquellos Doctores de un modo capaz de hacerlos callar. Los mas doctos Teólogos no hubieran dado respuestas mas sólidas, que él dio à las objeciones que le hacian. Esta es la victoria de la fe, y asi es como ha triunfado y triunfa de toda la sabiduria del mundo, p. 279.

4. Fue testimonio constante: persiste siempre en glorificar à su bienhechor, y en publicar el beneficio que de él ha recibido. Los Fariseos le arrojan al fin con ignominia de la Sinagoga, pero él por esto no dexa de unirse mas à Jesu-Christo. Le adora como à su Dios, y abraza su Ley. Si no hubiera tenido mas firmeza que nosotros, hubiera desmentido bien pronto por una vergonzosa y culpable inconstancia lo que acababa de afirmar con una

con-

confesion justa. Nosotros cedemos à las menores dificultades, y dexamos que nuestra fe se turbe y altere. La novedad nos arrastra y seduce con el vano esplendor de que se adorna. Atengámonos à la fe de Jesu-Christo. Atengámonos à su Iglesia, pues que la fe de Jesu-Christo no está en otra parte sino en su Iglesia, p. 281.

SERMON PARA EL JUEVES
de la quarta semana, sobre la preparacion
para la muerte, p. 285.

Asunto. *Acercandose Jesu-Christo à la puerta de la Ciudad llevaban à enterrar à un difunto, hijo unico de una muger viuda, y esta muger iba acompañada de un gran numero de personas de la Ciudad. Habiendola visto Jesu-Christo se compadeció, y la dixo: No llores. Había sin duda en el caso motivo para que se compadeciese el Salvador de los hombres; pero otra era la causa, dice San Juan Chrisostomo, que le movía mas vivamente, y fue la desgracia de este manco asaltado de un accidente repentino, y muerto sin haberse preparado. Pues no mueren así cada dia muchos Christianos; quiero decir, sin haber pensado en la muerte, ni haberse dispuesto para morir? Luego es de suma importancia, enseñaros à prevenir un riesgo tan horroroso, y por eso vengo con intento de hablaros sobre la preparacion para la muerte, alli.*

Division. San Juan Chrisostomo pone la preparacion para la muerte especialmente en tres cosas; conviene à saber, en estar persuadidos à ella, en velar contra ella, y en la ciencia práctica de ella. Tememos morir; pero por mas cierta que sea, y aun por mas vecina que esté la muerte, casi nunca nos persuadimos à que hemos de morir. 1. Parte. Tememos morir; pero por mas incierta que por otra parte sea la muerte, vivimos con tan poco cuidado, como si supieramos muy de cierto el tiempo y el estado en

en que hemos de morir. 2. Parte. Ultimamente, tememos morir, y à pesar de la experiencia quotidiana y tan sensible que tenemos de la muerte, nunca aprendemos à morir con el proceder de nuestra vida. 3. Parte, p. 286.

1. Parte. Persuasion de la muerte. Es dificultoso que yo me disponga para aquello à que no estoy bien persuadido. Y quando ha de tener unas consecuencias tan irremediabiles y terribles como las de la muerte, no es menos dificultoso, si estoy vivamente persuadido, que no me aplique con todas mis fuerzas à disponerme. Pues apenas hay cosa à que estemos menos persuadidos que à la muerte. Ved aqui mi pensamiento. Sabemos bien en general, que hemos de morir algun dia; pero nos consolamos con la esperanza de que no ha de ser tan presto; que no será de esta enfermedad; que no será hoy ni mañana. Mas advertid conmigo, que lo que nos dispone para una buena muerte, no es el conocimiento especulativo de que nos hemos de morir, sino el estar actualmente penetrados de este sentimiento: Yo he de morir, y mi hora se acerca: Yo he de morir, y esto ha de ser en uno de estos años que me prometo en vano: Yo he de morir, y ha de ser en la edad, y del modo que menos hubiere pensado, p. 287.

Qué hace, pues, el enemigo de nuestro bien? No nos persuade à que nunca hemos de morir; pero nos persuade à que no nos moriremos esta semana, ni este mes, ni este año: *Nequaquam moriemini*. Parece que en eso mismo nos hacemos à una con él: porque no solamente no estamos jamas persuadidos de la muerte del modo que yo lo entiendo, pero ni lo queremos estar, y nos apartamos de todos los pensamientos que nos pudieran servir para estarlo. De que se sigue, dice San Juan Chrisostomo, que la mayor parte de los hombres mueren sin creerlo, y casi siempre con una confiada presuncion, de que no han de morir: Tambien se sigue, que aquellos mismos, que segun la edad y estado en que se hallan, constante y manifestamente han de vivir menos, son con todo eso los que más ansia tienen de vivir: Tambien se sigue, que los grandes del mundo jamas saben cómo están, quando

están casi à punto de morir, ni ellos lo quieren saber, ni hay quien no concorra para engañarlos: Ni el Confesor ni el Medico se atreven à dexarse caer una palabra que melancolice al moribundo; y si al fin llegan à declararse, es usando de unas cautelas vanas, y valiendose de rodeos. No fue este el modo con que el Profeta Isaias habló al Rey Ezequías: Morirás, le dixo: *Morieris tu*. Pero dónde hay ahora Profetas, que se expliquen con esta libertad santa? A mi no me espanta que en unos accidentes repentinos se muera un hombre sin persuadirse à que se vá à morir; pero que muera sin saber que se han de morir à los que Dios dexa todo el tiempo, y conocimiento necesario, y que esta falta de persuasión los haga morir sin preparacion, esto es lo que no puedo bastante- mente llorar, p. 289.

Cuál es el remedio? Tres máximas de San Gregorio Papa. 1. Pensar frecuentemente en la muerte. 2. Tener un amigo sincero y recto, que à tiempo nos avise del peligro. Mas dónde le buscaremos? Entre los Ministros de Jesu-Christo. 3. Alentarse contra los temores de la muerte, porque el miedo demasiado de la muerte es el que nos hace tan odioso su pensamiento, y tan dificultosa su persuasión. Para esto resistir à este temor con las armas de la fe, con los motivos de la esperanza christiana, y con los santos ardores de una caridad divina, p. 293.

2. Parte. Vigilancia contra la muerte. Por mas incierta que es, y ha de ser siempre la muerte en sus circunstancias, puedo hacer que nunca me coja desprevenido. Cómo? Velando sobre mí mismo; *Vigilate*. En esto consistió la diferencia de las Virgenes sábias y necias, p. 295.

Pues esto es en lo que debemos adorar la Providencia de nuestro Dios, que nos oculta la hora, el lugar y el genero de nuestra muerte, para obligarnos à estar siempre cuidadosos, y hacer una vida santa. Estar un instante solo sin esta disposicion, quiero decir, sin esta vigilancia propia de un Christiano, es obrar contra todos los principios de la

pru-

prudencia, porque es aventurar à solo un instante toda una eternidad, p. 297.

Pero se sigue de esto, que la mayor parte de los hombres, aun de los mas perspicaces y cuerdos, en la opinion comun son unos necios, y hombres sin juicio. Es demasiadamente legitima la consecuencia. Dónde está el dia de hoy, segun la explicacion de Jesu-Christo, el siervo bueno y fiel, que vela para estar siempre pronto para recibir al Señor que aguarda, y teme que le halle desprevenido? Es velar dexar para el tiempo de la muerte algunas obligaciones indispensables? Pongo por exemplo; pagar las deudas, hacer restituciones, satisfacer à los criados, averiguar puntos embarazosos, ver un enemigo, y reconciliarse con él? Es velar ejercitarse tan poco en las buenas obras? Cometer tan facilmente el pecado, y perseverar habitualmente en él? allí.

Temamos la muerte, pero sirvanos este temor contra la misma muerte. No se aguarda à disponer un navio, quando está ya en alta mar combatido de las olas y tempestades: no aguardemos à disponernos à que se llegue la muerte, y que nuestros sentidos esten turbados, ó hayamos perdido el uso de ellos. Jesu-Christo no nos dice, que nos dispongamos entonces, sino que estemos dispuestos: *Estote parati*. De donde infiero esta terrible consecuencia; que hay tiempo, en que puede uno prepararse para la muerte, y ser reprobado de Dios, p. 299.

Estemos, pues, siempre dispuestos, y à punto. Es verdad, que Dios nos ha dado pastores que velen sobre nosotros; pero nosotros somos nuestros pastores principales, y unicos en muchas ocasiones. Y cuál ha de ser la práctica de esta vigilancia tan necesaria? Lo 1. Mantenerse siempre en el estado en que se quisiera morir: por lo menos no hallarse jamas en el estado en que se tuviera horror à la muerte. Segun esta regla, si os preguntara yo, si estáis dispuestos, qué tendríais que responderme? Pues eso es lo que os habeis de preguntar à vosotros mismos. 2. Hacer todas sus obras teniendo la muerte à la vista: esto es, como se quisieran haber hecho en la hora de la muerte. 3. Entrar

Tom. III. Quaresma.

Ddd

den-

maravillosos efectos de la gracia. Venid, pues, justos, y aprendereis los pasos por donde aun los amigos de Dios van à parar à la perdición. 1. *Parte*. Venid, pecadores, y aprendereis los caminos por donde podeis llegar à una conversion solida y verdadera. 2. *Parte*. Lo uno està representado en la muerte de Lazaro, lo otro en su resurreccion, p. 311.

1. *Parte*. La muerte de Lazaro imagen de la muerte del alma por el pecado, y de su desvio de Dios. El hombre ordinariamente no se pervierte en un instante, sino por grados. De este modo nos representa el Evangelista à Lazaro en cinco estados diferentes. 1. Como enfermo y descaecido: *Quidam languens*. 2. Como adormecido, y en un sueño à manera de letargo: *Dormit*. 3. Como difunto: *Mortuus est*. 4. Como sepultado, y de quatro dias: *Quatriduanus est*. 5. Como quien ya padecia los efectos de la corrupcion, y ofensia con el hedor: *Jam factet*: Idea propia de un alma, que viene insensiblemente à separarse de Dios, y à inficionarse, p. 312.

1. El primer paso que conduce à la muerte del alma, es la enfermedad: *Erat quidam languens Lazarus*. Hablo de aquella enfermedad voluntaria, cuyo efecto es la relaxacion, la floxedad en el cumplimiento de las obligaciones, y no satisfacerlas sino con mucho descuido. Enfermedad muy injuriosa à Dios, como muy à las claras lo manifestó en la Escritura: Porque por esta razon en la ley antigua no admittia las victimas enfermas, quando las llevaban al altar. Pero no menos perniciosa para el hombre: porque es una especie de enfermedad de muy dificultoso remedio; porque las consecuencias de este mal son tanto mas funestas, quanto menos se temen, ai aun se conoce su peligro; y porque el alma tibia es à la que el Espiritu Santo dice aquellas espantosas palabras: *Utinam frigidus esses, aut calidus!* Pluguiera al Cielo, que ò fueses enteramente de Dios, ò contra Dios enteramente! p. 313.

2. Del descaecimiento se pasa al adormecimiento. Por descaecida que esté el alma en este primer estado de imperfeccion que acabo de poner à la vista, no està aun absolutamente insensible à los movimientos de la gracia: pero en

este segundo ya no siente nada, porque se ha formado el letargo. Lo que antes nos causaba remordimientos y horrores santos no los causa ya. No obstante, aun es el hombre amigo de Dios esencial: pero lo es como Lazaro, de quien decia Jesu-Christo: *Lazarus, amicus noster, dormit*. Tal fue el sueño de aquellos tres discipulos que acompañaron al Salvador del mundo en el huerto. Aunque los habia exhortado à que estoviesen sobre sí y velasen, los halló en un profundo sueño: *Et invenit eos dormientes*. Es castigo de Dios este muchas veces: *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis*: Esta infelicidad empieza por una ligera inclinacion à dormir, pero al fin se sigue el sueño: *Dormitaverunt omnes, & dormierunt*. En tal caso bien puede un Predicador dar voces, bien puede exhortar un Confesor, advertir, amenazar; nada se oye, y se està como Jonás en medio de la tempestad: *Dormiebat sopore gravi*, p. 316.

3. Este adormecimiento conduce à la muerte: *Mortuus est*. Porque imaginar que en ese estado puede durar mucho tiempo la vida de la gracia, es engaño y confianza presuntuosa. Mil suertes de pecados de que uno no se rezela, acaban de ahogar en un alma aquella centella de vida que la quedaba. Lo ultimo de la desgracia es, que se llega à este parage sin saberlo: *Nomen habes quod vivas, & mortuus es*. Quántos Christianos tenidos por justos, pero engañados de su pasion, tienen todo el exterior de una vida pura è inocente, pero estan como unos sepulcros blanqueados, llenos de corrupcion y de maldad, p. 296.

De ahí nace el sepultarse, por decirlo asi, en la costumbre: *Quatriduanus est*. Está el pecador en ella como Lazaro en el sepulcro. Tenia atados los pies y las manos, el cuerpo envuelto en una mortaja, ceñido con fajas, baxo de una lapida. Asi se halla el hombre sumergido en su costumbre: mil lazos le tienen atado, mil torcedores de la conciencia le rodean, y el peso de su conciencia le bruma. Ay! dice San Agustin; qué difícil cosa es, que se desembarace y se levante un hombre, à quien el pecado tiene así sujeto: *Quam difficile surgit, quem males tanta consuetudinis premitt!* En tal caso es necesario toda la gracia de Jesu-Christo

para arrancar esta alma del seno de la muerte. En tal caso, y à vista de una resurreccion tan milagrosa, siente este hombre Dios los mismos movimientos que à vista del sepulcro de Lazaro le combatieron, p. 319.

5. Ultimamente se sigue la infeccion: *Jam fietet*. Un pecador cotrompido corrompe à los demas. Porque no hay cosa que mas insensiblemente cunda, que el exemplo; y el que dà un hombre vicioso, lleva consigo un olor de muerte, y esparce por todas partes el contagio: *odor mortis in mortem*, p. 322.

2. Parte. La resurreccion de Lazaro es imagen de la conversion de un alma, y del modo con que se vuelve à Dios. Veamos. 1. Lo que obligò à Jesu-Christo à resucitarle. 2. La condicion que pidió antes de restituírle la vida. 3. Lo que le dixo, y como obedeciò Lazaro à su voz. 4. Lo que ordenò à los Apostoles, y ellos executaron luego que se abrió el sepulcro. Formemos de todo esto una idea de la perfecta conversion, y de la justificacion del pecador, p. 323.

1. Qué es, pues, lo que obligò al Hijo de Dios à resucitar à Lazaro? El deseo ardiente de Marta y Maria, y la súplica instante de estas dos hermanas: *Eecce quem amas infirmatur*. No porque no estuviere determinado por otros motivos à resucitarle, sino porque tambien quiso que se lo pidiesen. Excelente enseñanza, que no solamente confirma el artículo de nuestra fe sobre la intercesion de los Santos, sino que establece tambien y apoya el otro artículo de la comunión de los mismos Santos; esto es, de la obligacion de orar los unos por los otros. Si San Estevan no hubiera hecho oracion, dice San Fulgencio, la Iglesia no tuviera à San Pablo: y yo añado, que no tuviera à San Agustín; si no hubiera llorado Santa Monica. Asi gusta Dios de hacer Santos à los unos por medio de los otros. Pero quantas almas hay perdidas en el mundo, porque no hay quien pida, ni se interese en su salvacion? Una madre desea el bien de su hijo, una muger el de su marido, un amigo el de su amigo; pero es ese un zelo de carne y sangre, y no mira mas que à conveniencias temporales. En lo que no se piensa es, en hacer oracion porque se conviertan y se salven.

Bien

Bien se, que hay pecados, que el amado Discipulo no nos aconsejó que hiciésemos oracion por ellos, porque son unos pecados atroces, que llevan à la muerte: *Est peccatum ad mortem, non pro illo dico, ut eret quis*, p. 324.

2. Qué condicion pidió el Salvador del mundo antes de resucitar à Lazaro? Mandò que levantasen la piedra con que se cerraba el sepulcro. No podia sin que la quitaran resucitarle, como se resucitó à sí mismo? Si esta piedra servia de estorbo, no podia vencer todos los estorbos con una palabra? Si podia; pero quiso que concurriesen tambien al milagro los Judios que le esperaban. De este mismo modo, pecadores, quiere Dios hacer un milagro por vosotros, y para convertirlos; pero quiere tambien que quiteis vosotros con su gracia algunas piedras de escandalo: *Tollite lapidem*. Dexad ese trato, esa profanidad, y ese juego, quemad ese libro, huid de esas fiestas públicas, y apartaos de esas ocasiones. Con eso vereis la gloria de Dios, y la virtud del Altisimo se manifestará en vuestra penitencia: *Videbis gloriam Dei*, p. 328.

3. Qué dice Jesu-Christo à Lazaro, y cómo obedeció Lazaro à su voz? *Clamavit voce magna: Lazare, veni foras*. El Hijo de Dios dixo en voz alta, Lazaro salid; y al punto vino à su presencia: *Et statim prodit*, p. 330.

4. Despues de esto, no falta sino que los Sacerdotes representados por los Apostoles, ó por mejor decir, que los representan, y el mismo Jesu-Christo os desaten como à Lazaro: *Solve eum, & sinit e abire*, p. 332.

Quiera Dios que haya entre vosotros pecadores que se conviertan asi, y que no os haya yo declarado inutilmente este misterio grande de la resurreccion de las almas, p. 333.

FIN.



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

